

Hoja de otoño

J. P. Navarro

«Un paso a la vez.».

—¿Les gustan las balas en los sesos? ¿Quieren un poco de plomo express? ¿Dulce o bala? ¿Quién es el débil ahora? ¿Cuáles son sus sueños? Porque yo tengo uno para ustedes, un paraíso donde son devorados por gusanos ¿Creen en dios? Espero que sí, porque los mandaré con él para que sean juzgados. — balbucea Edward Fibonacci, un preadolescente de 13 años que cursa primer año de secundaria, frunciendo el ceño y apretando los dientes con fuerza mientras lanza breves gemidos de colera, ingeniando una frase perfecta para su magistral entrada al mundo de los perpetradores.

No es un chico alto, apenas si logra alcanzar el metro sesenta. Su piel es pálida y sus ojos, debido al tiempo, son verdes amarillentos. Su pelo es lacio y claro. El día que transcurre es frío, por lo que va abrigado con la ropa adecuada. El gorro que lleva puesto, de color amarillo, tiene notables manchas de gotas de sangre, al igual que toda su ropa. Lleva una mochila con objetos pesados, y debe esforzarse por mantenerse en pie. Sus hombros sufren, pero ignora el dolor. Su mente, su persona, está ensimismada en un único objetivo, en un único deseo. Nada ni nadie lo detendrá, hará hasta lo imposible para lograr su cometido.

Edward camina por una ciclovía hermosa, repleta de árboles a cada lado junto a un canal que deleita con la sonoridad esplendorosa del agua. Es otoño y la naturaleza se tiñó de amarillo. Con cada paso que da pisa hojas muertas, y estas crujen hasta despedazarse en pequeños pedazos. Observa las hojas que aún no se desprenden de las ramas de los árboles, y, a pesar de que están muertas, estas logran exorbitar vida. La muerte es bella.

Las hojas de otoño no son muy diferentes a las personas que vagan por la vida despreciando su propia libertad, oprimiendo su propia existencia ante seres caprichosos y desleales a la burda ley de ética social; aborrecen sus días recordándose una y otra vez lo desgraciadas que fueron sus vidas, transitan el camino sencillo antes de dignarse y esforzarse por lograr un cambio misericordioso. Viven en la cultura de la mediocridad y les hacen creer que es el camino correcto, que la palabra mediocre no debe ofender, son fáciles de manipular cuando están desesperados y sin un camino con sentido aparente. Estas personas, narcisistas que idolatran su mera ignorancia y estupidez, al igual que las hojas de otoño, solo necesitan una pequeña brisa de un frío viento para desprenderse por completo de todo indicio de vida. Son personas muertas, solo es cuestión de esperar a que se desprendan de la rama para después pisotearlas y darles así una dulce despedida.

Las sirenas de varias patrullas rompieron la paz que brindan los sonidos blancos de la naturaleza. La estación de policías está cerca, y comenzaron a salir desesperados ante el aviso, por parte de un ser anónimo, sobre un evento desafortunado. «Eso es, muerdan en anzuelo sin carnada, burócratas hijos de la imperfección.», piensa para sí mismo.

Edward, repasando mentalmente el plan que tanto tiempo le llevó realizar y aceptar como una única solución a su bíblica vida, se detiene al final de la ciclovía, dejando atrás todo un camino de hojas pisoteadas, y observa, quizá, por última vez, el establecimiento que se convirtió en su peor pesadilla. Es una escuela secundaria enorme, pintada de color bordó y blanco, incrustada en un parque teñido de amarillo y verde, los pinos mantienen su color hasta el fin de sus días. La calle que da al frente principal del establecimiento está repleta de vehículos que pertenecen a los profesores que están dando, como cada día, sus aburridas clases en un sistema anti educativo cuyos crueles fines de adoctrinamiento suturan nuestras vidas convirtiéndonos en máquinas con el único fin de serle fiel al amo que impone las reglas. Nos enseñan a que ser obedientes con la promesa de que es el secreto del verdadero éxito en la vida. No los culpo, enseñan lo que les dicen que enseñen, son víctimas y cómplices del sistema.

Suspira y comienza a transitar el último tramo del camino para arribar a su destino. A medida que se acerca, los recuerdos de los sucesos que lo obligaron a emprender una

trágica aventura revolotean por su mente, generando así un odio exorbitante y motivador. Varias lagrimas salen de sus ojos, humedeciendo así las pestañas. Sus ganas de llorar no son por causa de la entrañable tristeza, es el odio el sentimiento que amenaza con quebrantarlo. Aprieta la mandíbula y frunce el ceño para evitar la victimización de su persona.

Pasa al lado de autos vacíos. No hay presencia de seres humanos en el camino, y ello le facilita el poderío de avanzar sin temer a imprevistos con consecuencias desastrosas. Entre la melodía de hojas crujiendo al ser pisoteadas y el bombeo de su corazón asustado, la adrenalina comienza a penetrar sus nervios crispantes para erradicar todo temblor e indecisión. Debe ser en un mártir ante sus objetivos predispuestos.

Una vez estando en la entrada principal del establecimiento, ingresa, intenta calmar sus ansias, y se quita la pesada mochila que lleva encima para preparar su arsenal de asedio. Se alegra de que todos están en clases, concentrados y despreocupados, solo desea ver, sobre todo a sus compañeros de clase, la cara de pánico y confusión que tendrán cada uno de ellos antes de que sufran un final fatídico. Ya es hora de pisotear las hojas de otoño.

Antes de esta divertida escena contaré la historia que lo llevó de a poco a tomar la correcta decisión de atentar contra los que lo dañaron sin descaro cuando necesitaba absoluta ayuda emocional. «La venganza es la justicia».

La vida de Edward dio un vuelco radical cuando su madre, Candelaria Fibonacci, enfermó de cáncer de pulmón cuando él tenía apenas unos 9 años. Desde entonces su madre se encuentra encerrada en un cuarto de hospital para someterse a los tratamientos correspondientes y así poder erradicar la enfermedad. A pesar de todos los años, esfuerzos y quimios regulares, el cáncer fue más fuerte y deterioró cada vez más la salud de ella. Según los especialistas el cáncer fue descubierto demasiado tarde, y tuvo tiempo suficiente para fortalecerse al punto de que el porcentaje de sobrevivir a él era de menos del 6%. Ello desesperanzó a toda la familia. En un principio dieron a saber, los médicos, que con suerte lograría vivir no más de un año desde que fue descubierta la enfermedad. Al menos ganó una batalla, casi cuatro años logró sobrevivir a su perdición, sufriendo cada segundo por lograr vivir un día más. «Extendió su muerte al costoso precio de una aguda agonía». No solo sufrió ella, también lo hicieron los amigos y familiares de su entorno. Fueron egoísta por extender lo inevitable.

Lo difícil para la familia y para todo ser que la conoció, es que ella estaba internada en otra ciudad, ya que las instalaciones del centro de salud y sus decadentes trabajadores, del pueblo en que reside, es insípido y desastroso, con suerte si logran curar una gripe. Son trogloditas de la salud, aunque hay excepciones. La iba a visitar cada fin de semana y le estremecía ver a su madre cada vez peor. Cuando la vio, a mitad de febrero, antes del comienzo de clases, ella estaba con aspecto cadavérico, calva, apenas si lograba abrir los ojos y mover sus manos, y cuando hablaba no sobrepasaba la tonalidad de un gélido susurro. Su fin estaba a solo un suspiro de distancia.

— ¿Cómo estás, mi niño? — preguntó mientras palpaba con sus tibias manos el rostro de Edward —. Creces muy rápido, ya eres todo un hombrecito. — era lo que repetía en cada visita.

— ¿Cuándo regresarás a casa? — Edward tenía la espesa esperanza de que en cualquier momento escucharía lo que quería escuchar.

— Pronto — mentía —. Cuando me recupere iré a casa.

— ¿Falta mucho para eso?

— No sabría decírtelo, hijo mío — y con esto ella empezaba a sollozar. Los presentes enmudecían y acariciaban la cabellera del triste niño por mera pena y aval de condolencias.

El patrón se repitió en cada visita, hasta que ella perdió su capacidad de hablar. Sus músculos del cuerpo se debilitaron tanto que con extrema dificultad lograba mover los dedos.

A cada visitante se le formaba un nudo en la garganta y los ojos se les enrojecían, a tal punto que unos no podían evitar soltar las lágrimas. Sin embargo, Edward, cada vez que apoyaba su rostro contra el pecho de su madre, mientras la abrazaba, se sentía feliz y esperanzado. «Yo sé que volverás a casa.», se repetía en cada momento.

Edward es hijo único y su padre se marchó cuando nació, este engañaba a Candelaria con otra mujer, con la que formó una nueva familia, no obstante, Gabriel Guevara, el padre, lo visita cada vez que puede, o cada vez que lo obligan a hacerlo. Un par de veces al año, a lo mucho. Edward no tuvo otra opción más que vivir con sus abuelos, a quienes detesta con todo su ser.

Sus días solían ser llevaderos gracias a sus amigos de primaria, con quienes solía estar cada día. Pero para su desdicha terminó el primario, era lo que los mantenía unidos, y cada quien se fue por su propio camino. «Adiós para siempre, queridos amigos». Se quedó solo en su desgracia.

Sus familiares intentaban estar con él, pero solo sentían pena por el pequeño niño y este se daba cuenta, huía de ellos. Se pasaba los días encerrado en su habitación jugando a los videojuegos para distraerse de toda su realidad. Muchas veces se quedaba acostado en su cama mirando a la nada, pensando en su querida madre. Solo deseaba estar con ella, darle un abrazo en cada momento y decirle «Te quiero» cada noche antes de irse a dormir.

Solo quería que llegara el fin de semana para viajar hasta el hospital donde estaba internada su madre. En un principio iba todos los fines de semana, pero sus abuelos comenzaron a pensar que un niño no debe ver a su madre agonizar, decían que no estaba bien, que el pobre no debe sufrir de esa manera, por lo que decidieron disminuir la cantidad de visitas. En la segunda mitad de febrero no pudo verla, no quisieron llevarlo al hospital. Fue desbastador para él. «Ahora no puedes ir, te llevaremos cuando mejore, ahora necesita descansar.», le dijo su abuela. «Le están haciendo tratamientos muy complicados, pronto iremos a verla.»

La abuela solía viajar por muchos días, dejando a Edward con su abuelo. Cuando la abuela volvía el abuelo viajaba. Este patrón era el habitual. Sintió que lo privaban de un derecho fundamental para su vida, detestó verlos ir y venir mientras él era solo un débil espectador.

Los días pasaban, el mes terminaba, y de a poco comenzó a abrazar la depresión. Estaba solo, nadie lo escuchaba y, mucho menos, nadie parecía verlo. Todos estaban expectantes a Candelaria, a sus posibles últimos días de vida. Algunas noches, Edward, lloró por la desesperación de no poder ver a su madre y que nadie se percatara de su existencia como corresponde, sentía que era una molestia para todos.

— ¡Quiero ver a mi mamá! — enfrentó a sus abuelos, le llevó días lograr juntar la valentía necesaria para hacerlo —. ¡Y pronto!

— Ahora no puedes...

— ¡Quiero ir a verla, no me importan los tratamientos! — interrumpió a su abuela, previendo lo que estaba por decir.

La abuela se sonrojó de tristeza, miró a su esposo y respondió:

— Ya hemos hablado sobre esto con tu madre — dijo con tono afable, mintiendo sobre la conversación que tuvo con su muda madre —. Te llevaremos dentro una o dos semanas para que puedas estar con ella... Debes ser paciente... Se que quieres verla, lo entiendo, pero ahora las cosas se han complicado demasiado.

— ¡No me importa! ¡Quiero verla! — enfureció.

— La verás dentro de poco, debes ser paciente. Todos queremos estar con ella — comenzó a sollozar —, al igual que tú, pero ahora no se puede.

— ¿Por qué solo pueden ir a verla ustedes dos? — preguntó gritando.

— Nosotros vamos a cuidarla — jamás perdió la compostura ante el escándalo, enojo y dolor de su nieto.

— ¿Y yo no puedo ir a cuidarla acaso?

— No es eso, solo que...

El abuelo interrumpió en la conversación diciendo:

— No hagas tanto escándalo, por dios — dijo con tono autoritario —. Te llevaremos cuando veamos que sea conveniente. Sé, sabemos, que solo quieres estar con tu mamá, pero no puedes. Ella está muy enferma... ahora la está pasando muy mal.

— Solo quiero verla un ratito... — varias lagrimas corrieron por sus mejillas.

Los abuelos se miraron y se estremecieron de tristeza al ver a su nieto tan débil emocionalmente.

— Lo harás, pero no ahora. Se paciente, por favor — la abuela estaba a punto de quebrar en llanto.

— En un par de semanas podrás verla, es una promesa — dijo el abuelo sin indicios de perder la compostura.

— ¿Y si muere antes de que pueda volver a verla? — esta vez quebró en llanto, salió de la mesa, dejando la mitad del almuerzo, y se encerró en su habitación.

El agudo silencio que quedó en el ambiente de los abuelos fue abrumador y triste. La insinuación de Edward los dejó pensando. En realidad, todos pensaron en algún momento que Candelaria estaba en su lecho de muerte, pero decidieron ignorar tal pensamiento porque les parecía muy grotesco y triste, por lo que emprendieron el intento de ser optimistas e irrealistas.

— ¿Y si tiene razón? — preguntó la abuela, presionando sus sienes con los dedos.

— ¡No morirá! — exclamó el abuelo —. ¡Mi hijita, mi pequeña, no morirá! — sus labios temblaron ante una realidad que no le gustaría vivir.

El amor los transforma en miseros seres incrédulos.

— Creo que deberíamos llevarlo...

— Lo haremos — replicó el abuelo —, cuando nuestra hijita mejore. Ahora, en un par de días, comienzan las clases, debería estar preparándose para su primer día de clases...

— No seamos malos con el pequeño... — interrumpió para ser interrumpida.

— He dicho que lo llevaremos cuando su madre se encuentre bien y pueda hablar — dijo entonando las notas del enfado —. Ya no insistas con eso. Será peor para el niño si ve a su madre en las condiciones que se encuentra. Es mejor, más saludable, que se quede acá, en casa, en paz. Ten un poco de sentido común, dios mío.

La abuela no fue capaz de contrariar las palabras de su esposo, guardó silencio y se dispuso a limpiar la mesa. El apetito de todos se esfumó ante tan agradable conversación.

Edd llegó a su habitación y cerró la puerta con todas sus fuerzas, creando así un ruido estridente. Se tumbó de boca en la cama y comenzó a llorar. No quería que nadie oyese su llanto, según él hacía notar su debilidad y lo único que lograría es que sientan pena por su persona. No quiso molestar más de lo que ya creía que lo hacía.

Cada vez que se sentía mal, con bastante regularidad, sacaba de debajo de su cama un álbum de fotos que sustrajo sin permiso de las pertenencias de sus abuelos. Modificó el álbum para que cumpla con sus intereses: solo dejó las fotos en la que se encontraba su madre. El resto las quitó y las guardó en una caja. El álbum era inmenso, de unas trescientas páginas con más de quinientas fotos. En 231 de ellas estaba su madre, era una recopilación de fotos, con la cronología del tiempo desde que ella era una beba hasta que la internaron en el hospital, cuatro años atrás, desde entonces las fotografías dejaron de tomarse.

Abrió el álbum y leyó en la primera página lo siguiente: «Feliz cumpleaños mamá y papá, los quiero con todo mi corazón». Fue un regalo que Candelaria les hizo a sus padres en navidad, cuando era adolescente, mucho antes de que él naciera.

Pasó página por página, sonriendo con cada foto, repasando la vida, los momentos, que tuvo su madre. Se la veía muy feliz, y se entristeció por no poder estar cerca de ella. Llegó a una foto en donde ambos, madre e hijo, estaban tomados de la mano. Habían ido a una fiesta popular llamada «Festival del chivo», donde suelen ir bandas de diferentes géneros musicales, pero el principal es el folklore. La noche en la que fueron, cuando fue tomada la foto, estuvo en el escenario una cantante que era del agrado de su madre: Soledad Pastorutti. Recuerda muy bien esa noche por que fue la última vez que la vio gritando, cantando, saltando por el éxtasis frenético de la fiesta, riendo a carcajadas y bailando al paso de una canción de samba. Pensar en aquel cálido recuerdo y compararla con la cruda realidad que está viviendo comenzó a sollozar, solo quería volver a verla feliz como aquella noche. Solo quería estar con ella y vivir una vida normal. Muchas

veces soñaba que ella por fin se curaba y llegaba a casa como lo hacía cuando volvía de trabajar, sonriendo y dispuesta a darle un beso en la frente con un fuerte abrazo.

Arrojó el álbum, debido a la impotencia, lejos de su vista, sin saber dónde cayó, y comenzó a darle puñetazos a la almohada, desahogando así todos los sentimientos encontrados.

Edd dejó de dirigirle la palabra a sus abuelos, solo lo hacía cuando era necesario y por mera educación. «Buen día. Buenas noches.»

Una mañana, 2 de marzo, la abuela lo despertó y le dijo que debía levantarse para ir a comprar los útiles escolares. Tener útiles nuevos, con olores frescos y satisfactorios, es algo fascinante y emocionante para cualquier estudiante de cualquier nivel. Las clases comenzaban el 6 de marzo, solo si los burócratas educativos no hacían paro nacional. Debido al desinterés del gobierno argentino por mejorar el sistema educativo público controlado por ellos, los profesores marchan para pedir subas salariales, olvidándose de que el gobierno con índole socialista solo desea una escasa educación a quienes representan, al pueblo. La educación pública y gratuita es una fábrica de fanáticos. Edward, al terminar el primario, no sabía a qué colegio secundario asistir, estaba perdido. Cada secundario tenía su propia “especialidad” educativa. Entre las pocas opciones, la cual ninguna era de su agrado, eligió una que, según las opiniones públicas, era la institución que brinda la mejor educación. Era, es, un secundario técnico denominado, en jerga popular, «La minera». Entre los dos títulos técnicos que brinda se encuentra, como la más conocida, la orientación de minería. Es curioso porque en la provincia, Mendoza, ya no se practica la minería en sí, debido a la ley 7722, la cual prohíbe ciertas sustancias químicas, todas nocivas para el medio ambiente, que son esenciales en la industria para tratar minerales rentables y muy demandados en el mercado. Por el momento deben conformarse con extraer rocas industriales.

Al regresar de la mañana de compras se entretuvo sacando las lapiceras de colores de su paquete, también una regla, goma de borrar, corrector, lápiz, sacapuntas, etc., y metió todo en su cartuchera nueva, o guarda útiles escolares. Sacó de su mochila, nueva, varios bollos de papel de diario que servían para darle un aspecto inflado. Los gustos de Edd eran simples, detestaba los dibujos o colores chillones, por lo que siempre optaba por tener pertenencias de colores planos y sin agregados figurativos. Preparó su carpeta, la cual usaría para todas las asignaturas que le dicten, y metió todo dentro de su mochila color azul oscuro. Se probó la mochila para verificar su comodidad y, a su vez, ajustarla a la medida de su cuerpo. Aparte de los mencionados útiles, nada fuera de lo ordinario, también le compraron dos guardapolvos de color gris oscuro, prenda obligatoria de la institución. La abuela, Esperanza Vivanco de Fibonacci, se enterneció al ver a su nieto sonreír de oreja a oreja de nuevo, despreocupado. Siempre lo veía serio, callado, triste y antipático. Verlo gritando, yendo de un lado a otro emocionándose por los juguetes y otros artilugios, calmó por un momento su corazón. Quiso comprar todo lo que le gustaba a su nieto, creyendo que llenándolo de bienes materiales lograría calmar su vacío interior, quería verlo sonreír cada día, pero fue razonable y supo de forma acertada que era un pensamiento sórdido. «Lo material jamás logrará saciar nuestras penas interiores, pueden hacernos olvidar, por un tiempo, de todo lo que nos ajetea la existencia, pero, al final, la falsedad de nuestro sentir sucumbirá para dar lugar a la realidad que no queremos ver por mera cobardía.»

En la hora del almuerzo, luego de que la abuela Esperanza lo llamase a la mesa, entró alegre, sonriendo y moviendo los brazos de forma exagerada como si fuera un Robot, se sentó en la mesa y dijo:

— Olvidé darte las gracias por comprarme las cosas para la escuela.

— No te preocupes — respondió la abuela, siempre con tono afable y sonriendo como si no tuviera preocupación alguna —. Lo importante es que te haya gustado.

— ¡Me encanta todo! — exclamó —. Sobre todo, los lápices de colores fluorescentes, siempre quise tenerlos. Me emociona la idea de dejar el lápiz para comenzar a utilizar la lapicera. Me siento más grande...

— Has crecido demasiado, aún recuerdo cuando te sostuve entre mis brazos el día que naciste — interrumpió la abuela.

— La carpeta — ignoró las palabras de su abuela — es mucho más grande que la que he usado por muchos años. Todo es más grande. Me encanta porque la mochila tiene ese coso... hombreras anatómicas y me hace ver como un deportista que va a la montaña.

— Espero que la cuides, porque no fue para nada barata — dijo levantando las cejas, aun sorprendida por el valor de la mochila.

Edward asintió y se sirvió un vaso de agua.

— ¿Estás ansioso por empezar las clases? — preguntó la abuela.

— Estoy aterrado, no conozco a nadie. Pero sí, tengo ganas de empezar, ya no aguanto estar solo, encerrado, jugando a los videojuegos. Necesito distraerme un poco. — sus ojos se tornaron tristes.

— Aprenderás muchas cosas — dijo la abuela, notando el cambio de humor de su nieto —. Te aseguro que será una experiencia única e inigualable. A veces me gustaría retroceder el tiempo y ser joven de nuevo, ir a clases y reírme con mis compañeros de todas las payasadas que hacíamos. — suspiró al recordar tiempos más sencillos —. Tendrás tu primera novia... — hizo una pausa para incomodar a su nieto.

— Tendré mis primeros granos — convino Edd para cambiar de tema.

— Y el pelo comenzará a caerte hasta que te quedes calvo como tu abuelo.

Edward se puso serio como si estuviera posando para la foto del documento de identidad, impactado por el destino de su prominente cabellera.

— ¿Lo dices en serio? — preguntó palpando con sus manos su melena.

— Es probable — contestó estando al borde de la risa —. Esperemos que no, los calvos son gruñones y malhumorados.

— ¿Lo dices por el abuelo?

— ¿Tú qué crees?

— Espero no ser calvo, entonces — dijo preocupado. He de recordar que lo detesta.

Ese día, el abuelo, Merlín Fibonacci, de descendencia italiana, estaba cuidando en el hospital a su pequeña y única hija.

La abuela preparó unos fideos con tuco y carne molida, unos de los platillos favoritos de Edward. Cuando la abuela puso un plato lleno de fideos frente a su nieto, a este se le agrió la boca por el placer culinario que sintió.

— ¡Qué bien huele! — exclamó Edd.

— Los hice especialmente para ti — a Esperanza le encantaba cocinar a su querido y desdichado nieto.

Comenzaron a degustar la comida, y con cada bocanada que dieron les fue imposible no cerrar los ojos. Una vez que ambos tenían el plato medio lleno, o medio vacío, el teléfono del hogar comenzó a chillar con su tono característico y estridente. La abuela Esperanza saltó de la silla y trotó con mucho esfuerzo, haciendo todo lo posible por hacer valer cada segundo, hasta llegar al teléfono.

— ¿Sí? — contestó el llamado.

Edward se puso de pie al ver a su abuela gesticular tristeza sin descaro y gemir de angustia. Supo que no recibió buenas noticias por parte del orador que estaba del otro lado de la línea.

— ¿Qué sucede? — preguntó Edd, palpitando el borde del miedo.

La abuela estaba absorta al teléfono, escuchando con atención todo lo que le decían.

— ¡Responde! — insistió Edd.

La abuela, sin decir nada, colgó el teléfono y volvió a la mesa, apoyando sus codos en ella y tapándose los ojos. Estaba nerviosa y, sin poder disimularlo, al borde de las lágrimas. Siempre llevaba consigo un collar con una cruz católica en su cuello, y colocó la cruz entre sus manos a la altura de su boca. Movía la boca, cerrando los ojos, balbuceando palabras ininteligibles para el oído humano. En tiempos difíciles la persona se corrompe a tal punto que termina buscando esperanzas en un ser inexistente. «En la agonía, endulzar las esperanzas, aunque estas sean vagas, es un fin necesario.:

Edward solo quería una respuesta.

— ¿Le ocurrió algo a mi mamá? — preguntó con tono monótono, intentando mostrarse en calma.

— No, todo está bien — la abuela se dignó a responder con una vil mentira —. Termina de comer...

— ¡Mentira! — exclamó furioso —. ¡Dime de inmediato que sucede!

La abuela no podía creerse la furtiva reacción de su nieto.

— No sucede nada... — fue reticente a contarle la verdad.

Edward, de la rabia que sintió hacia la actitud despectiva de su abuela, cogió un cuchillo, apretó con todas sus fuerzas el mango, y amenazó con lastimarla.

— ¡Dime o ya verás! — apretó la quijada, y al hablar escupió varias gotas de saliva.

La abuela quedó perpleja y comenzó a entrar súbitamente en estado de pánico. Al ver el rostro de Edward, quien estaba con los ojos llorosos y llameantes de furia, no fue capaz de ver mentira en la amenaza. Se puso de pie y se alejó del impetuoso filo del cuchillo dando varios pasos.

— Eddy... cariño... deja el cuchillo en su lugar — dijo, entre pausas, tragando saliva.

— ¡Primero dime que sucede! — exclamó Edd, lanzando una punzada, y arcos de corte, hacia su abuela. No la lastimó porque estaban a una distancia considerable, pero se acercó cada vez más hasta que la abuela decidió cumplir con la demanda de su nieto.

— Tu madre tuvo una recaída... — dijo al fin, con los ojos como platos —. Ya, deja el cuchillo en su lugar.

— ¿Qué tipo de recaída? — preguntó gritando, haciendo el gesto de querer dar una apuñalada.

— Sus pulmones colapsaron.

— ¿Eso es grave?

— Y bastante — contestó con sinceridad.

— ¿Morirá? — preguntó Edd, desvaneciendo su enojo para dar lugar a una recaída emocional.

— No lo sé — respondió la abuela, entre sollozos.

La abuela clavó sus ojos en el cuchillo, expectante a sus movimientos. Dio un hondo suspiro cuando Edd lo soltó de sus manos y lo dejó caer al suelo. Se incorporó y se dispuso a darle un abrazo, supo más que nadie el arduo dolor que inundó a Edd. «Jamás me lastimaría.», se dijo, pensando en la amenaza que recibió. «Es un niño bueno, jamás lastimaría a nadie.», a pesar de sus pensamientos, las dudas sobre la cordura de su nieto hicieron que el miedo no disipara por completo. Sin embargo, el amor fue más fuerte y apretó con su viejos y arrugados brazos el cuerpo del frágil jovencito.

— No quiero que muera... — dijo Edward con un triste susurro.

— No morirá — solo dijo lo que su nieto necesitaba escuchar. Ella ya estaba preparándose para el trágico e inevitable final, al igual que todos los demás.

De pronto se apartó de los brazos de su abuela, empujándola hacia atrás, y, después de una impetuosa reacción inducida por un ataque de colera, agarró su plato de cerámica con comida y lo lanzó contra el suelo, rompiéndolo en pedazos.

— ¿Qué rayos pasa contigo? — la abuela quedó anonadada.

Edward se sintió culpable por su fechoría y corrió hasta su cuarto, decepcionado de sí mismo. No podía creer lo que había hecho: amenazar a su abuela con un cuchillo y romper un plato. «¿Me estoy volviendo loco?», se preguntó. Intentó buscar una respuesta a tan ajetreada y sublime reacción, y no tuvo éxito alguno. ¿Odio? Sus días se consumen en un odio silencioso, peligroso, hacia sus allegados, sobre todo hacia sus abuelos, quienes le quitaron el derecho de ver a su amada madre. ¿Tristeza? Fue la prosa principal de su vida. ¿Felicidad? Es solo un cruel invento del hombre para embobar a las personas de lo dura que suele ser la vida, ayudándolos, u obligándolos, a ignorar las atrocidades y aberraciones que suceden bajo sus narices. Apenas si sonreía, pero cada indicio de alegría sufría un trastorno pasajero, se esfumaba en un abrir y cerrar de ojos. La cordura escaseaba en su persona. «¿Por qué hice lo que hice?», se preguntó, aborreciéndose a sí mismo. Caviló en las consecuencias de sus sucias acciones y concluyó que debía encontrar el valor para disculparse con su abuela. «Debe estar aterrada.», pensó. ¿Sería capaz de lastimarla? Es un chico frágil e impredecible, una peligrosa combinación. Nunca antes había violentado, o amenazado, físicamente contra alguien, solo levantaba la voz a son de mostrar su fastidio indecoroso hacia sus despreciables familiares que no hacían más que molestar. Cada vez que oía el nombre de su madre en una boca indeseada, el instinto asesino se apoderaba de su imaginación. Su punto frágil, el que incendia una gran llama ardiente en su persona, es su madre, claro está. Tan solo una breve insinuación lo sacaba de quicio, y cada vez todo empeoraba.

Tumbado en su cama, luego de asimilar sus acciones y el porqué de ellas, se puso de pie y salió del cuarto a enfrentar las impredecibles consecuencias.

Caminó hasta la cocina, donde el almuerzo sufrió un imprevisto voluminoso y violento, y vio a su abuela sentada en la mesa, llorando con las manos en sus labios mientras parecía besar la cruz cristiana de su collar. — es lo que hacía siempre que buscaba ayuda de un ente imaginario para saciar sus heridas o preocupaciones que cree que van más allá de su propia voluntad y poder —. Edd se ruborizó por el sentimiento de culpabilidad que tocó muy profundo en su persona.

— Abuela... — dijo con inseguridad —. ¿Estás bien?

La abuela lo miró de reojo, con lágrimas en los ojos, y esbozó una sonrisa forzada para tranquilizar y no preocupar a su nieto.

— Si, cariño, estoy bien — mintió. Estaba aterrada, ensimismada en el violento ataque que vivió, cuyo resultado pudo ser devastador.

— Perdoname... no quería hacerlo — dijo mirando al suelo, escapando de la posible mirada acusadora de su abuela.

— No te preocupes, no es tu culpa — ella llegó a la conclusión de que Edd estaba tan roto que no poseía control de sus actos, se escusó creyendo que era víctima de las circunstancias.

Mirando al suelo se topó con el desastre que hizo al tirar el plato de cerámica con comida. Sin decir nada se dispuso a limpiar el suelo, recogiendo con la mano los pedazos grandes del plato para después recoger la comida y los minúsculos pedazos de cerámica con un trapo para limpiar.

— Dejalo, yo limpiaré el resto — expresó la abuela, algo orgullosa por el gesto del niño —. Ten cuidado con los trozos de cerámica, no te vayas a cortar.

Edward hizo caso omiso a la orden de su abuela y fue a tirar los pedazos que recogió al tarro de basura, el cual estaba casi al límite de su capacidad.

— Si quieres ayudarme, ve y saca la bolsa de basura y cambiala por una nueva — dijo la abuela, levantándose de la silla y secando sus lágrimas con un pañuelo de bolsillo, inspirada por la inesperada iniciativa de Edd

Sacó la bolsa repleta de basura, hizo un nudo en la apertura para ahogar la basura en el interior, y repuso, en el cesto, una bolsa nueva. Fue hasta el frente de la casa para meter la bolsa al canasto de basura.

Cuando emprendió el camino de vuelta hacia el interior de la casa, escuchó el murmullo de una guitarra y una voz que entonaba palabras, debido a la distancia, ininteligibles provenientes de la casa de su vecino. Se detuvo y agudizó el oído para escuchar con mayor claridad, y reconoció la grave voz del señor Vargas, un anciano de 76 años de edad que combatió en la guerra por la disputa de las islas Malvinas entre Argentina y el Reino Unido en el año 1982, saliendo victorioso el ejército británico. Fue un conflicto de tinte bélico indecoroso e incoherente, y los únicos culpables fueron los nefastos mandatarios de la dictadura cívico-militar, cuyo fin fue ejercer terrorismo de estado, que llegaron al poder luego de atentar y derrocar en 1976 a la viuda, María Estela Martínez, de uno de los peores presidentes de Argentina: Juan Domingo Perón, un cretino que dio inicio a una ideología perversa y antirrevolucionaria, la cual perdurará hasta lograr su único objetivo: La destrucción total de la patria y la soberanía nacional, con consecuencias desastrosas e irreversibles para el pueblo que es cómplice y víctima de su propia ignorancia. ¿Quién fue el país invasor en la disputa por las Malvinas? Argentina fue declarado por el consejo de las naciones unidas como país agresor, luego de que los gobernantes desestimaran las pacíficas negociaciones, y mediaciones, diplomáticas entre ambos países. «En fin, fue un conflicto sin sentido y que pudo evitarse.»

Se fue hacia la casa del vecino, acercándose al sonido, y, al estar en el frente de la casa, vio al anciano tocando la guitarra, sentado en banco sin espaldar, en el patio delantero.

Vargas era un anciano de estatura media, complexión delgada, con dedos largos, y las cejas parecían ser sombras de sus ojos, justo encima de ellos y del mismo tamaño. El pelo era canoso, lacio y peinado hacia atrás, como si fuera un miembro de la mafia italiana. Bajo sus ojos prescindía la existencia de bolsas, haciendo alusión a su edad.

— ¿Qué quieres, niño? — preguntó el señor Vargas al percatarse de la presencia que lo acechaba.

— ¿Usted está tocando la guitarra?

— No, tú que crees — contestó con sarcasmo divertido —. Tengo esta guitarra en mis manos para practicar tiro al blanco.

Edd enrojeció de vergüenza e hizo una pregunta menos tonta.

— ¿Qué canción estaba tocando? Nunca la escuché.

— Ven, entra — hizo ademán invitándolo a ingresar a su hogar —. No te escucho bien, ya estoy viejo y no tengo el audífono.

La casa era resguardada por una cerca de barras de acero, por lo que tuvo que ir hasta la puerta de entrada. Metió su mano entre el espacio creado por las barras de acero y quitó el seguro de la puerta. El roce entre metales creaba un ruido chirriante y estridente, por lo que lo hizo despacio para apaciguar el molesto ruido. Una vez dentro, caminó despacio hasta la posición del señor Vargas. Vislumbró el hermoso jardín de rosas aupados en el frente para embelesar a todo aquel que pase por allí. Siguió el trayecto de un camino estrecho hecho de madera, acoplado en los extremos por pequeñas flores blancas y rojas. Era un jardín vistoso y hermoso.

— ¿Qué decías, niño? — preguntó el señor Vargas cuando Edward estuvo a su lado.

— No me acuerdo que dije... ah, ya me acordé, ¿Qué canción tocaba?

— ¿Qué canción? Es una canción vieja ya, no tanto como yo, claro, pero fue creada hace unas décadas por un cantautor de este pueblo... No recuerdo el nombre de la canción, me he olvidado, ha pasado demasiado tiempo, pero conocí al creador y tuve la oportunidad de tocar un par de veces con él... — hizo todo el esfuerzo posible por recordar el nombre de autor —. Gilberto Espinoza, si mal no recuerdo...

— ¿Quién es?

— ¿Acaso no escuchas? — fingió enfadarse —. Es el que creó la canción por la que me preguntas. Es una payada...

— ¿Sigue vivo? — interrumpió.

— No, creo que no, no sabría decírtelo, pero hace ya mucho tiempo que dejó la música — chasqueó con la boca —. Y es una pena, porque era bastante bueno.

— ¿Qué es una payada? — todo le pareció novedoso e insólito.

El señor Vargas tuvo intenciones de hacer un comentario ofensivo, pero se abstuvo porque el arte de la payada no entra en el lenguaje de los jóvenes actuales, se va perdiendo en los recuerdos de las personas que enfrentan el duro paso del tiempo.

— La payada son poesías y versos recitados, acompañado de una hermosa guitarra, y se tratan temas de la vida cotidiana. El punto fuerte del estilo es que improvisan frases en el momento. Los payadores son poetas, según expertos, repentistas. Pero a mí me gusta decir que son poetas que transmiten mejor que nadie el sentir humano. Poetas pobres. — de pronto le llegaron recuerdos de sus tiempos de juventud, de cuando se juntaba con sus antiguos amigos en bares, bebiendo botellas y botellas de vino, emborrachándose y escuchando payadas que lo hacían sufrir, llorar y reír.

— ¿Se encuentra bien? — preguntó, notando la repentina recaída de su vecino.

— Me llegaron muy lindos recuerdos de tiempos más sencillos, niño — respondió relamiendo su tristeza —. ¿Sabes tocar la guitarra?

— No, nunca he tocado un instrumento.

— Que pena, niño, es un instrumento muy lindo.

— ¿Desde cuándo toca la guitarra? No tenía idea que usted sabía tocar.

— Desde hace años, mucho antes de que nacieras — quitó la guitarra de su regazo y la extendió —. Hace unas horas encontré esta guitarra en el garaje mientras buscaba otra cosa, lo cierto es que extrañaba tocarla, pero mis dedos ya están viejos y me es muy difícil tocar las cuerdas. Toma, niño, te la regalo, ya no la necesito.

Edward lo miró con cara de confusión.

— Vamos, niño, agarrala, ahora es tuya. — dijo como si hubiese esperado con ansias poder regalársela a alguien, como si quisiera deshacerse de ella de una vez por todas.

— Pero no sé tocar...

— Entonces aprende, no es muy difícil. — replicó con tono furtivo.

Cogió el regalo, su nueva pertenencia, y sus labios esbozaron una sonrisa esplendorosa de satisfacción.

— ¡Gracias! — exclamó —. ¿De verdad ya no la quiere? Es una guitarra muy bonita.

— Ha estado juntando polvo por casi treinta años, he sido un pésimo dueño. Espero le des el uso que se merece.

— ¿Me enseñará a tocar? — preguntó —. Puede enseñarme algunas canciones, ¿o no?

El señor Vargas pensó ceremonialmente la respuesta, haciendo ruidos y gestos con su boca.

— Solo te daré un par de clases para enseñarte lo básico, para introducirte en el mundo de la música, el resto es problema tuyo — se puso de pie, con mucho esfuerzo, e hizo ademán para despedir a Edward —. Ven cuando quieras, niño, ahora vete, tengo cosas que hacer.

Él siguió la orden y se marchó a casa con su nueva pertenencia, lo que necesitaba para saciar su pena y aupar su completa atención. Le pareció extraño que su vecino, el señor Vargas, con quien no tenía una relación consolidada, solo se saludaban cuando se cruzaban, le regalase una pertenencia que lo acompañó durante décadas. «Ha estado juntando polvo por casi treinta años.», le había dicho, y fue lo que lo convenció de aceptar el obsequio. «¿Habrás sentido pena por mí?», se preguntó, ya que le obsequiaban regalos

con regularidad desde que su vida se tornó difícil. No obstante, de todos los regalos que recibió, la guitarra mira al resto desde lo más alto.

— Niño, espera — gritó el señor Vargas cuando Edd salió de la propiedad —. Te olvidas el estuche de la guitarra.

Edd, esforzándose por sostener la guitarra, intentó abrir de nuevo la puerta hecha de barras de acero, pero el señor Vargas, apresurando su paso, se acercó, abrió la puerta y le dio el estuche.

— ¡Gracias! — Edd seguía sin creérselo.

— Si, si, no es nada — dijo Vargas, desestimando su gesto benevolente —. Oye, niño... ¿Cómo se encuentra tu madre? — preguntó, casi arrepintiéndose después de hacerlo.

Edd bajó la mirada y, sumido en un pensamiento desconsolador, guardó silencio.

— Perdona por la pregunta, sé que es difícil para ti, pero...

— Mi abuela me dijo que sus pulmones colapsaron. — dijo, clavando su mirada a la del curioso hombre.

El señor Vargas se reprochó la novedad que recibió, lanzó un insulto al aire y pasó su vieja mano por su arrugado rostro, dejando en claro que lo que le ocurrió a Candelaria era de extrema gravedad.

— ¿Qué tan malo es? — preguntó, sabiendo que el señor Vargas no le mentiría en la cara.

— Te seré sincero — contestó —, no es para nada una noticia agradable. Es una complicación muy grave y con posibles consecuencias fatales... — se detuvo luego de percatarse que le decía, sin malas intenciones, que su madre podría morir. «Nadie desea oír jamás que un ser amado está en su lecho de muerte.»

Del impacto de la revelación quedó absorto imaginando la peor de todas sus pesadillas: La muerte de su amada madre.

— Perdona, niño... no quise insinuar que...

— Sé que va a morir — susurró Edd, con tono gélido y triste —. Todos lo saben. ¿Cuándo? Espero que no muy pronto, necesito verla una última vez...

El señor Vargas tragó saliva y se ruborizó ante tan cruda revelación.

— Sabes, eres un hombrecito muy valiente — dijo Vargas.

— Me siento un cobarde...

— Cobarde es el que se miente a sí mismo, niño. La vida te golpea muy duro día a día y, a pesar de todos los golpes que recibes, sigues de pie y con la frente en alto. Muchos desearían ser como tú, niño. — la voz grave y rasposa del señor Vargas hizo de sus palabras un conglomerado inspirador.

Edd, sin decir nada, asintió y suspiró hondamente, y se marchó de una vez por todas a su hogar, sin antes haber metido la guitarra en su estuche. El señor Vargas lo observó con convicción, orgulloso de haber regalado su guitarra a alguien que en verdad lo necesita, y que aprovechará cada nota para endulzar un poco la amargura de sus días. La música es un fiel escape hacia terrenos menos escabrosos.

Al entrar a la casa, Edd, vio a su abuela limpiando los restos de suciedad del suelo, quien, al voltear, por instinto, vio a su nieto con el rostro caído y los ojos tristes. Lo normal. Sin embargo, se percató del objeto que su nieto sujetaba entre sus manos.

— ¿De dónde has sacado eso? — preguntó.

— Me lo regaló el vecino, el señor Vargas — esbozó una breve sonrisa.

— ¡No te la creo! — exclamó, sorprendida —. Ese anciano gruñón no es capaz de prestar ni un encendedor.

Vargas siempre fue reservado, antipático en muchos casos, su único objetivo era alejar a todo aquel que intentase socializar con él. Le disgustaba las personas, al menos es lo que hacía creer. Casi nadie se acercaba a su casa porque sabían que serían ignorados. Él prefirió vivir en soledad antes que desperdiciar su tiempo con personas que no ofrecen una verdadera compañía. Le causan pudor, desde siempre, las personas que, en vez de ofrecer una buena y constructiva conversación, escupen y farfullan, como perros chihuahuas, sandeces con temáticas insípidas. Es mejor alejarse de esas personas pedantes e insignificantes. La soledad nos ofrece una verdadera compañía con nosotros mismos, no hay que desestimar tal bendición. «Sacrificar nuestro valioso tiempo por querer buscar un poco de risa dentro de un entorno con personas irrelevantes es un sacrilegio hacia nuestra propia credibilidad y una falta de respeto hacia quienes somos en realidad.»

—¿Sabes tocar? — preguntó estúpidamente, sabiendo la respuesta.

— Me enseñará a tocar — contestó con tono indiferente.

— ¿Quién?

Edd levantó las cejas, incrédulo, como diciendo: «¿Y tú quién crees?»

— ¿Vargas? — ella nunca tuvo una conversación con su vecino, solo se saludaban a lo lejos cuando se veían y cruzaban algún que otro comentario ocioso, por ende, al saber el gesto que tubo, y que además emplearía parte de su limitado tiempo para enseñarle a tocar la guitarra, la sorprendió más de lo que debería.

— Si, me dijo que vaya verlo cuando quiera — respondió, guardando la guitarra en el estuche semirrígido —. Creo que iré mañana.

— Es muy amable de su parte.

— Me preguntó por mamá... — dijo de pronto, adentrándose en terreno frágil.

La abuela hizo ademán para animarlo a terminar con lo que pretendía decir.

— Le conté lo que le sucedió y... — bajó su mirada —. Y me dijo que hay muchas probabilidades de que muera. — expresó quebrando la voz.

— ¡Como se atreve ese desgraciado a decirte eso! — gritó enfurecida.

— Solo se dignó a decirme la verdad — replicó con tono desagradable —. En cambio, ustedes, todos, me mienten en la cara y se mienten a sí mismos. Morirá, eso lo tengo claro, por eso necesito ir a verla, necesito estar con ella — se esforzó por no llorar, logrando, a duras penas, su objetivo.

La abuela carraspeó y se quedó sin palabras por las verdades que emanaron de las duras palabras de su nieto.

Edward estuvo por insistir en que debían llevarlo a ver a su madre, pero se abstuvo al creer que jamás lograría hacer cambiar de parecer a tan obstinadas personas. No obstante, en algún momento pelearía a sangre y muerte hasta lograr hacer valer su más deseable derecho.

— Te advierto que, si no me dejas ir a ver a mi mamá, te arrepentirás y te sentirás tan culpable que no podrás vivir en paz — dijo Edd, intentando hacer entrar en razón a su abuela con un posible y acertado futuro.

La abuela se plantó en su posición, perdiéndose en sus pensamientos causados por las persuasivas y terroríficas palabras de Edward.

Entró a su cuarto, dejó la guitarra sobre la cama y encendió el televisor para jugar con la Play Station 2. Fue su rutina durante todo el verano. Le aburría demasiado, tanto que se volvió un entretenimiento monótono e insípido, pero era su único medio de distracción. A veces optaba por ver películas, pero muchas veces se perdía en la agonía de sus pensamientos. ¿Música? Todos los días dedica un tiempo considerable para satisfacer su humanidad artística, liberando así su rabia interna. Entró en la etapa típica en la que cualquier joven que encuentra liberación emocional en un estilo que brinda lo que busca

y, como respuesta, se convierte en un fanático empedernido. El estilo de música, y toda su cultura en general, que le sedujo, es el Heavy Metal, entre otros estilos de música fuerte y pesada. Desde que lo descubrió comenzó a dejarse el pelo largo, y muchas veces solía vestirse todo de negro, como un emo, pero reemplazando la tristeza por odio y enojo.

Una vez que se sentó frente al televisor para comenzar a jugar al Devil May Cry 3, un juego de un demonio emo llamado Dante que debe matar a otros demonios y monstruos para al final pelear con su hermano, un demonio que tiene objetivos maléficos. Es un buen juego, divertido, pero pierde su gracia después de haberlo terminado unas cuatro veces. Exacto, lo juega porque es el que menos le aburre. ¿Comprarse otro juego? Los que le regalan los tira o los rompe — como hace con todo obsequio que le dan solo por pena —, por lo que la abuela dejó de darle dinero para saciar su compromiso con el capitalismo gamers.

Antes de comenzar a matar demonios hiperventiló por el aburrimiento y apagó todo, desenchufando cada aparato de su fuente de energía, y decidió probar suerte con la guitarra. Al sacarla del estuche y tenerla entre sus manos pensó en romperla, creyendo que solo era otro regalo inducido por el sentimiento de pena. Ese pensamiento se esfumó en un breve instante. Y de ser el caso, de ser un «regalo por pena», de seguro hubiera optado por hacer una excepción, ya que era una guitarra hermosa, antigua, y, por su fachada, costosa. Observó la pala, o clavijero, de la guitarra y palpó con su mano el grabado y sintió su relieve, sin duda fue hecho a mano por la minuciosidad de los detalles. Llegó a creer que se trataba de un escrito perteneciente a una lengua de una civilización antigua y ya extinta. La punta de la pala era casi tan excepcional como el grabado, esta parecía estar inspirada por la forma de la punta del templo blanco de krabi. Era pesada, el cuerpo de la guitarra fue construida con cedro rojo del pacífico. Observó la etiqueta, que se encuentra dentro del cuerpo, a través de la boca, y esta estaba contrastada por el color amarillento que aparece en el papel al enfrentar la distorsión de humedad a través de los años. En su momento debió de ser tan blanco como el yeso. En la etiqueta estaba grabado, con la tipografía de letra cursiva perfecta, lo siguiente: «Fabricada en el año 1940 por el Luthier Amadeo L. Fortunato. Andalucía – España».

Casi le da un colapso de emoción al saber que entre sus manos descansaba una guitarra de casi setenta años hecha a mano por un luthier extranjero con residencia en la cuna de la música flamenca. No era una guitarra, era la señora de las guitarras, y tomarse el atrevimiento de darle un valor económico sería un insulto de lo más despreciable.

Hasta le dio pudor sacar del estuche tan prestigioso instrumento. Se acomodó para tocarla al estilo de guitarrista de música clásica, y comenzó, como hace cualquier principiante, a tocar las cuerdas. Por vista solo sabía la nota de mi mayor, así que intentó plasmarlo en sus dedos. Lo hizo y se emocionó. El sonido era de una calidad envidiable, capaz de seducir el oído de cualquier persona.

— ¡Es justo lo que necesito! — exclamó emocionado.

Se prometió dar su mayor esfuerzo para aprender a tocar lo que sea que el señor Vargas le enseñe. Si bien la era de la tecnología, donde todo está a un click de distancia, ya era una realidad, en su hogar no había internet ni la existencia de una computadora, sus abuelos no comprendían, debido a sus anticuados pensamientos, lo que la era de la tecnología podía ofrecer. Ellos creían que la computadora solo servía para jugar y que el internet era solo una moda pasajera que con el tiempo se volvería obsoleta.

— ¿Cuándo debería ir? — se preguntó en voz alta, pensando en ir a la casa de su vecino por sus clases prometidas.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el golpeteo proveniente de la puerta de su cuarto.

— ¿Puedo pasar? — preguntó la abuela después de abrir la puerta y entrar, desestimando así una posible respuesta —. Vaya, que linda es tu nueva guitarra, es la más linda que he visto nunca.

Edd se abstuvo del deseo de alardear sobre su pertenencia.

— Mira — continuó diciendo la abuela —, te he traído un libro para que aprendas a tocar la guitarra. Era de tu mamá cuando intentó aprender a tocar la guitarra.

— ¿De verdad?

— Si, fue cuando iba al secundario. Pero abandonó el intento poco después de empezar. Dijo que dejó de gustarle y probó con otra cosa.

— ¿Qué cosa?

— Si mi memoria no me traiciona, creo que empezó a tocar el piano. Fue un par de años, hasta que quedó embarazada de ti.

— ¿Abandonó por mi culpa? — preguntó exaltado y preocupado.

— No, no — respondió con vehemencia —. Decidió dejarlo porque prefería ocupar todo su tiempo en estar contigo.

Edd cogió el libro y lo abrió.

— Espero que te sea de utilidad — dijo la abuela, antes de salir del cuarto.

Esperó a que saliera y empezó descubrir las páginas del libro que una vez estuvo en manos de su madre. Las primeras páginas explicaban las formas correctas de sujetar la guitarra, como utilizar las manos para marcar los acordes y rasguear las cuerdas, algunos apuntes teóricos como ayuda para interpretar las ilustraciones de acordes y punteos, y etc. Para ser corto y conciso, todo lo que uno debe saber para adentrarse al aprendizaje del instrumento.

Comenzó a plasmar, sin dificultad, los acordes básicos que había en el libro. El único que le dificultó fue el Fa mayor por su delirante cejilla. Do-Re-Mi-Fa-Sol-La-Si. «No es tan difícil como creí que sería.», pensó emocionado, con ganas de mostrarle a todo el mundo lo que había aprendido después de un poco más de una hora practicando intensivamente cada acorde. Es claro que, si bien los dedos estaban en la posición correcta, la floja presión en las cuerdas ajetreaba el sonido del acorde, pero, en fin, logró un gran avance. El rasgueo, bueno, para ser su primera vez, no estuvo nada mal. «Podemos hacer alusión al proclamado talento natural.»

Se ensimismó, luego, leyendo la teoría del libro y aprendiendo de él todo lo posible.

La abuela Esperanza estaba sentada, en un sillón individual, en la sala de estar — la casa era bastante grande, de una planta, como todas las demás — viendo televisión. En realidad, no veía ni escuchaba lo que las imágenes audiovisuales transmitían, estaba absorta en sus pensamientos, el televisor solo era una parte más de la anticuada y acogedora decoración.

No podía sacarse de su cabeza lo que ocurrió durante el almuerzo luego de recibir una triste noticia. Fue amenazada por su propio nieto y no sabía que debía hacer al respecto. Se asustó de veras, creyó con creces que su nieto tendría el coraje suficiente para lastimarla. Pensó en contarle a alguien, pero se dijo que eso agrandaría el problema y no solucionaría nada. A la vez pensó en su única hija y su ya anunciada muerte. Al igual que Edd, ella quería estar en todo momento con ella, pero su obstinado esposo jamás lo permitiría, por lo que debió renunciar a su deseo y quedarse cuidando a su peligroso nieto.

«¿Debería llevarlo con un psicólogo?», pensó de pronto, en el vaivén de sus pensamientos. «No, pensará que lo estoy tratando como un loco.», se respondió.

La guitarra, quizás, puede ser el único medio para mantener su cordura, la de Edward, en condiciones óptimas. Su única conexión con el mundo. Ella conocía la importancia

que tiene la música en las personas con complicaciones emocionales, ya que ella es una de esas personas.

Solo le queda esperar a que vuelva su esposo para poder ir a ver a su hija. Mientras tanto, se quedaría sentada frente al televisor y cambiar de canal una y otra vez, sumido en la monotonía, para apresurar el caprichoso paso del tiempo.

La noche cayó para vislumbrar con su cielo estrellado, y Edd seguía sumido en el instrumento, intentando mejorar su técnica para presionar los trastes y rasguear las cuerdas. Sus dedos les ardían y dolían de tanto tocar, los dedos estaban tensos. Cuando el hambre, el rugido de sus tripas, lo sacó de su ensimismamiento, se percató de todas las horas que pasaron desde que empezó a tocar. Las horas parecen no valer nada cuando uno se entretiene. Fue hasta la cocina para ver si su abuela estaba cocinando algo o, en caso de que no, escrutar el interior de la heladera en busca de un alimento reconfortante y llenador.

No sintió olor a comida en el ambiente, por lo que dedujo que su abuela no estaba cocinando. Al llegar a la cocina, no vio indicios de que estuviesen preparando nada; solo vio trastes sucios bajo el fregadero, los mismos que fueron utilizados durante el almuerzo. De hecho, hasta quedaban restos, en el suelo, del plato que rompió luego de un sutil ataque de nervios. Decidió desestimar aquello y seguir como si nada. Abrió la heladera y vio, resaltando entre todo lo demás, una fuente mediana con las sobras del almuerzo: Fideos con salsa.

Casi sin mirar llenó a tope un plato hondo con los fideos sobrantes y lo metió al microondas para calentar la comida, claro está. En la espera decidió terminar de limpiar el suelo y lavar algún que otro traste, con el único fin de adulterar el tiempo de espera. Cuando el microondas dio su timbrado característico cada vez que el cronometro llega a cero, sacó el plato después de ponerse un guante de cocina, y lo puso sobre la mesa. El olor le hizo blanquear los ojos, estaba ansioso, desesperado, por llenar su estómago. Se sentó y puso el plato sobre la mesa, vertió agua en un vaso para beber cuando se sintiera ahogado, y comenzó a comer.

En el primer bocado que dio, y uno grande, sintió un diminuto objeto caliente que le hizo escupir todo lo que se disponía a tragar. Y si, era un trozo de cerámica perteneciente al plato que rompió. De la basta impresión que ello le provocó, desparramó los fideos recién calentados, frunciendo el ceño, y, petrificado por los trozos de cerámica, se apartó de la mesa y corrió hasta el baño para enjuagarse y mirarse en el espejo, creyendo que se cortó y que tendría sangre dentro de la boca. No fue el caso, y ello le alivió a tal punto que casi se cae al suelo cuando apoyó sus codos en el borde del lavamanos. Se secó con una toalla y volvió a la cocina. Furioso, antes de tirar todo a la basura, se topó con que el tarro de basura estaba libre de suciedad. ¿Qué sucedió? Fácil, la abuela, sumida en sus necias ideas, perdió noción de lo que estaba haciendo y mezcló todo lo que limpió del suelo con la comida sobrante para guardar en la heladera.

Buscó a su abuela para reprocharle lo que hizo, para que la próxima vez prestara mayor atención en lo que hacía. Aún sentía el objeto caliente dentro de la boca, e intentaba remediarlo con su propia saliva.

La encontró en la sala de estar, y estaba dormida en el sillón con el televisor prendido de fondo. De tanto cambiar de canal, en la sucia distorsión de imágenes y sonidos, se quedó dormida con el control en la mano. Quiso despertarla dándole fuertes martillazos en la cabeza hasta hacerla entrar en razón, pero decidió hacerlo en otro momento.

Entró para hacer sus necesidades y vio el frasco de fármacos que consume su abuela para poder dormir. «¿Cómo es que no lo vi antes?», se preguntó al agarrar el frasco, para después abrirlo y notar que estaba hasta el tope de pastillas redondas y blancas. El frasco era nuevo, recién estrenado. Cogió una pastilla y pensó en ingerirla, pero se arrepintió cuando la pastilla acarició sus labios. Cerró el frasco como si fuera una especie de fuente que incita al pecado y la metió en el botiquín.

Las pesadillas de Edd no eran terroríficas, eran, sin dudar, deprimentes. Muchas veces se despertaba llorando y con un nudo en la garganta, desesperanzado y con un vacío emocional que le hacía perder sentido a su ya cutre existencia. En las noches no podía escapar de la tormenta, no podía distraerse como lo hace en el día, solo le quedaba como única opción enfrentarse a sí mismo. Sin embargo, a pesar de su dolor, se dignaba a no tomar catalizadores químicos que lo ayuden a conciliar el sueño, ya que, según él, era una dependencia que podría destruirlo. «Es como cualquier droga que nos hace pensar que es buena para nosotros, que nos hace bien, y que al final solo nos lleva a la ruina y toma todo el control sobre nosotros». Desde que su abuela comenzó a tomar pastillas para dormir, se volvió lenta y su salud emocional empeoró exponencialmente, cada día parecía estar más deprimida y sedentaria, sumida en su decadencia premeditada. Edd tenía en claro que su abuela daba su mayor esfuerzo por mostrarse tranquila y despreocupada, como si fuera una persona feliz haciendo alusión de que todo estaba en orden, pero es difícil fingir cuando estamos rotos por dentro, mucho más allá de los órganos y huesos.

Sin apagar luz alguna, salvo la de su habitación, se acobijó en su cama y cerró los ojos, imaginó, como cada noche antes de dormir, que su madre le daba el beso de las buenas noches, en la frente, y concilió el sueño al cabo de unos frustrantes minutos.

Despertó muy temprano, a eso de las 8 a.m., y se levantó, luego de estirar su cuerpo como una cobra, desperezándose, y bostezar exageradamente como lo hace un gato, para prepararse el desayuno. En el camino apagó todas las luces que quedaron encendidas, se reprochó el hecho de no haberlo hecho antes de dormir, y al ir a la sala de estar vio a su abuela, dormida, sentada en el sillón como si estuviera viendo televisión. Un largo sueño. Edd sintió vergüenza ajena. Le quitó de las manos, con extrema sutileza, el control remoto y apagó el televisor.

Después de un rápido desayuno, salió del estrepito silencio de la casa para emprender una caminata mañanera, como supo hacerlo cada vez que lo necesitaba.

El sol brillaba intensamente desde el alba y el aire mañanero era refrescante, dando una sensación de clímax placentero al ambiente. El pueblo recién estaba despertando, algunos vecinos salían de sus casas para ir a trabajar o a realizar un trámite burocrático. Pasó por delante de la casa del señor Vargas y no vio indicios de que este estuviese despierto, pero creyó con creces que, como cualquier anciano cuerdo, si lo estaría. Siguió su camino, disfrutando del canturreo de los pájaros y de la brisa gélida que daba en su rostro. Caminaba hacia el oeste, donde puede verse, como si fuera una pintura de arte, la vasta cadena montañosa que parece proteger al pueblo: La cordillera de los andes. Caminando, viendo el color azul con tinte violeta, a la distancia coge ese color, de la montaña sin nieve, y le parecen tan pequeñas y cercanas que cree posible llegar a pie en un santiamén y subir a la cima sin hacer mucho esfuerzo.

Al llegar a la plaza principal, luego de caminar por unos quince minutos, piensa en su madre, con quien solía realizar la caminata mañanera antes de ser urgentemente hospitalizada. Se miró la mano y sintió, por un vago recuerdo, el tacto, la suavidad y cálida temperatura de la mano de su madre. Hablaban sobre lo que veían en el camino; pájaros, autos, casas, mascotas, etc. Otras veces no conversaban, solo disfrutaban el trayecto y cruzaban miradas y sonrisas sinceras. Le fue imposible no sentirse solo y abandonado al notar que nadie sujetaba su mano. Bajó la mirada y caminó hasta un banco de la plaza para sentarse y recuperar las energías que no necesitaba. Al sentarse se acomodó de tal manera que sus ojos enfrentaron el basto cielo azul, libre de nubes. Estuvo por un rato en esa posición con la mente en blanco, logrando olvidarse de todos sus problemas por un tiempo considerable.

— ¿Edward? — interrumpió de pronto una voz femenina, aguda e irritante.

Edd se acomodó en el banco, incorporándose de nuevo a la realidad. De frente se topó con un rostro conocido, el de su antigua maestra de primaria. Era la típica mujer solterona de cuarenta años que se sabe la vida de todo el pueblo. Era de baja estatura, rechoncha y mal maquillada. Siempre usaba pollera larga, hasta los talones, como todas las demás mujeres que practican su misma religión.

— ¿Señorita Cogo? — preguntó mientras sus ojos se despojaban de la ceguera que le provocó el brillo del sol.

— ¿Cómo has estado, Edd?

— Nada ha cambiado desde el primario, señorita Cogo.

En otras palabras, su estado no era del todo positivo. La señorita Cogo se ruborizó un poco, sintiéndose culpable por su pregunta, recordando todo lo que vivió mientras aún era su maestra.

— ¿Tu abuela se encuentra por aquí? — preguntó ladeando la cabeza en busca de la anciana, con el único fin actualizar las novedades que tiene sobre la vida ajena —. Quisiera conversar con ella...

— No, estoy solo — respondió con tono cortante.

Edd sentía desprecio por la señorita Cogo, porque desde que la conoció le pareció una persona entrometida y hastiada, y no fue un prejuicio errático. Muchas veces la oyó hablar con sus colegas de trabajo sobre la vida de todo ser que se cruzó en su triste y solitario camino.

— ¿Solo? — arrugó el entrecejo —. ¿Por qué viniste solo? ¿Te sientes mal? ¿Quieres que hablemos? Es bueno conversar con alguien si tienes problemas.

«Solo busco un poco de paz.», pensó para sus adentros.

Edd entendió a la perfección que como ya no era su maestra, y que no tenía el poder de modificar sus notas según su criterio emocional con el estudiante, concluyó que podía responderle de la forma que quisiera.

— ¡Cierre la boca, vieja de mierda! Me tiene cansado con su voz chillona e irritante, siga su camino y no vuelva a hablarme nunca más en su vida o le juro que agarraré una piedra y le romperé la cabeza a golpes para después hacer un agujero y ver si en verdad tiene cerebro o si en realidad es un robot controlado por un mono. Estoy seguro que es la segunda opción, porque usted no parece tener cerebro, vieja descerebrada. ¡Largase de mi vista y deje de entrometerse en la vida de los demás! Busque un marido, aunque estoy seguro que aún no lo tiene porque nadie es capaz de soportarla, nadie la quiere, y siento pena por usted. — la satisfacción que sintió después de desahogarse fue inigualable. «Insultar, ofender, al profesor que tanto detestan es hermosamente hilarante.»

— Pero... ¡qué mal educado! — exclamó antes de irse por donde vino, notablemente ofendida, balbuceando palabras rápidas e ininteligibles para odios no atentos.

Edd se enorgulleció por su coraje, pero creyó que debió aprovechar mucho más el éxtasis del momento para ser estrepitosamente ofensivo hasta el punto de hacer desfallecer a la señorita de la impresión.

Se levantó del banco, estirando su cuerpo al hacerlo, y emprendió el viaje de vuelta hacia el hogar. Dio unas decenas de pasos y metió sus manos en los bolsillos del pantalón, donde encontró dinero suficiente como para comprarse un helado. «Claro, como olvidarlo.», se dijo con una sonrisa. Muchas veces, después de caminar, su madre lo llevaba a tomar helado o, en los días fríos, chocolate caliente. «Debemos recuperar las energías.», le decía con tono apacible. Edd muchas veces solo salía a caminar con ella solo por una dosis de un rico helado o chocolate caliente.

— Chocolate, dulce de leche y capuchino — fue los sabores que le pidió al empleado de la heladería. No solo los pedía por el sabor, sino que también le fascinaba la combinación de colores.

— ¿Salsa? — preguntó el empleado con el cucurucho preparado, listo para entregar.

— Si, de chocolate — respondió.

Al momento en que recibió el helado pasó su lengua por la salsa que se escurría a los lados, degustando a su vez cada sabor que pidió. Había desayunado, pero su apetito era despiadado e insaciable.

Cerrando los ojos al ingerir cucharadas y cucharadas de helado, recordó que siempre se sentaban, con su madre, en bancos sin espaldar junto a una fuente de agua. Fue hasta el lugar que solían ocupar y cayó en cuenta que la fuente no estaba funcionando. Le fue muy intrigante porque siempre que pasaba por la fuente la veía funcionar. De pronto se le cruzó la idea de que dejó de funcionar porque por alguna fuerza extraordinaria hacia reverencia al estado de su madre. Fue un pensamiento absurdo y lo olvidó al momento.

Terminó de comer el helado, en silencio y sin pensar en nada relevante, y volvió a casa.

Luego de enterarse de que la salud de su madre empeoró y que su futuro no iba más allá de la muerte, sus recuerdos olvidados despertaron. Recordó la tos estrepitosa de su madre, que le atacaba con regularidad. Nadie se preocupó porque creían que estaba resfriada o solo eran consecuencias de la alergia que le solía dar en cada cambio de estación, durando solo un par de semanas. Era una primavera muy refrescante y con un sol a morir, las hojas comenzaban a teñir de verde la naturaleza, y algunos árboles desprendían pelusas cuando comenzaban a florecer, a las cuales Candelaria era hiper alérgica. Tosía y tosía sin parar, y luego de un par de decenas de minutos, o varias horas inclusive, volvía a toser con extremo estrepito. «Es solo la alergia.», respondía cada vez que le preguntaban si se sentía bien. En realidad, si, desde niña la alergia la hizo toser como si no hubiera un mañana, por lo que no veía, ella ni nadie, motivo para preocuparse. Un día, en la madrugada, luego de la acostumbrada caminata mañanera, iba de la mano con su madre y esta, al estar a solo unos metros de la casa, comenzó a toser tanto, hasta el punto de encorvarse por el dolor que sintió, que al poner su mano en su boca para controlarlo dio con que comenzó a toser sangre, y luego se desmayó, cayendo de boca contra el suelo. «Mamá, ¿Qué sucede?», Edd no comprendió que sucedía, se quedó perplejo sin decir o hacer nada, hasta que reaccionó y corrió desesperado hasta la casa de sus abuelos, quienes acudieron de inmediato al lugar. La sacudieron, asustados, para ver si despertaba, le hablaban y nada sucedía, por lo que sin pensárselo dos veces la subieron al auto y la llevaron al hospital. Edd tuvo que quedarse en la casa, no le permitieron ir con ellos.

En el hospital la sometieron a diversos estudios para ver que le sucedía, sobre todo después que uno de los doctores vio sangre en la boca y en la mano de Candelaria. El resultado es el que ya conocen, descubrieron que tenía cáncer de pulmón. Creo que no es necesario describir que reacción tuvieron los familiares y conocidos.

En un principio, Candelaria, se quedaba en la casa, tomada los medicamentos que le recetaron y sus padres la ayudaban en todo momento, no le apetecía internarse en el hospital. Pero luego de varias decaídas en su salud, desmayos, y diversos problemas de tinte emocional, decidieron, sin su consentimiento, internarla por su bien. Gracias a ello su muerte se retrasó varios años más de los estipulado. Edd solo se convirtió en un ser lacrimoso, a veces deseaba que su madre muriera de una vez por todas para poder enfrentarse así al largo adiós, el suplicio que conlleva la muerte de un ser amado, el cual puede perdurar toda una vida.

Se detuvo frente a la casa del señor Vargas, y lo vio sentado en el frente, en un banco de madera sin espaldar, tomando mates y leyendo el diario matutino. La distancia entre la cerca y la casa se aproxima a los diez metros.

— Edward — gritó el anciano —. Ven, pasa. — dijo, haciendo un ademán con la cabeza.

— Primero iré a buscar la guitarra para que me enseñe lo que sabe — indicó Edd, con la voz queda, esperando respuesta, pero luego recordó que el anciano sufría de sordera.

«¿Y a este qué diablos le ocurrió?», se preguntó el señor Vargas al ver a Edd correr a toda velocidad a su respectivo hogar.

Fue a buscar la guitarra y se detuvo unos segundos al ver a su abuela, sentada en el sillón, durmiendo como un muerto. «¿Cuánto tiempo piensa dormir?», se preguntó. Pero fue un interés momentáneo, y cuando disipó siguió con su camino. Le dio igual si estaba viva o muerta, su existencia siempre fue insípida y mediocre. Como toda persona que pasa su vida viviendo de los demás, dependiendo de alguien porque lo único que saben hacer es ser mantenidas, y no se dignan a emprender sus propios éxitos o fracasos. No son personas que existan en realidad, solo viven para morir, desestimando el desgaste de energía por querer ser alguien en realidad.

De nuevo estuvo frente al hogar de su vecino.

— ¡Señor Vargas! — exclamó Edd para llamar la atención del ensimismado anciano.

Con la guitarra en manos, entró a la propiedad cuando su vecino le dio permiso, con un gesto, de pasar.

El señor Vargas estaba con la misma ropa que utilizó el día anterior, bombachas gauchas, alpargatas y una camisa azul con rayas blancas. Sin embargo, su cabello brillaba y estaba bien peinado, y el rostro se veía recién aseado. Se duchó, pero no se cambió de ropa, exceptuando la interior, o quizá su ropero tiene todo un catálogo de prendas idénticas.

— Creí que huiste de mi — dijo el señor Vargas entre risas cuando Edd estuvo a su lado —. Esa guitarra la conozco, ¿a quién se la has robado?

— Es la guitarra que me regaló usted — contestó confundido, creyendo que el anciano tuvo un ataque de alzhéimer —. Ayer, ¿lo recuerda?

— ¿Estás seguro que no me la has robado? — preguntó arrugando el entrecejo, acusándolo con la mirada —. He matado a muchos ladrones... — dijo con un susurro amenazador.

Edd tragó saliva y abrió los ojos todo lo que pudo por el miedo que sintió. Cuando el anciano le agarró el brazo, con fuerza, sintió un arduo escalofrío que fluyó por todas sus venas. Los nervios le crisparon hasta el punto que no fue capaz de hablar, hizo el intento y solo logró vociferar sonidos silbantes y agudos. Intentó zafarse de las manos del anciano con un tirón, pero apenas si logró moverse.

— ¡Estoy bromeando, niño, no te asustes! — el señor Vargas se inundó en un mar de carcajadas, con breves espasmos de una fuerte tos, luego de ver a Edd al borde de las lágrimas —. ¿Te ha gustado la guitarra? — preguntó para alivianar el momento.

— Ah, si — Edd recuperó la compostura —. Me encanta, es muy linda. Ayer estuve practicando un poco...

— Cortemos con la cháchara y muéstrame que sabes hacer.

— Pero aún no sé tocar.

— Solo quiero ver si tienes futuro con el instrumento.

Edd sacó la guitarra del estuche, nervioso, se sentó en un banco de madera y adoptó la posición de guitarrista clásico — piernas abiertas y la guitarra apoyada en la pierna derecha — para ejecutar lo aprendido el día anterior. Se puso nervioso, se palpó los callos incipientes en las yemas de los dedos que aún le ardían, y comenzó a tocar las notas que aprendió. Gesticuló dolor, sus dedos estaban tensos, pero dio su mayor esfuerzo por querer demostrar que estaba dispuesto a todo para aprender. Do, Re, Mi, fueron las únicas notas que se acordó.

— Las demás no me las acuerdo — confesó avergonzado.

— No importa, apenas si has comenzado a aprender — dijo el anciano, dando un sorbo a su mate amargo —. No creas que aprenderás al cabo de un par de semanas o meses, esto

requiere paciencia y muchos años de práctica. Pero te felicito, niño, me has sorprendido al mostrarme tu interés por querer aprender a tocar.

— Me duelen mucho los dedos — dijo inseguro, creyendo que tal comentario ameritaba una fuerte carcajada.

— Si, no te asustes, es normal — lo tranquilizó —. Es hasta que te acostumbres, por mientras debes aguantártelas y ser un hombre de verdad.

— ¿Cómo es eso de ser un hombre de verdad?

— Debes dejar de llorar como una señorita.

— ¿No le parece un comentario machista?

— Con que eres de esos progresistas ... y si, disculpa, pero son aforismos que se decían en otros tiempos. Para que te tranquilices, he conocido, a lo largo de toda mi vida, mujeres mucho más fuertes que cien soldados armados. Y no exagero.

— Me alegra oír eso — dijo Edd, asintiendo con orgullo.

Su madre siempre le hablaba del movimiento feminista y la igualdad de derechos, de los tiempos en que las mujeres eran menospreciadas solo por ser mujeres. Le contó de la época en la que el único fin previsto de la mujer era servir a la supremacía narcisista de las personas con pene. Fue la visión que la iglesia católica implantó a través de los siglos en todas partes del mundo. El mundo estaba dominado por el sexo masculino, y estos oprimían a las mujeres que querían romper los estándares sociales que ellos mismos implementaron. Limpiar, cocinar, casarse, tener hijos y satisfacer cada necesidad del hombre era lo que podían hacer si querían estar a salvo, o, caso contrario, eran abucheadas, golpeadas y asesinadas. Hasta un insecto tenía más derecho que la mujer. Pero las cosas comenzaron a cambiar, las mujeres unieron sus voces y pelearon día a día por sus derechos humanos hasta que lograron su objetivo, erradicar casi por completo la discriminación de género y vivir como debió ser siempre, en libertad. «El punto es que Edd no soportaba escuchar comentarios sexistas.»

— Bueno, niño progresista, muéstrame que más has aprendido — dijo el señor Vargas, peinándose sus grandes cejas con los dedos de la mano.

— Acabo de mostrárselo, solo aprendí un par de notas. Espere... acabo de recordar las que olvidé — hizo la demostración, rasgueando con el dedo gordo de la mano izquierda, sacando brevemente la lengua de la boca —. Me cuesta mucho hacer la cejilla con el dedo, pero supongo que es cuestión de practicarlo.

— ¿Qué música te gusta? — preguntó de pronto el anciano.

— El metal — respondió orgulloso —. Principalmente el Heavy metal.

— ¿Eso es rock pesado?

— Si, rock pesado.

— ¿Es lo que te interesa tocar? — preguntó el anciano, con aire desinteresado.

— Me gustaría, pero para eso necesitaría una guitarra eléctrica.

El señor Vargas, sin decir nada, le quitó de las manos la guitarra y, cruzando las piernas, apoyó la guitarra sobre su regazo y comenzó a tocar para entrar en calor. La guitarra estaba desafinada y, a pesar de su sordera, logró afinarla de forma aceptable.

— ¿Conoces el flamenco? — preguntó mirándose las uñas de sus dedos.

— Si, son las aves rosadas...

— No, no — no pudo evitar reírse y toser al mismo tiempo —. Hablo de música no de animales.

— Entonces no lo conozco.

— Ahora te mostraré lo que es el flamenco — se acomodó en el banco y acarició la guitarra como si fuera su amante —. Solo escucha y disfruta.

Los dedos volaron por todo el mástil, mostrando el virtuosismo de su talento. Era un estilo flamenco gitano, improvisando cada nota, mientras su otra mano, la derecha, con

sus uñas largas, tocaba con la respetada habilidad del picado, alternando los dedos del medio e índice con una velocidad envidiable. Sin embargo, varias notas trastearon por falta de práctica, los músculos de las manos y dedos se desacostumbraron a tocar las cuerdas. Edd quedó perplejo, anonadado, no podía creerse lo que estaba viendo, con solo ver como movía el señor Vargas los dedos, haciendo parecer que era cosa sencilla, creyó que era el mejor guitarrista del mundo. Para él era un estilo música nuevo, nunca antes escuchado.

— ¿Qué canción acaba de tocar? — preguntó cuando el señor Vargas se detuvo.

— No tiene nombre y nunca volverá a ser escuchada — respondió cerrando la mano una y otra vez para relajar los músculos —. Acabo de improvisar, ¿te gustó?

— Aun estoy asimilando lo que acabo de ver y escuchar — de pronto le invadió un ataque de emoción —. ¡Fue super loco! ¡Wow! ¡Es sensacional! Nunca... pero nunca... no puedo creerlo. Me ha encantado. Debe ser muy difícil tocar como lo acaba de hacer, no creo que yo sea capaz de poder tocar así algún día...

— No toques la trompeta de la derrota sin antes haber luchado — objetó el señor Vargas, frunciendo el ceño —. Si practicas lo suficiente, y hablo de años y años, lograrás tocar mejor que yo si te lo propones. Como ya te he dicho, todo es cuestión de práctica, paciencia y disfrutar de veras de lo que tocas.

— Cierto, perdón — fue pesimista por un momento —. ¿Quién le enseñó a tocar la guitarra de esa manera?

— Aprendí solo — contestó con cierta soberbia.

— ¿Solo? — no dejaba de sorprenderse —. No le creo, nadie puede aprender solo a tocar de esa manera.

— Claro que se puede, aprendí escuchando, entendiendo el estilo y viendo a otros artistas. Al principio es difícil, si, y demasiado, pero una vez que rompes el hielo las cosas cambian. Pero como he dicho ya, todo es cuestión de practicar día a día durante años.

— ¿Cuánto se tardó usted? En aprender lo que acaba de hacer.

— Muchos años, 5, 10, 15 años, de hecho, ni siquiera sé tocar en realidad el estilo. Para un profesional y alguien que en realidad toca flamenco, yo soy un principiante, un simple aficionado.

Edd no fue capaz de imaginar el talento de esos artistas de los que le hablaban. Si el señor Vargas era un principiante, con todo lo que era capaz de hacer, los demás han de ser auténticos dioses con talentos sobrenaturales.

— ¿Usted, un principiante? — preguntó contrariado.

— Si, nunca me dispuse a aprender en realidad, solo toco lo que mis dedos quieran tocar. Apunto por lo espontaneo para pasar el tiempo. No sé leer partituras ni mucho menos sé nada de teoría. Solo toco. Tengo talento, lo admito, pero no lo he explotado.

— ¿Y porque tiene las uñas largas? — las notó cuando lo vio tocar, y le pareció extraño, nunca antes visto en un hombre —. Parecen de mujer.

— ¿De mujer? Supongo que no eres tan posmodernista como creí — bromeó —. Ahora las tengo larga porque ya no me interesa cuidar mi apariencia física, ya estoy viejo. — levantó ambas manos para verse las uñas, largas y limpias —. Pero es muy normal que las personas que toquen guitarra clásica o flamenca se dejen las uñas largas de la mano con la que rasguean y hacen picado, o lo que sea que quieran hacer.

— ¿Por qué?

— Porque es más cómodo para tocar, no es necesario hacer demasiada presión contra la cuerda para sonar fuerte y el sonido es mucho más claro y bonito, sin olvidar que la ejecución es más precisa. Además, es imprescindible para realizar ciertas técnicas. Pero es cuestión de gustos, en mi caso prefiero las uñas largas. Las púas — gesticuló asco, aborreciéndolas —, esos plásticos, son despreciables. Espero no recurras a las púas, niño,

si lo haces le faltarás el respeto a la guitarra. Usa solo tus manos, y ese es mi primer gran consejo.

— ¿Debo dejarme las uñas largas? — preguntó, desagradándole la idea.

— Ahora no es necesario, pero si, deberías. Es más, hasta lo preferirás cuando lo pruebes.

«Debe ser asqueroso e incómodo tener las uñas largas.», pensó Edd.

— Bueno, niño, ven mañana o pasado que te enseñaré algo para que comiences a ablandar los dedos — se puso de pie —. Por mientras debes practicar hasta que los dedos ya no te funcionen.

Edward guardó la guitarra, algo consternado por la precocidad de la visita, y se despidió. Se fue a su casa, alegre por descubrir un estilo de música que logró embelesarlo a tal punto que solo pensaba en ello. «Tengo que aprender a tocar de esa manera.», se dijo haciendo un pacto consigo mismo.

Entró en la casa y, por mera curiosidad, se dirigió a la sala de estar para verificar si su abuela aún estaba durmiendo. En realidad, un vago pensamiento de que estaba muerta le hizo interesarse por el paradero de ella. No la vio en el sillón, asique concluyó, quitándose la incomodidad de su pensamiento, que divagaba por algún rincón de la casa ordenando o haciendo algo práctico. Fue hasta la cocina y no vio ni siquiera un insecto. La sala de estar y la cocina eran las habitaciones habituales donde uno podía encontrarla cuando la buscaba por la mañana. Edd se dijo que de seguro se fue a hacer las compras para el almuerzo, como de costumbre, asique continuó con su camino quitándose la incertidumbre de encima.

Dirigiéndose a su cuarto escuchó breves sollozos jadeantes provenientes de la habitación de sus abuelos. La puerta estaba entreabierta, y se dirigió a ella para ver que o quien provocaba los depresivos gemidos. El interior de la habitación estaba inundado por una penumbra absoluta, salvo por el corte de luz natural que entraba por la breve apertura de la puerta, luz que daba justo a la cama matrimonial de los ancianos. Las ventanas estaban cerradas y tapadas por cortinas. El ambiente exudaba humedad y hedor a viejo, una mezcla de ropa sucia y perfume barato, suficiente para hacerle picar las fosas nasales a quien se atreva a entrar. Ignorando todo lo anterior, Edward posó su mirada en el cuerpo de su abuela tumbado en la cama, tapada con las frazadas hasta el mentón, lloriqueando como si se esforzara por no soltar un llanto desconsolado. «¿Por qué llorará?», se preguntó. Supuso que la respuesta obvia es que las lágrimas eran una dedicatoria a Candelaria. Estuvo por increparla, pero se abstuvo y creyó que lo mejor era dejarla sumida en su propia depresión, desahogando las penas en silencio y en soledad.

A Edd, verla acostada sin hacer nada, insultando su propia plenitud, le indujo un sentimiento de vergüenza ajena, pero hizo todo su esfuerzo para intentar ser comprensivo y entender las circunstancias que ameritan y excusan dicho comportamiento.

Entró a su cuarto, puso la guitarra sobre su cama y se sentó en la silla que tiene frente al televisor donde juega a la Play Station 2. Se miró las manos y pensó que debería comenzar a dejarse las uñas largas de la mano derecha, siguiendo las recomendaciones del señor Vargas. Sintió un cambio repentino en sus ideales, gustos y actitud. De pronto perdió todo interés por la cultura metalera que adoptó años atrás, se dijo que encerrarse en un estilo en particular, y creer que es lo mejor del mundo, defendiéndolo con arrogancia ante gustos ajenos, lo convertía en una persona inmadura y sonsa. No quería que lo catalogaran como alguien al que solo le gusta el «rock pesado» solo por su manera de vestir. Además, suelen verlos como personas rudas, frías, deprimidas, sucias o drogadictas. El prejuicio empieza por la forma de vestir, como si cada prenda que utilizamos describiera quienes somos en realidad. «Solo quiere disfrutar de todo lo bueno que brinda la música sin desviarse por quien cree ser». Si somos realistas, aquel que viste como metalero, o cualquier otro estilo, más cuando es joven, se cierra en su mundo y todo lo demás le parece horrible y una perdición, se vuelven víctimas de su fanatismo ciego y extremista. En la política se nota con claridad el contraste de los ideales y el odio incondicional y sin sentido hacia la oposición. Me fui por la tangente, lo lamento. «No, lo que yo escucho es música de verdad, lo que tú escuchas es solo mierda sin sentido.», uno de tantos comentarios que uno puede escuchar.

Edd vio sus paredes repletas de posters de bandas de Heavy metal, Death metal, Glam metal y decidió, celoso de sí mismo, quitarlas a todas. Antes de poner manos en acción, encendió el estéreo y conectó su USB para escuchar música y hacer del momento algo encantador. Poco a poco fue subiendo el volumen hasta llegar al punto perfecto. «Fuel to

run – Love/ hate.», fue la canción que comenzó a sonar. He de aclarar que solo quería despojarse de su imagen y erradicar todo indicio de ser un fanático pedante, la música la escuchará hasta el último de sus días.

Despegó con cuidado cada poster, ya que su idea inicial era guardarlos por si algún día le apetecía volverlos a su lugar en la pared. Los metió a todos en una caja grande. Cuando se dispuso a meter la caja debajo de la cama, se le cruzó la idea de que haciendo eso no lograría lo que pretendía lograr, así que canalizó sus pensamientos y, entre una dura encrucijada, concluyó en que su mejor opción era tirar todo a la basura para no caer en la tentación. No quería hacerlo en realidad, pero lo hizo de todas formas. Fue al frente de la casa y metió la caja en el cesto de basura. «Espero no arrepentirme de esto.», se dijo, receloso de su espontánea decisión.

El cuarto se vio desnudo sin los posters, las paredes azules por fin se mostraban después de años ocultas en las sombras. La apariencia de la habitación se tornó limpia, como si hubieran limpiado toda la mugre y suciedad que lo hacía un lugar ajetreado y descuidado. Edd se posó bajo el marco de la puerta, vislumbrando el nuevo aspecto de su cueva, pensando en el siguiente paso para dar. «El pelo.», reparó en su larga melena ondulante. La idea de cortárselo disipó en un instante por su grado de absurdez. «¡La ropa!», exclamó con expresión preocupada y desmotivada. A través de los años, siempre que le compraban ropa, este pedía que cada prenda debía ser negra o de colores oscuros como el alma de Ronnie James Dio. Las remeras debían de tener, como si fuera una ley imprescindible de la cultura del metalero, estampados de bandas o ilustraciones de tinte demoníaca y terrorífica. Las personas que lo mantienen no se pueden dar el lujo de comprarle ropa nueva, ya que el gran porcentaje del presupuesto del que predisponen está destinado al hospital donde tienen internada a Candelaria. Pagan para extender su agonía y muerte. Con aire desanimado, Edd, se dijo que todo lo que intentaba hacer era en vano, que no tenía sentido. Al final llegó a la conclusión de que lo importante es cambiar su mentalidad y no dejarse llevar por quien aparenta ser. «Lo importante es mostrar una iniciativa que incentive el cambio.»

Debajo de su cama había una caja con decenas y decenas de ejemplares de la revista «Efecto metal». «¿Las tiro o las dejo?», se preguntó indeciso. Prefirió dejarlas en su lugar, eran solo revistas juntando polvo y que de seguro nunca las volvería a leer. «Recuerdos del delirio.»

La música seguía sonando, hasta que una melodía triste originada por un piano hizo que Edd apagara el estéreo como si fuera un reflejo de su instinto. La canción que tanto conmovió a Edd se llama: «Father Time - D'Molls». Desfallece cada vez que la escucha, se deprime y no puede evitar soltar el llanto. Sintió que una vieja herida se abrió, transmitiéndole un dolor lacerante y agudo que le era imposible soportar. Se estremecía sin clemencia, la boca se le reseca y un nudo se le formaba en el estómago, como si la comida lo hubiera intoxicado mortalmente. Se afligía en recuerdos que juraban destruirlo por completo. La canción la escuchó cuando a su madre le descubrieron el cáncer y, desde entonces, como una vil coincidencia, cada vez que la escuchaba su madre sufría decaídas devastadoras y pasaba por momentos de extremo dolor. «No, esa canción no.», susurraba para sus adentros, como si fuera una canción maldita y prohibida. Un día intentó eliminarla, pero, en su valiente preparación hacia el angustiante e inevitable largo adiós, se dijo que la escucharía cuando su madre abandonara la vida, como proceso de iniciación al ritual del olvido y curación emocional. Pero sentía que la mataba de apoco cada vez que la escuchaba. Parece insulso al pensar que una canción está maldita, pero la realidad es que esto no se trata de fantasías de magia oscura, solo es cuestión de emociones que se conectan con algo que nos acompaña cada vez que algo malo nos sucede para poder, sin evitarlo, culpar a ese algo de ser responsable de todo lo que nos

sucede, para así sentir alivio y erradicar el sentimiento de propia culpabilidad que solo promete empeorar nuestros días.

Lanzó un suspiro de alivio luego de silenciar la canción. Se sentó en la cama y escrutó cada rincón de su habitación. Sus ojos se clavaron en el álbum de fotografías, tirado en el suelo debajo del mueble del televisor, y lo recogió. No quiso verlo, en todo momento le dirigió miradas despectivas y lo tiró debajo de la cama, lejos de su vista. Se le cruzó la idea de quemarlo, verlo desintegrarse hasta convertirse en cenizas, pero toda la vida de Candelaria, o casi toda, estaba plasmada en él, como única prueba de que una vez existió.

El gruñido de su estómago le avisó que era hora de almorzar. Fue hasta la cocina y no vio nada, todo estaba en su lugar. Supo de inmediato que si quería comer debía cocinarse él mismo. «Papas fritas como huevos fritos», lo más fácil y rápido de hacer. Buscó en la alacena la bolsa de papas y sacó las suficientes para no quedar con hambre. Agarró el mismo cuchillo que usó para amenazar a su abuela, y le causó un breve y frío escalofrío. «¿Soy capaz de lastimarla?», se preguntó. No encontró respuesta alguna y ello le atemorizó. Cuando se duda, por lo general, optamos por la respuesta que no queremos aceptar. Peló las papas una por una, las lavó y despedazó en rodajas.

Cuando ya estaba todo fritándose, las papas por un lado y los huevos por el otro, solo por respeto, fue hasta la habitación de sus abuelos para preguntarle a su abuela si le apetecía comer papas y huevos fritos o si se cocinaría algo diferente.

Ingresó a la habitación después de hacer notar su presencia. «Abuela...», levantó el tono de voz. No recibió respuesta, asique se acercó a ella. Estaba profundamente dormida. «¿Sigue durmiendo?», no podía creérselo. Vio en la mesita de luz el frasco con pastillas para dormir abierto. Se volvió adicta a ellas. Enfureció con intensidad, y quiso lastimarla o matarla, inclusive. No podía concebir el hecho de que la abuela desperdiciara su vitalidad de esa manera, como si no le importase vivir, cuando su madre estaba desesperada por poder tener una vida normal, al menos por un día, lejos de las enfermedades y hospitales. Contempló la silueta de su abuela y se le cruzó la idea de que podría asfixiarla con la almohada, como castigo por ser tan irrespetuosa hacia con Candelaria. «¿Por qué mi madre y no tú?», se preguntó contrariado, intentando averiguar por qué una anciana tan decrepita y negligente seguía viva y con buena salud. Nada parece tener sentido. «Si quieres dejar de vivir, suicidate, das vergüenza y no mereces seguir con vida. Mamá desearía estar en tu lugar.», murmuró asqueado antes de salir del cuarto.

Mientras Edward llenaba su barriga, la abuela Esperanza esperaba a que las pastillas surtieran efecto. Cuando Edd entró al cuarto ella estaba despierta, pero lo ignoró por razones que ni ella puede comprender, y además estaba un tanto adormilada. Sin embargo, escuchó con claridad las palabras de Edd, y cada una de ellas le afectó incondicionalmente, hasta el punto en que le dio la razón a Edd, se dijo que su vida era un desperdicio y que no merece seguir viviendo. «Perdoname mi niña, te he fallado.», pensó entre sollozos, sintiendo la amargura de sus incipientes lágrimas.

Después de pasar 48 horas encerrado en su cuarto jugando a los videos juegos y tocando en pequeños intervalos de tiempo la guitarra, Edd volvió a visitar al señor Vargas. El día anterior no lo hizo porque sus dedos le ardían y dolían tanto que le era casi imposible tocar las cuerdas, y no quería pasar un mal rato ante su maestro. «Eres un cobarde, eso no es dolor de verdad.», supuso que le diría de haber ido a su casa. Por suerte el ardor y el dolor cesó lo suficiente como para poder manipular la guitarra sin quejarse.

— ¿Señor Vargas? — advirtió su presencia en la puerta principal de la casa, después de entrar en la propiedad sin permiso.

La puerta estaba abierta del todo, por lo que asomó la cabeza, por mera curiosidad, para ver si se encontraba dentro. No vio a nadie, solo se escuchaba una voz que salía de una radio que estaba en algún lugar misterioso. El interior de la casa estaba adornado por muebles antiguos y hermosos, viejos y polvorientos, y decenas de cuadros con fotografías colgados en las paredes o apoyados sobre varios muebles; las había en blanco y negro y a color. Los modelos de las fotografías eran sus familiares, viejos amigos, y de momentos que el señor Vargas vivió en su larga e intensa vida. Lo que más le llamó la atención a Edd fueron los cuchillos de diseño colgados en las paredes. Llegó a contar 8 cuchillos diferentes. Además, en la pared frente a la puerta principal, se podía vislumbrar un rifle antiguo y bien cuidado.

— ¿Buscas a alguien? — El señor Vargas lo sorprendió por la espalda. Edd se asustó y perdió el equilibrio, cayendo sentado al suelo.

— ¡Que susto me pegué! — se recompuso y se puso de pie —. Perdona por entrar sin permiso... es que...

— Si, no importa — el señor Vargas entró a la casa —. Entra, no seas tímido.

— ¿Cierro la puerta?

— ¿Acaso estás loco? Hace un calor a morir.

Se adentró en la casa y escrutó con asombro cada rincón. Vio cosas que nunca antes había visto y que no sabía lo que eran. «Cosas de campo.», se respondió. Lo que lo dejó anonadado fue ver una guitarra apoyada en un rincón, junto a un escritorio lleno de papeles y libros.

— ¿Y esa guitarra? — preguntó contrariado, ya que le había hecho saber que la guitarra que le regaló era la única que tuvo en su vida.

— Es mía, ¿por qué? — le divirtió la incertidumbre de Edd —. ¿Acaso creíste que la guitarra que tienes ahora era la única que estaba en mi poder? No, claro que no. Tengo tantas que perdí la cuenta.

— Usted — replicó — dijo que no tocaba la guitarra hace muchos años...

— Exacto — aclaró —, la guitarra que te regalé no la tocaba... hace casi treinta largos años. Has entendido mal o me he explicado mal... bueno, ya no importa. ¿Te gusta el mate? ¿Amargo o dulce?

— Como sea, no soy delicado.

— Así me gusta — tosió un par de veces, tapándose la boca con el puño —. Yo lo tomo amargo...

— Entonces — interrumpió Edd —, amargo será.

Entraron en la cocina. Era pequeña y muy vieja. El horno de cocina estaba negro y desgastado por el paso de los años. El anciano usaba una tetera de aluminio casi tan antigua como él. Las sillas eran viejas. En fin, todo en la cocina era antiguo. Sin embargo, la vejez hacía del lugar un sitio acogedor y pacífico.

— ¿Cómo se encuentra tu madre? — preguntó el anciano, dando el primer sorbo al mate.

— No lo sé — bajó la cabeza, y de pronto sintió que desfallecía —. Y tampoco sé si quiero saberlo...

— ¿Acaso tus abuelos no te cuentan nada? — refunfuñó —. Deberías preguntarles... — se detuvo en seco al pensar que quizá, Edd, no quería hablar sobre el tema.

— Mi estúpida abuela se la pasa durmiendo... tomando esas tontas pastillas... no habla ni hace nada.

— Oye — advirtió el anciano —, más respeto con las personas mayores. Aunque estés enojado, no debes faltarle el respeto, es tu abuela.

— Desearía que no lo fuera — la frialdad con la que lo dijo les dio credibilidad a sus palabras.

Ambos guardaron silencio, solo se escuchaban los sorbos que daba el anciano al chupar la bombilla del mate.

— ¿Con que se la pasa durmiendo? — sintió vergüenza ajena, y el gesto de su cara hizo honor a sus pensamientos.

— Si, no se levanta ni a comer. No la he visto moverse, quizás sale y hace lo que tiene que hacer cuando estoy haciendo algo, pero siempre que la veo solo está tirada en su fea y hedionda cama. Me he hecho cargo de los deberes de la casa. Cocino, limpio, ordeno, lavo mi ropa, la plancho... Y cuando le hablo no me responde... me ignora, es como si yo fuese invisible. Ayer le pregunté por mamá y no me respondió... es tan, tan frustrante.

El anciano no perdió la monotonía de su mirada, como si estuviese acostumbrado a escuchar problemas.

— ¿Y tu abuelo? — preguntó, colocando el mate frente a Edd.

— En el hospital, cuidando a mamá.

Edd dio un fuerte sorbo al mate, y, por culpa del calor del agua, se quemó la lengua. El gesto de su rostro hizo reír a el señor Vargas. Edd dejó su tristeza de lado, o, mejor dicho, la ocultó en un lugar donde solo él puede ver y sentir.

— Ten cuidado, está caliente — advirtió con tono solemne y divertido. Solo quería cambiar el tema de conversación.

— Si, acabo de enterarme — no le pareció motivo para risas, hasta se sintió ofendido. Su lengua le ardió como nunca antes, y creyó que la lengua se le hincharía hasta triplicar su tamaño.

— Toma, ponte azúcar en la lengua y se te pasará el ardor — dijo el anciano, extendiendo un sobre de azúcar, luego de buscarlo en un cajón que quedaba a un brazo de distancia.

Edd cogió el sobre de azúcar, receloso de las palabras del señor Vargas.

— Vamos, anda — le animó al notar que desconfiaba de sus palabras.

Lo hizo. Y si, el ardor disipó considerablemente, además endulzó sus papilas gustativas, lo cual le fue gratificante.

— ¿El rifle que tiene en la sala de la entrada es real? — preguntó Edd.

— Fusil — corrigió el anciano —. Y sí, claro que es real. ¿Acaso crees que yo ando con juegos? ¡Estuve en la guerra de las Malvinas! Y el fusil por el que preguntas es una Garand-Beretta BM59, de origen italiano. — comentó animado.

— ¿Funciona?

— ¿Qué si funciona? — se exaltó —. Claro que funciona, fue la usé en la guerra. No es solo un souvenir, es un arma que estuvo en la guerra. Es una reliquia. Un recuerdo de aquella guerra estúpida y sin sentido.

— ¿Guerra estúpida y sin sentido?

— Exacto, la guerra fue innecesaria — de pronto ardió en el odio —. Pero culpa de unos políticos hijos de... — se detuvo seco —. Los dictadores de aquella época son los únicos responsables. Videla y todos sus secuaces. Todos ellos son responsables de quien sabe cuántas muertes. Arruinaron el país, y no creerías todas las atrocidades que cometieron solo porque sí, porque nada de lo que hacían tenía sentido. Jugaban a ver quién era el más estúpido...

— Entendí, entendí — Edd interrumpió a tiempo el momento airado y resentido que seducían a su vecino a través de recuerdos y viejos sentimientos de odio latentes en su existencia —. Bueno, no entendí demasiado, pero capté el punto.

— Al final no solo perdimos la guerra, sino que la nación recibió un duro golpe en la poca dignidad que le quedaba. — agregó, finalizando con su rabieta.

Edd se sintió incomodo y guardó silencio, sin tener nada para decir.

— ¿Tanto te tardarás en tomarte el mate? — preguntó, aun con gesto de furia.

— Cierto, perdone — Edd no estaba acostumbrado a tomar mate, por lo que al terminarlo lo dejó frente a él, como si nada pasara —. ¡Gracias! — extendió el mate y el señor Vargas lo agarró sin decir nada, solo esbozó una sonrisa de Gioconda, misteriosa y divertida.

— ¿Cuándo empiezas las clases? — preguntó el señor Vargas, cebándose un mate.

— La próxima semana — respondió —. Es mi primer día en el secundario.

— ¿Secundario ya? — se sorprendió —. ¿Qué edad tienes?

— Trece años.

— Habría jurado que tendrías unos diez años. Ya no eres un niño, eres un hombrecito después de todo.

— ¿Y usted?

— ¿Yo que?

— ¿Qué edad tiene?

— Unos extensos 76 años... y bien vividos, hombrecito — lo gestos del señor Vargas hacían que sus palabras parecieran un monologo de teatro.

— ¡Es usted la persona más vieja que he conocido! — exclamó anonadado.

— Y la más hermosa, nunca lo olvides — apuntó.

— Si, como usted diga — fue sarcástico, aunque le dio, hasta cierto punto, la razón, ya que era un anciano elegante y de buena personalidad. Un anciano encantador.

Cuando el señor Vargas terminó de tomar el mate y cebó otro, Edd extendió la mano para recibirlo, pero el señor Vargas se llevó la bombilla a la boca.

— Es mi turno — dijo contrariado —. Usted acaba de tomarse uno, ¿o tiene problemas de memoria? — agarró tal confianza con el anciano que ya no se preocupaba en hacer bromas o faltarle sutilmente el respeto.

— ¿Cómo? — chistó —. Creí que ya no querías... me has dado las gracias cuando me devolviste el mate. — Edd no comprendió lo que quería decir —. Ah, comprendo. Bueno, hombrecito, cuando das las gracias le das a entender al cebador que ya no quieres seguir tomando.

— ¿Y qué tengo que decir si quiero seguir tomando?

— Nada, lo entregas sin decir nada.

Edward, después de que el señor Vargas se tomara el mate rápido y le cebara otro mate, sintió, al tomarlo, un sabor rico y desconocido. La quemada de lengua de la primera vez no le permitió sentir tal sabor.

— ¿Qué le echó al mate? Tiene un sabor rico, y el aroma — inhaló profundamente — es agradable.

— Tiene hierva de mate y un ingrediente secreto: té de burro. — se inclinó interesado sobre la mesa, acercándose a Edward —. No me vayas a decir que nunca has tomado mate con té de burro.

— No, es la primera vez que escucho hablar del tal «té de burro» — el nombre le resultó divertido —. Que nombre tan ridículo. ¿Por qué se llama así? ¿Acaso es una planta para la gente poco intelectual?

— Deja de decir tonterías, hombrecito. La planta de donde se extraen las hojas se llama burro, nombre criollo, para la gente normal. Para los científicos se llama de otra manera, pero el nombre es una mezcla de ruso y latín así que todos optamos por el nombre fácil. No hay que complicarse la vida intentando recordar nombres raros.

Edward clavó la mirada en su guitarra, ansioso, de pronto, por querer aprender algo nuevo y entretenido.

— Hazlo, saca la guitarra y muéstrame que tanto has avanzado — dijo el señor Vargas, leyéndole el pensamiento.

Lo hizo. Apoyó su guitarra en el regazo, en posición de compositor clásico, y comenzó a tocar las notas que aprendió. Esta vez se acordó de todas las básicas, aunque la cejilla con el dedo no mejoró. Lo que sí mejoró fue su técnica con la mano que rasguea, solo fue cuestión de relajar los músculos de la muñeca y tocar con suavidad.

— Espera — lo detuvo —. Te olvidas de algo.

— ¿Ah? — miró con atención la guitarra para ver que se olvidó.

— No, no mires a la guitarra.

Si de confusión hablamos, Edward dio un ejemplo claro. Miró a los alrededores, sus manos, sus dedos, el estuche de la guitarra, y no comprendía a que hacía referencia el señor Vargas. «¿Qué me olvidé?», pensó. El gesto de su rostro delató su pensamiento.

— El mate — dijo al fin el anciano —. Has olvidado devolverme el mate. Te lo tomaste y lo dejaste bailando frente a ti...

Edward le entregó el mate, avergonzado, claro está. De nuevo.

— Aprendes rápido — observó —. Son solo notas básicas, pero no por eso deja de ser nada. Tienes talento, hombrecito, al parecer se te da fácil aprender.

— Gracias, creo — dijo dudando, creyendo que el halago era una crítica.

— Muéstrame de nuevo que has aprendido.

Y lo hizo.

— Bien, solo ablanda un poco más la mano con la que rasgueas. Y no uses siempre el dedo gordo. Haz más presión en los acordes, aprieta sin miedo. Practica hasta que los dedos se ablanden y se acostumbren...

— Porqué mejor no me muestra usted que debo hacer... si lo veo aprenderé más rápido.

— No debes apurarte en el aprendizaje o no aprenderás nada — aclaró seriamente —. Ve, traeme mi guitarra que te muestro.

Edward fue a la otra habitación y la buscó.

Cuando el señor Vargas ya la tenía en sus manos, la sacó del estuche y la acarició con pasión y alegría. La guitarra era muy vieja, la madera estaba desgastada en cada milímetro, estaba opaca y con marcas de golpes en las aristas.

Edd quedó perplejo por la decepción que se llevó, ya que esperaba un instrumento vistoso y anonadante de elegancia y belleza.

— ¿Qué te sucede? — preguntó el anciano al ver el disgusto de Edd —. ¿No te gusta mi guitarra?

— Es muy fea — respondió —. Creí que sería mejor que la mía. — de pronto le invadió la inquietud del porqué no le regaló la guitarra vieja y se quedó con la más bonita.

— He aquí un dato importante — dijo como si fuese un filósofo —. No importa cuán agradable sea a la vista, lo que importa es la calidad de sonido que nos brinde.

Hizo una demostración y cada nota que sonó en la guitarra embelesó los oídos de Edward. La sonoridad era exquisita, mágica. Única. Edd quedó pasmado, intentado comprender como una guitarra tan arruinada fuese capaz de sonar como lo hacía.

— Si quiso sorprenderme, lo felicito, estoy sorprendido.

— ¿Ah? — esbozó una sonrisa orgullosa —. Esta, hombrecito, fue mi primer guitarra. Me la regalaron cuando yo tenía unos 15 años o algo así. Es muy vieja y ha enfrentado climas de todo tipo, pero el sonido sigue intacto. Es más, cada año suena mejor. La madera envejece y el sonido embellece. Parece algo místico, ¿no lo crees?

— Se la cambio por la mía — bromeó Edd.

— Ni en tus sueños — dijo —. Me la llevaré a la tumba.

Pasaron unas decenas de minutos, el señor Vargas le dio consejos constructivos y lo ayudó a relajar los músculos de las muñecas. Hizo lo que cualquier profesor de música hace con sus estudiantes. Acordes, rasgueos, escalas, etc.

— Eso, presiona fuerte para hacer la cejilla. Dolerá un poco al principio, pero te acostumbrarás. El «Fa mayor» le cuesta a todos los que empiezan.

— Me gustaría aprender a tocar como usted... — se aventuró a decir.

— ¿A tocar flamenco?

Edd asintió.

— No seas ambicioso, muchacho — dijo —. Lo harás, pero antes debes aprender muchas cosas, barbaridad de cosas. Es el estilo más difícil que existe. Para empezar a aprender a tocarlo necesitas años y años de práctica. Por ahora concéntrate en aprender lo básico. Escalón por escalón, si te saltas uno puedes caerte.

Edd recordó la primera vez que lo vio tocar y no lo quedó duda alguna de lo que le decían.

— Toque una canción — pidió Edd —. Y luego enséñeme a tocar alguna fácil, me aburren los acordes y las escalas. — empezó a tararear de forma zonzona y absurda los sonidos abstractos de los ejercicios que le fueron encomendados.

El señor Vargas frunció el ceño y luego meneó la cabeza aceptando la petición.

— Presta mucha atención — indicó seriamente, apuntándole con el dedo índice —. La obra que voy a tocar ahora es la que te enseñaré a tocar.

Sin decir nada, Edd prestó toda su atención al anciano, entusiasmado y ansioso por escuchar la canción que comenzaría a aprender.

El señor Vargas cerró los ojos, hiperventiló, y sus dedos comenzaron a tocar una melodía suave, triste, alegre, hermosa y relajante. La canción que tocó se llama: Romance anónimo. Es una canción sencilla y excepcional. Edd quedó encantado, y se vio capaz de aprender la canción en poco tiempo. De pronto su sonrisa desapareció. Las melodías que entraban a sus oídos despertaron algo frágil en su interior. Pensó en su madre y en su estado de salud. Nadie le había dicho nada desde que se enteró de que ella tuvo una decaída, y que según el señor Vargas fue una decaída que no se debe pasar por alto. La melodía seguía sonando, hermosa en todo momento, impulsando un sentimiento de impotencia en Edd. Él mismo decidió continuar con su vida como si nada, olvidándose por un momento de su madre, esperando escuchar una buena noticia. Intentando disipar el martirio. «Edward, mamá se ha recuperado.», esperaba oír de cualquier voz andante. Todo lo que guardó en su más vasto interior salió a la superficie, obligándolo a enfrentarse a sus más profundos pensamientos.

Claro que en ningún segundo pudo olvidarse de su madre, siempre pensaba en ella, pero muchas veces se engañaba a sí mismo para lograr una pizca de confort y disipar los

malos y destructivos pensamientos. Al final la realidad nos alcanza y nos golpea duro en el mentón, obligándonos a verla por lo que es, por más cruda que sea.

La melodía le dio tan duro que estuvo a punto de llegar a las lágrimas. Extrañó a su madre como nunca antes, deseó verla y darle un fuerte abrazo. Quiso contarle lo de su nueva guitarra y sobre el virtuosismo del viejo Vargas — como le decía ella — en la guitarra. «Toca flamenco ¡Y mueve los dedos super rápidos y hace cosas que no te imaginarias! Dijo que me enseñaría. Yo tocando flamenco, ¿te lo imaginas? La verdad es que yo no, pero me esforzaré, como dijo el señor Vargas que debo hacer.», su imaginación lo llevó al lado de su madre. Podía verla y escucharla, pero no sentirla. Sentía que se ahogaba y que todos lo observaban sin intenciones de querer extender una mano y ayudarlo a salir del agua. Un nudo en la garganta lo hizo desfallecer. Se descompuso y creyó que se desmayaría o vomitaría. Sus ojos estaban rojos, al borde de las lágrimas. El llanto estaba al acecho, esperando el momento perfecto para destruirlo o aliviarlo. «¿Cómo te encuentras mamá? Necesito verte antes de que...», ni siquiera era capaz de pensarlo. Con escuchar su voz por teléfono era suficiente, pero hasta ese deseo le fue arrebatado.

«No, no podemos hacerle esto al pobre niño...», escuchó decir a su abuelo cuando mantenía una conversación, entre susurros fuertes, con su abuela. «¿Qué no quieren hacerme?», se preguntaba confundido ante las palabras insípidas y sin sentido de su abuelo. ¿De que querían protegerlo? Quizás querían moldearle una armadura para ayudarlo a enfrentar el ya previsto e inevitable final. El largo adiós espera.

«Irás a verla dentro de poco, en un par de días o semanas.», le habían dicho cuando este rogaba por estar con ella. Le parecía una eternidad, ya que era muy probable que ese día jamás llegase. Cada día que pasaba hacia más probable que la próxima vez que la viera sería dentro de una eternidad y en otra vida.

El señor Vargas seguía, ensimismado, tocando la guitarra. Cuando Edward se levantó de la silla como una fiera apunto de luchar contra otra, el anciano abrió los ojos como platos y la guitarra hizo un ruido áspero y asqueroso. El anciano quedó perplejo al ver los ojos de Edd llenos de lágrimas, desconociendo el motivo de ello.

Edd salió corriendo de la casa.

— Oye, ¿qué te sucede? — gritó el anciano —. ¿Y a este que bicho le picó? — se preguntó renegando. Apartó la guitarra a un lado y se puso de pie. Caminó hasta el frente de la casa y vio a Edd entrar a la suya. Estaba preocupado por el hombrecito.

— ¿Cómo se encuentra mamá? — preguntó Edd a su abuela, quien estaba tumbada en la cama haciéndose la dormida, mirándola con desdén.

— ¿Estás bien? ¿Qué te sucedió? — al ver las lágrimas que borboteaban de los ojos de su nieto se preocupó rotundamente.

— Mamá, ¿cómo se encuentra? He estado esperando a que me digas si se recuperó o si se va a... — se detuvo en seco. Su mirada fue suficiente para terminar la frase.

La abuela torció el gesto de su rostro y le dedicó una mirada despectiva. Intentó responder varias veces, deteniéndose antes de poder hacerlo, como si fuera tartamuda. Sin respuestas o sin encontrar las palabras adecuadas, guardó silencio y clavó su mirada a las de su nieto.

— No lo sé — respondió al fin, esforzándose, tensionando los músculos de su rostro para no llorar —. No lo sé, tu abuelo no me ha llamado.

— Quiero ir a verla — dijo con intensidad, dejando en claro que no aceptaría una respuesta negativa.

— Lo sé, sé que quieres verla... — las lágrimas afloraron y humedecieron sus mejillas —. Yo también quiero verla.

— ¿Y por qué no vamos y ya?

— Tu abuelo...

— No me importa lo que diga — interrumpió —. Necesito verla, quizás sea la última vez... Vamos a verla, estoy seguro que ella quiere vernos.

— El tratamiento...

— ¡No me importa! El tratamiento no le hace nada, nunca le ha hecho nada. Solo hace que empeore. ¿De qué sirve? Nunca sirvió, menos lo hará ahora. Tengo que ir a verla, ¿escuchas lo que digo? ¡Quiero estar con ella!

— Edward... — quiso decirle algo importante, imprescindible, pero se abstuvo. No fue capaz de hacerlo, no quiso ser capaz —. El abuelo dijo que debemos ir dentro de dos días.

— Acabas de decir que no has hablado con el abuelo — replicó.

— He dicho que no me ha informado sobre el estado de salud de tu mamá... debo de haberme explicado mal.

— Si, ya, da igual. ¿De verdad vamos a ir? — la emoción le invadió.

La abuela asintió. Su rostro no mostraba ningún indicio de emoción o entusiasmo, sino todo lo contrario, como si detestara la idea de viajar para ver a su hija, quizás por última vez. Edd lo notó, pero no dijo nada, su atención era presa de la ilusión.

— ¡Por fin entran en razón! Ya era hora — pensó en voz alta —. ¿No podemos irnos hoy, en la noche? No creo que pueda aguantar tanto tiempo.

— No, deberás tener paciencia.

— Es fácil para ti, nunca haces nada — cuando lo dijo se dio cuenta de lo ofensivo que pudo ser —. Perdón... no quise decir eso.

La abuela guardó silencio, desestimando las crueles palabras de su nieto. Había cosas más importantes por las que preocuparse. Apretó con sus dedos sus sienes y luego los ojos, como si la conciencia le estuviera dando un duro castigo.

— ¿Qué sucedió contigo? — preguntó el viejo Vargas, contrariado, bajo el marco de la puerta.

Edward, quien salió corriendo al borde de las lágrimas, mostrando su vulnerabilidad, regresó con una sonrisa dibujada en su rostro, como si nada hubiese ocurrido en realidad.

— Nada, no se preocupe — dijo —. Mañana o pasado iré a ver a mamá.

— Pues, me alegro por ti, hombrecito — expresó, contagiado de la emoción exorbitante de Edward.

Si bien Edd estaba pasando por un momento de dicha, sentimiento que opacaba los demás, la verdad es que estaba asustado, en pánico. Le inquietaba la incertidumbre.

— Perdón por salir de esa manera... — dijo avergonzado.

— Me asustaste, al menos debiste decirme algo. Creí que había pasado algo malo. Pero ya está, nada sucedió. Entonces... ¿te gustó la canción o no? — preguntó cruzado de brazos.

— Cierto, la canción — recordó los sentimientos encontrados tras oír la canción —. No sé si quiero aprenderla... es muy linda, no lo niego, pero me hizo sentir muy mal.

— Con que de eso se trata — dijo el viejo Vargas aguantándose la risa, entrando a la casa —. El poder de la música... Ven que te enseñe la primera frase de la canción, ¿quieres que te enseñe otra? — preguntó con sonrisa de Gioconda.

Edward iba detrás de él. No lograba entender si el viejo Vargas se estaba burlando de él o si estaba siendo compasivo.

— Otra — contestó —. Y que sea fácil.

— Como usted ordene, hombrecito. Supongo que quieres algo... quizá, un poco más alegre, ¿o me equivoco?

— Supongo que será mejor, me ayudará más...

— No escapes de la tristeza, o le darás el poder de que se convierta en un calvario insoportable — aconsejó —. Y creeme, no querrás que eso suceda.

— ¿Sugiere que debo aprender la canción triste?

— Al menos debes intentarlo — respondió tosiendo un par de veces —. Y te aseguro que una vez que la aprendas te ayudará más de lo que crees, además la disfrutarás como nadie.

— No entiendo que quiere decirme, pero estoy seguro que tiene sus razones — hizo una breve pausa —. ¿A usted le ayuda a enfrentar algo?

— Me ayuda a enfrentar los vestigios de mi pasado, y me ayuda a recordar buenos tiempos — sus ojos viajaron al pasado —. He vivido momentos deprimentes, horribles y felices. La música es mucho más que solo sonido para entretener si te abres a ella, cuando la entiendes te ayuda con lo que sea. No importa el tipo de música, lo que importa es que te aporte lo que sea que busques. Si no fuera por la guitarra, creeme, estaría emborrachándome y desperdiciando los pocos días que me quedan.

Edward comenzaba a aburrirse, como todo adolescente que se acostumbra a jugar videojuegos o leer libros donde la acción nunca se detiene, personas que no comprenden la necesidad y el poder del drama. «No des dos golpes seguidos, el primero lo sentirá, pero el segundo no le hará ni cosquillas. Luego del primer golpe hay que esperar a que se recomponga, y cuando veas que volvió en sí le das el segundo, lo sentirá como si fuera el primero, o quizás le provoque un mayor dolor. Al final solo queremos que sufran.» Una historia sin drama no es más que entretenimiento para adolescentes precoces e impacientes que solo buscan pasar el rato.

— Si usted cree que me hará bien aprender la canción, pues, hagámoslo — la sabiduría de un anciano longevo no debe ser desestimada, siempre debe tenerse en cuenta, aunque creamos con creces que se equivocan. Tras una larga y ajetreada vida sus palabras y consejos son vívidos y reales, el tiempo les da la razón. La sabiduría de cada persona difiere en las propias experiencias de cada uno, pero hay pensamientos que golpea a todos por igual.

— Solo no te echas a llorar porque te doy un golpe de aquellos — bromeó el viejo Vargas, sentándose, cruzándose de piernas, y colocándose la guitarra en el regazo.

En la noche del día siguiente, Edd estaba sentado en su cama practicando con frustración las frases de la canción que le enseñó el viejo Vargas: Romance anónimo. Su frustración no solo fue porque le costaba interpretar las notas, sino que, después de recapacitar sobre sus pequeñas ideas, al ver las desnudas paredes de su habitación se arrepintió de haber quitado los posters. Cuando fue a buscarlos en el cesto de basura se encontró con que ya no había indicios de basura. Sus posters desaparecieron. «En que mierda estaba pensando, que estúpido soy.», se dijo refunfuñando. Y si, fue un estúpido, a nadie debe interesarle que piensen los demás, porque hagas lo que hagas las personas frustradas e infelices buscarán o inventarán cualquier excusa para abrir la boca. Sus lenguas son venenosas. Pero, en fin, Edd se dio cuenta muy tarde. Los posters que coleccionó durante años desaparecieron, y ello le hizo dar ganas de arrancarse los pelos hasta quedarse calvo como su madre. Viendo el lado positivo, la desaparición de los posters le dio una lección muy valiosa: no encariñarse con objetos materiales. Aunque es un tema discutible. Lo material suele ayudarnos a recordar, a sentirnos libres, a recuperar la autoestima y lo que sea que busques para mejorar tu vida. Una guitarra, un collar, una prenda, pueden darte más amor que un ser de carne y hueso.

Ya faltaba poco para viajar y ver a su madre. La ansiedad le ajetreaba la paz. Se imaginaba toda clase de conversación con su madre, hasta llegaba a creer que sucedieron en realidad, que los recuerdos afloraban sin darse cuenta. Ese día no fue a ver al viejo Vargas, se quedó en casa armando un pequeño equipaje y el resto del día jugó a los videos juegos y tocó la guitarra. El tiempo nunca es suficiente.

«Si estas triste, la música se disfruta mucho más.», pensó cuando se cansó de tocar la guitarra.

Receloso de sí mismo, se puso de pie y encendió el estéreo. Quiso eliminar sus creencias supersticiosas de que una canción podría estar maldita, y que cada vez que sonaba lastimaba a su madre. Coincidencias que dan lugar a lo místico. «El señor Vargas se reiría si se lo contara.», pensó con una sonrisa de incrédulo.

Edward tenía el corazón triste, eso queda claro. Hacia lo posible para fingir que estaba bien, sonreía porque la cara de niño triste incomoda a las personas. Desconfíen de la persona que solo busca felicidad y risas en su vida, esa persona ya no está viva.

La canción comenzó a sonar: Father time – D'Molls. El piano eriza la piel, acuña los parpados y arrasa con la falsedad de mostrarse alegre. Rompe las barreras y se abraza al dolor interno, más allá de las entrañas. Y cuánta razón tuvo el viejo Vargas, la música lenta y de melodía triste se disfruta de una manera que pocos podrán entender. Es como si el alma se conectara con un cable de alta tensión, dándonos fuertes choques eléctricos que provocan dolor y a su manera alivio y satisfacción. La canción liberó cada emoción reprimida en Edward: miedo, alivio, desesperación, estrés, deseos culposos, etc.

Cuando la última nota sonó, le dieron ganas de vomitar. Sus intestinos rugían y su estómago celebraba con acidez. Se descompuso y por poco no cae desmayado. ¿Qué le sucedió? Solo se liberó. Se quitó el bozal y la cadena que lo apresaban. Liberación emocional. Sus mejillas estaban empapadas en lágrimas saladas.

— Un último abrazo, mamá, solo eso pido — susurró entre sollozos.

Su deseo más profundo y prohibido era que su madre dejase de sufrir, que se muriera de una vez por todas. Ya casi no podía soportar saber que la persona a la que más ama en la vida este sufriendo en cada maldito segundo. «Muérete, por favor, no quiero que sigas sufriendo de esta manera.», solía imaginar que le decía al odio. Es un martirio ver como la vida se deshace como si fuera un pedazo de papel ante una ardiente llama. Muchas

veces se culpaba, se sentía la mayor aberración del mundo, cuando deseaba que su madre muriera. El egoísmo lo agarraba por la espalda y le susurraba palabras que le erizaban la piel: «si ella muere tú podrás comenzar a vivir». Lo peor es que creía en esas palabras. Y le daba pánico que ese día llegara, pensaba que se sentiría tan culpable que no podría soportarlo. Estar triste, extrañar a un ser amado, está muy bien, es lo normal, el problema es cuando queremos olvidar porque creemos que estaremos mejor. No, olvidar es imposible. El cerebro y corazón conspirarán contra tus intenciones, dejándote vulnerable y fácil de derrocar.

— Odio a los que te siguen haciendo esto — bramaba con furia.

Creía con creces que la mantenían con vida solo para hacerla sufrir.

Sus ideas estaban en una encrucijada, entre la vida y la muerte. Deseo y realidad. Te quiero aquí conmigo; quiero que me sueltes y transites tu camino, tu destino.

— Ya quiero estar contigo — estaba a solo horas de iniciar el viaje.

Entre tantas idas y vueltas en su cabeza, sin darse cuenta, terminó cerrando los ojos hasta conseguir un sueño profundo. «Te amo mamá, lamento nunca habértelo dicho.»

He de comentar que ese mismo día sucedió un hecho particular y asfixiante. Por la tarde lo llamó su padre por teléfono.

— Edd... ¿Cómo te encuentras?

— Hola — dijo con tono gélido.

— Si, hola... perdoname.

— ¿Qué quieres?

— Saber cómo te encuentras, hijo.

Pocas veces oyó a su padre llamarle «Hijo». Siempre le decía «Edd, o Eddy».

— ¿Acaso importa? — preguntó, conmovido y enojado al escuchar la palabra «hijo».

— Edd...

— ¿Qué?

— Comportate, Edd.

Ambos guardaron silencio, solo se escuchaba una burda y agria respiración que salía del auricular del teléfono.

— ¿Por qué llamas? ¿Qué quieres? — encaró Edd, haciendo notar su disgusto.

— Quiero saber cómo te encuentras.

— ¿Y desde cuando te interesa saber eso?

— Edd... ya, para un poco.

— ¿Mamá te dijo que me llames? ¿O el abogado?

— Edd...

— ¿Con qué te amenazó? — preguntó —. ¿Dijo que te denunciará y que te quitará todo lo que tienes? No es la primera vez que lo hace.

— Nadie amenazó a nadie. Eres mi hijo, solo por eso llamo.

— ¿El juez te obligó a llamarme? Bueno, creo que ya no te obligarán a verme. Un punto a tu favor, me parece.

— ¿De dónde sacas todo lo que dices? No hables si no sabes.

— Ya no soy un bebé bobalicón que no entiende nada — levantó la voz —. He escuchado las discusiones que tienes con mi abuela y mi madre. Aunque bueno, te has salvado de mi madre, que ya está a punto de morir, ¿o ya te olvidaste de ella?

— No digas eso... tu madre...

— ¡No menciones ni digas nada sobre mamá!

El padre carraspeó, irritado y avergonzado.

— Edd — dijo adoptando un tono más imponente —. Sé que estas enojado, y si desquitarte conmigo te ayuda, pues bien, hazlo. No voy a enojarme.

— ¿Y tú qué sabes cómo me siento? No entiendes nada.

— Tienes razón, no sé cómo te sientes. Y eso es porque nunca me cuentas nada.

— ¿Acaso soy yo el culpable? El único culpable eres tú. Sé que solo me llamas porque te obligaron a hacerlo. Como siempre. Tú no me quieres, soy un estorbo para tu vida y la de tu tonta familia. No me vengas con cuentos que ya me los conozco a todos.

El padre se tomó una pausa e intentó ignorar el momento de colera de Edd.

— Pronto iré a visitarte, Eddy. Llevaré a tu hermana para que puedas conocerla. Apuesto que se llevarán muy bien.

— No es mi hermana y tú no eres mi padre — replicó.

— ¿Me odias?

Edd pensó en la respuesta, y dejó salir lo que siempre quiso decirle.

— No quiero saber nada de ti. No quiero tu dinero ni nada que venga de tus asquerosas manos. Yo sé que no quieres venir a verme, pero lo haces porque no tienes opción. Finges que me quieres. Nunca he sentido el verdadero amor y cariño de tu parte. Bla, bla y bla. Ya no soy un tonto, entiendo todo lo que sucede. ¡Te odio! Muérete, por favor muérete. Desaparece de mi vida. No te necesito, no tienes nada interesante para brindar. Puedo cuidarme solo, he estado siempre solo. Lo lamento por tu nueva familia, eres patético y nunca nadie te querrá. Solo espero que no los abandones, al menos dignate a cuidar de tu nueva familia.

— Edd... — dijo dando un largo suspiro, anonadado y triste por tan duras palabras.

Edd colgó el teléfono. Ya no quería escuchar una palabra más de su padre. No lo soportaba, le provocaba mucho dolor.

El teléfono sonó un par de veces y Edd quedó expectante a las vibraciones y al sonido estridente que este creaba. Estuvo a punto de echarse a llorar y atender el llamado, pero fue fuerte y siguió con sus principios impuestos. Fue muy duro para él. De pronto sufrió un ataque de colera y desconectó el teléfono. «¿Acaso este hijo de puta no entiende que ya no quiero saber nada?», se preguntó frunciendo el entrecejo, con sus ojos enrojecidos y humedecidos por la furia que sintió.

La abuela fue espectadora del momento.

— ¿Qué ocurre, cariño? — preguntó adentrándose desde las sombras.

— Nada... solo... es que...

— ¿Era tu padre?

— No es mi padre — aclaró —. No es mi padre, y yo no soy su hijo. Si fuera el caso no tendrían que obligarlo a venir a verme... ¿Por qué le obligan a hacer eso?

— Es tu padre, Edd, y eso no puedes cambiarlo.

— Gracias por tus lindas palabras, abuela — dijo con sarcasmo —. Puedo tener su sangre y su parentesco, pero eso no es suficiente para tratarlo como si fuese mi padre.

— Él te quiere, Edd.

— Me quiere cuando le conviene hacerlo. Sé que finge, lo he notado. Su sonrisa es falsa y sus chistes son aburridos. Viene, cumple el horario de visita y no vuelve a verme hasta que ustedes lo presionan para que lo haga. No soy tonto, abuela, he escuchado cuando discuten por teléfono con él. ¿Cómo un padre puede ser así con su hijo? No lo entiendo.

La abuela se ruborizó y enmudeció, Edd decía la verdad.

— Por favor no quiero volver a verlo. No lo llares, y si viene lo hechas. ¿Me harás ese gran favor? — esperó una respuesta, pero la abuela estaba absorta en sus pensamientos —. Abuela, te estoy hablando. ¿Escuchaste lo que te dije?

— Si, si — dijo —. No puedo prometerte eso...

— ¿Y por qué no?

— No sería justo para ti.

— ¿Ah? ¿Y eso por qué? Expílicate, abuela. — cada vez levantaba más la voz.

— No puedo permitir que no puedas ver a tu padre.

— ¿Acaso no escuchas? No quiero verlo, lo odio. ¡Lo odio! ¡No quiero verlo!

La abuela intentó decir algo, pero no tuvo la valentía, así que optó por la opción recomendada, guardar silencio.

— Estoy seguro que se pondrá feliz cuando le digan que ya no es necesario que venga a verme... es lo que siempre quiso, ¿no? Ojalá me hubiera dado cuenta antes, soy un tonto. — estuvo por quebrar en llanto.

— Edd, tu padre viene a verte porque quiere. Nadie lo obliga a venir.

— Una vez escuché que le decías por teléfono: «Es tu hijo, debes venir a verlo quieras o no». Y días después vino a casa, estuvo un par de horas y se fue. Siempre que viene es porque lo obligan, ya no mientas. No quiere venir, y lo entiendo. Tiene una familia y quiere estar con ellos, yo no quiero ser un estorbo.

— No digas eso, no eres un estorbo.

— ¿Entonces que soy? — no esperó respuesta y se fue corriendo a su habitación, a llorar y gritar en silencio.

La abuela quiso detenerlo y convencerlo de que sus ideas eran erróneas, pero se detuvo al percatarse de la cruda verdad en las palabras de Edd. Quiso hacer entrar en razón a alguien que ya baila con la razón. Pensó en todas las veces que discutió con el padre para convencerlo de que debía viajar para ver a Edd, quien solía rehusarse con la excusa de que debía trabajar y cuidar de su familia.

Candelaria lo odia, al padre de su hijo, desde el día que se enteró que lo engañaba con quien ahora es su esposa. En pleno embarazo fue despedazada y abandonada. Y cuando eso sucede la justicia interviene. Lo obligaron a pagar un monto de dinero para alimentos y otros gastos de manutención. El juez le dijo que debía cumplir horarios de visitas hasta que Edd cumpla la mayoría de edad, y lo amenazaron que en caso de romper con sus obligaciones le quitarían gran parte de sus pertenencias o lo meterían preso.

Entonces, ¿el padre solo lo veía por obligación? En parte sí. Candelaria, debido a la impotencia de la traición y el miedo de criar a un niño ella sola, tomó cartas en el asunto sin consultárselo a nadie. Ella creyó con creces que el padre se iría para siempre. Entre las conjeturas y el miedo llevó las cosas muy lejos. El padre, quizá, de haber sido otra la situación, hubiera aceptado sin excusas hacerse cargo de Edward. Quizás, sin la intervención de la justicia, visitaría a Edd solo por amor. Cuando nos obligan a hacer algo, ese algo pierde todo el encanto. Candelaria no quiso correr el riesgo, lo encadenó sin su consentimiento a la vida de su hijo.

— Edd, cariño, despierta — dijo la abuela al entrar a la habitación —. Debemos irnos cuanto antes o perderemos el colectivo.

Edd ya estaba despierto. Se despertó en mitad de la noche y no pudo volverse a dormir. No tuvo ninguna pesadilla, solo eran las ansias lo que tanto le ajetreaba la paz.

— ¿Qué hora es? — preguntó dando un enorme bostezo.

— Las 5 de la mañana.

— ¿Las 5 a.m.? — exclamó como si fuese una atrocidad.

— Si, el colectivo sale a las 6 am en punto, asíque muévete. Prepara un bolso, ve al baño y desayuna.

Hace tiempo que Edd no la veía tan autoritaria, siempre era sumisa y afable. Sin embargo, en sus ojos la tristeza de los últimos días empeoró, haciéndose más notoria.

— ¿Qué sucede? Te ves preocupada.

— No es nada, cariño. Vamos, levántate.

— ¿Has recibido noticias de mamá?

La abuela se tomó su tiempo para responder. Si recibió noticias sobre Candelaria, y no fueron de las buenas, claro está. Quiso decirle la otra verdad a Edd, pero no fue capaz. Quizás no lo hizo por miedo o por mera cobardía. Tal vez se mentía a ella misma, protegiéndose así de la cruda realidad.

— No sé más que tú — respondió antes de salir de la habitación, como si escapase de un momento incómodo.

Edd se desperezó, estirando su cuerpo como un gato malcriado al que le siguen todas las mañan, y se levantó. Luego de vestirse e ir al baño, fue hasta la cocina y se encontró con una taza humeante de café con leche que le preparó su abuela. «Al parecer todo vuelve a la normalidad.», se dijo sin saber si era bueno o malo.

— ¿Puedo llevar la guitarra? — preguntó cuando estaban por partir a la terminal de ómnibus —. Quiero mostrarle a mamá lo que el señor Vargas me está enseñando. — dijo entusiasmado.

— No — respondió con mirada despectiva, incomoda —. Si la llevas puedes romperla, además será un estorbo.

— La llevo a mi lado.

— No, Edd, vamos al... — estuvo por meter la pata en aguas peligrosas —. En el hospital no puedes entrar con una guitarra, te la quitarán.

— ¿Entonces cuando podré mostrársela?

— Ya llegará el momento...

— ¿Y si nunca llega? — la frialdad con la que lo dijo fue petrificante.

La habitación quedó enmudecida, se escuchaba con claridad el titubeo de los focos que sufren vulgares cortocircuitos a la velocidad de la luz. Un mosquito revoloteó entre los cuerpos buscando el momento perfecto para atacar y alimentarse con sangre límpida y caliente. El pobre mosquito dejó de existir cuando Edd le dio un manotazo veloz y certero.

El taxi que debía recogerlos estacionó frente a la casa y tocó bocina, salvando a la abuela de su impredecible nieto.

— El taxi — gimió alarmada —. Vamos, procura no olvidarte nada.

Edd la miró con repugnancia, detestó que siempre ignorasen su célebre pregunta y llamado a la realidad.

Salieron de la casa y subieron al taxi en completo silencio.

— ¿A dónde? — preguntó el taxista después de saludar.

— A la terminal de ómnibus, por favor.

Fue un viaje corto, en el pueblo todo queda cerca.

La terminal es de lo más extraña. El edificio, bastante pequeño a comparación de otras ciudades, consta de dos plantas. La planta de abajo es la terminal; donde se compran los tickets para viajar, hay asientos de espera y demás. Un lugar humilde y poco ostentoso, con lo justo y necesario. Y la planta de arriba tiene lo más llamativo y raro del edificio, ya que funciona como sede de una universidad. Con suerte hay cuatro aulas en donde se dictan las clases y una habitación especial para los servicios de logística y demás trabajos burocráticos. A los extremos del edificio hay dos grandes escaleras, como si fueran brazos, para poder acceder a las extensiones áulicas de la universidad. «Debe ser super aburrido estudiar allí.», pensó Edd, ya que se imaginaba que todas las universidades eran inmensas, con infinitud de personas, y con una arquitectura de ensueño. En comparación solo era un lugar cutre, fantasmal, donde muere la inspiración y los sueños.

Se sentaron en los banquillos de plástico y esperaron el silencio la llegada del micro.

«Licenciatura en física- Licenciatura en matemáticas.», leyó, sorprendido, en un cartel que alcanzaba a verse desde la planta baja. Había otras carreras, pero no le interesaron, por ende, no reparó con entusiasmo en ninguna. El cartel explicaba que en tal sede se cursan dos años de la carrera, y los tres restantes se hacen en la sede central, en Mendoza Capital. «Bueno, no debe ser tan malo entonces.», no subestimen a un lugar por su fachada. Lo importante es que sepan enseñar como es debido. En Argentina, a lo que educación pública se refiere, la educación es tercermundista y obsoleta, sobre todo en la educación primaria y secundaria. Es mejor educarlos para que sigan ordenes, y someterlos en la ignorancia para que crean todo lo que se les diga. Parece conveniente para gobiernos que se benefician por el populismo... más ignorantes, más pobres, más votos a favor.

A Edd le interesaba mucho las ciencias exactas, exclusivamente Física y matemáticas. Ambas se le daban muy bien. Era una especie de chico nerd.

Cuando estaba por dormirse en el banquillo, casi tan duro como una roca ornamental, sin reservas de energías para pensar y entretenerse en algo, el colectivo llegó, alumbrando con sus intensas luces amarillas, y el corazón se la aceleró como si estuviera viendo una película de Ari Aster. «Ya casi estoy contigo, mamá.», se dijo imaginándose tan esperado y apreciado momento de resurrección emocional.

Subieron al colectivo y, sin más preámbulos, partieron cuando la luz del alba comenzaba a renacer de sus cenizas.

Se había dormido, como hace cada vez que viaja, durante poco menos de una hora. El brillo del sol le golpeó el rostro hasta despertarlo. Observó a su abuela, y esta estaba con los ojos bien abiertos y la mirada perdida en sus frágiles pensamientos. «¿En qué pensará?», se preguntó intrigado. Estuvo a solo un pellizco de hablarle, pero se abstuvo con el pretexto de querer un viaje pacífico y libre de abstinencias emocionales.

Van sentado en el ala izquierda del colectivo, enfrentados a la vasta cadena de montañas que aúpan el pueblo. Era verano, y las montañas, a la lejanía de su resplandor, se veían violetas con ciertos toques de azul oscuro, sin la presencia del color blanco de la nieve que lo decora de un modo sublime y magistral. Fue un verano seco, de pocas lluvias, y la sensación térmica durante las tardes era estrepitosamente elevado, al menos a lo que el pueblo acostumbra.

Viendo las montañas y los cerros cercanos, perdido en el azul del cielo y la ausencia de nubes, recordó una conversación que tuvo con su madre un día de navidad.

— ¡Feliz navidad, cariño! — en esa ocasión ella hablaba con claridad, aunque el aspecto de enferma contrastado por su calvicie ya no era algo extraño, uno se acostumbra rápido a lo diferente.

— ¡Feliz navidad! — exclamó Edd después de entrar al cuarto y correr para darle un fuerte abrazo —. Mira lo que te traje. — le dio una caja envuelta en papel de regalo.

— ¿Qué hay dentro de esta caja? — inquirió sorprendida, a la vez que esbozaba una intensa sonrisa de satisfacción.

— No te lo diré, o dejará de ser una sorpresa — adujo —. Si quieres saber, debes abrirlo. Pero con cuidado, o puede romperse.

— ¿Puede romperse? ¿Acaso es algo de vidrio?

— No me acuerdo, me falla la memoria.

— ¿De veras? Llamaré al doctor para que te introduzca cables en el cerebro y pueda ver si mientes o no — fingió seriedad —. ¡Doctor! Mi hijo...

— No, no llames a nadie — Edd se asustó de veras —. No estoy enfermo de nada. — susurró.

— Has caído en la broma — festejó como si hubiese logrado una hazaña.

— Ya, ábrelo — Edd detesta que se burlen de él, como a cualquier niño orgulloso y ambicioso.

La madre rompió el papel con cuidado, como si intentase no cortarse los dedos. La caja no tenía nada escrito, era solo un pedazo de cartón blanco. Escrutó la caja como si tuviese visión de rayos x.

— ¿Tú lo compraste? — preguntó la madre.

La abuela era la única que observaba el momento.

— Si, aunque la abuela tuvo que ayudarme un poco — le sonrió a la abuela, quien le devolvió el gesto —. Son dos regalos. — no pudo aguantarse las ganas.

— ¿Dos? Vaya, hoy es mi día de suerte.

Abrió la caja y quitó el papel que tapaba el objeto misterioso. Al hacerlo gimió de placer.

— Edward, ¿Dónde has conseguido esto? Me encanta. ¡Gracias, cariño! — le dio un baboso beso en la frente.

Lo que le regaló Edd fue una estatuilla de cerámica de un caballo Mustang. Lo vio una tarde cuando caminaba por el centro con su abuela, mientras buscaban algo lindo para regalarle, y como Candelaria ama a los animales, especialmente a los caballos, le pareció el regalo perfecto.

— Sabía que te iba a gustar — dijo Edd, orgulloso por su elección —. Mira la caja, hay otro regalo para ti.

— Cierto. Veamos que tenemos aquí... — husmeó la caja —. ¿Pelirroja? Eres un diablillo, Edward. — espetó entre risas.

— Vamos, ponte la peluca. Quiero ver cómo te queda. Ah, y la abuela fue quien lo eligió.

— Tú abuela es lo peor, ten mucho cuidado con ella— bromeó.

Se palpó la cabeza, calva como un monje, preparándola para anidar una nueva cabellera, y se puso la peluca. En ese tiempo ella usaba peluca, y tenía de diferentes colores y cortes, menos el pelirrojo, ya que siempre dejaba en claro que le desagradaba.

— ¿Cómo me veo? — inquirió entrecerrando los ojos, dudando de su imagen.

El corte de la peluca era al estilo Bob.

— Radiante — respondió Edd.

— ¿Radiante? Vaya, eres todo un don Juan.

— Te ves bien, todo te queda bien. Eres hermosa.

— Si, eso ya lo sé. Tú también eres hermoso, al igual que tu madre.

— ¿Igual que tú? — puso cara de estupefacto —. Pobre de mí, entonces.

Candelaria arqueó las cejas y frunció el ceño, siempre con gesto divertido.

— Haré como que no escuché eso — se acomodó en la cama —. Ven, dame un abrazo.

Edd se lanzó sobre ella.

— Yo no he comprado nada para ti — dijo con voz triste —. ¿Qué quieres que te traiga papá Noel? o el viejo pascuero, como dicen los chilenos.

Ambos lanzaron una carcajada estridente, capaz de despertar a todos los pacientes del piso. Para aclarar, Edd no creía en ese momento en el gordo de navidad.

— No importa lo que yo quiera.

— Vamos, dime — le animó —. ¿Un video juego? ¿Un disco de música? Dilo y lo tendrás. Claro, siempre y cuando no me pidas que te compre un collar de diamante y esmeraldas, eso ya es imposible.

— ¡Quiero que vuelvas a casa! — exclamó, de pronto los ojos se le enrojecieron —. ¡Quiero que te sanes de una vez y que vuelvas conmigo a casa!

Candelaria y la abuela se estremecieron con gran estrepito.

— Pronto, pronto me sanaré e iré a casa — dijo con la voz quebrada, fingiendo, inútilmente, mostrarse tranquila e inquebrantable.

— ¿Lo prometes?

No quiso mentirle, pero no tuvo opción. Decir la verdad es solo para los valientes. Tragó saliva con disimulo, intentando mantener la compostura, y respondió:

— Claro, cariño, lo prometo — se sintió terrible por jugar con la inocente esperanza de su hijo.

— Espero no mientas... espero cumplas con tu promesa.

Y el recuerdo termina con una triste y despectiva mirada de Candelaria, quien fingió, sin éxito, mostrarse optimista. Edd lo notó, pero decidió guardar silencio y abrazarla como si fuese la última vez. Prefirió el delirio de la mentira antes que la punzada mortal de la verdad.

No solo divagaba entre sus recuerdos, también inventaba con la fuerza de la imaginación sus propios y únicos momentos. Imaginó una conversación donde le contaba todo lo que el viejo Vargas hizo por él, sobre la guitarra, los consejos y las clases.

— El viejo Vargas me enseñó a tocar la guitarra.

— ¿El «señor» Vargas sabe tocar guitarra?

— Sí, y no imaginas lo bien que toca. Es el mejor, si tan solo pudieras escucharlo...

— Ya, muéstrame la guitarra que te regaló.

Sacó la guitarra a la luz y brilló con un resplandor cegador.

— ¿De verdad te la regaló el señor Vargas? — preguntaba Candelaria —. Es, sin duda, la más hermosa que he visto nunca. Se debe haber vuelto loco... nunca nadie regalaría una guitarra como esta.

— Si, igual me dijo que tiene muchas. Supongo que esta debe ser una más en su colección. Aunque me enseña a tocar con una guitarra muy vieja — dijo contrariado —. Es vieja y fea, pero el sonido es... mágico.

— Muéstrame que te ha enseñado — cerró los ojos, recostándose en la camilla del hospital, para escuchar con atención —. No escucho que toques...

Hizo sonidos feos, desagradables al oído, propósito, todo con el fin de sorprenderla con mayor estrepito, como si apenas estuviera aprendiendo a tocar. Candelaria no se inmutó, todo lo que Edd hacia le parecía una maravilla esplendorosa. Después de jugar un poco comenzó a tocar flamenco, moviendo los dedos a la velocidad de la luz y dibujando melodías que hacen al cuerpo bailar y zapatear al compás de las notas.

— ¿Qué ha sido eso? — exclamaba sorprendida, anonadada, absorta, por la gran habilidad de Edd, su hijo.

— Es lo que me ha enseñado a tocar el señor Vargas.

— ¡No puedo creérmelo! ¡Tocas como nadie, eres increíble!

— El viejo Vargas toca mejor que yo. Yo soy solo un principiante, un simple aficionado.

— ¿Ah? — quedó atontada —. Si es como dices, no soy capaz imaginarme como deberá tocar ese anciano... ¡Increíble! Nunca antes había escuchado y visto algo como esto.

— Se llama «flamenco» — indicó Edd.

— Si, si he escuchado flamenco antes, pero solo por radio y sin mucho interés. ¡Es hermoso!

— Me alegra que te haya gustado, he practicado bastante para este momento.

— ¿Qué canción acabas de tocar? — inquirió.

— Una que jamás volverás a escuchar, porque fue una improvisación.

Aquí termina el delirio de Edd. Se vio importunado por uno de los choferes que caminan a mitad del viaje por el pasillo del colectivo sirviendo desayunos a los pasajeros. Él y su abuela se sirvieron un vaso de jugo de naranja recién exprimida y unas galletas con chispas de chocolate. «Buen servicio, camarada.»

Una vez terminado el viaje, después de bajar del colectivo y buscar el equipaje, salieron al frente de la estación. La abuela llamó al abuelo, su esposo, para avisarle que llegaron a la ciudad y que debía pasarlos a buscar, pero este jamás contestó. Esperaron una decena de minutos creyendo que estaba en camino, pero la abuela se hastió y decidió llamar un taxi. No fue complejo buscar uno, ya que estaban a unos pocos metros del conglomerado de choferes ansiosos por llevar a alguien.

Subieron y partieron al departamento que alquilaron desde que Candelaria fue hospitalizada. Fue un viaje silencioso. Una vez en el departamento se aseguraron de asearse hasta quedar límpidos. La abuela ordenó los muebles y limpió los trastes que el abuelo dejó bajo el fregadero, sucios y grasosos. Edd, en cambio, se limitó a encender el televisor y ver las noticias matutinas de todo el país. No encontró nada mejor para hacer.

Edd perdió interés por los noticieros y sintonizó un canal que transmitía la pantera rosa, y se perdió en ello hasta quedarse dormido en el sillón donde se sentó. Su corazón estaba contento porque dentro de poco vería a su madre; deseaba verla, contarle y preguntarle tantas cosas que no sabía por dónde empezar. «¿Cómo te encuentras?», lo normal. Lo que más anhelaba, sobre todas las cosas, era poder darle un solemne y fuerte abrazo, de esos que sin la necesidad de traslucir palabras lo dicen todo.

Casi al mediodía llegaron al hospital. Siempre era lo mismo en cada visita; decenas de autos yendo y viniendo, ambulancias que trasladan heridos y un camión fúnebre, similar a una ambulancia, pero de color negro, que transporta a los muertos sin familiares o amigos cercanos; de esos que decidieron vivir una envidiable vida en soledad para descansar por toda una eternidad sin que nadie los recuerde. Muertos o vivos, no hay diferencia.

Entraron y la sala de espera estaba abarrotada de ciudadanos esperando a ser atendidos, el murmullo era estridente e insoportable para alguien que acostumbra un ambiente límpido y pacífico.

— ¡No imaginas las ganas que tengo de ver a mamá! — exclamó sobrepasando los decibeles del ruido ambiental.

— ¿Ah? No te he escuchado — indicó la abuela.

Le repitió las palabras.

La abuela no respondió y, como de costumbre, lo ignoró y no se dignó siquiera a mirarlo y sonreírle, compartiendo así toda su emoción. La mirada de la abuela, además de ser despectiva, se tornó inescrutable y frígida, pero las arrugas de sus ojos y de la boca le quitaron toda la intensidad, haciéndola ver vulnerable, insegura y poco convincente.

Subieron por el ascensor hasta uno de los tantos pisos que tiene el hospital.

— ¿Piso número 5? — preguntó Edd, confundido por el cambio de piso. La habitación de Candelaria estaba, desde siempre, en el piso número 13.

— Atate los cordones, cariño, se te desataron — convino la abuela con la voz a punto de quebrar; preocupada, en pánico, conmovida, ultrajada.

Edd estaba igual o peor que ella, pero con la diferencia de que era habilidoso en ocultar sus sentimientos. No estaba seguro de poder aguantarse las ganas de llorar en el tan ansiado reencuentro, no después de lo que el viejo Vargas le dijo sobre la gravedad del problema, de la recaída en la salud, que sufrió Candelaria. «Si antes estaba mal, de seguro debe haber empeorado. Espero equivocarme, por dios, que así sea.», se decía. Cuando se dispuso a atarse los cordones de ambas zapatillas notó que los nervios de la mano le crispaban como si tuviera la enfermedad de Parkinson. Cerró los puños con fuerza unos segundos y abrió la mano de nuevo, creyendo que de esa forma el temblor cesaría. Notó que la frente y las axilas le transpiraban, pero no se sentía acalorado. Se extrañó por ello. Casi sin poder manipular los cordones, se hastió y los metió dentro de las zapatillas, como si fueran extensiones de los calcetines. El camino fácil.

La puerta del ascensor se abrió y salieron a la ventura de un piso desconocido.

«Apuesto a que ya saben que sucedió. ¿Predecible? Dramático, diría yo.»

Había decenas y decenas de personas divagando por los pasillos: enfermeros, pacientes muy amigos de Candelaria, amigos cercanos de su adolescencia y familiares. Todos contrastaban algo en común: lágrimas y sollozos. Unos estaban desconsolados y otros se limitaron a permanecer bajo la sombra del silencio.

Cuando Edd puso un pie en el piso todas las miradas tristes, destruidas, otras divagantes, se posaron sobre él. Pena, fue lo único que percibió. Unos murmuraban en secreto, otros evitaron su incomoda presencia, y algunos, los atrevidos y valientes, se acercaron a dar sus más sentidos pésames. El ambiente era tan deprimente que erizaba la piel a borbotones.

El rostro de Edd palideció con estrépito. «¿Qué? ¿Ah? ¿Mamá? ¿Abuela? ¿Y todo esto?», estuvo por desmayarse, pero una fuerza desconocida lo ayudó a no perder la compostura física.

— Abuela, ¿qué sucede? — sintió que se ahogaba.

La abuela lo miró directo a los ojos, y echó a llorar sin consuelo, arrepintiéndose por no haberle dicho en su debido momento que Candelaria estaba muerta. ¿Recuerdan la escena en que Edd quiso apuñalar a la abuela? Bueno, el llamado que recibió la abuela minutos antes de eso fue exclusivamente solo para revelar el trágico suceso. No fue capaz de contarle a Edd, y mucho menos ella quería creerlo. Solo fue capaz de revelar la mitad de la noticia, de que Candelaria sufrió un colapso pulmonar, lo que terminó por acabar con su doliente vida.

— ¿Le sucedió algo a mamá?

Todos los oyentes se miraron unos a otros, anonadado por la ingrata sorpresa y perplejidad de Edd. Se sintieron terribles, Edd se enteró del deceso de su madre cuando se celebraba el velorio. Fue desgarrador. Fue una salvajada maliciosa lo que la abuela le hizo al pobre desdichado.

Mientras tanto, la estúpida abuela corrió llorando a los brazos de su estúpido e insulso esposo.

— Lo siento, amiguito... — uno de los presentes al ver lo que sucedía se acercó a Edd y dijo unas palabras —. Tu madre fue una de las mejores personas que conocí... era increíble, debes estar orgulloso de ella.

Edd no reparó en el sujeto, lo que dijo le pareció solo un murmullo ininteligible. Su mirada perpleja quedó clavada al suelo, como si algo dentro de sí hubiese muerto en circunstancias sospechosas. La abuela se olvidó de Edd, menospreciándolo, y fue a saludar con la melodía del llanto el cadáver de su hija. «Hola hija, te ves muy muerta.»

— Mamá... — los ojos se le enrojecieron y su boca comenzó a sufrir espasmos nerviosos —. ¿Muerta? No, no puede ser. No lo creo... Tengo que abrazarla, tengo que hablar con ella.... Hay tanto para contarle. — susurró para sí mismo.

El abuelo se acercó y le dio un abrazo, intentando consolarlo.

— ¿Mamá está muerta? — le preguntó con frialdad.

El abuelo quedó contrariado, sin ser capaz de comprender la ardua sorpresa que mostraba Edd. Para aclarar, él estaba seguro de que la abuela se encargó de darle la triste y fuerte noticia el día que la llamó.

— ¿Murió? — hondaba el camino entre las ganas de llorar y un inminente ataque de colera.

— Edd... — susurró el abuelo, conmovido.

— Dilo... — la voz y los ojos le temblaban.

— Edd, yo...

— ¡Dilo! ¡Di que mamá murió!

Todos los presentes dieron un respingo al oír el estridente grito de Edd.

El abuelo desvió su triste mirada hacia el suelo, apoyando sus manos en los hombros de Edd.

Inundado en lágrimas e ira, golpeó al abuelo con un fuerte puntapié en los testículos, desquitándose, y huyó de tan tétrico y cruel escenario. El llanto era semejante a los bufidos de un animal salvaje. Varios de los presentes intentaron detenerlo, todos conocidos, pero cuando la bestia se desinhibe hacer eso es un gran error. Recibieron golpes de puños y varios rasguños. Y uno, un enfermero que cuidó a Candelaria desde tiempos inmemorables, recibió un escupitajo en los ojos y un arañazo en su rostro. Ante el episodio de furia incondicional todos entendieron que debían dejarlo ser, sin interponerse a los destellos de colera.

«¿Acaso se acaba de enterar sobre lo de su madre?», escuchó Edd en la boca de uno de los presentes. Sin duda el rumor, el chisme, viajó de boca en boca como si fuera una enfermedad contagiosa. Todos miraron con recelo a los abuelos, sobre todo a la abuela,

la única culpable en la trágica comedia. Pobre infeliz. Estaba haciendo una escena majestuosa junto al cuerpo de su amada hija, cogiéndole de la mano, casi tan fría como la actitud negligente que tuvo con Edd.

Edd, ese día en particular, fue víctima de un punto de inflexión que lo golpeó con consecuencias irreparables. Su persona dio un vuelco radical, despojándolo de todo indicio de cordura.

Corriendo con frenesí, sus cordones se salieron del interior de sus zapatillas y se tropezó al pisárselos, cayendo de boca al suelo. El ruido del golpe hizo que todos los presentes se incorporaran y voltearan hacia él. Más que un agudo y severo sentimiento de vergüenza, fue un estrepitoso golpe a la poca dignidad que creyó tener.

Al caer se rompió la nariz, y la sangre le corría a borbotones. Varios de los presentes, al notarlo, se acercaron preocupados y llamaron al enfermero que estaba cerca para ayudar a Edd a detener la hemorragia. Y no, no se dejó ayudar. Se levantó del suelo como lo hace un ave fénix al renacer de sus cenizas, dando un manotazo de desprecio al enfermero, y continuó, con la frente en alto, su camino. A medida que se alejaba de la muchedumbre el llanto enfurecía cada vez más, y las salpicaduras de sangre se esparcieron por doquier por el tintineo de los resoplidos que forzaban el inminente desconsuelo desfalleciente.

Para abastecer sus desgracias, la abuela, al ver la escena, corrió a los gritos detrás de Edd, desesperada y, resplandeciente de vulgaridad, llorando de tal manera que los presentes sintieron, y no se los puede culpar, vergüenza ajena. Fue una fiel actuación al estilo de la Rosa de Guadalupe.

Edd, al percatarse de su persecutora, aceleró el paso y se escondió en un cuarto de artículos de limpieza. Se acuclilló en el suelo, juntando sus rodillas contra el mentón, y comenzó a llorar sin consuelo, haciendo un magistral esfuerzo para no ser escuchado. Sollozos ahogados y lágrimas que se entremezclaban con la sangre. Le dio igual si se desangraba, valga la exageración, había cosas más importantes en las que pensar. La soledad le sentó bien.

«Por fin sucedió, al fin dejará de sufrir». Si bien la pérdida de su madre, más en las circunstancias en las que se enteró, le afectó explícitamente, haciendo difícil encontrar palabras que describan tan arduo ardor en el pecho, a su vez se sintió, hasta llegó a reprochárselo, aliviado.

Sabía, como todos, que a Candelaria le llegaría el día de marcharse en cualquier al otro lado de la existencia misma. El reloj de arena estaba volteado. Sin embargo, el tiempo que empleó en blindarse y prepararse para el suceso fue en vano, de nada sirvió.

Claro que en un momento como ese cualquiera perdería el control de sus pensamientos. Traicionados por nosotros mismos.

«Al fin comenzaré a vivir.», fue unos de los pusilánimes y ajetreados pensamientos que le bailaron por el inconsciente. Hasta ese momento se creyó preso de la enfermedad de su madre, sumergido en un mundo de encarcelamiento emocional.

«¿Porqué? ¿Y ahora qué? No lo entiendo, ¿por qué ahora?», se atormentaba en la incertidumbre.

«¿Por qué no me lo dijo? ¡Esa estúpida vieja! Es una... ¡La odio! ¡La odio!», jamás la perdonaré por lo que le hizo, claro está.

«Solo quería darle un abrazo, solo eso.», reprochó, culpando a su abuelo por quitarle el divino derecho de verla cada vez que le viniera en gana o cada fin de semana, como siempre. Al final conspiraron en apartarlos para nunca más volver a dirigirse, ambos, madre e hijo, tan siquiera una simple mirada amorosa. Un abrazo cálido y reconfortante.

Las intenciones del abuelo, sobre no dejar que Edd viese a su madre agonizando, fueron buenas e irreprochables, quizás hasta con sentido de razón, no obstante, para Edd fue un acto egoísta y poco ético. Ambos, a su manera, tienen razón.

Edward se desahogó en paz — golpeando cada objeto a su alrededor — mientras la sangre le escurría por las fosas nasales.

El esperado y temido largo adiós le suturó la existencia.

¿No les ha pasado que cuando terminan de llorar sin consuelo, sea por la causa que sea, se sienten nuevos, renovados, mártires empedernidos de sus desdichas? Si la respuesta es no, que suerte tienen. O quizás les doy mis más sentidos pésames, de seguro viven una vida aburrida y libre de emociones, insípida, me atrevo a decir que es mejor estar muerto. Para aquellos que alguna vez en sus vidas han renovado su existencia a través de las lágrimas, estoy seguro que cada experiencia es tan propia como los genitales, o el alma, para no ser grosero, por lo que no he de entrar en detalles. Lo único que se puede decir es que llorar es el mejor remedio que puede existir, la mejor terapia que podemos recibir. Se sentirán libres, invencibles. Lloren, no sean cobardes.

Edd, después de su terapia silenciosa y transformadora, salió del escondite, no como triunfador, pero sí como alguien que sobrevivió a una muy dura batalla. Perdió la noción del tiempo, no fue capaz de conjeturar sobre cuanto rato estuvo encerrado, oculto en la penumbra, abrazado a las sombras calmantes. Una vez que sus ojos volvieron a acostumbrarse al brillo del sol, notó que su ropa estaba manchada, casi en su totalidad, de sangre. Le dio náuseas. Al palparse el rostro sintió la textura escambrosa y pegajosa de la sangre que estaba secándose, creando así una capa solidificada encima de la viscosidad de la sustancia color rojo oscuro.

Al reparar en su descuidada y asquerosa imagen frente a un ventanal no sintió la menor necesidad de asearse como para no parecer un personaje de películas gore. Él ya tenía sus propios planes, su mente estaba ocupada en algo mucho más fino y trascendental: Ver al menos por última vez el cuerpo de su madre, sentir la textura de la piel de su mano, acariciarle el rostro y decirle, aunque nadie escuche, que la ama con todo su ser, que la extrañará cada día de su vida.

Con su elegancia ensangrentada dio marcha, con pasos imponentes y mirada desdeñosa, hacia el vestíbulo principal, donde suelen llevarse a cabo los velorios de quien sabrá cuantos pacientes al año. Si algún ocurrente fan de historias fantasmagóricas y paranormales dijera a cualquier visitante que por las noches suelen verse almas divagantes caminando sin un sentido a fin y que se escuchan voces tristes y sollozantes, nadie le llevaría la contraria a tan ingeniosa fábula. El ambiente es comprometedor y tenebroso.

Entrando a donde se suponía la presencia de decenas de personas lloriqueando y mostrando la belleza esplendorosa de sus lágrimas y ojos hinchados, se topó con una sala vacía y silenciosa. Solo había una mesa con alimentos y bebidas calientes para hacer del evento toda una festividad. «¿Dónde están todos?», se preguntó. Sintió un gélido y furtivo escalofrío que le recorrió cada vertebra hasta finalizar en la nuca, y no fue una sensación agradable. Un nudo en su garganta hizo de opositor cuando hizo el intento de tragar saliva. Se temió lo peor.

Corrió sin antes atarse los cordones del calzado, y, como sabrán, tropezó. Fue una caída suave. De la rabia se quitó las zapatillas y las arrojó contra un ventanal, y para su sorpresa rebotaron contra el cristal. Solo quería escuchar la seductora melodía de los cristales cuando chocan contra la superficie del suelo. Refunfuñó en la brevedad y corrió descalzo hasta donde se supone que descansaba el cuerpo de su madre.

Estoy seguro que han adivinado de nuevo, y como he dejado en claro, no es ser predecibles, es ser necesariamente dramático.

El ataúd con el cuerpo ya no estaba. Los ex presentes se marcharon a la merced del objeto que es comprado por otro sin que lo sepamos y que usaremos hasta que nos convirtamos en huesos desgranados. Miró el reloj colgado en una de las paredes y este

marcaba las 13:20. Estuvo más de lo que creyó encerrado en el pequeño cuarto donde guardan los objetos de limpieza. Se tumbó de espaldas al suelo al caer en la cuenta de que no solo por su melodrama caótico se perdió la última oportunidad de tocar y ver a su madre, sino que, además, se perdería la ceremonia del entierro. El último adiós. Los presentes han desestimado su existencia, pobre desdichado.

Fue un día muy desgraciado.

Sin embargo, no tuvo intenciones de rendirse. Presionó el botón para llamar al ascensor y subió. Cuando llegó a la planta baja caminó a toda prisa para abandonar el lugar. Todos los presentes en el piso, y eran demasiados, desviaron su atención, estupefactos, hacia Edd. Solo imaginen ver a un jovencito con el rostro y la ropa manchada de sangre y descalzo saliendo del hospital. De seguro han de haber creído que tuvo un muy grave accidente.

— Oye, tú — llamó una enfermera, alarmada —. ¿Qué te sucedió? Detente que te revisaremos.

Edd no reparó en su presencia.

— ¿Adónde vas? Ven, no puedes irte...

— ¿Qué le sucedió a ese pobre crio? — gritó uno de los presentes.

— ¡Dios mío! — gimieron algunos, pero no por placer.

Varios enfermeros se incorporaron para socorrer al ensangrentado jovencillo.

— ¡Una camilla! — ordenó una enfermera —. Ustedes dos, alcáncenlo y sujétenlo.

Dos jóvenes enfermeros trotaron hacia Edd y siguieron las ordenes de detenerlo.

— ¡Suéltanme! — exclamó Edd, moviendo todo su cuerpo desesperación —. ¡Tengo que ir a despedir a mamá! ¡Déjenme ir!

— ¿Qué te sucedió? ¿Por qué estas manchado de sangre? — uno de los enfermeros que lo sujetaron escrutó a Edd intentando dar con la supuesta herida que provocó todo ese sangrado.

— ¡No tengo nada! ¡Estoy bien! — intentó zafarse de los fuertes enfermeros —. ¡Tengo que despedirme de mamá! ¡Debo irme! Por favor... debo ir a despedirla. — luego de alaridos sádicos y tristes quebró en llanto.

Los presentes no entendían la razón de su suplica, algunos creyeron que estaba delirando o sufriendo un ataque de pánico.

Los enfermeros hicieron su trabajo como corresponde. Al ver la reticencia de Edd se vieron obligados a inyectarle una sustancia para tranquilizarlo y dormirlo. Ni en mil años, aunque Edd les hubiese dado un argumento irrefutable, lo hubieran dejado ir. De no ser por la intervención de ellos, quizás, el destino de Edd hubiera sido otro. ¿Una triste tragedia? Yo diría que una feliz y reluciente tragedia.

Edd terminó internado — acostado, no tenía ningún aparato conectado a su cuerpo — en una camilla de la sala de emergencia. Los médicos y enfermeros que acudieron a su salvación se miraron incrédulos unos a otros al percatarse de que las manchas de sangre fueron causadas por un sangrado de nariz después de darse un fuerte golpe. Suspiraron de alivio, todo trabajador de la salud desea que el paciente que han de atender no tenga problemas graves. No sufrió heridas severas, solo fue un golpe como cualquier otro.

Cuando el efecto del sedante comenzó a esfumarse, despertó somnoliento y confundido, intentando comprender que le sucedió y averiguar en donde diablos se encontraba.

— Vaya, ya era hora de que despertaras — dijo un enfermero, joven, cuando lo vio escrutando la sala —. Estás en el hospital, “internado”.

— ¿Por qué estoy aquí? — sin esperar respuesta intentó salir de la cama, pero sus músculos estaban desfallecidos, dormidos —. Mamá, tengo que estar con mamá, tengo que verla. — su cuerpo descendió como un saco de papas contra el suelo.

— ¡Espera! No puedes ir a ningún lado, aun estas un poco sedado. — lo levantó y lo colocó sobre la camilla.

— ¿Sedado? Ustedes no entiendes, tengo que irme.

— Estabas bañado de sangre, creímos que...

— No importa lo que hayan creído — interrumpió —. Ya, tengo que irme. Debo estar con ella.

— No puedes irte. Antes debemos contactar con algún tutor para que firme unos papeles, entonces podrás irte. No podemos dejarte ir, eres menor de edad.

— Pero si no tengo nada — dijo exaltado, palpando su cuerpo en busca de heridas —. Estoy bien, cero heridas. Debo irme, y tú ni nadie me detendrá. — esta vez no se cayó al suelo cuando salió de la camilla.

— Ya, no puedes irte. ¿A dónde quieres ir?

— Al cementerio... a enterrar a mi madre. — los músculos del cuerpo comenzaron a despertar.

El enfermero se ruborizó y se interpuso en el camino.

— Oye, niño, lamento la pérdida de tu madre, pero no puedo dejar que te vayas solo.

— No soy un niño.

— Bueno, lo siento. Pero no puedes irte.

— Llévame tú, entonces. — lo miró directo a los ojos, dejando en claro que no decía sandeces.

— Así no funcionan las cosas. No estaría bien. — el enfermero estaba conmovido.

Edd musitó palabras ininteligibles y, al ver que el enfermero tomó una postura imposible de doblegar, se sentó en la camilla y dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre la colchoneta de la camilla como si se lanzase al mar para bucear.

— ¿Cómo te has golpeado la nariz? — el enfermero solo quería conversar con Edd para que este no se sintiera solo.

— Me caí al suelo — respondió con tono monótono.

— Dejame adivinar — dijo con una sonrisa embozada en sus labios —. Corriste con los cordones desatados.

Edd le dedicó una falsa sonrisa.

— ¿Y tú calzado? — inquirió el enfermero.

— No sé, tampoco me interesa saberlo.

— ¿Has venido solo al hospital o alguien te trajo?

— Vine con mi abuela — respondió asqueado.

El enfermero se tomó un momento para no ser empalagoso.

— ¿Y dónde está ella? — enarcó las cejas.

— En el cementerio, enterrando a mamá. — su mirada se perdió en algún mundo desconocido.

— Espera... — de pronto entendió todo —. ¿Tu mamá es Candelaria?

— Era... — dijo sin inmutarse.

El enfermero conoció muy bien a Candelaria, en algunas ocasiones le tocaba atenderla, y también asistió, por unos cuantos minutos, al velorio llevado a cabo en uno de los pisos del edificio.

— Oye, cuanto lo lamento... — dijo con un nudo en la garganta, de aquellos que imposibilitan la habilidad para hablar.

— ¿Me dejarás ir? — preguntó.

— No, no puedo dejarte ir...

— Entonces no lo lamentas lo suficiente — replicó tranquilo.

El enfermero dio un hondo suspiro.

— ¿Y qué haces aquí? ¿Por qué no fuiste al cementerio con tu abuela? — inquirió.

— Se olvidaron de que existo, como hacen siempre.

— Vaya, eso es terrible.

— Los odio con todo mi ser — musitó airado, asqueado —. No me dejaron verla... no pude verla culpa de ellos. Solo quería darle un último abrazo y no me dejaron. Tampoco me dijeron que había muerto... Llegué con todas las ilusiones y me enteré en el día de su funeral. Nadie fue capaz de decírmelo. — poco a poco su animosidad se fue quebrando.

— ¿Dices que nadie te avisó? — puso ojos de plato.

— Mi estúpida abuela no me lo dijo, no fue capaz de hacerlo — entre rabia y tristeza los gestos hacían su espectáculo —. Llegué al piso y vi a todos llorando... y fue ahí cuando me enteré de todo.

— Eso es terrible — no fue capaz de creérselo.

— Debo ir al cementerio, tienes que dejarme ir.

— Puedo llevarte si quieres. — quedó conmovido.

— Que fácil te rindes — dijo Edd, divertido, lagrimeando.

Cada quien enfrenta sus desgracias a su manera.

— No me has dejado otra opción — el enfermero continuó con la jugarreta.

Edd se puso de pie y caminó hasta la puerta, receloso de si las palabras eran ciertas o solo formaban parte de una terrible broma. El enfermero le dio ropa con la talla adecuada que donaron al hospital para que se vistiera con ropa limpia, y además le dio, o prestó, unas zapatillas Adidas relucientes, casi nuevas. Todo le quedó un poco grande, pero se sintió cómodo.

— ¿No tendrás problemas con alguien si te escapas de tu trabajo con un paciente? — preguntó cuando estuvo al lado del enfermero.

— Da igual. Al igual que tú, también quiero ir a despedir a tu madre. La conocí, y le tuve mucho respeto. Era una persona increíble y muy fuerte de corazón.

El enfermero utilizó un lenguaje simple y urbano, lo técnico lo deja para sus compañeros de profesión, caso contrario nadie le entendería.

— Vayamos a darle el último adiós, entonces — dijo Edd —. Claro, si es que todavía no te arrepientes de romper las reglas y llevarme al cementerio.

El enfermero hizo ademan y salieron del cuarto. Caminaron en silencio, recelosos con cada paso que dieron, deseando que nadie los importunara.

— ¿Sabes dónde queda el cementerio? — preguntó el enfermero.

Edd negó con la cabeza.

— Y querías ir solo...

— Por eso eres mi salvador...

— Emiliano, Emiliano Vicencio — musitó al ver la incertidumbre de Edd remarcada en su rostro.

— Claro, Emiliano. Yo soy Edd, Edward Fibonacci.

— La sucesión de Fibonacci... — murmuró Emiliano.

— ¿Ah?

No le apeteció dar explicaciones matemáticas en ese momento, por lo que cambió de tema al instante.

— Sabes, tienes un nombre muy peculiar para lo que se acostumbra en este lado del globo.

Edd se acostumbró a recibir ese tipo de comentarios abstractos y poco relevantes.

— Soy extranjero, proveniente de la república popular de que te importa — blasfemó con tono ofendido y con una sonrisa de divertido.

— Cretino — susurró.

— Solo un poco.

— Ya, no me hagas caso, apresuremos el paso antes de que alguien se interese en nuestra salida.

Y salieron del hospital como si escaparan de un supermercado con chocolates escondidos entre sus ropas, temiendo ser atrapados y a la vez sintiendo la dócil y dulce adrenalina provocada por la maldad. Por un momento Edd se olvidó de todas sus tristezas, desgracias. Emiliano le sentó como una medicina a su amarga soledad, entre risas y charlas bobaliconas, lo que todo ser necesita para darle un poco de sentido a la vida, lejos de la penumbra que atenta contra todo deseo de querer vivir un poco más. El sueño del deprimido es dejar de ser cobarde.

Una vez en el cementerio, después de una entretenida conversación en el viaje, buscaron el lugar donde Candelaria descansará hasta que los gusanos la devoren, siendo estos los verdaderos súbditos de la muerte.

— ¿Por qué no hay nadie? —preguntó Edd al ver el vasto terreno con quien sabe cuántos cuerpos enterrados.

— Las despedidas en los cementerios no suelen ser muy extensas, además has estado un buen rato en el hospital — respondió con la tonalidad de un profesional duro de domar.

— ¿Cómo sabremos donde la llevaron? — escrutó con la veracidad de un detective cada lecho de tumbas que resguardan los cuerpos de seres que aún viven en los recuerdos de alguien, mientras otros fueron olvidados, muertos al fin de todo indicio de vida pasada, presente o futura, ya no existen y jamás existieron. El triste destino de todos nosotros es ser olvidados, el único destino y significado de esto que llamamos vida.

Emiliano se acercó a un empleado del lugar y le preguntó sobre la última ceremonia llevada a cabo, quien le dio indicaciones del camino que debían recorrer para llegar a destino.

— Me acaba de decir que se fueron hace media hora.

— Ah, no fue tanto tiempo.

— Es muy extraño — a Emiliano lo carcomía la duda.

— ¿Qué es lo extraño?

— Que tus abuelos jamás fueron a buscarte al hospital... supongo que deben estar en la policía o buscándote en algún lado. Deben estar preocupados por ti, deberías llamarles y avisarles que estamos en el cementerio.

Edd refunfuñó.

— Te aseguro que se olvidaron de mi existencia desde que mamá enfermó. — dijo con tono convincente e irrefutable —. En algún momento me recordarán, por mientras preocupémonos por ir a despedir a mamá, o lo que queda de ella.

Emiliano se limitó a asentir.

Caminaron a paso lento, observando de refilón los cimientos de tumbas a los lados del camino, el ambiente era triste, la brisa del viento viajaba con desgana, como si estuviera deprimido. Los pasos que daban retumbaban como si estos dieran aviso a los muertos de que los están visitando. El ulular del viento contra las ramas de los árboles dio la sensación de que era el medio de comunicación de los difuntos hacia el mundo de los vivos, su manera particular de dar la bienvenida.

— Gracias por traerme y venir conmigo — espetó Edd, de pronto sintiéndose en deuda con el enfermero.

Emiliano le dedicó una sonrisa afable y piadosa.

Al llegar al lugar del último sepelio, se toparon con dos trabajadores del lugar, encargados en mantener las tumbas y en sellarlas. Sin embargo, ambos trabajadores estaban con actitud perezosa, como si estuvieran en un día de playa, despreocupados y en pleno clímax de relajación.

— Disculpen, caballeros — entonó Emiliano, haciendo notar su presencia —. Hace unos cuantos minutos trajeron a una persona aquí, ¿saben cuál es su tumba?

Uno de los caballeros, aunque la palabra no era la adecuada por la fachada de pobretones que modelaban, apuntó con el dedo el lugar con un gesto bastante antipático.

— Gracias — musitó Emiliano, desestimando la falta de educación de los caballeros ruines y patéticos.

Las tumbas no son de aquellas donde se entierran los ataúdes a tres metros bajo el suelo, mostrando solo la lápida, sino que en muchos casos son tumbas implantadas al suelo, como si fueran pequeñas casillas, hechas de mármol o de cualquier material, y de cualquier variedad de diseños vistosos y elegantes. Ello le da un poco de brillo a tan lúgubre lugar.

— ¡Maldición! — exclamó Emiliano, dedicando una mirada envenenada a los caballeros pobretones e insulsos que descansaban como si no tuvieran nada que hacer.

Edd tardó en comprender el fastidio del desconocido y amigable acompañante, pero al ver la tumba de Candelaria se encontró con que estaba sin la tapa, dejando a la vista el reluciente ataúd de madera tallada con varios ramos de flores de plástico que lanzaron a su dedicatoria. Los caballeros de la pobreza no sellaron la tumba, trabajo por el que se les paga. A pesar de tal injerencia, ambos, Emiliano y Edd, guardaron silencio, se posaron frente a la tumba y dedicaron los consiguientes minutos a despedir la memoria de Candelaria, cada quien a su manera.

«Espero, donde sea que tu alma se encuentre, si es que ese cuento existe, puedas descansar en paz y olvidarte de todo el sufrimiento que enfrentaste en vida. Me alegro de que todo haya terminado ya, un bien para ambos. Quiero sentirme triste, al menos solo un poco, pero estoy aliviado y feliz, y mucho menos me siento culpable por ello. He quedado solo en esta vida, y espero puedas guiarme por un camino satisfactorio. En tu memoria haré grandes cosas. Quizás te olvides de mí, pero mientras existas en mis recuerdos haré que te sientas orgullosa. Has sufrido quien sabe cuánto dolor todo este tiempo solo por querer estar conmigo, lo sé, y debo pedirte perdón por eso, debí dejarte ir mucho antes. Creí que tu muerte me destruiría, que no iba a ser capaz de estar en pie, pero estoy bien, estoy relajado, estoy sin una pesada carga en la conciencia. Te amo, madre, y siempre lo haré. Espero descanses, y no me esperes, no sé cuándo volveré a visitar tu tumba, varios cientos de kilómetros nos separan. Adiós, quizás en estos días vuelva a llorar por ti, mostrando todo mi respeto a través de las lágrimas, recordando lo

que alguna vez fuiste.», Edd se despidió en silencio sin contorsionar el rostro, serio y escuálido como un empleado público encargado de la atención al cliente.

El reencuentro con sus abuelos en el hospital no fue más que un tenso momento. La abuela quiso darle un abrazo, pero Edd se apartó y le dejó en claro el desprecio que siente por ella. El abuelo, por su lado, no dijo nada y reservó toda su cursilería, solo posó su mano sobre el hombro de Edd por unos pocos segundos. En parte estaba triste, claro está, pero a la vez estaba furioso hasta la coronilla por las decisiones que llevó a cabo su esposa, y mucho más por la patada que recibió en la entrepierna, dejándolo en ridículo frente a todos los presentes. Debido a la ocasión no vio otra partida más que ser indulgente con su dañado y desdichado nieto, hijo de la desgracia.

— Disculpen por llevarlo sin su permiso, pero no pude contenerme — dijo Emiliano dirigiéndose a los abuelos.

— No te disculpes, has hecho lo que debías hacer — replicó el abuelo —. Gracias por lo que has hecho, eres un buen hombre.

— Lamento mucho su pérdida — vio el momento para brindar sus sinceras condolencias.

El abuelo asintió, apretando los labios, forzando el dibujo de una leve sonrisa.

— Ven, Edward, debemos irnos — indicó el abuelo.

Edd, sin decir nada al respecto, salió del hospital sin antes despedirse de Emiliano, el enfermero que lo acompañó en un duro momento. No obstante, no era necesario, las palabras fueron dichas en silencio, transmitidas por la mirada.

Llegando al departamento, después de un silencioso trayecto, la abuela decidió abrir su sucia boca.

— ¿Edd, cariño, como te encuentras?

— Estoy muy feliz, tú que crees, imbécil — respondió asqueado, sin poder mirarla a los ojos.

La abuela Esperanza, quien de esperanza no tuvo nada, gimió de pudor y miró a su esposo quien también se sorprendió.

— De verdad lo lamento, cariño, lamento lo que hice... no fui capaz de decírtelo, debes entender lo difícil que es — clamó por piedad —. ¡Lo siento mucho! Me siento terriblemente culpable, no debí hacerlo.

— Ojalá estuvieras muerta, vieja puta — se desinhibió por completo.

La abuela comenzó a hacer su melodrama, sollozando cada vez con más fuerzas, relamiendo sus heridas y dando pena, como un cachorro abatido.

— Cuida muy bien esa boca — intervino el abuelo con aire amenazador.

— Si, bla bla bla, como digas viejo pelotudo. Muérete con la prostituta de tu esposa, ahórquense o tomen veneno.

El anciano no pudo perdonar el son de aquellas palabras, por lo que tomó cartas en el asunto y le dio un cachetazo tan fuerte que sonó como un disparo a quemarropa.

— ¡Cuida muy bien lo que dices! Ahora pídele perdón a tu abuela.

— No, para mí ya está muerta. No tengo abuela. Fin de la historia. — su cachete enrojeció, pero no le dio importancia.

— Comportate, no seas un cretino. Acabamos de enterrar a tu madre, deja de ser un tonto. Ya, crece de una vez.

— Ustedes son los tontos, han hecho estupideces desde siempre.

— Ah, sí, ¿Cómo cuáles? Vamos, di que hemos hecho.

— No dejarme ver a mi madre cuando estaba viva, ese es un ejemplo. Ustedes la mataron. ¡Asesinos! Son unos asesinos inútiles.

— Edd... — dijo el abuelo, intentando callarlo.

— Solo quería darle un abrazo, solo eso... — su voz se quebró.

— Perdoname Edd, por favor perdoname — la abuela se entrometió.

Edd, de pronto, se vio envuelto en un ataque de colera ardiente.

— Estás muerta para mí — gritó —. ¡Te odio! Debiste decirme que mamá había muerto. ¡Te odio! ¡Muérete! Eres una puta de mierda.

La abuela corrió llorando a su cuarto como si fuera una adolescente, pero para Edd eran lágrimas de cocodrilo, tan falsas como las promesas de los políticos de cualquier ideología.

— No insultes a tu abuela, respeta a tus mayores o tendré que darte una paliza para que aprendas, ¿Entiendes lo que digo?

— Si, bla bla bla, como digas. No me importa nada de lo que digas. Debes sentirte culpable por no dejar a tu hija darle un último abrazo a su propio hijo. Eres un demonio, la dejaste morir sola. Estoy seguro que mientras ella daba sus últimos suspiros tu estabas embriagándote como siempre. ¡Borracho! Eres un borracho de mierda. Ambos son una mierda, ambos huelen mal y los detesto. ¡Borracho! ¡Vete! Dejame solo. ¡Vete con tu esposa! ¡Ambos asesinaron a mamá! Deben suicidarse cuanto antes, por el amor de dios háganlo de inmediato, juro que no lloraré.

— No sabes lo que dices... — ya saben, en ese momento debía ser lo más indulgente posible, aparte de paciente —. Morimos nosotros y te quedarás solo, sin nadie que cuide de ti, ¿es eso lo que quieres?

— Ya estoy solo, gracias por tu preocupación. Y a quien le importa lo que yo quiero, no valgo nada para ustedes.

— Si por mí fuera te tiraría al basurero para que vivas allí — dijo el abuelo sin poder evitarlo —. Pero no puedo, debo cuidarte porque se lo prometí a tu madre.

— En un basurero sería feliz, gracias por la idea.

El abuelo estuvo por explotar, pero se detuvo en seco en su posición y ralentizó su respiración, tomando grandes bocanadas de aire.

— Escucha, entiendo que estés enojado y triste, pero no por eso debes comportarte como un cretino. Todos estamos tristes, no eres el único. Tu madre se ha preocupado mucho por tu educación y buenos modales, al menos has un esfuerzo por mantener la cordura por respeto a su memoria, no te conviertas en un monstruo.

Esas palabras fueron suficientes para silenciar la colera de Edd.

— Hablaré con tu abuela — agregó el abuelo —. Es terrible lo que te hizo, lo admito. Pero no es su culpa, está dolida. Ella te quiere mucho, debes ser capaz de perdonarla.

— Nunca en mi vida la voy a perdonar, para mí está muerta, ya no existe — aclaró con la convicción de un erudito literario.

— ¡Tu madre se avergonzaría de lo que dices!

— ¡No la metas en esto! ¡Dejala descansar en paz!

— Piensa que diría ella si viera como te estas comportando. Entristecería, tanto tiempo esforzándose por enderezarte y hacer de ti una persona de bien... se decepcionaría.

El afán de querer hacer sentir culpable a Edd fue una jugada nefasta y poco ética, un juego divertido para personas con el alma oscura y vacía.

— Ya, dejame en paz — protestó Edd, abatido.

— Te guste o no somos familia, y debes tratarnos como tal. No seas mal agradecido, ¿o quieres irte a vivir con tu papá? ¿Eso es lo que quieres?

— Ya, no molestes. Vete a dormir o a lloriquear con la tonta de tu esposa. Y no, a ese hombre no quiero verlo ni en mil años. Antes prefiero estar muerto, o ser esclavizado por un magnate pederasta, de seguro me trataría mejor que nadie.

— ¿Escuchas lo que dices? Pareces un loco de remate, un idiota descerebrado.

— Vete, dejame solo. Necesito estar solo.

El abuelo silenció sus palabras, por momentos intentó seguir con su hostigamiento, pero la razón le dijo que en las circunstancias del momento eran responsables de las impertinentes insinuaciones que ambos se escupían el uno al otro. Desahogar tristeza con rabia.

Y lo hizo, dejó a Edd solo en la sala de estar.

Edd desplazó todos sus pensamientos y se centró en no pensar en nada, intentando desaparecer de la odiosa realidad. Supo que no tenía otra opción más que quedarse con sus abuelos y aguantarlos hasta tener la edad suficiente para marcharse lejos de ellos. Con solo pensar en los años que le quedaban de convivencia se sintió desfallecido y desdichado. Ha de ser un martirio de lo más detestable vivir con personas que odiamos con convicción y sin censura. El odio no hace más que acrecentar hasta convertirse en una especie de líder comunista que solo busca dar con el control total de cada individuo y destruir todo indicio de libertad para contrarrestar su frustración de nunca haber sido amado. Las aves enjauladas al menos pueden volar.

Después de un agobiante viaje, donde nadie tuvo la afable valentía de hablar o encontrar su mirada con la del prójimo, arribaron al hogar, lejos del cadáver de Candelaria, y entraron con la saña con la que lo hace una persona cuando pone un pie en una cárcel listo para enfrentar una extensa condena. La abuela rompió en llanto, volviendo a su rutina actoral. El abuelo la ignoró, estaba molesto y ofendido por lo que hizo con Edd, aunque no lo demostrase. Y Edd, la pobre víctima, caminó a su cuarto como si fuera un día como cualquier otro, no obstante, su rostro llevaba una expresión dura, flameando y oxigenando odio, con el fin de ser tajante ante los impertinentes que son ajenos a la comprensión y la razón.

Entró al cuarto, escrutó sin ganas cada rincón y se tumbó de espaldas en la cama, abatido. El tiempo rondaba la entrada del anochecer, pero Edd solo se empeñó en dormir para resurgir de sus cenizas al día siguiente. Pasaron un par de horas, luego de conciliar el sueño, y se vio importunado por su abuela, quien abrió la puerta y lo llamó a la mesa para presenciar la cena.

Edd, furioso por la interrupción, cogió del suelo, estirando su brazo, una de las zapatillas que tomó “prestada” del hospital — nadie le reclamó la devolución —, y, al percatarse de que la anciana se acercaba a paso lento y receloso hacia la cama, lanzó la zapatilla con todas sus fuerzas hacia la puerta, sin conocer la posición exacta de ella, y le dio justo en la cabeza. Edd, al escuchar el gimoteo de dolor, se incorporó, abriendo los ojos y sentándose en la cama, viendo la expresión absorta y temerosa de la anciana, quien, ante la antipatía de su nieto, huyó como quien huye de los países socialistas, lejos de la abundante estupidez de los ciudadanos y la falta de coherencia de los representantes.

Se escucharon murmullos desde el pasillo, y supo que el abuelo arremetería contra él. Los pasos retumbaron cada vez más fuertes hasta que sus ojos se toparon con los de su querido abuelo. No dijo nada, solo le clavó una furtiva y acusadora mirada para después cerrar la puerta y marcharse. El sentimiento de culpa le llegó a las entrañas, no obstante, el orgullo fue mayor, permitiéndole no mostrarse vulnerable y fácil de doblegar.

Aumentando sus desgracias, el estómago clamó por abastecimiento de alimento. La hambruna le pellizcaba el estómago, retorciéndolo con agudeza hasta hacerle estremecer. No quería toparse con sus ahora tutores legales, por lo que esperó a que la casa se durmiera para salir como cuan rata de alcantarilla para escrutar cada rincón de la cocina en busca de comida para saciar su hambruna.

La mañana siguiente no tardó en llegar.

En horario de madrugada, cuando el sol despierta a todo el pueblo, un par de golpes en su puerta lo despertaron. Antes de dormir, después de haber cenado, echó llave a la puerta para que nadie vuelva a recibir un zapatazo en la cabeza. Vio que la persona del otro lado accionaba la perilla una y otra vez, dispuesto a ingresar cueste lo que cueste.

— ¿Qué pasa? Déjenme en paz. — preguntó en la ventura del misterio.

— Edd... — era la abuela —. Tu padre ha venido a verte. — dijo con recelo.

Si Edd necesitaba un incentivo para despabilarse, esa noticia lo despertó como lo hace el dolor de estómago a primeras horas de la madrugada. Le sentó muy mal, claro está. Salió de la cama y caminó receloso hacia la puerta, dispuesto a abrirla para ver a su visitante. Con la mano en la perilla, su mente y corazón terminaron de despertar y se alejó como si hubiera estado por cometer un sacrilegio.

— Te he dicho que no quiero volver a verlo — musitó —. ¿Acaso nunca me escuchas? Dile que se largue, no saldré hasta que regrese por donde vino y se vaya con su otra familia de porquería.

— Ha venido a verte, Edd — murmuró la abuela, intentando hacer que entre en razón —. Ha viajado solo para estar contigo... quiere saber cómo te encuentras.

— ¿Cómo me encuentro? — preguntó con aire de sorpresa —. Pero que pregunta es esa, si estoy muy bien, feliz como nunca antes lo he estado. Dile eso, y agradecele por su preocupación. Un padre se preocupa de su hijo, sin duda es un hecho anecdótico. — dijo abrazado al sarcasmo.

— Le diré que venga. Está esperando en la entrada.

— ¡No! ¡No lo hagas! Dile que se largue, que vuelva a su casa, así puede estar lejos de mí, como tanto ha deseado desde siempre. ¡No quiero verlo, ni mucho menos escucharlo!

Cerró la boca, esperando replica a sus palabras, y nada ocurrió, ni siquiera el susurro melodioso de la respiración interrumpió el basto silencio que se creó. Creyó, incrédulo, que la abuela cumpliría con sus demandas, pero no fue el caso. La abuela vio con buenos ojos dejar pasar al padre de Edd hasta la habitación. Con solo escuchar la entonación de las cuerdas vocales de su padre se estremeció y sintió náuseas, los nervios le crisparon sin condolencia. Quedó absorto, sintiendo que su cuerpo se solidificó hasta lograr conseguir la estructura de una roca.

— Edd... — la voz de su progenitor le causó un agudo escalofrío —. Soy yo, soy papá. Silencio.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó con la entonación de la preocupación —. Te he extrañado, hace tiempo que quiero verte.

Silencio.

— Vamos, sal a saludarme o dejame entrar — dijo animado —. Al menos di algo, ¿o los murciélagos te comieron la lengua?

— Vete... — logró escupir Edd, ahogando su voz.

— ¿Qué me vaya? Pero si acabo de llegar. Vamos, dejame entrar y charlemos. Padre e hijo, una conversación entre hombres.

— Vete, no quiero verte.

— Edd... vamos, no seas malo conmigo.

— Cierto, tú eres la víctima, como siempre — dijo Edd, entre el asco y la amargura de su corazón.

— Al menos dime como te sientes.

— Me sentiré mejor cuando te largues y sepa que no volveré a verte nunca más.

Escuchó al padre chasquear con la boca, dolido e impaciente.

— Es muy triste lo que pasó con tu madre... sé cómo te sientes y en verdad lo lamento. Pero son cosas que pasa, así es la vida.

— No vuelvas a mencionar a mamá — indicó con gelidez —. Y no, no tienes ni idea como me siento, y jamás lo sabrás. Ahora vete de regreso a tu acogedor hogar, lejos de mí, donde siempre quisiste estar cuando te obligaban a verme.

— Edd... — la abuela intentó quitar la extenuante tensión de la conversación.

— Tú, vieja de mierda, cierra la boca o te romperé la cabeza. Te dejé en claro que no quería ver a este desconocido que dice ser mi padre, y haces lo que te venga en gana. Por favor, aprende a escuchar y a poner en consideración lo que los demás quieren. Eres una anciana repugnante y egoísta. — desinhibió sus palabras, mostrando valentía y sinceridad, algo que escasea en estos tiempos donde la cobardía y las mentiras resultan reconfortantes.

— Hijo, no te desquites con tu abuela, ella no tiene la culpa de nada.

— No soy tu hijo — dijo secamente.

— Edd, sal de la habitación y hablemos. Te sentirás mejor, lo prometo.

— Nunca cumples con tus promesas, así que cortala con tus estupideces y vete de una vez, por favor. Vete, ya nadie te obligará a que vengas a verme. Es lo que siempre has querido, ¿no?

— Saca esa tonta idea de tu cabeza — musitó el padre, estresado —. ¿Qué quieres? Vamos, pídelo y lo tendrás. ¿Un juego nuevo? ¿Un kilo de helado? ¿Un disco de música? Solo pídelo y lo tendrás. — intentó persuadirlo con el encanto de los regalos materiales.

— ¿Crees que esas pequeñeces me harán cambiar de parecer? — preguntó Edd, ofendido —. Lo único que quiero es que te largues lejos de mi vista, y que nunca vuelvas. Eso es lo que quiero, y espero, en verdad, que cumplas con tu palabra. ¿O has hablado por hablar, como haces siempre?

El padre lanzó un fuerte bufido de irritación y desánimo.

— No me iré hasta que pueda verte — dijo el padre con vehemencia.

— No saldré hasta que te largues.

— Tarde o temprano tendrás que salir...

— Ya me cansé de escucharte — dijo airado.

Edd encendió el estéreo y puso la música a todo volumen, suficiente para amortiguar los molestos sonidos del exterior. De pronto se dejó llevar por una canción de blues, olvidándose de todo, dejando a la deriva a sus supuestos familiares que insistían por su atención con reiterados golpes en la puerta. Creó su propio mundo libre de seres impertinentes.

Cuando la canción terminó, entre el breve silencio que se presenta hasta el comienzo del siguiente tema, el padre y la abuela aprovecharon el momento para expresar sus palabras y comenzar con su propio escándalo. No obstante, en esta ocasión se sumó el abuelo, quien daba duros golpes a la puerta mientras accionaba el picaporte, como si estuviera realizando una entrada al estilo policial. Por poco la puerta cede. Concluyó, Edd, que insistirían hasta ver la puerta abierta, obligándolo a la vez a conversar con su padre, complicando aún más la difícil situación.

Edd tuvo una idea fantástica para escapar del lugar, lejos de los cerdos chillones. La ventana, claro está, fue su única escapatoria. ¿A dónde iría después de salir? Cuando vio su guitarra la respuesta fue obvia. Antes de escapar terminó de vestirse, abrió la ventana con cuidado, sacó la guitarra y luego cruzó él. Una vez al aire libre se sintió agobiado y bastante inquieto, como si alguien estuviera esperando el momento adecuado para importunarlo y apresarlo sin su consentimiento a realizar labores forzados, olvidándose de cerrar la ventana cuando dio marcha hacia su destino geográfico. Fue por el lado derecho de la casa, junto a la de su vecino Vargas. Una puerta en medio del estrecho camino entre la casa y la pared que encierra el lote parecía ser el único obstáculo, no obstante, la puerta estaba abierta y solo tuvo que caminar con sigilo, asegurándose de pasar desapercibido. Estando al frente de la casa apresuró el paso sin antes tomarse un tiempo de voltear y hacer verídico el hecho de que nadie lo vio en plena acción de escape.

Cuando llegó al frente de la casa del señor Vargas cayó en cuenta de lo fuerte y escandalosa que sonaba la música de su habitación, tanto que creyó que los inquilinos de la casa quedarían ensordecidos por varios días. Quiso emprender la salvajada de volver a su habitación y bajar un poco el volumen, como le dictaba la empatía, pero ya era demasiado tarde para el arrepentimiento, corría un gran riesgo de ser interceptado por uno de sus familiares, y ello conllevaría a un asfixiante y exhaustivo momento. «Deberán aguantarse lo que ellos mismos provocaron».

— ¡Edward! — exclamó anímico el señor Vargas al verlo de pie al otro lado de la cerca protectora —. Ven, entra.

— ¡Permiso! — gritó antes de pasar a la propiedad.

El anciano esperó con una sonrisa apacible en la entrada principal de la casa. Su facha resplandecía elegancia y, en el buen sentido, extravagancia. Vestía una camisa azul, unos pantalones bombachas estrechos color beige y unas alpargatas negras. En su cuello llevaba un pañuelo gaucho color azul oscuro, resaltando de la camisa, y en su cabeza descansaba una boina negra reluciente y brillante. Era el guacho con más estilo que haya visto nunca.

— ¿Por qué tan elegante? — preguntó Edd estando una vez a su lado.

— Hola, ¿no?

— Cierto, perdón. Buenos días.

— Buenos días serán cuando el peronismo haya desaparecido de la faz de la tierra — blasfemó el viejo Vargas con aire divertido.

— ¿Ah?

— No me hagas caso, eres muy joven para entenderlo — tosió un par de veces —. ¿De verdad estoy muy elegante?

— Eso creo.

— ¿Eso crees? Te falta un poco de seguridad. Debes trabajar en eso — entró a la casa —. Ven, entra. No tengas miedo, los espíritus y demonios despiertan en la noche. — dijo gesticulando horror.

Edd, sin decir nada, siguió las indicaciones del viejo y agradable señor Vargas.

— Has llegado justo a la hora del mate, espero me acompañes — dijo Vargas una vez que llegaron a la cocina —. Dime, ¿has practicado lo que te enseñé? — su mirada fue guiada hacia la guitarra.

— No tanto como me hubiera gustado — contestó apretando los labios, pensando que decepcionaría al señor Vargas —. Ayer tuve que ir a ver a mi madre y... — se detuvo en seco.

— ¿Sí? — de pronto se alegró —. ¿Cómo se encuentra? Supongo que le has enviado mis saludos.

— Murió — reveló con la misma frialdad que tiene un político nefasto cuando da un discurso repleto de mentiras, intentando convencer al proletariado de que todo es información verídica y que deben creerle a toda costa, además de alabarlo como si fuera un dios de la bondad.

El viejo Vargas guardó silencio, de pronto incomodo por la situación, mientras Edd revoloteaba su mirada por la casa como si nada hubiera ocurrido en realidad. Su mirada era monótona e inescrutable a la vez, resguardando las emociones para liberarlas en otro momento, cuando la soledad lo abraza con fuerzas y determinación, seduciéndolo y animándole a revelar lo que tanto le ajetrea su insulsa existencia.

— Si, ya me lo veía venir. — dijo al fin, apacible, sin mostrar señales de conmoción o pena.

Edd, contrariado por la falta de empatía, no pudo evitar sonreír. Detestaba cuando lo trataban como a un objeto frágil y delicado, apenando a cada mirada que se posaba en él. Lo mejor es no decir nada, o ser un cobrón que no teme a ofender a nadie, no siente rubor a decir la verdad.

— Ha de haber sufrido mucho, supongo que era hora de que por fin pueda descansar en paz — continuó diciendo con la mirada distraída en el mate —. Pero no por ello deja

de ser triste... dime, ¿Cómo te sientes? En verdad lamento lo de tu madre, pero a todos nos llega la hora. Nacemos solo para morir, que linda y divertida es la vida.

— Me siento bien — respondió con amargura —. Sé que ya no sufrirá, y eso me tranquiliza, pero me siento terrible y culpable por sentirme bien, aliviado, feliz. Soy un mal hijo...

— Si te sientes aliviado es porque no soportabas verla sufrir, y es bueno que seas sincero contigo mismo. Podrás avanzar en paz, y eso es bueno. El largo adiós dura hasta que te mueres, jamás sanarás, solo es cuestión de saber cuidar la herida, evitando que se infecte y se llene de larvas de moscas.

— Gracias, creo que necesitaba oír eso. Usted es el único que no siente pena por mí.

— Ya estoy viejo, y el único ser en el mundo por el que siento pena soy yo mismo.

Se sentó a la mesa con el mate listo para tomarse. Edd se sentó frente a él.

— Escucha, en todos los años que he vivido he enterrado a decenas de amigos, familiares y quien sabe a cuántos conocidos más, y es muy duro, uno jamás se acostumbra a la muerte. Lo que quiero decir es que debes blindarte, porque todos morimos, debes ser capaz de sobrellevar la pérdida cueste lo que cueste. ¿Cómo? Aun no encuentro respuesta, pero estoy seguro que encontrarás la mejor manera de vivir con la mente y corazón en paz. Y más importante aún, no debes temer a quedarte solo, debes verlo como una bendición, un regalo al confort personal. Quien teme a la soledad es un malviviente acostumbrado a depender emocionalmente de otros, como cualquier cobarde que ronda por las calles con una sonrisa bobalicona y falsa. Recuerda esto, jamás necesitarás a nadie para satisfacer tus necesidades emocionales, tú mismo eres la mejor compañía que tendrás. Algún día lo entenderás, por mientras centrate en aprender lo que te venga en ganas.

Lo que tanto encantaba a Edd del señor Vargas, es que cuando le hablaba divagaba en diversos temas, haciendo de él un orador versátil y para nada aburrido, lo que todo profesor de cuarta necesita, y desea, a la hora de transmitir los pocos conocimientos que tiene.

— ¿Y por qué dice que siente pena por usted mismo? — preguntó intrigado.

— Tengo tantos problemas de salud que no lo creerías. Tú me ves muy bien, elegante y todo, pero a veces no puedo caminar. Consecuencias de la vejez, nada fuera de lo ordinario. Los huesos están viejos, los músculos cansados y los sentidos deteriorados. Mira mis manos — las levantó a la altura de los ojos de Edd —. ¿Ves cómo tiemblan? Con suerte si puedo agarrar la guitarra, no obstante, los dedos, la mano, me duelen tanto que en cualquier momento tendré que dejarlo. Y me apena demasiado.

— ¿De verdad? — Edd quedó contrariado —. Las veces que lo he visto tocar la guitarra no parece que se esfuerce demasiado, además a la velocidad con la que toca es fluida y limpia, o eso creo.

Y así de fácil, gracias al señor Vargas, Edd se olvidó de todos sus problemas.

— Lo que puedo tocar ahora no es nada en comparación de lo fui capaz hasta hace un par de años atrás. No estoy alardeando, para nada, solo te cuento la verdad.

Edd levantó las cejas, incrédulo.

— No soy capaz de imaginar lo bien que ha de haber tocado en su momento, pero debió de ser magistral, una especie de erudito instrumental o algo por el estilo. Hasta me cuesta creerlo, si le soy sincero.

— No vayas a explotar, hombrecito — le dio risa el gesto absorto y extrañado de Edd —. Fueron décadas de práctica, el talento se crea y transforma, nadie nace sabiendo algo. Asíque, Edd, si quieres lograr algo debes trabajar día a día en ello, desde que te despiertas hasta que te duermes, descansando solo cuando tu cuerpo lo pida a gritos, solo así, con dedicación y paciencia, podrás ser quien quieras ser. Y eso sí, deberás alejarte de las

personas que no te brindan nada más aparte de una tonta risa, nadie necesita de payasos tristes y poco interesantes.

— No tengo duda sobre ello — dijo Edd —. Y no se preocupe, que lo que menos tengo es amigos.

— Pues alegrate, disfrutarás de la soledad y te conocerás mejor. Al principio es difícil, pero cuando le agarras el gusto ya no querrás estar con nadie. Bueno, ya te he hablado sobre esto, no me hagas repetirme las cosas porque me estreso demasiado, y puedo llegar a sufrir una embolia.

— Tranquílcese y convídmeme un mate, está usted tomando solo. Debe aprender a compartir — puso una mirada juiciosa.

— Ya, disculpa mi egoísmo, pero es lo que soy.

Le dio un mate a Edd.

— Dime, ¿Cómo se encuentran tus abuelos? — inquirió el viejo Vargas —. Debo ir a darles el pésame.

— No tengo idea y tampoco me importa, pero de seguro deben estar triste.

— ¿Cómo es eso de que no te importan? — no pudo disimular el aire de alarma.

— En realidad los odio... si usted supiera lo que me hicieron también los odiaría, inclusive más que yo.

El viejo Vargas hizo ademán para que Edd le diese una explicación de los sucesos que han acontecidos, arremetiendo contra su frágil sentir.

Le contó lo que ya saben, agregando además el fluctuoso pensar de haberse despedido de un cajón de madera, sin poder verle la cara a su madre como para darle sentido a las palabras y al momento. No los quiero aburrir demasiado, entiendo que no todos son partidarios del drama, pero entiendan, es necesario.

— Es terrible — bufó el señor Vargas, anonadado luego de oír lo que Edd vivió —. Eso es terrible... no puedo creerlo. De verdad que lo lamento por ti, eso jamás debió suceder. ¿Por qué tu abuela no te avisó antes? Es una hija de p... es una malviviente.

— Mi odio tiene sus razones.

— Y no te culpo, es un odio correspondido — el señor Vargas se perdió en el reproche de los acontecimientos, indignado e impotente.

— Lo peor es que deberé aguantarlos por muchos años más — suspiró, pero no de alivio —. Ha de ser un martirio insoportable, pero bueno, es la vida que me ha tocado vivir. Ojalá uno pudiera escoger que vida tener, todo sería tan diferente.

— Ya, mejor olvidémonos un rato de eso y conversemos de otra cosa — dijo apretando sus ojos, como si intentase sacar una fea imagen de su mente —. Dime, ¿cuándo empiezas las clases?

Edd terminó el mate y lo devolvió.

— La semana que entra, en unos cuantos días — respondió como si no le importase para nada —. Pero me tomaré una semana más de vacaciones para canalizar mis pensamientos. Usted me ve muy tranquilo, pero necesito varios días de duelo más. Creo que, de no ser por el odio, estaría en mi cuarto llorando como un bebé.

— No odies tanto o te pudrirás — dijo con énfasis, endureciendo las palabras —. Enamorate de algo de inmediato, y centra tu cabeza en ese algo. Caso contrario terminarás siendo un abogado o, mucho peor, un contador público. Esa gente no siente amor por nada más que por el dinero. No conocen el amor, nunca lo recibieron, y, por ende, nunca lo otorgaron, y ese vacío lo rellenan con bienes materiales. Pobre criaturas. Ya, si te conviertes en un demonio indecoroso terminarás en la política, formarás parte de esa colmena donde abundan los insidiosos.

Queda claro que Edd no comprendía todas las formaciones de palabras que salían de la boca del viejo Vargas, sin ser capaz de admitirlo, y mucho menos el viejo se explicaba con claridad, creyendo que le entendería hasta el descerebrado del pueblo.

— Estoy enamorado de la música, ahora mucho más que tengo una guitarra — expresó con solemnidad —. Asíque no se preocupe, no me convertiré en un contador o a lo que sea que se dediquen los hombres malévolos y deprimidos. — masculló sin estar seguro de sus palabras.

El silencio relajó la conversación cuando el viejo Vargas se ocupó en terminar de tomar el mate para después darle otro a Edd.

— Si tan enamorado estás entonces practiquemos para que veamos si es cierto — esta vez tosió un par de veces. Los pulmones crisan cada tanto, al parecer.

— Mientras tomo el mate toque alguna canción de flamenco que le guste, o que pueda tocar — lo que dijo tuvo la intención de ser una jugarreta amistosa.

— Dejame pensar — se tomó su tiempo —. Listo, ya tengo una. No es flamenco en sí, más bien es una clásica. Se llama «Capricho Árabe» de Francisco Tarrega. Es muy linda, sobre todo el inicio. De acuerdo, escucha y disfruta, este tipo de clásicos ya no se escucha demasiado, han de olvidar las obras maestras de grandes maestros.

Y comenzó a tocar con la soberbia de todo gran artista. Pese al temblor de sus manos y los débiles músculos de los dedos, sus excentricidades artísticas no se vieron doblegadas. Edd prestó toda su atención a los movimientos de las manos del viejo Vargas, olvidándose del sonido por breves momentos. No hay mucho para decir de la obra interpretada, he de suponer que la mayoría la conoce.

— ¿Te ha gustado? — preguntó Vargas cuando terminó de tocar.

— Demasiado, sobre todo el inicio. Parece música árabe o algo por el estilo.

— Por algo el nombre... capricho «árabe».

A Edd le jugó en contra la memoria.

— ¿Usted sabe muchas canciones? — le entregó el mate.

— Muy pocas — respondió a la vez que se cebaba un mate —. Antes si sabía bastantes, pero con el tiempo uno las olvida si no las toca. Es como si las notas se escaparan de uno por falta de atención, como las mujeres que han pasado por mi vida.

— ¿Hay mujeres que escaparon de usted? — de pronto, Edd, se sintió alarmado y contrariado.

— Exacto, escaparon de todos mis encantos — bromeó —. Fui un galán que embelesaba cada mirada, las mujeres caían a mis pies y se desnudaban sin que yo dijera palabra alguna. Rompían todas sus promesas de dama santísima y devota, libre de pecados, y se lanzaban sobre mi como fieras endemoniadas.

Edd se ruborizó un poco ante la repentina entrada del sexo y las damas ansiosas por corromper sus lazos con la voluntad de la institución que controla a millones de personas, el pastor que guía al ganado de corderos.

— ¿Entonces por qué escapaban de usted? — insistió.

— La gente huye de lo que merecen, de lo que es bueno para ellos, de lo que necesitan. Idean su propia percepción de libertad, esclavizándose ciegamente a una vida insulsa e insípida, desestimando su propia existencia. La libertad va mucho más allá de juntarse con amigos a consumir sustancias ilegales, formar parte de movimientos masivos con ideas superfluas que engañan a las mentes débiles y el concepto de querer hacer lo que uno quiera cuando quiera, aunque nunca hacen lo quieren, si no lo que pueden cuando no quieren, pero se engañan a sí mismos para no caer en la corrompida realidad que llevan. La verdadera libertad es no tener miedo a cumplir tus sueños, es ser capaz de enfrentar a las masas genéricas que abundan por doquier, que intentarán con creces que formes parte de su fría y triste percepción de existir, y romper las barreras del fracaso, yendo mucho

más allá del ridículo deseo de aumentar el poder adquisitivo, eso es lo que ansían las personas que están quebrantadas y desnutridas intelectualmente. Has lo que quieras, pero que sea sincero, no te engañes, no seas un don nadie como toda persona que conocerás a lo largo de la vida, se creerán capaces y soñadoras, pero lo cierto es que no son más que especímenes irrelevantes para quienes están vivos de verdad.

A Edd le fascinaban los declives emocionales en las palabras del señor Vargas, pasando de un breve momento de ensueño a un extraño sentir piadoso y odio descomunal, oscureciendo en parte en la decepción y la repugnancia, brillando por momentos al deseo de querer cometer genocidio.

— Le seré sincero, me cuesta seguirle la conversación, divaga mucho en cientos de temas — dijo Edd —. Pero en parte, lo poco que logro entender, siento que me abre la mente. Tiene ideas muy buenas, o eso es lo que creo.

— ¿No me entiendes por completo? — preguntó extrañado —. Y eso que utilizo un lenguaje simple. No estoy diciendo que soy un erudito que ha dedicado toda su vida a desentrañar todo vestigio de la longeva existencia de la RAE, conociendo hasta las ya olvidadas palabras de la lengua, pero tampoco soy un tripulante de la colmena de «tomemos cerveza y veamos un partido». Dedicate a leer y sin quererlo deberás enfrentar una vida solitaria, con breves momentos de buena compañía.

— ¿Vida solitaria?

— Exacto, no te sentirás parte de nada. Y si te respetas lo suficiente no fingirás ser quien no eres y estar donde no debes. Ser un intelectual tiene consecuencias irreversibles.

— ¿Y si me rodeo con personas que leen? — preguntó como un niño que intenta descubrir los misterios del todo.

— Las personas que leen buscan estar solas la mayor parte de su tiempo. Ojo, he de aclarar algo. El punto no es ser lector, si no que tipo de libro lees. Si te llenas las ideas con los libros de autoayuda o novelas de romance y juveniles con tramas inverosímiles, estas destinado al fracaso. Destruye tu cabeza con la verdad, con textos que te laceran la existencia, educate como debe ser y no busques la felicidad, es una estupidez, ello es un objetivo esencial para los inadaptados. Tú, amiguito, busca la satisfacción, no seas un mediocre más del montón.

— No prometo nada, pero al menos lo intentaré — dijo Edd, fascinado por la destreza de las ideas y la razón que ellas conllevan. El viejo Vargas es un ser interesante, arrogante y, hasta cierto punto, soberbio.

— Con solo intentarlo saldrás del tumulto de personas irrelevantes y de existencia insípida. Haz lo que debas hacer, pero hazlo, no lo dejes en la nada.

— ¿Qué es lo mejor que ha hecho usted en su vida? — preguntó Edd, ayudado por el delirio de la espontaneidad.

El viejo Vargas frunció el ceño, pero no por fastidio, sino, más bien, intrigado por la intensidad y novedad de la pregunta, mostrándose, además, perplejo por la falta de respuesta. Un vago sentimiento de vergüenza le hizo tartamudear, pero se dio cuenta de que la estructura correcta y sincera de la respuesta necesitaba su debido tiempo, caso contrario se mentiría a él mismo.

— Nunca antes me han hecho esa pregunta — respondió el viejo Vargas, tranquilo —. Ni mucho menos me la he hecho yo. Debería pensarlo muy bien antes de responder, por mientras cambiemos de tema. Si me presiono de seguro diré una estupidez, como cualquier peronista inútil haría.

Cuando Edd se dispuso a continuar con la conversación, unas palmadas fuertes e insistentes lo interrumpió. Esos aplausos estridentes provinieron del frente de la casa del señor Vargas.

— Vaya, ¿Quién será? — se preguntó el viejo Vargas, sorprendido por la supuesta visita inesperada —. Quizás sea un vendedor ambulante, si vuelve a insistir sabremos que alguien realmente quiere dar conmigo.

Pasaron unos breves segundos de silencio y los aplausos volvieron a retumbar, esta vez con mayor insistencia.

— Y tendré que ir a ver quién diablos es — espetó, molesto —. Esperame aquí y no toques nada, no tardaré demasiado.

Edd se limitó a solo asentir.

— Buenos días, señor Vargas — la persona que golpeaba las manos era la abuela de Edd —. ¿Se encuentra Edd aquí? — preguntó como si fuera una dama de alta alcurnia cuando le dirige la palabra a sus lacayos, casi ofendida.

— Buenos días para usted, vecina — contestó con franqueza —. Si, su nieto está conmigo. Lo he invitado a tomar mates, ¿ha surgido alguna urgencia?

— Su padre ha venido a verlo — espetó con voz ahogada, como si estuviera por sufrir un ataque de asma.

— ¿Mi padre? — Vargas se hizo el sorprendido —. ¿Desde cuándo los muertos resucitan? ¿Está segura que no viene a comerme los sesos?

La abuela Esperanza gimoteó, irritada y al borde de un abismo de colera. Intuitivamente le fue vehementemente ofensivo el afectuoso sentido de humor del viejo Vargas.

— Mire usted, no estoy para aguantar sus ridículas bromas. Póngase los pantalones de una vez, ya está usted bastante podrido para comportarse como un crío malcriado. Por favor dígame a Edward que venga a ver a su padre. — terminó diciendo con énfasis.

El viejo Vargas, paciente y cínico como es, lanzó una breve carcajada, le divirtió el fastidio de su vecina.

— Veré que puedo hacer — dijo dirigiéndose de nuevo al interior de la casa —. Tenga cuidado con los pájaros del árbol que está sobre usted, a veces les gusta defecar a viejas chismosas y molestas.

La abuela refunfuñó palabras ininteligibles mientras el viejo Vargas reía como si hubiera visto a un gato estornudar.

Ingresó a la cocina con aire divertido y su expresión cambió al encontrarse con la deprimente mirada de Edd.

— ¿Qué te sucede? — preguntó.

Edd escuchó con claridad la voz y las palabras de su abuela.

— No quiero ir a ver a papá — susurró.

El viejo lo miró con la facción de un detective, escrutando e intentando dar con una respuesta sin hacer la pregunta.

— Ha venido a verte — dijo de todas formas —. ¿Por qué no quieres verlo? Si no quieres responder no lo hagas.

— ¡Lo odio! — exclamó apretando los dientes, con incipientes lagrimas que amenazaban salir a modo de llanto —. Nunca viene a verme, solo cuando lo obligan. Ahora estoy seguro que vino solo porque mamá murió. Es un falso, ojalá hubiera muerto él y no mamá, nadie lo extrañaría.

El viejo Vargas canalizó, tomándose su tiempo, lo que Edd transmitió.

— Si eso es lo que quieres... ya vuelvo, le diré a tu abuela que vuelva otro día.

Salió al frente, no muy lejos de la puerta principal, y dijo en voz alta y estridente:

— El chico me ha dejado en claro que no le apetece ver a su padre.

— ¿Qué dice? No se entrometa en asuntos ajenos a usted. Vuelva a entrar y dígame a mi nieto que venga de inmediato.

— Lo siento, pero ya ha tomado su decisión. Yo no voy a juzgarlo o a hacerle cambiar de parecer. Apoyaré la causa de Edd, y no se diga más — dijo sin inmutarse.

— Le dice usted que venga o entro yo a la fuerza y lo saco de los pelos, elija muy bien. — de pronto adoptó una actitud amenazadora.

— Si entra en mi propiedad sin mi consentimiento le volaré la cabeza con un escopetazo — la intensidad con la que lo dijo dio a entender que la cosa iba en serio.

La abuela gimió de espanto.

— Le diré a mi esposo que usted me ha amenazado — esbozó una sonrisa nerviosa — . Él lo pondrá en su lugar, anciano irrespetuoso.

— Vaya entonces, la espero a usted y a su esposo. Veamos qué puede hacer ese ignorante inservible — replicó, esta vez mostrándose enojado.

La anciana corrió a la velocidad de la luz. Luz era el nombre de la tortuga que tuvo Vargas cuando fue un niño.

El viejo Vargas volvió a ingresar y llamó a Edd para que saliera de la casa.

— Ven, ayudame a terminar con este problema — indicó —. No te acobardes, caso contrario no te dejarán en paz.

Edd salió de la casa, receloso de lo que podría ocurrir.

— Tú mismo le dirás que no quieres ver a tu padre y lo que sea que quieras decirle, ¿de acuerdo?

— Ya lo he hecho, y bien parece que no me escuchan — expresó con voz queda, irritado a la vez.

— Bien, entonces hagamos que te escuchan de una maldita vez.

La anciana volvió al frente de la casa acompañado de su esposo y su ex yerno, el padre de Edd, claro está.

— Edd, hijo, ¿por qué no quieres estar conmigo? — inquirió el padre, contrariado.

— Si le hubieras prestado la atención necesaria no estarías haciendo esa pregunta — contestó el viejo Vargas, ayudando a su protegido —. Esa pregunta debes hacérsela a ti mismo. Estoy seguro que no tardarás en encontrar una respuesta. No por nada un hijo no querría ver a su padre, los niños nos conocen mejor que nadie.

Edd quedó pasmado ante tal muestra de gratitud protectora por parte de su buen vecino, de quien jamás hubiera esperado tal gesto de benevolencia. Enfrentó a quienes le ajetrearon la vida, a los mismos que odiaba con todo su ser. El aprecio hacia el viejo Vargas aumentó de forma exponencial y extraña, como si de pronto lo conociera de toda la vida, como si fueran familia, su única figura paterna.

— Usted no se menta en lo que no le importa — exclamó Merlín, el abuelo, furioso —. Edd, ven de inmediato o tendrás problemas muy serios. — se dirigió a Edd con aire amenazador.

— Con que amenazando a un pobre jovencito — bufó el viejo Vargas, frunciendo el ceño como si estuviera a punto de violentar contra alguien —. Amenazame a mí, veamos si es usted tan machito. Las palabras no valen de nada si no las cumples. Y yo le prometo que si sigue molestando a Edd le romperé los pocos dientes que le quedan, a usted y a su fea esposa.

— Como se atreve... — musitó la abuela, siendo atajada por Merlín.

— O deja salir a Edd, o llamaremos a la policía — fueron palabras de Merlín.

— Edd puede irse cuando quiera, nadie lo obliga a estar aquí — replicó haciendo ademán para que Edd se retire, gesto de libertad.

Edd comenzó a caminar despacio, derrotado, creyendo que fue echado de la casa.

— ¡No quiero irme! — gritó Edd, cayendo en cuenta de que nadie le expulsó —. ¡No quiero ver a nadie! ¡No quiero que me molesten! Solo quiero estar tranquilo, solo eso.

— ¿Escucharon? — preguntó el viejo Vargas, orgulloso —. Él lo ha dicho, no yo. Espero que cumplan con sus demandas, no pueden obligarlo a hacer lo que ustedes quieran que haga.

El viejo Vargas puso su mano sobre el hombro de Edd y le indicó con un gesto que entrara a la casa.

— Si no les molesta, tenemos cosas que hacer. Espero tengan un lindo día. — dicho esto siguió los pasos de Edd.

Ambos se despidieron de los indecorosos bufidos con palabras ininteligibles que salían de las sucias bocas de los abuelos de Edd. El único digno fue el padre, quien se marchó en silencio, aceptando su derrota. Una vez que cerraron la puerta, la paz los abrazó sin condición.

— Gracias por ayudarme — espetó Edd, solemne.

— No lo hice por ti, lo hice para que no me rompan las guirnaldas — bromeó —. Vamos, toquemos la guitarra un rato. Si quieres te puedes quedar a almorzar conmigo, tengo planeado cocinarme unos canelones como dios manda.

— Me encantan los canelones.

— Entonces los míos te matarán de placer, tengo una receta única y no hay paladar que lo resista.

Edd sintió que no estaba tan solo como creyó, aún existía alguien que se interesaba por él más allá de lo tangible y de las obligaciones emocionales de los familiares y allegados. Una breve brisa de piedad le endulzó la existencia.

Por un buen rato, Edd y su vecino, platicaron sobre técnicas en la guitarra y temas afines a la música. Después de una entretenida y eficiente clase, ambos se alistaron para preparar el almuerzo.

— ¿Cuándo empiezan las clases? — preguntó el viejo Vargas una vez que se sentaron a comer. Hizo la misma pregunta en reiteradas ocasiones, y en todos los casos sirvió para establecer una conversación.

— La próxima semana — contestó con la boca llena —. Disculpe mi falta de educación, pero están muy ricos.

El viejo Vargas hizo un gesto de razón, como si lo hubiera oído infinidad de veces.

— Como decía, me tomaré una semana más de vacaciones. Necesito un par de días para canalizar mis pensamientos y tranquilizarme un poco. No quiero empezar y que todos piensen que soy un deprimido... más que nada quiero aceptar que mamá ya no está, que jamás volveré a verla ni escucharla.

— Ya, creo que ya hemos tenido esta conversación. Comamos en silencio. No quiero que te echas a llorar ahora, caso contrario perderé el apetito y no podré disfrutar de mi magistral talento culinario. No todos los días cocino como lo he hecho hoy, la fiaca me pesa demasiado.

Entre el tintineo de los cubiertos contra el vidrio de los platos, Edd observaba de soslayo a Vargas, disfrutando de los gestos placenteros que este plasmaba en su rostro cada vez que introducía un trozo de comida en la boca.

— ¿Qué se siente ir a la guerra? — preguntó Edd, deshaciéndose de la basta intriga que ello le causaba.

— ¿La guerra? — tardó en comprender la pregunta —. Ah, la maldita y estúpida guerra de las Malvinas.

El viejo Vargas bebió un sorbo de agua para bajar la comida que aún le rondaba por la garganta.

— La guerra es lo peor, las personas mueren sin sentido y sin razón, les mienten con florituras de que se convertirán en héroes, pero al final solo se convierten en polvo y olvido — tosió un par de veces —. Yo fui a esa estúpida guerra, que más bien fue un pleito entre mandatarios ignorantes y abusivos, porque me obligaron. La colimba en esos días te reclutaba y si te negabas te daban un tiro en la cabeza o te llevaban preso para torturarte y pegarte un tiro en la cabeza. Eligieras lo que eligieras, estabas muerto. Muchos otros entraron como voluntarios, pero estos pobres, en su mayoría jóvenes, no tenían idea de nada, se dejaron engañar por las insulsas propagandas por parte de los dictadores. «Recuperar la soberanía de las islas Malvinas». Engañaron y centraron la atención de toda la nación en la guerra, de pronto los serios problemas sociales y económicos quedaron en segundo plano. Ahora que lo pienso mejor, gracias a esa nefasta guerra las dictaduras del país cesaron, desaparecieron. Al menos es lo que todos creen, ahora la moda es disfrazar la dictadura con democracia. El Kirchnerismo es un claro ejemplo, es un gobierno autoritario, pero con ciertas excepciones. Son genios del mal, y saben cómo aprovechar y dominar al cien por cierto la indecorosa secta populista. Los pobres y los idiotas pertenecen a esa secta, por ende, al gobierno le conviene crear pobres e idiotizar a las masas para después engañarlas y seducirlas con planes sociales, de esta forma terminan apoyando, avalando, a quienes los hicieron pobres. La sociedad es cómplice de su propia decadencia.

El viejo Vargas hizo una pausa para recuperar la compostura, estuvo por perderse en la fascinación de odiar e insultar a los egoístas que idolatran su fracaso.

— Lo lamento, suelo perderme en mis palabras — dijo, calmado —. Volviendo a la pregunta, la guerra te transforma en otra persona, te roba la esperanza y la satisfacción de vivir una vida en paz. Viendo todo lo que vi, y sabiendo todo lo que sé, solo tendré paz el día en que me muera. Es imposible sonreír sabiendo que el mundo no es más que un circo de animales salvajes que buscan devorarse unos a otros. Y lo peor, es que los soldados, las fuerzas de seguridad en general, se creen protectores de la patria cuando no son más que unos putos mercenarios contratados por la secta de seres malévolos que nos gobiernan. Si en verdad les interesara la patria y el pueblo, jamás reprimirían a aquellos que marchan en contra de las impertinencias del gobierno, las cuales afectan a todos por igual, menos a los ricos. Las dulces mentiras convencen a los descerebrados.

— Es usted un genio, dice cosas que nunca he escuchado en mi corta vida.

— ¿Genio? No, para nada lo soy. Genios son, lo fueron cuando vivieron, Alan Turing y Nikola Tesla. Yo soy solo un ser humano despierto, veo la verdad de todo lo que sucede. La cuestión es abrir los ojos, caso contrario terminarás siendo un integrante más de la Cámpora y crearás todo lo que te digan a cambio de un buen choripán.

— Usted debería ser político, sabe demasiado.

— Aunque lo intentara no lograría nada, soy demasiado sincero y poco siniestro para esa profesión. En estos días la verdad causa pánico masivo.

Edd preguntó lo primero que le llegó a la mente, no quería que se perdiese la fluidez de la conversación, le entretenía y disfrutaba como si estuviera viendo un discurso de Donald Trump.

— ¿De dónde saca todo lo que dice?

El viejo Vargas se tomó su tiempo en masticar y digerir la comida.

— Pero que pregunta más tonta, obvio qué de mi cerebro — refunfuñó —. Aunque quizás hay un escritor joven y talentoso, con una mente prolifera e incomprensible, un joven capaz y con ideales dignos de un erudito, que escribe en uno de sus libros todo lo que sale de mi boca. Es eso o lo hace un mono con una máquina de escribir. Ya nada me sorprendería.

— Entonces mis palabras las escriben los kirchneristas, idiotas, como dice usted — bromeó Edd.

El viejo Vargas enarcó las cejas y se echó a reír.

— Si ese fuera el caso hablarías como un troglodita — tosió —. ¿Qué harás mañana? — preguntó recuperando la seriedad.

Edd se esforzó en evitar lanzar un eructo, no quería faltarle el respeto a la integridad decorosa del viejo Vargas.

— Los domingos no hago nada, ¿mañana es domingo? Estoy algo perdido.

— Si, domingo. Mañana te invito a ir a la iglesia conmigo.

Edd por poco escupe todo lo que tenía en la boca, no por la invitación, si no por el hecho de que su vecino, todo un criticón y anti creencias masivas, fuese a la iglesia.

— ¿A la iglesia? — lo miró contrariado.

— Si, a la iglesia. Allí podrás verme tocar la guitarra.

— ¿Tocar la guitarra en una iglesia?

— Exacto, es una iglesia evangélica. A diferencia de la católica es que es divertida y dan ganas de ir. Y si hay música todo es más bello. Alabanzas, así se le llama a la música cristiana.

— ¿De verdad? La única vez que fui a una iglesia fue cuando me obligaban a ir a catecismo, y fue lo más aburrido y deprimente que he presenciado nunca. Hasta la muerte de mi madre tiene su grado de emoción. — se detuvo en seco, avergonzado por lo que salió de su boca —. Perdóneme por lo que acabo de decir.

— No te preocupes, entiendo lo que quieres decir. Bueno, la iglesia católica es solo un convento para entristecer y sentirse culpable de todo lo que uno hace. A la que voy es diferente, claro que tiene sus fluctuaciones decadentes y poco éticas, pero es un lugar agradable.

Edd guardó silencio, reticente en aceptar la invitación. Lo cierto es que Edd, a su manera pacífica, aborrecía todo lo que tuviera que ver con la religión. Desde que dejó catecismo por causa del aburrimiento que ello conllevaba y, más importante, por las sandeces carentes de sentido lógico que estos predicaban a voz dócil y visión ciega, se prometió jamás volver a ese mundo donde la prosa principal es el engaño y la ignorancia. «La ciencia me da respuestas, ustedes me dan asco.», le dijo a uno de sus profesores antes de abandonar la secta. Hasta tuvo el valor que pocos niños tienen para enfrentar a sus abuelos, a su madre inclusive, y protestar con vehemencia que abandonaría ese mundo y que nadie le haría cambiar de parecer. ¿Odio? En parte sí, por lo general desestimaba la existencia de tal establecimiento, o empresa, se decía que no quería formar parte del mundo de los creyentes y no creyentes, peleando entre sí por ver quien es más idiota. Cuando le espetaban que por no creer en Dios todopoderoso era Ateo, les replicaba que no le interesaba formar parte de ese sucio y pobre conflicto de ideales. La iglesia le era algo ajeno, desconocido e invisible. Es imposible escapar de ese conflicto.

— Mañana veré si me apetece ir, pero no se haga ilusiones, lo probable es que desestime la invitación — dijo Edd, seguro de sí mismo.

— No te preocupes, no soy de ofenderme. Si no quieres ir, bien por ti — indicó con tono monótono. De pronto el brillo en la voz y en los gestos aparecieron —. Y, como acabo de decirte, toco la guitarra en la banda de la iglesia. No soy arrogante, pero si soy el mejor artista que ha pisado ese escenario. Apuesto a que muchos van solo para verme tocar, y otros porque están desesperados, claro está.

Al saber, Edd, que su vecino tocaba la guitarra en la iglesia, sus perspectivas y consideración sufrieron un cambio rotundo. Cometería hasta la peor osadía solo para ver tocar la guitarra a su vecino, inclusive quebrantar sus ideales y promesas, el peor de los pecados. Aunque el respeto que siente por el anciano juega su papel importante, haría lo que fuese por él, como si fuera un militante comunista, un peón que se sacrifica para que los poderosos hagan su jugada victoriosa. En parte se siente en deuda, y una que no ve posible retribuir en su totalidad.

— ¿Te sorprende? Todos merecen escucharme, escuchar algo diferente — Vargas notó la expresión extrañada de Edd.

— No es eso, me sorprende que usted, anti lo que sea, vaya a la iglesia. En verdad creí que era un «no» creyente — anunció Edd, rosando la ironía.

— ¿Anti lo que sea? — el viejo Vargas lanzó una carcajada —. Podría replicar tu insinuación, pero te doy la razón.

Entre palabras y bocados, los platos de ambos quedaron limpios y desnudos.

— ¿Cómo es eso de que van los desesperados a la iglesia? — la pregunta le salió con congruencia.

El viejo Vargas se tomó su debido tiempo, la digestión de un anciano es lenta. Los órganos ya están cansados y gastados.

— Va el que lo necesita, no quiero ser cruel al llamarles desesperados, aunque lo sean — se contradecía, en parte, a sí mismo —. La mayoría va porque es una costumbre, una especie de ritual a cumplir en memoria de generaciones pasadas de dicha familia. Yo soy un ejemplo de ello, me acostumbraron a ir desde que estaba en la panza de mi madre dando patadas para que me sacaran del lugar. He ido toda mi vida, es una costumbre, algo similar a tomar agua o comer. Otros, los que van por propia voluntad sin que nadie les diga, se sienten vacíos, tristes, desesperanzados y con la voluntad opaca. Cada quien

tendrá sus propias razones, circunstancias de la vida. Muchos necesitan creer en algo, en este caso en alguien. El solo pensar, creer, en que un ser divino los protege y que tiene planes sensacionales y excepcionales predispuestos, les hace sentir un poco mejor, sus problemas pesan menos y la existencia se les hace más placentera. Se engañan a sí mismos por un poco de “felicidad”. No todos son capaces de autosatisfacer sus necesidades emocionales, otros necesitan de un catalizador con una voz inspiradora que exprese las palabras que necesitan oír. La iglesia no es muy diferente a un seminario de auto ayuda.

— ¿Usted cree en dios? — preguntó con recelo, temiendo a ser hostigado.

— Creo — respondió Vargas —. Pero no como un ser todopoderoso, más bien como un símbolo, un emblema. Una filosofía, en todo caso.

Edd asintió con convicción, fingiendo entender la referencia.

— Y tú, muchachito, ¿crees en dios? — la sonrisa que esbozó tenía su tono malicioso.

— Soy muy joven para responder a esa pregunta.

El viejo Vargas asintió con orgullo, asombrado y perplejo.

— Creo que es la mejor respuesta que nunca nadie ha dicho — anunció —. En todo caso puedes acompañarme y aprender el arte de ser cínico, podría ayudarte en el futuro. Muchos dicen que es el ingrediente principal, aparte del talento, para ser alguien de éxito.

— ¿Intenta convencerme? — preguntó Edd, sin intenciones de esperar respuesta —. De ser el caso, lo felicito, ha tenido éxito. Lo acompañaré solo por curiosidad, y si no me gusta no vuelva a insistir o me ofenderé. — sus palabras estaban entre la verdad y la broma, difícil de distinguir una de la otra.

— Ya es un trato. Veremos si eres un hombre de palabra.

Después de llenar su estómago al repetir el plato de comida y conversar sobre temas que fueron surgiendo de la deriva, Edd tuvo que marcharse a su hogar por petición del viejo Vargas, quien espetó que debía dormir la siesta alegando que estaba cansado. Nada extraordinario, el gran porcentaje de argentinos, exceptuando a niños y jóvenes enérgicos, duermen siesta como ritual de resiliencia. Edd hizo caso y a medida que se acercaba a su hogar el recelo de ser interceptado y abatido por sus impertinentes seres “queridos” se incrementaban. Después de lo que hizo algún tipo de represalia debía de haber, o eso es lo que creía con creces.

Resignado, entra a la casa dando un fuerte suspiro y se encuentra con una sala vacía y silenciosa. Los abuelos estaban durmiendo la siesta, y el padre volvió a su hogar. El alivio le sentó fenomenal. Las cosas comenzaron a conspirar a su favor. Vio en la cocina un plato tapado con una servilleta, le dejaron varias piezas de pollo y papas asadas. Comió un par de papas, blandas y frías, y guardó el resto en la heladera para que no se echase a perder. «Será la cena, quizás.», se dijo.

Los abuelos estaban acostados en el lecho matrimonial, despiertos y pensativos. Escucharon que Edd ingresó, pero decidieron no intervenir en su ventura. Lo único que podían hacer es ser indulgentes con Edd, las circunstancias lo ameritaban. De ser otro el momento de seguro lo castigarían y le reprocharían la impertinencia de sus acciones.

Al entrar, Edd, a su habitación, dejó la guitarra debajo de la cama y se recostó sobre ella. La sombra del recuerdo de su madre le oscureció el brillo de su sentir. En soledad nada se puede ocultar, por ello es que la mayoría le teme. Volvió a llorar a su madre, desahogando furia y culpa.

En medio del suplicio su atención se centró en el álbum de fotos que les robó a sus abuelos. Se extrañó por el hecho de que no se percataron de la sustracción de aquel bien material. Tarde o temprano querrán recordar momentos olvidados a través de las aclamadas fotos. Lo buscó en cada rincón, sin poder recordar donde fue la última vez que lo vio. En medio de la exhausta búsqueda se dijo que quizás sus abuelos lo encontraron y lo guardaron donde estaba antes de ser sustraído sin permiso. «Debajo de la cama.», el cerebro suele ser lento al intentar recordar, pero eficiente.

Ustedes entenderán el despropósito de nuestras acciones cuando nos encontramos frágiles y carentes de sentido de razón, hacemos lo que jamás haríamos en una situación lucida. Nos cegamos y alabamos la ignorancia, como cualquier fanático partidista.

El caso es que Edd, abstraído y ajeno a la razón, tomó el álbum, salió al patio trasero y, después de abastecer con madera una pequeña fogata, lo lanzó al fuego y lo vio arder hasta que desapareció en cenizas. Los recuerdos de Candelaria, su vida plasmada en imágenes, desaparecieron para siempre. Ya era tarde para recuperar lo perdido, pero no para el sudoroso arrepentimiento. Una vez que volvió en sí y se dio cuenta de lo que hizo, buscó un balde con agua y apagó el fuego, desesperado y abatido, recuperando nada de lo que lanzó, perdiéndolo todo.

La gran mayoría se equivoca al creer que la clave de superar la muerte de un ser amado es olvidar, desollando todo indicio de la antigua existencia, desterrándolo de nuestra memoria. La cuestión a tratar es aprender a convivir, entender que todos nacemos para morir, nuestro destino en común. Fue lo que a Edd le ocurrió, creyó que al deshacerse de los recuerdos de su madre comenzaría a olvidar, a sentirse mejor, en paz. No estuvo competente, claro está. Lo único que le quedaba por hacer era guardar el secreto, y si sus abuelos le preguntaban por el álbum, les diría que no sabía nada al respecto. Podrían

perdonarle, pasar por alto, sus apestosas actitudes, pero si es descubierto quien sabe que podrían hacer con él. Mandarlo a vivir con su ausente padre, quizás.

Recordó las fotos que guardó en una caja, aquellas donde Candelaria no estaba. Debía quemarlas y no dejar pruebas, su abuela de seguro escrutaría cada rincón y pertenencia con tal de dar con el álbum.

Una vez con las fotos en su poder, hizo una fogata, en el suelo, cerca de la anterior, y comenzó a lanzar las fotografías una por una, con la mirada perdida, como cuando vamos a orinar al instante en que nos levantamos. Lo triste es que no le interesaban los recuerdos plasmados en las fotografías, los dejaba desaparecer. Si bien todo queda en nuestra memoria, muchas veces necesitamos de una imagen, un sonido, para despertar los vestigios de ciertos momentos. En este caso se tomó el tiempo en ver las imágenes antes de lanzarlas a su perdición. El corazón se le aceleró y sus ojos humedecieron cuando entre los dedos de su mano se encontró con una foto de Candelaria y de él, abrazados, sonriendo con sinceridad. Estuvo cerca de lanzarla a la belleza del fuego, pero la guardó en el bolsillo del pantalón, protegiéndola y anidándola a la prosperidad.

En la casa hay cuadros de fotos, en su mayoría de miembros individuales, otras en familia, no obstante, en ninguna estaban solo los dos, madre e hijo.

Al quemar todas las fotos, un acto maléfico digno de un demonio resentido, limpió el suelo y borró todo indicio de la fogata y de sus restos. El hedor que emanaba su persona, ya sea por el humo o por el mítico olor a hospital de la ropa, le repugnó, y, como consecuencia de ello, se dio una larga y sabrosa ducha. Renovándose.

Luego de un sueño interrumpido por breves y sudorosas pesadillas, se despertó definitivamente a las 9 am. «Debo ir a la iglesia.», se dijo con entusiasmo. Se levantó sin mostrar indicios de fatiga o desgana, fue al baño, y volvió al cuarto para vestirse con ropa adecuada. Camisa azul, pantalón de jeans negro y mocasines azules. De alguna manera debía impresionar a los presentes.

Sus abuelos seguían acostados, y ello le alivió. No quería enfrentarse a ellos. En realidad, no le apetecía verlos.

Desayunó un café con leche, acompañado con galletas dulces. Al terminar dio con que el reloj de la pared de la cocina marcaba las 9:33 am. Le quedaban varios minutos para matar. Se entretuvo tocando la guitarra, o haciendo el intento. Se perdió por completo practicando la primera frase de «Romance anónimo», reprochándose por la dureza de sus dedos al realizar el arpegio. Rendido, comenzó a practicar el picado, sonando desastrosamente. Como cualquier aprendiz, entre fastidio y placer, se ensimismó olvidándose de todo lo demás.

Tomándose un descanso, los dedos ardientes se lo pedían a gritos, se percató del tiempo que estuvo sumido en el traicionero mundo del entretenimiento. «10:20 am». Le sentó como una fuerte abofeteada. El señor Vargas no le indicó el horario, pero dedujo que la misa comenzaba a las 10 am, como siempre. Si bien estaba en claro que la iglesia a la que estaba por asistir no era la católica, supuso que todas las iglesias eran iguales; mismos horarios y creencias.

Corrió como una gacela hasta la casa de su vecino, temiendo que ya se hubiese marchado o, pero aun, que lo estuviese esperando. Ya logró poner a todos en su contra, y no quería que el señor Vargas, su único enlace de paz, se disgustase con él. Temía quedarse solo, sin el apoyo de nadie.

Golpeó las manos a señal de llamado, inquieto y alterado.

— ¡Edd! — el viejo Vargas se asomó por la puerta delantera y saludó levantando la mano y asintiendo —. Vaya elegancia la que pintas. Vamos, entra y tomemos unos mates.

Edd, contrariado por la actitud relajada y desprevenida de su vecino, ingresó a la propiedad.

— Disculpe mi demora... me puse a practicar con la guitarra y perdí la noción del tiempo. Debí irse sin mí, no quiero que por mi culpa falte a sus compromisos — dijo tartamudeando, nervioso.

— ¿Irme a dónde? — preguntó confundido —. ¿Me estas corriendo de mi propia casa? Eres un atrevido.

— No, no. Me refiero a la iglesia. No debió faltar a misa por mi culpa. De verdad lo lamento, no volverá a ocurrir.

El viejo Vargas estuvo a punto de reír, pero aprovechó el momento para hacer unas de sus jugarretas.

— No quería sacar el tema, pero ya que lo mencionas... — gesticuló desencanto —. Estuve esperándote. Pude irme sin ti, pero me sentí muy triste. Me has decepcionado.

A Edd se le secó la boca y sintió que se ahogaba por falta de aire.

— De verdad, no fue mi intención — estaba al borde de las lágrimas.

El viejo Vargas, adivinando lo que sus fuertes palabras provocaron en las ya frágiles emociones de Edd, se ruborizó de vergüenza y dejó de actuar como un patán.

— Disculpame por lo que acabo de decir — dijo —. Fue una mala broma de mi parte. Voy a la iglesia a las seis de la tarde, aún falta mucho. No tienes por qué preocuparte, no has hecho nada malo.

— ¿A las seis de la tarde? — de apoco entró en calma.

— Si, creí habértelo dicho.

Edd negó con la cabeza.

— Es que es tan normal para mí que a veces me olvido de aclararlo — continuó diciendo —. ¿A quién quieres enamorar con esa pinta? Si te peinas hasta quizás lo logras.

— Es mi ropa para eventos formales — replicó —. Quise peinarme, pero no me vi con el tiempo necesario para hacerlo. Así que me alegro de que falte mucho para ir, no quiero que piensen que soy un millenials o algo así.

— Siéntate y tomemos unos verdes (mates) en silencio.

— Me parece bien, pero creo que debo irme y cambiarme de ropa. No quiero que se ensucie.

— Como quieras.

Edd se quedó de pie sin saber que hacer. Irse o quedarse, esa era la cuestión.

— ¿Qué te dijeron tus abuelos por lo que sucedió ayer? — preguntó, extendiendo el mate.

Edd lo recibió y le dio un sorbo.

— Nada, de hecho, no los he visto en todo el día.

— ¿Se fueron y te dejaron solo? — enarcó las cejas.

— No, estuvieron todo el día en la casa. Solo salgo de mi habitación cuando están acostados, y eso me deja demasiado tiempo para hacer mis cosas. Igual no creo que me reprochen nada, ellos han hecho peores cosas conmigo.

Como acto del reflejo, el viejo Vargas buscó su guitarra y comenzó a tocar notas sueltas y apagadas mientras conversaba con Edd, como si de alguna manera fuera su aura motivadora.

— ¿Y tú como te sientes? — inquirió Vargas, esbozando una sonrisa apacible y apretada, temiendo por la ventura que conlleva su petición.

— Creo que bien. Triste, obvio, pero tranquilo. No estoy seguro de lo que siento, estoy en modo autista. Sin ofender. Solo digo que me es difícil comprender mis emociones. Tarde o temprano lo sabré, ahora estoy bastante confundido.

— A ti lo que te hace falta es tener una novia — dijo Vargas, intentando cambiar los aires de la conversación.

— Lo que necesito es ver y darle un abrazo a mamá — aludió quebrando sutilmente la voz.

El viejo Vargas no pudo evitar el pudor de la incomodidad, por lo que guardó silencio y dejó que sus dedos se desinhibieran ante las cuerdas para acariciar con melodías suntuosas el ajetreado sentir de Edd, quien se sentó y se dejó llevar por la marea.

Después de haber almorzado en casa del viejo Vargas, se marchó a su hogar por petición del recién nombrado, aludiendo que debía dormir la sienta. El sueño es sensible cuando tenemos el estómago lleno. Empleó todo su tiempo en la guitarra y jugar varias misiones del Devil May Cry 3 en la Play Station 2. Cuando lo mataban y se frustraba, cambiaba a la guitarra y se relajaba. Casi no sintió los crujidos del tiempo cuando vio en el reloj de mesa que eran las 5:30 pm. El tiempo es imperceptible cuando creemos estar felices, o en paz. Antes de salir a su encuentro con el viejo Vargas procuró lavarse los dientes y peinarse como un señorito de la realeza británica.

— ¿A dónde vas? — preguntó el abuelo cuando se encontraron en la sala principal, vislumbrando la vestimenta de su nieto como algo inusual. Sorprendente y extraño. Lo obvio es que cuando alguien se arregla es porque asistirá a algún encuentro o evento importante.

— Ya vuelvo — intentó eludirlo.

— ¿Con quién saldrás? — el abuelo solo hizo su deber como tutor, no podía solo dejarle marchar, debía averiguar detalles para no alterarse en caso de que a altas horas de la noche Edd decida demorarse un poco.

Edd no vio otro remedio más que confesarle sus planes.

— Iré a la iglesia con el señor Vargas — anunció.

— ¿A la iglesia? ¿Desde cuándo ese salvaje va a la iglesia?

— Se me hace tarde — convino Edd, escapando del juicio y prejuicio de su odioso abuelo —. No sé a qué hora vuelva. Adiós.

Salió de la casa.

El viejo Vargas lo esperaba regando su jardín.

— ¿Listo? — Edd anunció su presencia.

Vargas volteó y dio por finalizada su tarea de hidratar a las plantas.

— Creí que te olvidarías como en la mañana... Esperame, voy por mi sombrero.

El viejo Vargas iba vestido con un traje azul oscuro, casi negro, zapatos negros y brillantes, corbata roja y camisa blanca. Todo un señor. Le pareció extraño ya que solo acostumbraba a verlo vestido con la ropa típica de hombre de campo. Ha de mostrar su otra personalidad. Vargas salió de su casa con un sombrero fedora, color beige, plegado al cráneo. Elegante como nadie.

— Se parece usted a un empresario — dijo Edd, sonriente.

— Pero pobre, no lo olvides — replicó.

— Pobre es aquel que no encuentra satisfacción en nada.

Vargas dio un respingo de sorpresa y se maravilló por lo que sus odios escucharon.

— Toda la razón, mi buen amigo, toda la razón — sin poder evitarlo le dio una sacudida al cabello de Edd, arruinando el majestuoso peinado que quería lucir ante los creyentes —. Veo que has estado demasiado tiempo conmigo, espero que no te perjudique. Aprender es perjudicial para existir, todos te verán como un loco. El intelectual siempre será visto como un loco.

Edd estuvo por regañar a su allegado por arruinar su peinado, pero se abstuvo por miedo y respeto.

— Disculpe, pero acaba de arruinar mi peinado... — apuntó con recelo.

— Cierto, no me di cuenta. Igual ahora te ves mejor, parecías un joven estirado y petulante. Aburrido, quizás. Te acabo de hacer un favor, pero no es necesario que lo agradezcas.

— ¿Por qué va tan elegante? — preguntó Edd —. ¿Acaso quiere usted impresionar a alguien?

— No, solo es una formalidad. Si vas mal vestido todos sentirán que les faltas el respeto. A su manera es obligatorio ir bien vestido, limpio y arreglado. Presentable. Queda claro que soy la persona más elegante que va a ese lugar. Soy la causa de la envidia de la gran mayoría. Y eso que hoy me puse lo primero que encontré.

— Si, como diga. Apuesto lo que quiera a que hoy seré yo la envidia de todos. Las miradas repararán solo en mí, usted pasará desapercibido. Y eso que hoy me puse lo primero que encontré.

— Ya, deja de alardear y marchemos. No quiero llegar tarde, hay larvas que siempre intentan quitarme mi lugar. Hay cada atrevido en estos tiempos.

— Yo ocuparé su lugar, lo prometo — bromeó Edd.

Vargas solo esbozó una sonrisa amenazadora y asintió a regañadientes.

— Si lo haces te romperé un brazo, lo prometo — le dio satisfacción ver la expresión ruborizada de Edd.

En completo silencio, ambos dieron marcha al edificio de los prejuicios.

En el camino conversaron sandeces, como si ambos fueran dos adolescentes que se preocupan por cómo conseguir dinero para comprar galletas y bebidas para pasar la tarde. Entre la divagación de diversos temas se centraron en uno que de alguna manera los une: la música y la guitarra. Vargas le contó de la vez que intentó conquistar a una dama con una serenata en plena madrugada, y que la dama en cuestión enfureció porque fue borracho y recitó poemas desubicados y poco románticos. «Escuché que me corría a gritos, pero no le di importancia y seguí cantando a voz de canario la canción que escribí para ella. Cuando creí tenerla a mis pies, encantada y enamorada, me lanzó una baldada de agua helada. No pude prevenir lo que sucedió ya que al cantar cerré los ojos, traicionado por mi sentir. Lo bueno es que con el agua creí renacer, y recuperé el aliento. Y eso fue lo único bueno de aquel momento, después de eso, mi dama, jamás volvió a dirigirme la palabra. No, no te apiades de mí, Edd. Fue bueno para mi vida, porque al poco tiempo conocí al amor de mi vida.», palabras de Vargas.

Edd quiso indagar sobre el supuesto amorío de Vargas, pero al ver las modestas puertas de la iglesia y el viejo edificio que no tenía nada de iglesia, más bien de un viejo almacén, decidió hacerlo en otro momento. Una historia como aquella no podía ser interrumpida.

— ¿Esto es la iglesia? — preguntó Edd, decepcionado.

— Esto es la iglesia, querido amigo — respondió con orgullo —. Bastante humilde, no lo niego. Resulta que no tenemos el gran presupuesto que tienen las católicas, pero te aseguro que es muy acogedora.

— Solo espero que los bancos sean cómodos — musitó esperanzado.

— No estamos en la catedral de Bariloche, querido amigo. No pidas demasiado, no seas caprichoso. — fue otra forma de decir que los asientos hacen doler el culo y la espalda.

Había varias personas amontonadas en el exterior, esperando a que el tiempo pase para comenzar con el ritual de resiliencia. La mayoría se saludaban entre ellos, uno por uno, sin mostrarse agotados o compungidos. Cuando Edd se acercó al tumulto de fieles, todos le clavaron los ojos, escrutando con vivo interés su persona. Unas ancianas lo miraron con juicio, intentando descubrir los pecados del nuevo integrante de la manada. Detestaba la idea de saludar a uno por uno y repetir su nombre sin cesar, sometiéndose a fortuitas preguntas de los interesados. Para su suerte, el viejo Vargas encontró la forma de escabullirse sin parecer un antipático arrogante. Lo único que había que hacer era sonreír al prójimo, saludar a viva voz o con un cálido asentimiento. Saludo general y rápido. Todos saludaron con afabilidad al viejo Vargas, quien a su manera alegraba el día a los creyentes. Edd, por su parte, le dirigió a todos una sonrisa nerviosa, reprimida, y evitó las miradas que le parecieron envenenadas.

— Saluden a mi amigo Edd — se atribuyó un aura de misterio y alarma—. Les aviso que está un poco loco, asique no se acerquen demasiado.

Los fieles rieron a carcajadas, y ello hizo ruborizar de vergüenza al nuevo miembro, quien aceleró el paso buscando salir del centro de atención. Una vez que entraron al almacén disfrazado de iglesia, caminaron por el pasillo que parte el edificio hasta la primera fila de asientos.

Edd quedó absorto por la humildad de aquel lugar comparado con las iglesias a las que alguna vez asistió. No había confesionario ni agua bendita a disposición. La cruz, lo esencial, era una pequeñez que colgaba a un lado de las paredes. El altar era solo un pequeño escenario con varios instrumentos distribuidos en puntos estratégicos, un atril de

vidrio con una cruz dorada que es difícil de distinguir y un gran cuatro de fondo con una frase sacada de la biblia.

Los asientos de plástico dispuestos en las primeras filas de ambas alas del edificio casi provocaron una risa estridente en Edd, quien creyó que se trataba de una mala broma. Al menos agradeció la presencia de los largos bancos de madera que son típico en cualquier congregación de fieles.

— Mientras menos compares las instalaciones de este lugar con otras iglesias que hayas visitado, podrás disfrutar mejor del lugar — dijo Vargas, adivinando los pensamientos de Edd.

— La verdad es que me sorprende, siempre creí que todas las iglesias eran ricas y ostentosas. No es un lujo, la verdad, pero es acogedora. Supongo que aquí no vienen personas estiradas, ¿o sí?

— Te aseguro que viene gente de cualquier clase social y económica. De personas que apenas tienen para comer hasta privilegiados que se estresan cuando no saben qué país de Europa visitar. Analfabetos, políticos, intelectuales, empresarios, desempleados, ladrones, etc. Pueden encontrarte a quien sea, pero aquí somos todos iguales, humanos.

— ¿Y usted qué tipo de persona es?

— Soy la muestra completa de todo el catálogo. Y un simple jubilado.

— Entonces yo soy el amigo del jubilado, que además toca la guitarra como nadie.

El viejo Vargas asintió y fue a saludar a sus compañeros de fe sentados en la primera fila. Un anciano y un joven con parálisis facial en una de las mitades de su rostro. Edd prefirió no seguir a Vargas y decidió sentarse en uno de las sillas de plástico. Escrutando cada rincón del establecimiento con mayor atención, vio que el viejo Vargas se sentó muy lejos de él, quien hizo ademán para que se acercase a su posición.

— Este es mi amado lugar. Vamos, siéntate. No seas tímido.

Edd miró con recelo el lugar, ya que a una silla de distancia se encontraba un anciano con apariencia de moribundo y aspecto cadavérico. Escuchó que balbuceaba palabras, pero no entendió ninguna de ellas.

— ¿Cómo se encuentra hoy, don Fabricio? — preguntó Vargas.

El tal Fabricio los observó por varios segundos, intentando encontrar una respuesta.

— Hoy me encuentro bien, ¿y usted? Veo que hoy ha traído a su nieto.

Edd estuvo por reír ante tal comentario, pero se abstuvo por respeto al prójimo.

— Si, al final lo he convencido a que me acompañe — dijo Vargas con tono afable.

— Pues me alegro, usted ha salvado el alma de este muchachito — dicho esto, don Fabricio continuó sumido en su mundo de alaridos silenciosos.

Las personas comenzaron a ingresar en manada al establecimiento, trayendo con ellos un vasto murmullo abastecido por pasos fuertes y fragancias de todo tipo. Edd tardó en notar que todos iban bien vestidos y perfumados hasta los pies. Las mujeres lucían sus esplendorosos y arrogantes maquillajes, otras preferían lo natural. Los hombres, sobre todo los pudientes, vestían trajes elegantes y refinados. Algunos se conformaban con una camisa barata que no hacía juego con el resto de prendas, el grupo de los menos pudientes. Los jóvenes eran los menos ostentosos respecto a su imagen, unos iban porque no les quedaba otra, mientras que varios necesitaban un apoyo invisible y motivador para sus desdichadas vidas. Edd era uno más del montón, lo cual le sentó muy bien.

Una vez entraron todos los miembros del proletariado, le siguió la líder de la comuna, una señora de expresión fuerte y amigable, caderona, reluciente, elegante, respetable. Era quien tenía el título de sacerdote, predicadora del lugar. La voz y oído de dios todo indecoroso. Seguido de ella entró una joven, su hija, también caderona, con expresión amigable y brillante, de esas que mantienen la sonrisa hasta en los peores días. Es de esas personas que se engañan para brillar en la oscuridad. Respetable, a su manera. Edd sintió

atracción por esta joven, quien le dobla la edad. La vio dirigirse hacia la primera fila, sentándose en la fila equivocada, al menos para Edd.

Todas las mujeres vestían polleras largas hasta los talones, y otras un tanto atrevidas hasta la rodilla. Edd centro su mirada en la hija de la sacerdote, disfrutando de la belleza femenina. Cuando su mirada se encontró con la de la joven la apartó con estrépito, nervioso y preocupado. Al volver la mirada a su femme fatale, dio con que ella lo seguía mirando, intrigada y sonriente.

— ¿Qué pasa? — preguntó Vargas al verlo afligido y tenso —. ¿Te duele el estómago? No te aguantes y ve al baño, no seas vergonzoso.

— No, estoy bien.

— Solo espero que no te largues un pedo, te aseguro que todos lo sentirán.

Edd quiso confesar su inquietud, pero dedujo que sería motivo para burla o peor, para llamar a la joven y presentarla.

— ¿Te gusta la hija de la pastora? — preguntó con mirada detectivesca —. No caigas en esa trampa, ella es mayor, y demasiado para ti. Si mal no recuerdo tiene unos 23 o 24 años. Ahora la llamo.

— No, no la llame.

— Con que te gusta, pillo — momento perfecto para cargar e incomodar al pobre Edd —. No te culpo, es una joven hermosa. Cuando se te acerque y te pregunte el nombre no vayas a vomitar, no me dejes en vergüenza.

— ¿Cuándo se me acerque?

— Exacto, ella no tiene problemas en hablarle a la gente. Es casi tan social como un canillita que vende diarios y revistas. De seguro está ansiosa por hablar contigo, de averiguar quién eres. Más si estás conmigo.

Edd suspiró de nervios.

— No te asustes, no creo que muerda. Al menos no lo hace en público. Dicen que las hijas de predicadores son lascivas y... — se detuvo en seco al darse cuenta de sus blasfemias en contra de una persona muy querida por él.

Edd no entendió porque se detuvo, mucho menos tiene conocimientos del significado de «lascivo». Se limitó a imitar el silencio del viejo Vargas. Todo el público presente hizo lo mismo cuando subió la sacerdote al escenario.

Palabras benevolentes y ficticias salieron de la boca de la predicadora, quien con devoción hablaba de dios y sus buenos actos. «Dios nos ha bendecido a todos y todas. Don García, nuestro hermano, ha sentido la mano y poder de dios, nuestro señor, y lo ha curado de su dolencia. Quiero pedirles a todos que se pongan de pie y que oremos por la dicha de nuestro hermano y por el noble gesto que dios ha mostrado hacia con él.», dijo ante el micrófono con tono afable e inquebrantable. Edd estaba tenso intentando recordar las oraciones que nunca aprendió en su tiempo de catequesis, principalmente el «padre nuestro». Claro está que ese tipo de oraciones solo se quedan en las iglesias católicas. Edd quedó pasmado cuando escuchó a todos murmurando, con los ojos cerrados y moviendo sus cuerpos y cabezas como si sintieran en el alma las palabras que predicaban a lo inexistente. «Gracias señor por todo lo que haces; gracias padre amado por tu perdón; Gracias señor por tu ayuda, señor. Señor, gracias por tus bendiciones, señor. Señor, señor, señor.» Se perdían en repetir señor una y otra vez, improvisando oraciones de devoción y gratitud. Nadie decía lo mismo que el otro, cada quien era libre de expresar sus propias palabras, sin duda era una iglesia para libertarios.

Edd comenzó a hastiarse más rápido de lo que creyó, arrepintiéndose de haber aceptado la invitación. Pasó un buen rato cuando la sacerdote pidió que todos se pusieran de pie y que los músicos subieran al escenario para tocar las alabanzas, música cristiana. Edd se quedó sentado, como todo un antisistema. Miraba a todos y todas con desprecio,

intentando comprender la razón del porqué deciden ir a un lugar aburrido y poco inspirador. «De seguro no encuentran nada mejor para hacer. Deben estar cansados de ver televisión o los domingos no dan programas de entretenimiento barato que tato les gustan.», se respondió. Su expresión cambió cuando el viejo Vargas caminó hacia el escenario.

— ¿No te asusta quedarte solo? — preguntó antes de la marcha —. Ya vuelvo, tengo alabanzas que tocar.

Edd solo asintió, de pronto entusiasmado y con la sangre oxigenada.

Al escenario subieron la chica que embelesó a Edd, la hija de la sacerdote, quien a su pasada robó calientes miradas en, quizás, todo el público masculino. El otro fue el joven adulto con parálisis facial en una mitad de su rostro, el baterista. Cada quien se dirigió a su respectivo instrumento, dispuestos y preparados en puntos afines. La joven caderona se atribuyó un piano digital con mueble, y, como ya sabrán, al viejo Vargas lo esperaba una guitarra acústica color negro, bastante vistosa y poco accesible. La sacerdote quedó al margen de los músicos, convirtiéndose en oyente a un extremo del escenario.

Cuando Edd escuchó hablar a su femme fatale casi sufre una erección. Era una voz angelical, aguda, divina. Una vez que la banda comenzó a tocar una alabanza llamada «Vasijas rotas», se derritió de amor al oírla cantar. Sentimiento puro. Una voz formidable. Una parte de él se decepcionó al ver al viejo Vargas tocando solo arpegios, siguiendo el resto de instrumentos, siendo un instrumento secundario. Es un insulto a su basto talento. La siguiente canción, no tan hermosa como la anterior, era una delicia audible hasta que el baterista entró en escena, decorando la canción con ruidos estridentes y ensordecedores. Con esto, el resto de instrumento y la voz quedaron obsoletas, insípidas al oído. Edd se divirtió cuando la vocalista dirigió una mirada furtiva e irritada hacia el baterista, quien, con el reluciente espíritu rockero, cerró los ojos y se dejó llevar, perdiendo el control en la fuerza de sus golpes. Edd quedó fascinado por el talento del baterista, quien era miembro de una famosa banda de rock local. Como lo único que se escuchaba con claridad era la batería, Edd se centró en eso, creyendo estar de pronto en una sesión de instrumentos de percusión. El resto han de haber tocado varias canciones en vano, siendo aplastados por el bombo, los redoblantes y los platillos. Pedirle a un baterista que toque despacio es intentar arrebatarse su naturaleza.

La sacerdote volvió a ser el centro de atención. Habló un poco de dios y de los pecados, de satanás también, y dejó en claro que si quieren llegar al reino de los cielos no deben tener voluntad y dignidad.

— Pido a todos que se pongan de pie — dijo la sacerdote.

El baterista dejó su puesto y volvió a formar parte de la audiencia. Esta vez tocaron una canción más alegre y entendible, la ausencia del baterista le sentó de maravilla. Edd quedó pasmado, con sentimiento de incredulidad, al ver a todos los fieles bailando al ritmo de la música, siguiendo la coreografía poco profesional de la sacerdote. Lo importante es que los presentes se divirtieron y movieron un poco el cuerpo. Bailar suele rejuvenecer. Claro está que Edd vislumbró todo el espectáculo de locos esquizofrénicos desde su asiento. Por poco sufre una embolia. Lo peor fue cuando don Federico, el anciano a un asiento de distancia, comenzó de pronto a cantar a viva voz. Sin duda era el peor cantante del mundo, sus gritos de pasión parecían de una aguda agonía. Gritaba y la voz se le rompía. Mas allá de lo absurdo y molesto del canto de aquel hombre, Edd no pudo contener la risa. Tuvo que ocultar su rostro y tapar su boca para acallar las carcajadas. Lloró de risa, como cualquier humano cuerdo haría en las mismas circunstancias. Don Federico, debido a sus gritos indecorosos, se detenía entre medios de sus lamentos a toser como si estuviera en una habitación repleta de humo asfixiante.

Edd, con los ojos rojos de emoción y apretando la sonrisa, ahogando la risa, miró al viejo Vargas con son de complicidad y recibió como respuesta una sonrisa de compasión: «Sé que canta muy feo, parece una vaca pariendo. Solo no te rías tan fuerte.» El único ser que se pareció interesarse en Edd y su momento de disfrute burlesco, fue la sacerdote, quien lo miraba de reojo mientras cantaba y bailaba. Edd, adivinando que su risa podría ofender a los presentes y avergonzar a su amigo Vargas, se esforzó por olvidarse de la risa y de su causa, tensionando los músculos del rostro, centrándose en otros pensamientos menos importantes. Lo logró.

La sacerdote cantó otra canción, una lenta y sentimental, melancólica. A diferencia de su hija, la mujer de grandes y voluminosa cadera fue bendecida con una voz fuerte y de gran sonoridad, resonante e inspiradora, talento natural. Hay grandes talentos ocultos, inclusive mejores que los ya consagrados, es una lástima que se acobarden en salir a mostrar lo que saben hacer. Edd sintió cosquillas de placer en sus oídos, voces como aquellas hacen que la piel se erice y que los nervios crispén. «Y esto es gratis.», hizo alusión a que muchos pagan por ver a personas con voces menos prolíferas e incandescentes.

Edd se frustró por el hombre a una silla de distancia, quien con sus gritos indecorosos y estridentes no lo dejaba disfrutar de la música en vivo. Quiso partirle una silla en la cabeza para cerrarle la boca. Lo imaginó y no le pareció una mala idea. Pidió al dios invisible que bendiga a su allegado, y al resto, volviéndolo mudo o llevárselo de una maldita vez al reino de los cielos. Desear la muerte de otro es un sentimiento muy humano.

Los instrumentos dejaron de sonar y los artistas bajaron del escenario para volver a sus lugares y dejar a la sacerdote seguir predicando y endulzando los oídos de los fieles.

— ¿Estás aburrido? — preguntó el viejo Vargas cuando se acercó al lugar.

— ¿Por qué no toca la guitarra como en verdad sabe tocar?

— Solo sigo las notas de las canciones, como todo buen acompañante. En casa me desquito y toco como se me da la gana — respondió tranquilo.

— Es una pena, usted toca muy bien. En fin, ellos se lo pierden — no pudo reprimir su indignación, ya que una de las razones por las que asistió a tal evento fue por el credo de que vería el majestuoso talento del viejo Vargas.

— A partir de este momento te aburrirás, te aviso para que no te sientas traicionado — dicho esto, el viejo Vargas se sentó y abrió su biblia, colocándola en su regazo.

Edd suspiró al caer en cuenta que le esperaba un martirio de palabras, oraciones y silencios. A poco de empezar, ya estaba hastiado hasta la coronilla, como los lectores de esta bella historia.

Una vez terminada la ceremonia de adoración y devoción, los fieles se pusieron de pie, se saludaron unos a otros con gesto apacible y amistoso, y comenzaron a dar marcha hacia la salida, desesperados por volver a sus hogares y ver en la televisión a Susana Giménez como cada domingo. Los domingos son de ocio, para muchos otros es un día más en sus insípidas vidas.

— ¿Cómo es eso de que piden donaciones y ponen un límite mínimo? Supongo que cada quien debe aportar lo que desee — Edd reprochó el momento en que la sacerdote pidió donaciones económicas a los fieles para poder comprarse un vestido y unos zapatos de primera marca, dejando en claro que deben aportar lo que desearan, sintieran, poniendo, además, un límite mínimo de colaboración: «Por favor les pido que donen más de cinco pesos, la plata hoy en día ya no vale nada.», explicó para evitar ser acusada de avariciosa.

— Es para que puedan comer carne en la semana — respondió Vargas, sonriendo por su malévola insinuación —. De todas formas, no es mi problema, yo nunca aporté dinero. Con mi participación en la banda ya es suficiente.

— Es usted un tacaño.

— Pobre, soy pobre — replicó —. Comen carne ellos o yo.

— Entonces hágase vegetariano.

— No, adoro demasiado a las plantas. No soy capaz de devorarlas, ellas también sufren.

Edd solo sonrió ante aquella ironía.

— Ya vengo, voy a conversar con mis hermanastros — dijo el viejo Vargas, abandonándolo a su suerte.

Edd se quedó quieto, como todos cuando vamos a un lugar repleto de desconocidos y nos pica la introversión.

— Hola — dijo una voz ya conocida.

No supo que decir al toparse con la hija de la sacerdote, quien mostraba entusiasmo por saber de su existencia.

— H... Hola — ante la sorpresa no pudo contener los nervios.

— Yesenia — extendió su mano.

— Edward Fibonacci — aceptó la mano de Yesenia y se dieron un fuerte apretón, como dos camaradas del partido cuando se ven en la panadería.

— ¿De dónde eres? Ese nombre es muy de extranjeros.

— Soy de este pueblo, tengo el nombre que tengo porque tengo descendencia extranjera. Aunque a veces prefiero tener otro nombre: Jonathan, Pablo, Rumpelstiltskin, Benito Mussolini o Carlos Menem.

— ¿Rumpelstiltskin? ¿Has leído a los hermanos Grimm? — preguntó maravillada al creer que se encontró con un lector empedernido, erudito en literatura de todo tipo.

Edd quedó un tanto perdido, jamás escuchó nada respecto a los hermanos Grimm.

— No, lo saqué de un personaje del libro de John Katzenbach: El psicoanalista.

La tal Yesenia, lejos de decepcionarse por no encontrarse con alguien que conozca a los hermanos Grimm, se alegró por estar frente a un joven y supuesto lector de ficción.

— Ese no lo he leído, ¿debería? He escuchado que es el mejor libro de ese tal John Katzenbach.

— En lo personal prefiero otros libros del autor: La historia del loco, Personas desconocidas. Pero depende de cuáles sean tus gustos, y puedes leer lo que se te venga en gana.

— ¿Eres de leer mucho o solo has leído unos libros y siempre alardeas sobre ello? Hay muchos mediocres en estos tiempos.

Edd, lejos de temblar como un epiléptico en pleno ataque, se sintió cómodo al conversar con Yesenia.

— Si así lo dices... entonces soy un mediocre.

— Que pena, creí encontrar a alguien con quien hablar sobre libros y buenas historias — fingió tristeza y decepción.

— Si eso es lo que quieres solo debes ir a hablar con alguna bibliotecaria — dijo Edd —. Aunque en estos tiempos las bibliotecarias ya no leen como las de antaño, solo se abrazan al salario.

— Toda la razón, Rumpel. — lanzó una risa pícar.

— Dime Edd. Caso contrario no escucharé nada de lo que digas.

— Eres caprichoso, «Edd». Bueno, debo irme. Espero verte en la próxima reunión. Dile a tu abuelo que te he invitado a venir a los ensayos de la bandita. No importa si no

sabes tocar ningún instrumento, algún talento oculto debes tener, todos tienen uno. Lo descubriremos.

— Lo pensaré, y si no vengo no me extrañes.

— Estoy segura que volverás, tu sonrisa y mirada delatan que te ha gustado sumarte a nosotros. Bueno, adiós. — dicho esto, Yesenia se fue a quien sabe dónde.

Edd sonreía de oreja a oreja, orgulloso por no haber perdido el control de sus facultades. Las sensaciones que tuvo las atribuyó al enamoramiento repentino, del que es difícil saber cuánto durará.

— ¿Acabas de tener tu primera erección? — preguntó Vargas cuando volvió de hacer turismo social.

— ¿Ah?

— Por la cara que tienes parece que acabas de tener una erección después de ver una película pornográfica. Si es eso te aseguro que el señor todo poderoso será piadoso contigo, hasta de envíe un ángel para que te desquites... — se detuvo al darse cuenta de que sus indecorosas palabras no son las adecuadas para decirlas en el lugar donde hay castidad verbal y mental.

— Una tal Yesenia me acaba de invitar a los ensayos de la banda — dijo Edd, relamiendo su emoción.

El viejo Vargas le lanzó una mirada de picardía, sonriendo al son de la mirada.

— Vaya, con que de eso se trata todo. ¿Te ha invitado a la banda? Pues genial, espero te sumes a la ecuación de inadaptados. Solo no te enamores de ella, terminarás con el corazón roto. Eres apenas un crío y ella es toda una mujer, y no muy santa que digamos.

«Ya es demasiado tarde, estoy encadenado a ella.», quiso decir al respecto.

— Lo gracioso es que cree que usted es mi abuelo.

— Debe ir urgente al oculista — dijo alarmado —. Si yo fuera tu abuelo serías casi tan lindo y elegante como yo. No te preocupes, lo importante es que eres buena persona y no tienes problemas de salud.

— Si yo fuera su nieto creo que le tendría rencor a dios por hacerme parecido a usted — bromeó.

Vargas no pudo contener la carcajada.

— Con que ahora eres todo un bromista — dijo —. Debes estar juntándote mucho conmigo. Igual eso es algo bueno.

Edd estaba expectante a los movimientos de Vargas, quien estaba mirando los rincones del establecimiento como si fuese su primera vez.

— ¿Qué estamos esperando? Ya quiero irme — dijo Edd, hastiado.

— Mira la puerta y observa la razón del por qué aun no nos vamos — contestó Vargas, indiferente.

Las personas se apretujaban en la puerta intentando escapar de la mirada juiciosa de dios, desesperados por ir a pecar. Una vez que el rebaño salió de la jaula, el viejo Vargas y Edd emprendieron el camino de vuelta a sus hogares.

Cuando cruzaron la puerta, Edd fue intervenido por la sacerdote, quien esperaba con ansias conocer a su nuevo visitante y futuro hermano de la congregación.

— ¿Es su nieto? — le preguntó a Vargas.

— Para nada, solo soy su mentor en la guitarra. Le estoy enseñando — respondió, alejándose de la conversación.

— ¿Cómo te llamas? Mi nombre es Rita Gallego. Soy la sacerdote de esta pequeña casa de dios.

— Soy Edward, pero me dicen Edd.

Ninguno de los dos hizo reverencia de saludo hacia el otro.

— Me alegra tenerte con nosotros, espero vuelvas a acompañarnos en las próximas reuniones. Dios te ha traído con nosotros por algo, estoy segura que desea que te unas.

«¿El señor Vargas es un dios?», quiso preguntar a modo de broma, ya que Vargas fue quien lo invitó y lo llevó al almacén de la culpa y el perdón instantáneo a cambio de un par de monedas.

Edd se limitó a sonreír y sentir, creyendo que su silencio delataría sus ganas de escapar de la conversación.

— Mi hija me ha dicho que te ha invitado a que te unas a la banda juvenil, ¿sabes tocar algún instrumento?

— No.

— También me ha dicho que te gusta leer — agregó —. ¿Has leído la biblia?

Negó con la cabeza, algo intimidado.

— No te preocupes, tu empieza a venir y podrás leerla con nosotros.

— No me gusta ese tipo de ficción, prefiero los thrillers o novelas negras.

La sacerdote frunció el ceño y lo miró con gesto acusador.

— ¿A qué te refieres cuando dices «Ese tipo de ficción»?

Edd sin comprender la severidad de su insinuación contestó sin reparo y sinceridad.

— Mi madre una vez me dijo que la biblia es una historia ficticia creada para responder las preguntas que en su momento nadie era capaz de responder, ayudando así a los inadaptados a creerse sabios y tranquilizarlos. Lamentablemente la vaga inteligencia de la mayoría y la astucia e inteligencia de los pocos, terminaron por hacer de la historia un instrumento de control social y un sinfín de reglas para modelar cada vida. Los poderosos, al ver el resultado obtenido, el de controlar a toda una sociedad, vieron como idea magistral llevar tal “religión” a cada punto del planeta para controlarlo todo. La avaricia y el deseo de ser opresor son anonadantes entre los poderosos. Jugar a ser «dios» es solo un pasatiempo para ellos. Es una larga historia, y en cada página hay sangre. Usted es sacerdote, supongo que sabe a qué me refiero.

» La historia ha pasado de generación en generación, siempre eliminando a quienes estaban despierto y veían a la historia de dios y los pecados como una estupidez. Bendita sea la ciencia, a diferencia de la religión sus teorías son irrefutables, al menos se dignan en demostrarlas con resultados verídicos. Lamentablemente en países tercermundistas como Argentina, Latinoamérica en general, la estupidez colectiva jamás perderá su hegemonía. Y va más allá de las políticas llevadas a cabo, todo es cuestión de educación, y con educación me refiero a la intelectual. Soy capaz de comprender a los países primermundista cuando se refieren a nosotros como un lugar de salvajes. Aunque no tiene sentido, los salvajes son más civilizados.

El viejo Vargas estaba a solo unos pasos de distancia, y escuchó con claridad y admiración el discurso de su protegido. De pronto descubrió una mente prospera y

prolifera. A la vez disfrutaba del coraje de Edd al confesar su opinión ofensiva sobre la biblia a una sacerdote.

— Nunca le encontré sentido a la religión en sí, creyendo siempre que era solo un lugar de reclutamiento para seres mundanos — continuó diciendo Edd, sereno ante las súbitas miradas de la sacerdote, quien estuvo por interponerse y darle un par de correctivos a mano abierta —. Cuando el señor Vargas me dijo que dios, la religión en sí, es una filosofía, un estilo de vida un poco más agradable y de unión hacia nuestros semejantes, creo que dejé de lado mi odio e incomprensión a la creencia y a los creyentes. Quizás sin la religión y sin el miedo a que si hacemos algo terrible sufriremos por toda una eternidad en el averno, podríamos vivir en un mundo mucho más salvaje y temeroso, antipático, donde la ética comprende a la violencia como lo correcto. Es difícil de imaginarlo, quizás hasta podría ser mejor, ya que la religión siempre se abrazó al derramamiento de sangre, al genocidio. A veces pienso que la religión fue el incentivador de la guerra, la división social y todo lo malo que hay en el mundo...

— Detente — dijo la sacerdote, cautivada y fastidiada por las palabras de un pequeño joven, amortiguando la decencia entre la ingenuidad por no decidirse si lo que escuchó fue coherente o todo lo contrario. Sin duda alguna, como todo buen arrogante nefasto, jamás le daría la razón siendo esa razón la que avala lo contrario y refuta sus ideales —. Si sigues hablando harás que me ofenda.

Edd recapituló su discurso y no fue capaz de sentir empatía por la sacerdote, quien de seguro utilizaría todo su potencial de convencimiento para hacerle cambiar de parecer, como todo buen vendedor cuando vende un producto berreta jurando que es de una calidad envidiable y formidable.

— ¿Piensa interrogarme o algo por el estilo? Ya quiero irme — trató a la sacerdote con la misma manera que lo hacía con sus profesoras de primaria, intentando mostrar su fastidio y a la vez ocultándolo bajo una amistosa y falsa sonrisa de afabilidad.

La sacerdote dio un respingo de sorpresa, mostrando a la vez su disgusto por el nuevo visitante.

— De acuerdo, si quieres irte puedes hacerlo — dijo, asemejando a la elocuencia de un payaso.

Sin despedirse, Edd salió en busca del señor Vargas, quien le esperaba sonriente a unos pocos pasos. Vio que Vargas se encogió de hombros, como si no entendiera algo y se lo hiciera saber a alguien. Sin duda la sacerdote le lanzó una mirada juiciosa y poco amigable. «Este niño es un irrespetuoso.», pudo leer en la mirada.

— Me cae mal la sacerdote — dijo Edd cuando salieron del rango de visión del señor todo poderoso —. Se cree mucho. Me atrevo a decir que es más narcisista que usted.

El viejo Vargas, lejos de ofenderse, le dio una palmada en la cabeza, corrigiendo un grave error.

— Te recuerdo que nadie es más que yo — replicó —. ¿Qué sucede contigo? De pronto eres una versión joven de mi persona. Creo que soy una mala influencia para ti.

— Me suceden infinidad de cosas, solo que ahora soy capaz de expresar una pequeña parte de lo que tengo en el cerebro... y sí, creo que usted es una mala influencia. En cualquier momento mis abuelos me envían a un reformatorio o a vivir con usted. Dios quiera que sea el reformatorio.

— No me faltes el respeto, hombrecito. Aun no te he dado la confianza para eso — dijo Vargas, molesto, frunciendo el ceño, endureciendo la voz.

Edd guardó silencio, encogiéndose de hombros.

— ¿Volverás a la iglesia o no? — preguntó Vargas.

— Es probable, pero solo para verlo tocar la guitarra a usted. En algún momento deberá tocar como en realidad sabe tocar y...

— y... — le animó Vargas.

— No importa. Espero que la próxima vez el viejo tonto que estaba al lado mío no vaya o que al menos se siente lejos de mí. Ese tipo no canta, grita como si le estuviesen arrancando los testículos con una pinza.

— Al principio es molesto y gracioso, recuerdo que casi lloré de risa cuando fue por primera vez. Con el tiempo te acostumbras y ya no te provoca nada, solo desearás que esté disfrutando de la reunión, al igual que todos. La gran mayoría tiene problemas que nosotros no podríamos imaginar, debemos ser comprensibles.

— Si, usted me ha dejado en claro que van los desesperados y todo tipo de personas. Y sí, creo que me ayudará comenzar a venir. Me sentiré menos solo, o eso creo.

— Y si no te sirve, puedes volver, pero con un arma para volarles las cabezas a todos. Si no tienes armas te presto una de las mías.

— ¿Acaso es su sueño venir y matarlos a todos? — preguntó Edd, perspicaz.

— Es probable, muy probable — respondió perdiéndose en el delirio de sus palabras.

— Si piensa hacerlo procure avisarme, no quiero asistir a esa masacre. «La masacre de dios». Si usted los mata a todos, ¿Cómo cree que saldría en los titulares?

— «La ira de dios». Los creyentes son un poco lerdos, podrían decirles que un ángel satánico vino del infierno para asesinar a todos y lo creerían. O que dios ha castigado a los impuros y pecadores. Quién sabe qué tipo de calumnias rondarán en las conversaciones de los tontos — dijo Vargas, dando un fuerte bostezo.

A Edd le entró el sueño.

— Canta muy bien la sacerdote, al igual que su hija — comentó Edd para matar el silencio que se había creado.

— Te doy la razón. Y eso que hoy cantaron canciones simples. A veces cantan canciones donde demuestran todo el talento que tienen, sobre todo la sacerdote. Una lástima que hayan metido al batero ese de porquería, los tarros arruinar todo.

— Toca demasiado fuerte, hubo varias canciones en las que solo se escuchaba la batería. No estuvo nada mal, es bueno en lo que hace, pero es molesto. ¿Por qué no lo sacan y ya?

— Una vez lo propuse, pero no me escucharon. Igual suelen sacarlo cuando se cansan. Hoy has visto un ejemplo de ello.

— Si no fuese por la música ese lugar sería ultra mega aburrido. Mientras más lo pienso menos ganas tengo de volver.

— Tienes una semana para pensarlo.

— Eso creo.

Caminaron en silencio a través de varias cuerdas, contemplando un cielo estrellado y limpio. Ambos pensando en sus propios problemas.

Una vez estando cerca de sus hogares, el viejo Vargas decidió abrir su boca.

— ¿Cuándo empiezan las clases? — preguntó. Ya perdió la cuenta de todas las veces que hizo la misma pregunta.

Edd estaba distraído en su propia imaginación, escuchó la pregunta, pero tardó en descifrarla.

— Si, empiezan mañana — respondió —. Yo empezaré la próxima semana. La primera semana siempre es una pérdida de tiempo, nunca hacen nada. Los profesores hablan patrañas y disfrutan ser opresores, desquitarse con los jóvenes. Hay algo que he escuchado bastante: «ustedes hagan todo lo que se les diga y serán recompensados con una vida mejor, tendrán éxito en todo lo que se propongan». Ello me entristece porque muchos les creen.

Cada respuesta es diferente a la anterior.

— Si, si, si — Vargas supo adivinar a donde se dirigía el discurso de Edd —. La educación pública solo busca adoctrinar a todos. Eso lo sabe todo el mundo, pero la mayoría decide ignorarlo. Entiendo, pero si quieres ser parte del sistema deberás enfrentarlo. Ahora presta atención en lo que te diré...

— Soy todo oídos.

— Nunca dejes que el sistema educativo intervenga en tu educación. Si llega a suceder terminarás como todos, siendo un don nadie. Haz lo que te venga en ganas, haz lo que quieras a terminar bajo tierra, como todos. No sigas a nadie, no dejes que te presionen ni mucho menos que sus comentarios influyan en tus objetivos. Cada quien tiene sus planes, otros deciden apuntar a lo fácil. Estudiar y dar tu vida a la pedante esclavitud laboral no es vida, y quien te diga lo contrario solo intenta engañarse para no deprimirse — dijo Vargas, exaltándose al paso de cada palabra —. Ah, y otra cosa. No dejes que el dinero te haga olvidar lo que en verdad te gusta, no desperdicies tu vida solo por dinero. Si eres un empleado más del sistema, al menos procura disfrutar de tu trabajo, solo así podrás saborear un poco la tan sobrevalorada libertad.

— Es usted un sabio.

— Solo soy un hablador, un ignorante como el resto — replicó —. Solo no desperdicies tu tiempo intentando cambiar las cosas, a la gente. El horrendo sistema educativo y el embrujo de la esclavitud laboral está hecho para beneficios de los poderosos. Gente bruta y temerosa, fácil de doblegar, que haga todo lo que le pidan sin objetar, es lo que necesitan. Utilizan el sistema para fabricar peones. Personas sin voz ni razón. Fanáticos fáciles de manipular. Lo horrible de esto es que todos, cada uno de estos microbios, se creen ejemplos a seguir. Debes aprender a tener paciencia, más que virtud es un delirio.

— Entiendo que la mayoría termina haciendo lo contrario a lo que les gustaría hacer. Estudiar es bueno, gracias a ello podemos “evolucionar”. El conocimiento es sagrado. Admito que es patético dedicar toda una vida para cumplir el sueño de ser un asalariado dependiente. El dinero es importante, eso sin dudas, pero no soy capaz de comprender como terminan olvidándose de ellos mismos. Cumplir horarios, tener un mes de vacaciones al año, temer a ser echados, enriquecer a otros. Una barbarie. Quizás soy demasiado pequeño para entenderlo, solo espero nunca perderme en el camino. «Vida fácil y segura». Vida triste y esclavizada.

Vargas esbozó su sonrisa de satisfacción y entornó las cejas a modo de incredulidad.

— Por lo que escucho salir de tu boca estoy seguro que vas por buen camino. Serás un incomprendido y te subestimarán con creces, muchos dirán que pierdes el tiempo y te aconsejarán que vayas por lo seguro como cualquier cobarde, todo hasta que cumplas tus objetivos, una vez en la cima es cuando serás objeto de admiración.

— Paciencia y comprender a las personas son la clave del éxito. Además del esfuerzo, la obsesión y la constancia, claro — aludió Edd, como si fuera el estudiante ejemplar de la clase.

— En cualquier momento terminarás aconsejándome sobre lo que sea y, además, me explicarás cómo funciona el mundo mejor que nadie — Vargas dio un suspiro de desencanto —. Y tan calladito que eras al principio... eres un pensador. Un pensador al que todos odian, el proletariado le teme a la verdad. Morirás solo, y toma esto como un cumplido.

Edd asintió, de nuevo perdido en las divagantes palabras de Vargas.

— Bueno, aquí nos separamos — dijo Vargas deteniéndose al frente de su casa —. Nos vemos mañana en la mañana, en caso de que no estés en la escuela, claro.

— Ya veré que decido hacer. Últimamente me siento bastante fatigado, creo que necesito dormir mínimo unas 9 horas.

— Acostumbrate a dormir cinco horas por día, el cuerpo se vuelve más resistente y enérgico. No desperdicies una tercera parte de tu vida en la cama.

— ¿Resistente y enérgico como usted? — Edd quiso bromear.

Vargas lo miró de soslayo y replicó lo siguiente:

— Soy un anciano, ¿acaso esperas que haga parkour o mountain bike? A comparación de tus abuelos soy un joven veinteañero. No duermas demasiado o terminarás como ellos.

— con esto logró imponer su idea sobre las horas de sueños en el joven aprendiz.

— Buen punto — dijo Edd —. Lo tendré en cuenta.

Se despidieron con un apretón de manos. Cada quien a su cueva como todo un troglodita.

Edd, cuando estaba por dormirse en el horario habitual, recordó las palabras del viejo Vargas: «Acostúmbrate a dormir cinco horas por día». Nunca fue capaz de distinguir y asimilar las intenciones de sus palabras. Sus bromas suenan a certeza y otras veces todo lo contrario.

Decidió seguir el consejo de su longevo amigo. Intentó matar el tiempo practicando con la guitarra, pero los ojos se le cerraban con lentitud y de forma peligrosa. El entretenimiento que necesitaba debía ser un gran estimulante, y los videojuegos cumplen su función a la perfección. Jugó sin ganas durante horas. Una vez que el reloj de la habitación marcó las 4 am, apagó todo sin antes guardar las misiones echas, el pecado de los gamers, se lanzó a la cama con la ropa puesta y se durmió en un santiamén. Su cuerpo estaba tan agotado que no sufrió el delirio de la imaginación, las pequeñas pesadillas.

En horarios de madrugada golpearon su puerta y lo despertaron, interrumpiendo así su meta de dormir cinco horas. Los ojos los tenía hinchados y ardientes, rojos como la menstruación.

— Edd, cariño — dijo la abuela una vez estando dentro del cuarto —. Levantate, debes ir a la escuela.

Edd la miró pasmado y perdido.

— Hoy comienzan las clases — aclaró la abuela.

— ¿Tengo que ir? — preguntó Edd, apoyando su rostro contra la almohada y emprendiendo un nuevo viaje al sueño profundo —. Los primeros días siempre son muy aburridos, voy a ir la semana que viene.

— Debes ir o te pondrán una falta... además puedes aprovechar a conocer la escuela y a que te expliquen todo. No fuiste al ciclo de nivelación en febrero, aprovecha. De paso haces nuevos amigos y te diviertes un poco.

— ¿Supones que paso los días encerrado y aburrido? — no esperó respuesta —. Tiene sentido, pero hoy no quiero ir. Estoy muy cansado.

— Vamos, ya has despertado y seguro no te vuelves a dormir. No te quedes tirado sin hacer nada. Eres joven, no desperdicies tu juventud — la abuela de pronto olvidó todos los desencantos con su nieto, dándose cuenta que al final debía actuar como una buena madre, estricta y amable.

— Gracias por cuidarme, pero tu vida es un desperdicio y no tiene sentido que me digas que hacer o no... — fue hiriente sin antes proponérselo, un reflejo más —. Perdón, no quise decir eso. De acuerdo, iré a la escuela.

Estoy seguro que todos y todas hemos odiado a alguien con creces, hasta el punto en que deseamos su muerte. Pero a pesar del odio incondicional, jamás nos olvidamos de amar, cuidar y satisfacer a quienes están siempre de nuestro lado.

— Si quieres puedes prepararme el desayuno, creo que tardaré un buen rato en prepararme — dijo Edd levantándose de la cama.

— ¿Qué quieres desayunar?

— Un café con leche está bien. Y sin azúcar.

— De acuerdo, apurate o llegarás tarde — dicho esto, la anciana salió directo a la cocina.

Edd contempló sus pertenencias. Rezongó un poco al principio, solo quería dormir otro rato más, pero vio necesario salir de esas cuatro paredes y encontrar otro tipo de distracciones, unas menos claustrofóbicas. Se alegró de haber preparado los útiles escolares el día que se los compraron, ahorrándose el esfuerzo y tiempo que ello conlleva.

Estuvo por ponerse el guardapolvo reglamentario, pero se dijo que primero debía realizar la rutina matutina y esencial del ser humano, evitando así manchas desagradables.

Una vez que terminó de desayunar, volvió al cuarto y terminó de vestirse. El recuerdo de su querida madre siempre estaba presente, por lo que, a modo de ritual, buscó la foto que rescató del ya inexistente álbum de fotografías y la besó. «Cuidame, madre». Edd no era de mostrar sus emociones, se las guardaba para sí mismo y las enfrentaba cada noche, cuando nadie lo veía o escuchaba. Todo con el deseo de no mostrarse vulnerable.

— ¿Nervioso? — preguntó el abuelo interceptándolo en la sala principal.

Edd, si mirarlo a los ojos, afligido, respondió:

— Un poco.

— Como todos en la primera vez. Con el tiempo te acostumbras y le tomas el gusto. Solo has lo que te digan y no tendrás problemas.

— Haré el intento — dijo Edd.

La abuela lo llevó en el auto hasta el colegio.

— ¿Quieres que entre contigo? — preguntó la abuela una vez que llegaron al establecimiento escolar —. Te acompaño solo hasta la puerta.

Edd se horrorizó por lo que sus oídos acababan de escuchar.

— ¡No! — dijo —. Todos se reirán de mí. No quiero pasar vergüenza en mi primer día. Si me acompañas de seguro me molestarán diciendo que tengo pañales y si necesito una mamadera con leche. Ya sabes cómo son todos, no sé porque doy explicaciones.

— Entiendo, entiendo. Ya eres todo un hombre independiente. Bueno, me quedaré en el auto.

Ambos callaron, silenciando el ambiente unos segundos.

— Me voy — dijo Edd, nervioso, asustado —. ¿Me vienes a buscar o me voy caminando?

— ¿Te vengo a buscar?

Edd asintió y bajó del vehículo sin despedirse.

La abuela esperó en el auto, con el motor apagado, y siguió con la mirada a su nieto hasta que lo perdió de vista. Se le escaparon un par de lágrimas amargas, recordando el momento en que su hija recorrió el mismo camino, igual de nerviosa y temerosa. Suspiró con profundidad varias veces hasta que recobró la compostura y marchó de regreso al hogar.

El colegio secundario es inmenso y hermoso. Rodeado de árboles altos y delgados, como si fueran muros, y al lado de un parque público excepcional y maravilloso, especial para relajarse una tarde de calor intenso, leer recostado sobre el césped o jugar al ajedrez con buenos amigos. O para fumar marihuana en paz, sin el temor a toparse con un policía.

Los colores del establecimiento son el blanco y bordo. Varios pinos se encuentran en puntos de azar, embelleciendo aún más el patio de recreos y descansos. Los árboles son el estigma de la institución, aparte de ser un establecimiento educativo que intensifica sus fines de adoctrinamiento. En Argentina el sistema educativo público tiene como fin crear plebeyos obedientes, engañándolos con el cuento de que si hacen todo lo que les digan — una manera inteligente de extirparles los sueños — llegarán lejos y podrán disfrutar de una bella vida. El adoctrinamiento es una realidad desde que las dictaduras tomaron el poder luego del golpe de estado en 1930. Se intensificó con el nefasto de Perón al proclamar las instituciones educativas como públicas y gratuitas, siguiendo de tal manera hasta la actualidad. Aún existen millones de imbéciles que siguen el Peronismo, por ende, como la estupidez es contagiosa, esos imbéciles son mayoría. El punto es que los colegios técnicos presionan aún más a sus blandos estudiantes, enseñándoles a cumplir extensas jornadas de clases, obligándolos a realizar trabajos para nada educativos — los tratan como empleados, similar a los carcelarios cuando obligan a los prisioneros a realizar trabajos forzados —, y, como regla primordial y fundamental, a temer al humano de rango superior. En otras palabras, la gran mayoría de profesores son opresores frustrados, aprovechan su poder para desahogar sus fracasos y doblegar a quienes tienen sueños. Muchos se dejan doblegar como cuan cachorro de entrenamiento, otros, los anarquistas y mal catalogados por la sociedad, quienes son el «no» ejemplo a seguir, los que no temen a enfrentar al adoctrinador, son los que realmente triunfan en la vida. Triunfar es ser libre y respetar nuestra integridad como ser viviente. No somos los plebeyos de nadie, no se dejen encadenar. Huyan mientras puedan, aunque ello los lleve a ser apartados de los estándares sociales. Han de ser afortunados si no forman del delirio que controla a las masas.

Edd ingresó por el portón principal del establecimiento y vio decenas y decenas de bicicletas distribuidas por doquier, amontonadas y encadenadas, otras esperando a un ladrón furtivo y ansioso. Demasiadas bicicletas para el primer día de clases.

Caminando por la entrada principal vio a varios jóvenes de diferentes edades esperando fuera de la puerta que da ingreso al edificio. Se acercó a ellos, quienes no repararon en su presencia, y vio conveniente seguirlos en todo lo que hicieran. Por el aspecto a pubertario sudoroso de algunos y la altura de otros, supo que eran de grados superiores, por ende, experimentados. Todos entraron al edificio luego de escuchar fuertes y multitudinarios aplausos. Exacto, todos estaban formados como militares, escuchando las palabras de bienvenida del teniente a cargo de todo el pelotón. Si comparan los colegios educativos con los campos militares, las únicas diferencias que encontrarán es la vestimenta y en que unos usan armas de fuego. El trato es igual, gritar y doblegar al aprendiz.

Parecían hormigas revoloteando cuando Edd los vio esparcirse hacia sus respectivas aulas. Demasiadas personas en un mismo lugar. El primer día de clases en la secundaria es solo para los recién ingresados y a los que están a un suspiro de egresarse, quienes aprovechan cada instante de clases para disfrutar y despedirse con lentitud de los demás esclavos del sistema. Por suerte uno o dos no son corrompidos, los indomables. El enemigo del ignorante.

«Esta noche no estoy muy humano, por eso es que veo todo con claridad». No sean tan humanos, deben sentir lo que es estar vivo de verdad. Es excitante y vivido, extravagante. Para dejar de ser tan humano, como ley principal, deben estar solos, alejarse de los seres venenosos, aislarse y respirar en paz, pensar en paz, vivir en paz. Morir en paz.

Edd no sabía a qué aula ingresar, por poco pierde la cordura y se pone a gritar mientras da vueltas en suelo como si fuera Angus Young en sus años de juventud. Bajó unos escalones para dar con el piso donde yacen las aulas para los de primer año. Entre tantos murmullos y partículas de carne revoloteando por doquier, todos abandonando el patio interior y bajo techo llamado «galería». Para descubrir a cuál de todos los nidos debía ingresar, recurrió en averiguarlo preguntándole a unas de las preceptoras; señoras con uniforme de maestra jardinera y un libro de asistencia entre manos.

— Edward Fibonacci... — repitió una de las varias preceptoras luego de preguntarle el nombre a Edd después de que este le expresara su inquietud —. Dame un minuto, cariño. — comenzó a leer en varias listas de diferentes planillas.

Un fatídico y contagioso bostezo, de esos que parecen causar placer, se le escapó a Edd, enrojeciendo y humedeciendo sus ojos.

— Debes acostumbrarte a madrugar — comentó la preceptora —. Aquí estás. Primero tercera.

— Mi número favorito, el 13 — se oyó diciendo en voz alta —. Espero asustar a los supersticiosos.

— Te aconsejo que no lo hagas, hay cada bicho raro en esas aulas — dijo la preceptora con aura divertida, sonriendo malévolamente.

— ¿Cuál es el aula de la mala suerte? — preguntó Edd.

— Aula 9. Apurate porque todos entraron. Primer día de clases y ya tienes tardanza, te aconsejo que no te acostumbres. Vamos, entra. La profesora de Naturales no es muy empática que digamos.

— Gracias — dicho esto, Edd marchó con dirección al pelotón número 13.

Para la desdicha de Edd, la profesora de Naturales era de las veteranas, estrictas y dispuestas a dar bofetadas en caso de ser necesario. Con solo verla a uno le pueden temblar las piernas, los brazos y la voz. Era el tipo de persona en la que es normal ver con el ceño fruncido y los labios apretados, un opresor empedernido. O un malhumorado deprimido.

El pobre Edd abrió la puerta, tragó saliva, bajó la cabeza, y caminó afligido hacía unos de los bancos dobles vacíos el fondo del curso. La mesa más rota con la silla más horrible, decorada con un pene en el lugar donde apoyamos nuestras nalgas. Un país pobre, no hay otra explicación.

— ¿Quién es usted? — preguntó la profesora Nilda Alcoleas, con voz de vieja irritante y quisquillosa, una vez que Edd se sentó en el banco y acomodó sus útiles.

El personaje principal de esta historia estaba en su propio mundo, a la deriva de lo que sucedía.

— A usted le hablo — cruzó los brazos.

— Edward Fibonacci — dijo al borde de sufrir un ataque de calor nervioso. Todos estaban atentos al novato más novato de todos y todas.

— ¿Fibonacci? — la profesora hizo un gesto de asombro. La secuencia de Fibonacci es lo primero que explican y comentan en las primeras clases de Biología. No doy detalles porque Biología es la ciencia más hastiante de todas —. Señor Fibonacci... ¿no se ha olvidado de hacer algo antes de ingresar al aula?

He aquí una reprimenda de buenos modales.

— Antes de ingresar a un lugar, ¿Qué es lo que se hace?

— Golpear la puerta y pedir permiso — Edd ya estaba al tanto del tinte de la escena.

— ¿Y por qué usted no lo ha hecho?

— Me olvidé — respondió en voz baja.

— Se olvidó, vaya cabeza entonces — vaciló la profesora, sin duda siempre ha disfrutado regañar a los malandros maleducados —. Ahora se pondrá de pie, saldrá del aula y hará lo que ya sabe que debe hacer. — lo dijo como si estuviera adicionando para un papel dramático en una obra de tercera categoría.

— ¿Y si no quiero? — Edd se tuvo respeto e intentó imponer sus deseos.

La profesora enarcó las cejas, pasmada por lo que acababa de escuchar.

— Vaya, veo que tenemos a un rebelde en el salón — dijo asintiendo como un muñeco cabezón en movimiento —. ¿Crees que los demás te adorarán por ser un desgraciado?

— Fue solo una pregunta, no quise ofenderla — dijo en su defensa.

— No lo volveré a repetir — levantó la voz —. Sal y entra como corresponde. Caso contrario no empezaré la clase.

«No lo hagas, quedate sentado.», creyó escuchar en las mentes de sus compañeros, quienes lo miraban sin expresión alguna. Todos estaban aterrados, y hacían un buen trabajo ocultándolo. Se compadecían de Edd, ellos mismos podrían estar bajo las reprimendas de la vieja gruñona. Si por una cosa tan inverosímil hacia tal escándalo, es mejor abstenerse de hacer bromas o mover un dedo en la dirección incorrecta. Nada de risas o conversaciones. Cero sentimientos, deben comportarse como máquinas y hacer todo lo que les digan, caso contrario obtendrán su merecido. He aquí cuando comienzan a eliminar quienes somos en realidad, nuestros anhelos y perspectivas. Nos cortan las alas, frágiles y voluminosas.

— Creo que un profesor no le puede gritar a un alumno — dijo Edd, aclarando la garganta —. Tampoco puede obligarme a hacer nada que no forme parte de lo educativo. Su deber es enseñar. Vamos, haga valer su sueldo. — no supo de donde salieron sus palabras. Últimamente se ha visto bastante desinhibido por influencia del viejo Vargas, quien le ha despertado una voz que nada calla. Un humano con amor propio.

Esta vez la profesora no solo se ofendió, además entro en un estado de colera como en aquellos años cuando estaba permitido golpear a los alumnos.

— ¡Eres un irrespetuoso! — chilló —. ¿Quién te crees que eres? Niño sin futuro.

— Soy solo un estudiante — respondió con la serenidad de un poeta drogado.

Debemos aclarar que Edd estaba dopado con la falta de sueño. El efecto es similar a varios grados de alcohol en la sangre. No era capaz de recapacitar ante sus réplicas indecorosas.

— No lo harás, de acuerdo — la profesora se tomó una pausa, asimilando y dándole la razón al joven e impertinente estudiante —. Entonces comencemos la clase. Hoy no pensaba dar mucha tarea, pero por su culpa, señor Fibonacci, dictaré hasta que les duelan los dedos a todos. Aplaudan al compañero, han sido perjudicados por su mal comportamiento.

El éxito del líder opresor se basa en seducir a las masas a que odien al líder opositor, culpándolo de todos los males y desgracias que ellos mismos cometen. Si la multitud tuviera un poco de materia gris en sus insípidos cerebros, claro que verían con claridad y sin sombras la realidad. Cabe lamentar que los inadaptados intelectuales son mayoría, y están destinados a creer en todo lo que les digan. El poder de las palabras y sus correspondientes florituras argumentales son poderosas cuando la ignorancia y el déficit de inteligencia están presentes.

Todos en el salón cambiaron su expresión e hicieron notar un incipiente fastidio colectivo y acusador. Teniendo a todos en contra y con el riesgo de crear un sentimiento antipático con sus compañeros, chasqueando con la boca y dirigiendo una mirada

venenosa a su profesora, quien sonreía como una arpía, se puso de pie y salió del curso bajo la atenta mirada del montón.

Una vez afuera, golpeó la puerta.

— ¡Pase! — se escuchó desde el interior.

Edd quiso hacerse el sordo y quebrantar más su ya mala relación con la profesora, pero ese día estaba muy cansado. Caso contrario podría haber clavado uno de sus lápices en los ojos de la vieja quisquillosa.

— Permiso — dijo Edd con desgana —. Buen día.

— Adelante, puede ir a su lugar — la profesora lo disfrutó como si hubiese ganado un juego de losa en un bingo para gente sola y aburrida.

Esta vez Edd percibió que la mirada de terror de sus compañeros se transformó en miradas divertidas, burlonas.

— Si alguien se olvida de los buenos modales, les aseguro que tendrán la misma lección que acaba de tener su compañero. Sin modales somos bestias, no lo olviden. — con esto logró ennegrecer la sonrisa de todos. Se miraban unos a otros y apretaban el gesto, como si no entendieran lo que acababa de suceder. «Tengan cuidado, está loca».

— Bestia es aquel que disfruta humillar al prójimo — Edd estaba fuera de sus cabales, el sueño fue el culpable.

La profesora dio un respingo de sorpresa, pero mantuvo la compostura como nadie.

— ¿Qué quiere decir con eso, señor Fibonacci? — supo que fue una indirecta muy directa a su persona.

— No soy señor, no estoy casado. Señorito, en todo caso — seguía cavando su propia tumba.

— Usted no se detiene por nada, ¿verdad? Te aseguro que si no cambias tu actitud de chico rebelde terminarás en la pobreza o en la cárcel.

— ¿Pobre como usted? — ya, detente estúpido Edd.

Han de imaginar la expresión de la profesora. Todos sus músculos y nervios se tensionaron y no dejaron mostrar ninguna expresión o reacción comprometedoras. Su rostro se volvió frío e inescrutable. Edd dio en el nervio correcto, ya que el salario de un profesor en Argentina es un delirio descomunal e insulso, una ganga. Con suerte llegan a fin de mes. Aquel profesor que lleve una buena vida económica es porque tiene algún negocio aparte o se casó con algún ser de buenos ingresos. Y si, la profesora, como la mayoría de sus colegas, era pobre como el trabajador común en un gobierno populista, anti revolucionario y nefasto como lo es el peronismo.

— ¿Es usted Peronista? — preguntó Edd ante el silencio de su profesora, quien de tener el poder ya lo habría expulsado u obligarlo a arrodillarse en maíz. O cualesquiera de las torturas medievales hacia los estudiantes.

Si el viejo Vargas hubiera presenciado tan vertiginoso momento, de seguro hubiera saltado carcajadas estridentes.

— Si, soy peronista — respondió con orgullo —. ¿Quieres hablar de política? Lo lamento, detesto hablar de política con niños que no entienden nada.

Edd estuvo por dar un discurso extenso y cansino, pero tuvo un plan un tanto mejor. Ahorrándose palabras y saliva.

— Tiene usted razón, no entiendo nada de política — dijo con discrepancia y certeza fingida —. Y usted sabe de política menos que yo, no creo que una persona inteligente y bien informada en el tema se pase la vida defendiendo y votando su propia pobreza, ¿o acaso le gusta ser pobre? ¿Disfruta de algún plan social o algo por el estilo? Usted es peronista y pobre, eso dice mucho de usted. Es víctima y cómplice de su pobreza.

Ya, por tu bien querido Edd, deja de juntarte con el viejo Vargas.

Los ojos de la profesora Alcoleas ardían como focos de incendios en la selva amazónica. Los labios le latían con vehemencia. Tragó saliva y se estremeció, más aún por ser humillada por un pequeño jovenzuelo. No obstante, toda su vida fue una mentira, creyendo en ella en todo momento. El ignorante siempre intentará convencer al otro de que lo que cree o piensa es lo correcto, aun sabiendo que está equivocado. Un comportamiento común en quienes nos rodean.

La profesora Alcoleas estuvo a solo momentos de desahogar su ira contra Edd, su ahora némesis indiscutible. Para la fortuna del bien común, una preceptora ingresó al aula a tomar asistencia.

La profesora saludo con un movimiento de cabeza, y se sentó en paz, olvidándose de todo lo sucedido. La presencia de la preceptora inhibió sus sentimientos.

— ¡Buen día chicos! — exclamó con el entusiasmo de un animador de fiesta —. Bienvenidos a su primer día de secundario.

Era la misma preceptora que le dijo a Edd cuál era su curso.

— Salga y vuelva a entrar, por favor — espetó Edd, dejando boquiabiertos a todos, incluyendo a él mismo.

— ¿Disculpe? — preguntó la preceptora, lejos de estar ofendida o malhumorada.

— Se ha olvidado de golpear la puerta y pedir permiso — dijo Edd, mirando de reojo a la profesora —. Ha dado los buenos días, pero para la profesora eso no es suficiente. Le aconsejo que salga y haga lo que acabo de decirle, caso contrario la profesora le dará una lección de modales. Como acaba de hacer conmigo.

La expresión de la profesora fue de tensión, perplejidad y cierto grado de pánico. El opresor esconde la cola cuando se encuentra con alguien de igual o mayor rango de poder.

— Ah, y si no lo hace, además, pondrá en su contra a toda la clase. Si, lo acaba de hacer conmigo. Ya deberían jubilarla, digamos que sus enseñanzas son muy anticuadas para los tiempos que corren.

— Como te atreves — carraspeó Alcoleas, apretando los dientes.

— Vamos, dele una lección de modales a la preceptora, ¿o solo lo hace con los jóvenes? No es tan poderosa después de todo.

Un tenso silencio inundó el aula. Unos sonreían de placer, otros con admiración. Algunos, los asustadizos, temían las consecuencias de la insidia de Edd hacia con la profesora. Son jóvenes nerviosos, le temen hasta a su propia sombra.

— Listo, es mejor que calles. No le faltes el respeto a la profesora, es mayor que tú y lleva toda una vida enseñando. Creo que hace bien en enseñarles modales a los jóvenes, muchos no tienen la fortuna de que se los enseñen en sus casas — dirigió una mirada acusadora a la profesora —. El chico Fibonacci se tardó porque no sabía cuál era su curso. Espero arreglen sus diferencias. Es el primer día, no puedo imaginarme como serán los días venideros.

— Tiene razón, me hará la vida imposible — dijo Edd, sin mostrar emoción alguna.

— Lo haré si no aprendes a comportarte o a tratar a tus mayores — replicó Alcoleas —. ¿Acaso tu madre no te enseña buenos modales?

La mención de su madre le hizo olvidar la función de sus pulmones, se paralizó y sintió un escalofrío agudo por toda la espina dorsal. No había saliva que tragar, su boca se secó como un lago en pleno verano de sequías. Ese día, gracias al sueño y el olvido, no fue capaz de encontrar y sentir los sentimientos adecuados.

— Lo hizo — dijo Edd, con voz de hielo y mirada oscurecida, serio como un empleado de atención al público —. Ya no puede hacerlo porque está en el cementerio, siendo devorada por gusanos y quien sabe cuántos insectos o bacterias más.

La profesora quiso ser devorada por esos gusanos, la vergüenza y el sentimiento de culpabilidad que sintió fueron irascibles, devastadores. Todos se escrutaron la mirada

entre todos, intentado comprender la gravedad del asunto. Anonadados, conmovidos. Varios compañeros comenzaron a murmurar palabras ininteligibles por culpa del ambiente ruidoso. La preceptora puso ojos de plato y, como una buena profesional, cambió el rumbo del ambiente.

— Voy a tomar asistencia — dijo la preceptora con un breve nudo en la garganta.

Edd quedó serio, con mirada inescrutable y gesto frío, incomprensible. Se encontró varias veces con la mirada de su profesora, pero esta la desvió con rapidez en cada instante. Le divirtió incomodar y arruinarle el día, en parte se lo merecía. Edd también da lecciones. Nunca trates mal a alguien, ese alguien puede estar enfrentando momentos espantosos, inimaginables para quienes se pasan la vida encerrados e imaginando ser parte de un cuento de hadas.

La preceptora hizo su trabajo, cada quien habló cuando le correspondía, y se marchó, no sin antes dedicar a Edd una mirada de soslayo.

La actitud prepotente de la profesora cambió. Solo deseaba eliminar de su memoria y en la de todos lo cruel que fue.

— Bueno... — empezó diciendo con incomodidad —. Es hora de que comencemos la clase.

A pesar de su sentir culpable, no se dignó a disculparse. Simplemente evitó cruzar su mirada con la Edd, haciendo como si él no estuviera allí, como si no existiera. Actitud que sus compañeros no tardaron en imitar. No por maldad, sino por falta de comprensión. A nadie se le enseña a tratar con personas reales.

La profesora, a pesar de ser una bruja solterona, era buena en lo que hacía. Más que profesión, era oficio. Sus clases eran didácticas, entretenidas, y era capaz de explicar con claridad cada tema entrante en el cronograma. Supo adaptarse a las nuevas generaciones. Lástima que sea una insípida fracasada.

Edd, a medida que la profesora indagaba en diversos temas introductorios, comenzó a sentir el duro peso de la falta de sueño. Apoyó sus brazos en la mesa y, como acto involuntario, su rostro se perdió en la penumbra. Se durmió sin su propio consentimiento.

Un fuerte y estridente timbrazo lo despertó de forma violenta. La hora del recreo.

No tardó en asimilar que se había dormido estando en clases, acontecimientos que tienes sus consecuencias disciplinarias. Pero claro, Edd fue una excepción. Solo podían ser indulgentes con él. La profesora se escandalizó cuando lo vio dormido como a un gato en pleno día de sol, no obstante, se esforzó en ignorar el suplicio de todo educador u orador. Los demás alumnos lo miraban de reojo, unos reían y otros, los temerosos, sentían vergüenza ajena. Un chico sin futuro.

Vio salir a cada uno de sus compañeros como si fueran ratas, amontonados y desesperadas saliendo de la madriguera. Es un martirio estar dentro de cuatros paredes siendo devorados y corrompidos, aprendiendo cosas que no queremos aprender, que no necesitamos aprender. Que en la mayoría de los casos no necesitamos aprender.

La última en salir fue la profesora, quien se tomó su tiempo para guardar sus pertenencias en un maletín casi tan viejo como ella. Salió sin dirigirle la mirada, con aire pedante y poco empático. Una cualquiera.

«Eso es, no me mire ni me hable.», se dijo Edd, maravillado.

Se quedó solo en el aula, sin saber que hacer. Como todo chico afligido, temió salir a la intemperie con el resto del pelotón. No conocía a nadie, y, según él, nadie quería conocerlo. Tampoco era el tipo de chico que iniciaba la conversación, no era capaz de realizar ese acto tan valiente. La ventura de los inadaptados es nunca tener la iniciativa.

El fuerte murmullo del exterior era escandaloso, como si estuviera en una cancha de fútbol. De no ser por su vejiga, se habría quedado sentado todo el recreo como un buen y fiel antisocial. A la vejiga no se la puede engañar o ignorar, es traicionera. Se puso de pie, no sin antes guardar sus útiles escolares, y salió de la cueva, directo a la sociedad de los sueños muertos.

Los alumnos descansaban sentados y apoyados contra las paredes de la galería, amontonados, conversando sandeces y pasando el rato, despejando la mente y puliendo sus amistades. El sedentarismo es una plaga que contagia a la gran mayoría de los jóvenes, se pasan la vida sentados o acostados. Otros aprendices de plebeyos estaban amontonados en un quiosco esperando a ser atendidos y adquirir algún comestible dulce o salado para alivianar sus estómagos de los retorcimientos.

Edd estuvo por preguntarle a una de las preceptoras, quienes estaban atentas a los movimientos de sus alumnos más problemáticos como si fueran guardias carcelarios, pero vio que el baño se encontraba al frente del quiosco escolar. Le llamó la atención la presencia de varios alumnos riendo a carcajadas junto a la puerta de entrada del baño masculino. Eran alumnos altos, con sombras de barba y sin acné. Los de último año. Recordó el mito que sufragó en su último año de primaria, la famosa bienvenida a los ingresantes. Golpes con palmas, en la cabeza, cuando se atreven a entrar al baño. Esperó a ver si el mito era real, o si eran de los jóvenes que disfrutaban el olor a orina fermentada. Vio que varios valientes entraron sin recibir golpes. Ello fue motivo suficiente para atreverse a cruzar esa puerta, debía orinar cuanto antes. Caso contrario se convertiría en el chico que se orinó frente a todos, el chico húmedo, el chico pantalones amarillos, el chico fetiche.

Se acercó con lentitud y sin mirar a los casi egresados, quienes hablaban sobre una chica que se metió una salchicha en la vagina y que le quedó un trozo dentro, obligándola a ir al hospital. Era una chica de otro colegio, pero noticias así vuelan como las esperanzas y la libertad en un país dominado por la tiranía.

— No intenten golpearme, soy autista — dijo Edd estando cerca de los casi adultos.

El grupo guardó silencio, incrédulos e incomprendidos.

— ¿Y a quien le importa que seas autista? — preguntó uno con actitud severa.

Los demás comenzaron a reír.

Edd se detuvo frente a ellos, plantado como una planta, pensando en las posibles consecuencias de su ventura.

— Vamos, entra. No te vamos a golpear — balbuceó uno del grupete —. Al menos yo no lo haré.

Risas.

— El que me pega es homosexual — escupió Edd, lanzando su haz bajo la manga.

Es tonto, pero en una sociedad donde se enseña a cada niño a ser homofóbicos es eficiente. Nadie quiere que lo llamen gay, trolo, marica, puto, aunque lo sea. Para sobrevivir hay que seguirle el juego a quienes son mayoría.

Entró al baño sin un rasguño.

Cuando terminó de orinar y fue hacia el lavamanos para lavarse los pies y la espalda, un grupo de jóvenes, al parecer de la misma edad de Edd, entraron al baño como si fueran gánsteres de Cleveland. Miraron a Edd de reojo, escrutando su alma y grado de debilidad. Edd les devolvió una mirada sin expresión. Cada miembro del grupo de tres individuos era un ejemplo claro del delincuente argentino. Gorra trucha a la altura de los ojos, camperas y pantalones de gimnasia anchos, también truchos, y zapatillas con plataforma de resortes, y si, también truchas. Villeros. Este tipo de derivados humanoides provienen de familias pobres, en el sentido económico y social. Familias problemáticas, para nada intelectuales, y seguidores empedernidos de políticas decadentes. Hay excepciones, claro está. La gran mayoría de los pobres desean imitar a los ricos, por ende, se endeudan hasta la medula por adquirir objetos de primera marca, que en muchos casos no necesitan. Por ese tipo de decisiones es que jamás progresan. No por nada la mayoría de endeudaos son familias de clase baja, la mayor fuente de ingreso de los bancos.

El grupo de chicos tristes y desdichados, quienes desean no volver nunca a sus feos y ruidosos hogares, rodearon a un chico de procedencia boliviana. Por suerte el boliviano terminó de orinar. Los maleantes que sufren cada día los malos tratos de sus padres comenzaron a empujar al boliviano, quien les pedía «por favor» que se detuvieran. Comenzaron a insultarlo con sus voces chillonas, maltratando además a la lengua española. Más que seres humanos, parecían ser cavernícolas aprendiendo sus primeras palabras. La represión cruzó una línea, lo tumbaron al suelo y comenzaron a patearlo, todo entre risas. «El sueño del oprimido es ser opresos, y el sueño del deprimido es ser comprendido».

Edd y su sentido de empatía y benevolencia le susurraron que debía hacer algo al respecto, ayudar al prójimo es enriquecedor.

Fue hacia ellos y les dijo:

— ¡Ya, listo! ¡Dejen de patearlo!

Los tres mosqueteros de la baja sociedad, cuyo fin es dar pena, se volvieron hacia Edd y lo enfrentaron.

— ¿Y si no qué? — habló uno de ellos —. ¿Te vas a parar de mano, gil?

— No, no soy acróbata — respondió Edd —. Y si no dejan de patearlo los voy a acusar.

Los trogloditas rieron a carcajadas, golpeándose el uno con el otro.

— Ah, sos un vigilante. Salí de acá o te rompemos la cabeza, vigilante gato — dijo uno de ellos, claro, en su lenguaje especial.

Edd intentó acercarse al chico tumbado en el suelo para ayudarlo a que se ponga de pie, pero una barrera con hedor a perfume barato se interpuso.

— Rajá de acá, gato — el líder de la manada le dio un empujón. Bajo la ropa ancha solo había un débil saco de huesos. Edd podría noquearlo de un solo golpe, pero eran tres contra uno, una pelea injusta —. O salí de acá, o sos boleta. Vo` elegís eh.

— ¿Por qué le pegan? — inquirió Edd.

— Por boliviano — respondió uno de ellos, seguido por las risas de sus compinches.

Y si, lo golpeaban solo por ser de otra etnia. Bullying racista.

— Ustedes son unos descerebrados imbéciles buenos para nada, deberían estar en una escuela para retrasados mentales. Aunque seguro los expulsan, los retrasados mentales al menos pueden razonar un poco — Edd no pudo evitar sobresaltarse por la barbarie que presenció.

— ¿Qué dijiste? — los tumores de la sociedad adoptaron un comportamiento hostil —. Dale, repetí lo que dijiste. Cagón, sos un cagón. Vamos, andas re atrevido loro, parate de manos que te rompemos el orto.

— Es muy fácil hacerse el malo cuando se está con amigos — dijo Edd —. Solos son un niños llorones y tristes que no sabes que es ser amado. Me dan pena.

Pobre Edd, el sueño le jugó en contra.

— Dale, sos atrevido. Te voy a romper la boca, gato — claro que se ofendieron, más aún porque fue un comentario certero.

El saco de huesos, el líder, cuya marca por excelencia era la de Adidas, trucha, claro está, lanzó un golpe errante. Edd vio un puño cerrado con varios anillos en los dedos cerca de su rostro. Una cosa es que insulten o empujen, uno puede mantener la compostura, pero cuando hay violencia de seguro la respuesta es inmediata.

Uno, dos. Los golpes que Edd propició fueron directo al rostro cadavérico del villero, quien, al carecer de músculos, cayó al suelo como una bolsa de papas. Los golpes no fueron duros en verdad, fueron sutiles. El saco de huesos comenzó a chillar palabras ininteligibles desde el suelo, haciendo notar su furia incandescente. Los dos colegas en vez de ayudarlo o vengarlo, rieron a carcajadas.

— ¿De qué se ríen, giles? — inquirió con un gruñido, poniéndose de pie.

— Te la re dieron, gato. — respondió uno, burlándose.

Esos tres villeros tienen como cultura reírse de las desgracias de sus amigos y familiares íntimos, es el único placer que tienen en la vida.

— Te vamos a romper la cabeza, puto — le dijo a Edd, quien estaba en posición de pelea, listo para lanzar otro golpe.

— Tres contra uno, que valientes son — Edd no estaba en su sano juicio, claro está.

— Yo solo te voy a romper la cabeza, trolo — el saco de huesos, ansiando recuperar su carente dignidad perdida frente a sus amigos, se lanzó hacia Edd para derribarlo.

Edd fue sorprendido por el movimiento, pero apenas si sintió un frágil forcejeo, por lo que solo le bastó mover su cuerpo para agarrar a su agresor y lanzarlo contra el suelo. El saco de huesos parecía sufrir hambruna.

Las risas de los otros villeros volvieron a resonar en el hediondo, sucio y deteriorado baño. El saco de huesos, lejos de rendirse, se puso de pie de inmediato y esta vez probó con una patada voladora. Edd solo se apartó del camino y vio como el villero karateka pasó de largo y cayó al suelo dándose un fuerte golpe en la cabeza. No pudo contener la risa, y ese fue un grave error. Los villeros suelen ser cínicos e irónicos.

— ¿De qué te reís, gil? — ahora si eran tres contra uno, el boliviano era solo un espectador, en un caso particular, Edd no podría contar con su ayuda.

Edd no respondió.

— ¿Qué te causa gracia? — se acercaron a Edd —. Nosotros nomas nos podemos reír, gato. Dale, reíte de nuevo.

— ¿Qué tipo de agua consumen en sus casas? — preguntó Edd, con los nervios temblando quedamente.

— ¿Ah? — los villeros se miraron unos a otros —. ¡Que te importa, gil de mierda!

— De seguro agua de canilla — la ventura de Edd fue casi suicida —. O no me explico cómo alguien puede ser tan estúpido.

Los villeros se ofendieron como nadie, los estúpidos detestan que les digan la verdad, prefieren las florituras embellecedoras que contradigan sus mundanas vidas.

— ¿Qué dijiste, gato? — los tres se exaltaron y amenazaron con golpearlo —. Sos re atrevido. Repetilo si tenés huevos, puto de mierda. Dale, parate de manos de nuevo y te rompemos la boca. Dale, repetilo.

— ¿Me van a pegar o van a seguir hablando? — Edd, detente —. Puro bla bla, ya golpéenme de una vez, no sean tan habladores. Encima hablan como retrasados, aprendan de una vez por todas. Parecen monos chillando, hablen bien. Ustedes pueden.

Los villeros se abalanzaron contra Edd. Entre tres fue fácil tumbarlo al suelo, aunque como consecuencia recibieron fuertes golpes propiciados por la víctima. Una vez en el suelo comenzaron a darle patadas fuertes, y varias pisadas directo al estómago. Oh, quien podrá ayudarlo. El boliviano encontró valor de algún lado inexistente y mágico, se lanzó contra los villeros y estos no tuvieron más remedio que alejarse. Edd se puso de pie al instante y, como una fiera, soltó toda su violencia reprimida. Los villeros se acobardaron, como todo perro cuando son arañados por un gato. Quienes hacen Bullying son personas temerosas y tristes, no saben qué hacer cuando sus víctimas reaccionan y se defienden. Se asustan, aunque sean un grupo de varios seres insípidos. Por algo siempre buscan al tímido, al frágil, al benevolente, al de familia de bien, saben que no se van a defender por que la violencia no es parte de ellos. En caso de que se dignen y se defiendan, por más que lo destrocen a golpes, tienen en claro que si vuelven a molestarlo recibirán una respuesta. Señal para buscar a otro ser a quien hacerle la vida imposible. Aunque algunos están tan frustrados con sus vidas que insisten en reprimir al prójimo.

Dos contra tres, pelea injusta. De todas formas, el boliviano y Edd ganaron la pelea. El saco de huesos y sus compinches no tienen idea de cómo pelear. Por eso siempre andan en grupo, eso lo vuelve más valientes y fuertes. En solitario son niños tímidos que al caminar miran al suelo, son cobardes.

Los alumnos de último año que estaban en la puerta entraron al baño al escuchar gritos escandalosos. Al ver la pelea comenzaron a saltar y a festejar, una pelea no se ve todos los días. Sin embargo, uno de ellos, el más sensato, se incorporó y detuvo la pelea.

— ¡Ya, listo! — exclamó —. Dejen de pelear o los golpeamos, niños tontos.

El boliviano, Edd y el grupo de villeros se detuvieron en seco. No querían ser golpeados por gorilas de dos metros.

— Uh, que aburrido sos. Dejá que peleen un rato, que se exfolien un poco — comentó uno de los gorilas de dos metros, dirigiéndose al sensato.

— Pobres villeros, los hicieron mierda — dijo uno de ellos, asqueado, dejando en claro que aborrece a los villeros, a los turros, ratas que pasean por la baja sociedad —. A ver si dejan de molestar a los demás.

Edd se sorprendió ante tal certeza, de hecho, por la fachada de los villeros, no fue necesario explicar quien empezó la pelea.

— Encima son tres. Son unos cagones, solos no pueden hacer nada. Maricones. — comenzaron a hostigar a los niños villeros.

— Aprendan a vestirse como la gente, no se parecen a nada. No sean hediondos y dense un baño, no se van a morir por eso.

Los villeros miraban al piso, afligidos, temerosos.

— A ver esa gorra — uno de los gorilas le quitó la gorra al saco de huesos, quien no hizo nada al respecto —. Es una mierda esta gorra. ¿Dónde la compraste? ¿En las bolitas?

En esta parte del mundo las personas de nacionalidad boliviana abren tiendas de ropa trucha, pirata, a montones. Para quienes creen estar en un estatus digno y privilegiado, comprar en ese tipo de tiendas es para fracasados buenos para nada, perdedores, pobres diablos, y un motivo claro para burlas.

— ¿La quieres? — le preguntó el gorila roba gorras al villero cadavérico —. No la quieres, bueno, entonces la pondré en donde pertenece.

Lo que hizo el gorila entristeció hasta la medula al saco de huesos, quien, como un buen cobarde, se limitó a permanecer en silencio junto a sus compinches vestidos con ropa de baja calidad, imitaciones de primeras marcas. El gorila tiró la gorra a un retrete, luego orinó encima y tiró la cadena.

— Ahora saca la gorra y pónela — gritó —. Te gusta molestar, bueno, ahora te voy a dar tu merecido. Por hijo de puta, si no te educan en casa te voy a educar yo. Dale, no me hagas repetirlo. Creeme, haz lo que te digo.

Los demás miraban sin expresión en sus rostros, solo uno se exaltó con aire divertido, deseando ver al pequeño villero ponerse una gorra humedecida de aguas sanitarias.

— ¡Saca la gorra y pónela! — gritó —. Eres muy machito, ¿no? Eres igual de inútil que tu hermano.

El saco de huesos tenía los ojos humedecidos, apretando la expresión para no soltar las lágrimas y quedar en ridículo frente a todos. Los tristes les temen a las lágrimas, prefieren fingir que todo está en orden.

— ¡La gorra! — insistió con creces —. ¡Pónela!

Esta vez los gorilas le dieron pequeños empujoncitos al saco de huesos, quien se movía como una gelatina. El villero miró a sus amigos y estos asintieron, animándolo a ir por esa gorra orinada y ponérsela en la cabeza, sometiéndose a la humillación. El boliviano, lejos de disfrutar el hostigamiento a sus agresores, estaba preocupado, ya que compartía aula con ellos. Temía que estos se vengaran una vez solos. La mirada que le dedicó el villero le dejó en claro que iban a someterlo tarde o temprano.

El villero sacó la gorra del retrete y vio como el agua sucia escurría de ella. Le dio asco, claro está.

— Dale, ponétela — dijo el educador de villeros —. De paso te mojas un poco el pelo sucio y duro que tienes. La orina mata los piojos, así que pónela, te hago un favor.

No tuvo más remedio que ponerse la gorra llena de orina. Todos, incluyendo el resto de los villeros, comenzaron a reír a carcajadas, saltando y no creyendo lo que veían. Humillar al que se lo merece es satisfactorio, encantador, único y humano.

— Sos asqueroso — dijo uno con desdén —. ¿Cómo se te ocurre ponerte una gorra orinada? Andate a la mierda, boludo. Sos un asco.

El saco de huesos se quitó la gorra, no soportó la humillación, pero lo obligaron a ponérsela de nuevo.

— ¿Van a seguir molestando al resto o necesitan un poco más de educación? — preguntó el educador de villeros —. Ya, váyanse de acá, si los vuelvo a ver molestando o golpeando a alguien de nuevo los haré comer excremento.

— Le estaban pegando al boliviano, lo tenían en el piso y le estaban dando patadas entre los tres. Tuve que defenderlo — dijo Edd.

El boliviano se ofendió cuando Edd le dijo «boliviano», ya que los que lo molestan dicen esa palabra con fines ofensivos.

— ¿Qué? — todos se alarmaron, sintieron impotencia por tal acto de cobardía —. ¿Ustedes tres le estaban pegando patadas al boliviano? ¿Tres contra uno? Son unos hijos de putas. Son unos maricones de mierda.

Todos apuntaron sus miradas de reproche hacia los villeros, mientras se compadecían por el boliviano.

— ¿Es verdad? — preguntó el educador.

El boliviano asintió por los villeros.

— Primer día de clases y ya andan haciendo de las suyas, ¿eh? Me alegra tanto corregirlos el primer día.

El educador se acercó a los villeros y le dio un golpe a cada uno en la boca del estómago. Los tres cayeron arrodillados, jadeando de dolor. El saco de huesos recibió el golpe más duro e intentó vomitar, pero no lo alimentaron en casa.

— Deberíamos darles patadas, ¿no? — dijo Edd, tranquilo —. Que reciban lo que ofrecen.

— Hazlo si quieres — respondió el educador, complacido.

Los villeros le dedicaron una mirada de compasión.

— No, no quiero ensuciarme las zapatillas — Edd fue poco humano al no golpearlos.

El educador esbozó una sonrisa.

— ¿Cursan en la misma aula que estos maricones? — preguntó.

— Yo no, el boliviano sí — respondió Edd.

— ¿Por qué te golpearon? — la pregunta fue dirigida al boliviano.

El boliviano estaba asustado, casi temblando.

— Porque soy boliviano — dijo con la voz a punto de quebrar.

Creo que he dicho boliviano muchas veces, pero bueno, la presencia del boliviano lo ameritan.

— Encima racistas. Deberían golpearse entre ustedes, la sociedad siente lastima por ustedes. No es culpa que sus padres sean unos fracasos que no tienen idea de nada, por lo menos deberían hacer algo bueno con sus vidas. ¿Les dolió el golpe que les di? — no recibió respuesta —. No importa, les daré otro por racistas.

Lo hizo.

— Deberías darles otro golpe por lo mal que se visten, y también por como hablan — escupió Edd, profundizando más el desprecio que los villeros ya siente por él.

Los gorilas rieron.

— ¿Cómo es tu nombre?

— Edward — contestó —. Edd para los que golpean villeros.

— ¿Edward? Es un poco raro para este lado del mundo, ¿no te parece?

— Raro es el grano que tiene tu amigo en la frente.

Todos voltearon hacia el granudo y rieron, todos menos los villeros.

— Me llamo Gastón — dijo el educador —. Me dicen «perla».

Gastón hizo un gesto con la mano hacia el boliviano para que este dijera su nombre.

— Marcos Canaviri, y no soy boliviano, soy de Jujuy — vio conveniente aclarar su lugar de procedencia. Quizás mintió, ha de haber sentido vergüenza de quien es en realidad

— Si te vuelven a molestar me avisas y les damos otra lección.

El oriundo de Jujuy asintió.

Sonó el timbre, el recreo terminó. Y como buenos plebeyos, todos salieron en silencio con dirección a sus aulas. Los villeros fueron los últimos en salir. Los gorilas caminaron a toda velocidad, al parecer el profesor de turno era muy exigente. Edd vio entrar a Marcos en un aula, y se quedó viendo a los villeros que iban detrás. Percibió odio, y del lacerante. El saco de huesos tuvo el atrevimiento de amenazarlo con una señal, pasando su dedo índice en el cuello como si lo cortara. Edd se limitó a levantar el pulgar, no entendiendo el mensaje ni el asunto.

Edd se preguntaba que se atreverían a hacerle a Marcos cuando estuvieran solos, o con todos a la vista. Los profesores, en muchos casos, deciden ignorar las aberraciones de sus alumnos. Golpeen a quien quieran, pero no molesten al resto. Otros, los atentos, interfieren en supuestas disputas o ataques verbales y físicos, pero se olvidan del asunto cuando el agresor y la víctima, bajo amenaza, le expresan que solo están jugando. El humano disfruta de los juegos violentos.

Las horas de clases transcurrieron con normalidad. Las clases de matemáticas son monótonas y abstractas, entretenidas para los que disfrutan razonar y usar todos los engranajes de su cabeza. Edd prestó atención durante toda la clase y respondió a todas las preguntas que hizo el profesor, convirtiéndose en el inteligente de la clase. El que es bueno en matemáticas es bueno para todo, o al menos eso es lo que se cree. La verdad es que a la mayoría les va fatal en la asignatura de Lengua e Historia, son materias donde hay que memorizarlo todo.

Llegó el segundo recreo.

Edd fue el último en salir. Se quedó de pie, en la entrada, escrutando los alrededores, viendo con quien se encontraba. Ese día estaba atrevido, desinhibido, hasta podría confesar sus sentimientos a la persona que le provoca erecciones.

No pudo evitar pensar en Marcos, el boliviano, y la banda de villeros. Dirigió su mirada hacia el curso donde estos asistían. Justo en ese momento vio a Marcos salir con otro par de jóvenes, igual de tímidos que él. Niños en su máxima expresión, y no porque sean intelectuales, aunque cabe la posibilidad. Ya saben, mal peinados, postura de chico gamers, lentes, miradas de ardillas drogadas con cocaína, vestidos con prendas para nada actuales o vistosas. Guardapolvos hasta la rodilla, pensamientos obscenos y atrevidos, absorbidos por la pubertad, adictos al Hentai, a los videojuegos, y cero facciones de que hagan deportes. El típico chico que logra sus metas en la vida, o se pierde en el camino y se transforma en una rata de alcantarilla que se baña una vez a la semana y juega video juegos cada vez que abre los ojos.

Marcos, quien miraba a todos de forma despectiva, cruzó su mirada con Edd y le hizo una seña para que se uniera al grupo de los inadaptados. Los anti populares.

— ¿Qué pasa? — preguntó Edd cuando se acercó al grupo.

— Él es el que les pegó a los villeros en el baño, está re loco — les comentó a sus compinches.

Edd se avergonzó cuando los compañeros del boliviano gritaron a modo de festejo, haciendo movimientos de lucha otaku, y lo felicitaron.

— Re pioooooola — dijo uno, quien se parecía un poco a un elfo, pero a un elfo de Harry Potter —. ¿Sabés karate o algo así? Yo hago yudo, si querés te hago una llave de estrangulación de que enseñaron. Es lo mejor, se lo hice a mi hermano y se desmayó. — su voz era chillona, y cada palabra era expresada de forma exaltada, el típico chico que festeja y se emociona por cualquier cosa. Aquel que vale la pena tener cerca.

— No, solo tengo sueño y no sé lo que hago — dijo Edd.

— ¡Matías! — se presentó el niño elfo —. Me dicen Dobby, por el elfo de Harry Potter. Imaginate, me parezco a un personaje famoso. Épico, ¿o no?

Lejos de estar molesto, estaba orgulloso. Vamos, todos necesitan esa positividad en la vida.

— Te dicen Dobby porque sos más feo que una patada en las bolas — masculló un chico con lentes de graduación alta, narigón y pelo largo despeinado. Enrique, alias: topo. Alias perfecto.

— Envidia porque vos no te pareces a nadie — replicó Dobby.

Fingieron que estaban por pelearse, vaya par de tortolos. Terminaron a las risas.

— Vamos afuera — dijo Marcos —. Parecemos tontos, y eso que ya lo somos.

— ¡Ay! — exclamó Dobby, burlón —. Le da vergüenza que lo vean, se pone colorado el nene.

— Vamos a respirar un poco de aire fresco, el hedor a humano es inaguantable — dijo Edd, dejando pasmado al grupo.

Eran cuatro los miembros del grupo, Marcos, Matías, Enrique y, el más callado, Gustavo, quien parecía estar obsesionado con sus zapatillas.

Partieron hacia el patio exterior, el de la entrada.

Cuando salieron se encontraron de frente al grupo de los villeros, quienes estaban con otros amigos más. Eran mayoría, por lo que se hicieron los matones. Uno más delgado que el otro. Edd, lejos de intimidarse, se acercó a ellos.

— ¿Qué onda? — saludó Edd a uno miembro conocido del grupo.

— Hermano, ¿cómo va? Tanto tiempo — saludó el villero amistoso.

— Acá andamos, primer día y ya tuve una pelea en el baño.

— Si, ya me contaron sobre eso — lanzó una risa —. Y tan tranquilo que eras en la primaria.

El saco de huesos estaba ansioso por lanzarle un golpe, pero sabía que si lo hacía el amigo en común podría devolverle el golpe. El amigo de un amigo es nuestro amigo, regla inquebrantable.

— Espero no me agarren en patota, no sería una pelea justa — dijo Edd, mirando al saco de huesos y a sus compinches.

— No lo harán — dijo el villero amistoso —. Si se meten con vos, se meten conmigo. Los amigos se cuidan.

Alexis, el villero amistoso, es amigo de Edd desde el jardín de infantes. No esa clase de amigos con el que se está a diario y en todo momento, sino de aquellos que aparecen cada tanto. No obstante, luego de muchos años, uno logra encariñarse.

— Igual todo bien — comentó Edd —. Creo que quieren pegarla al tal «perla» después de lo que les hizo.

El saco de huesos le dedicó una mirada de desdén.

— ¿Perla? ¿Qué les hizo? — Alexis estaba intrigado, los villeros no le contaron toda la historia.

— Los golpeó y... — prefirió no contar el vergonzoso suceso de la gorra —. Y los insultó bastante feo.

— Mide el doble que nosotros — dijo Alexis —, así cualquiera tiene las agallas.

Uno también tiene agallas cuando andan en grupo y golpean a uno solo — dijo el ya desinhibido Edd, mirando al tridente ya conocido —. ¿O me equivoco?

— Mejor cerrá la boca o te la cierro yo, gato — dijo el saco de huesos frunciendo el ceño. Los villeros parecen amar demasiado a los animales, o detestalos en todo caso, puede ser ofensivo decirle a un ser humano que es un animal, ofensivo para los animales, claro está.

— Eso dijiste en el baño y así te fue — en días normales Edd no habría replicado, habría desestimado el comentario y seguido su camino —. ¿Sos masoquista acaso? ¿Te golpean mucho en tu casa y disfrutas de los golpes?

Alexis y otros villeros lanzaron carcajadas estridentes y deformaron sus cuerpos siguiendo el ritmo de sus risas. En cambio, el villero de cabellera orinada y sus discípulos quisieron devorarlo vivo. El odio fue intenso, insano. De aquel que es capaz de quemar las entrañas y provocar apendicitis.

— Lo hacen mierda en la casa — comentó Alexis entre risas —. Una vez fui y lo agarraron con una varilla de madera... en frente mío. No les importa nada a los padres, son re dementes.

— De una — otro del grupete quiso contar una grata experiencia —. Yo también vi cómo le pegaban, y lo hicieron solo porque no quiso el baño.

— Ah, eres un esclavo frustrado — dijo Edd —. Eso explica demasiado. No ceo que andes por ahí golpeando a los niños bien solo por gusto o placer. Haces lo que te hacen, eres solo una copia de tus padres, los detestas y eres como ellos. Pobre de ti, das pena. Crees que eres un macho valiente a quien hay que temer, pero solo das pena, asco. Un chico frustrado, deprimido y necio.

Edd sintió por un momento que se insultaba a sí mismo.

Silencio multitudinario. El saco de huesos se ofendió y empujó con todas sus fuerzas a Edd.

— Ya, listo — se interpuso Alexis, deteniendo la obvia golpiza que Edd le iba a propiciar —. Edd, amigo, te has vuelto todo un poeta. ¿Cómo es que solías decir cuando eran chico?

— Las palabras dañan el alma, la integridad, y duelen mucho más que un puñetazo en la boca del estómago. El arma de los verdaderos antagonistas de la sociedad — contestó Edd.

— Veo que has estado practicando como usar ese tipo de armas.

— Si, es posible. También he estado practicando los golpes de puño, si no me crees preguntale a la bolsa de boxeo familiar — miró al saco de huesos.

Las risas volvieron a resonar.

— En que te has convertido, amigo — dijo Alexis, incrédulo —. Eres un loco, y te queda bien. Apariencia de niño santo, comportamiento de diablo. Todo un joven religioso que aspira a sacerdote. ¿Ves? He aprendido mucho de ti.

— Bueno, me voy. No quiero que me roben en mi primer día de clases. Nos vemos en el prostíbulo de donde trabaja la mamá de este villero desnutrido — se fue, dejando atrás fuertes risas y odio.

Cualquiera en su lugar adoptaría tal actitud de rebeldía, más aún cuando ya nada importa. El miedo, lo bueno y lo malo, la simpatía, la empatía y todo aquello que nos enlaza con nuestros semejantes dejaron de ser sus prioridades. Lo más bello en una persona es la sinceridad, la que no se censura y escandaliza al prójimo.

«No te enojés, vos haces lo mismo. Y sos peor», escuchó de Alexis, quien se lo decía al saco de huesos.

De vuelta con el boliviano y el resto de frikis, quienes lo trataron como si fueran amigos desde tiempos de antaño, continuaron con la velada hablando sobre videojuegos o videos que vieron en internet. Edd notó que el boliviano se ruborizaba cada vez que su mirada se encontraba con el saco de huesos, sintiendo temor y, además, una gran decaída en el estado de ánimo. En chistes de buena calidad, absurdos en todo caso, solo esbozaba una sonrisa forzada y distante, como si estuviera en el cementerio recordando momentos divertidos vividos con el muerto. Una sonrisa amarga. En breves instantes volvía en sí, pero se perdía al instante, asemejándose a la amistad de un amigo cualquiera.

El timbre sonó. Fin del recreo, del descanso. Observó que varios reclutas se quejaban con creces, nadie desea regresar a la cueva de adoctrinamiento. Mala educación, malos educadores, ambiente frío y apagado, temas de estudios poco relevantes, deterioro de mentes creativas y soñadoras, mentiras convincentes que transforman a los reyes en simples peones. Enseñan un solo movimiento: trabajar duro sin objetar. Sacrifiquen sus vidas por el rey del juego, el éxito del empleado común.

Entró al curso. Todos entraron con los brazos y hombros caídos, sonrisas apagadas, miradas sin el brillo y el encanto del placer. Es lo que hace el sistema educativo, erradica la visión de ensueño que nos hacemos de la vida, nos oscurece el cielo y presentan una realidad desagradable, vomitiva, en la cual estamos destinados a vivir. Lo peor es que el

gran porcentaje acepta esa realidad, se olvidan de quienes son. Solo desean satisfacer al prójimo, ser parte de una sociedad con sueños muertos. En parte tiene sentido, si todos se dan cuenta de que pueden ser quienes quieran, el mercado estaría saturado de artistas y empresarios. Vamos, nadie quiere vivir una vida monótona, cumplir horarios de lunes a viernes, ser un dependiente, tener un mes, o menos, de vacaciones al año... No nos extendamos, nadie quiere vivir como un esclavo. El sistema educativo te prepara para ser un gran esclavo, y el sistema laboral te acoge por lo que te queda de vida, hasta que mueres y eres reemplazado por otro humano que hace el mismo trabajo. Muchas veces he llegado a pensar que los colegios y universidades son fábricas, y que sus productos difieren de la necesidad del empleador. Lamentablemente todos somos una pieza útil para una maquinaria, pieza que puede conseguirse en cualquier lugar. No valemos nada, y si crees que el salario que posees define lo que vales, lamento decirte que sos un ejemplo claro de lo que hace el sistema con los que carecen de dignidad.

Edd, debido al ya insano sueño y cansancio, quedó en modo automático. Escuchaba palabras, pero no las distinguía. Su cuerpo estaba presente, pero su mente en otra dimensión. En esos momentos es cuando uno siente temor por lo rápido que pasa el tiempo, nos acercamos cada vez más a la muerte.

De vuelta en el hogar, después de que la abuela lo recogiera y le preguntara como estuvo su primer día — Edd tuvo que mentir —, comió el almuerzo como lo haría un venezolano en un comedor social. En cuestión de segundos se terminó el plato de comida, bebió un vaso con agua para no atragantarse y se fue a su cuarto. Entró, se sacó la ropa, y durmió al igual que lo haría un boliviano después de cruzar la frontera de forma ilegal hacia Argentina.

Horas y horas de sueño placentero. Olvidándose de todo y de todos, la buena vida.

Se despertó cuando el estómago y lo intestinos comenzaron a rugir de hambre. Las seis de la tarde. Merendó un vaso de leche con chocolate águila. Aún faltaba bastante para el sueño nocturno, por lo que decidió ir a visitar a su vecino y contarle la pelea que tuvo, además de la disputa con su profesora de naturales.

Antes de salir buscó la guitarra. Sentía la vista pesada, no se lavó la cara al despertar. Estando al frente de la casa, decidió entrar sin antes golpear las manos, como si fuera un miembro más del hogar. Caminó hasta la puerta, y golpeó. Aun no tenía la confianza suficiente para entrar y encender el radio sin permiso de nadie.

Nadie atendió. Por el frío silencio instaurado en el interior de la casa, supo que el señor Vargas no estaba en ella. Vacía como la cuenta bancaria de los argentinos en el 2001 después del corralito.

Edd debió volver a su casa, pero sintió curiosidad por conocer el patio trasero. Rodeó la casa. El patio trasero era ordinario. Había un horno de barro, varias plantas, yuyos para el mate y un cobertizo de madera bastante ajetreteado por el tiempo. Vio la puerta del cobertizo abierta, el interior estaba iluminado por una luz naranja y sucia. Se acercó y escuchó ruidos de metales chocando entre sí. El viejo Vargas estaba reparando o rompiendo algo, un motor para sacarle varios metros de cobre, por ejemplo.

— ¿Qué está haciendo? — inquirió Edd, entrando al cobertizo sin antes avisar su presencia.

El viejo Vargas dio un respingo de sorpresa y espanto, estaba ensimismado en lo suyo. Su primera reacción fue coger un arma de calibre 32 que tenía en una de las mesas de maderas repletas de armas, rifles, cuchillos y toda clase de armamento viejo. Le apuntó a la cabeza, el tiro mortal. No disparó, hasta se ruborizó al saber que apuntó con un arma a Edd.

— Hombrecito — dijo, su voz tembló un poco —. Por poco no te vuelo la cabeza de un balazo. Me has hecho pegar un susto de aquellos.

— ¿Susto? — Edd estaba pálido como un albino, con la respiración agitada —. Imagínese el susto que me acaba de dar usted.

— Si, lo lamento. No escuché que golpearas las manos.

— No lo hice, solo pasé.

— Ah — frunció el ceño, pero no estaba molesto —. Veo que ya has entrado en confianza.

Edd se encogió de hombros.

— ¿De dónde sacó todas estas armas? — se fascinó por todo lo que sus ojos veían.

El catálogo personal de Vargas constaba de rifles viejos, pistolas viejas, cascos, un par de uniformes, balas de diferentes calibres por doquier, cuchillos gauchos oxidados, otros relucientes, herramientas de trabajo, etc.

— Unas son suvenires de la guerra, otras las compré, y algunas fueron un obsequio — respondió —. Muchas armas, pero muy pocas son las que funcionan. Es mejor tenerlas como decoración, son juguetes peligrosos.

— ¿Qué está haciendo? — repitió Edd.

— Desarmé esta carabina para repararla. Tengo ganas de ir a disparar un par de balas. Creo que ya está todo en orden.

— ¿Puedo ir con usted?

— ¿Ir conmigo? — al principio dudó —. ¿Has disparado un arma antes?

— No — contestó —. Pero confío en que usted me va a enseñar a usar una.

— No lo sé, la verdad es que me das un poco de miedo. No quiero que me dispares por la espalda — bromeó, fingiendo verdadera preocupación.

Edd tartamudeó.

— Mañana en la tarde voy a ir, a eso de las 15 horas — comentó —. ¿Puedes?

— Si, si puedo — la cita ya estaba organizada.

— ¿Le gusta cazar animales? — preguntó al ver una escopeta que vio en una película de cazadores.

Vargas primero se centró en unir la última pieza de la carabina, y después respondió:

— En su momento me gustaba cazar animales hablantes.

— ¿Animales hablantes?

Le dedicó una mirada gélida y penetrante.

— Seres humanos — susurró.

Edd guardó silencio, sintió un nervioso escalofrío.

— Los otros animales tienen derecho a vivir. No soy quién para matarlos.

— ¿Matar humanos es bueno? — preguntó con un nudo en la garganta.

— Es saludable para el planeta, y un favor para los ecosistemas y todas las especies de seres vivos que existen. Somos una especie destructora, no te ruborices por mi deseo de ser genocida.

— ¿Usted ha matado a seres humanos? — Edd se puso tenso, no queriendo saber en realidad la respuesta.

El viejo Vargas lo miró de reojo mientras se limpiaba con un paño sucio las manos. Logró intimidarlo.

— No olvides que estuve en la guerra — dijo al fin —. La misión principal de la guerra es matar a otros seres humanos con la excusa de defender a la patria o lo que sea. Somos una especie violenta y antipática.

— ¿Y qué se siente?

— ¿Qué cosa?

— Matar a alguien — contestó con sequedad.

El viejo Vargas tardó en encontrar las palabras correctas. Nunca antes le hicieron o se hizo tal pregunta. Se vio desdeñoso.

— Depende de cuanto conozcas a la víctima. En la guerra somos todos desconocidos, una bala en la cabeza y a los pocos minutos ya lo olvidas. Solos disparas, y es probable que le quites la vida a alguien y nunca lo sabrás. Eres tú o el otro. Uno siempre optará por la propia supervivencia. Es casi como matar a un perro, con la diferencia que el perro te provoca lágrimas y te destroza el alma. Recuerdo que el jefe de pelotón que tuve nos obligó a matar perros para endurecernos. Fue terrible. Por suerte lo mataron.

— ¿A quién?

— Al capitán, «el jefe», de nuestro pelotón. Lamentablemente no lo vi morir, creo que lo habría disfrutado. Sacrificar a cientos, miles, de animales por una causa tan estúpida y sardónica es una aberración de lo más descomunal.

Silencio.

— ¿Le hubiese gustado matarlo con sus propias manos? Al capitán, digo.

Vargas hizo un chasquido agudo con su boca, pensativo y con la mirada distante, como si hondara en viejos recuerdos.

— Hoy eres todo un preguntón, ¿no?

— Y un problemático de los que ya no quedan — dijo Edd, sonriente.

El viejo Vargas entendió la sonrisa, el pequeño estaba ansioso por contar una historia. Antes de indagar en el asunto, guardó un par de armas en un estuche, las que servían, y salió del cobertizo. No era un lugar para un niño, podría despertarle deseos morbosos y fatídicos, un sentido común que es mejor ignorar.

Entraron a la casa por la puerta trasera. Como costumbre, el viejo Vargas puso agua a calentar para tomar mate.

— ¿Qué tal te ha ido en tu primer día de clases? — preguntó una vez que se acomodaron.

— Intenso — respondió Edd —. Puse en su lugar a una profesora y tuve una pelea para nada pareja, la cual gané.

— ¿Una pelea? — se exaltó con aire divertido.

— Si, en el baño. Tres villeros, de esos que se visten como neandertales, le estaban pegando a un boliviano, lo tenían en el suelo y le daban patadas, y lo defendí. Yo solo contra tres, los hice mierda. En un momento me tumbaron al suelo, pero el boliviano tuvo la dignidad de ayudarme, caso contrario tendría moretones en todos lados. Les ganamos. No fue difícil tampoco, son de esos personajes que se hacen los violentos y no saben cómo lanzar un golpe.

— Si, entiendo. Los que pelean como niñas.

— No sea machista — Edd no podía soportarlo.

Vargas lanzó un rugido, semejante a una risa disimulada.

— Cierto, eres todo un revolucionario — dijo con su tono sarcástico —. Lo lamento, ya sabes que vengo de una época bastante jodida, hay costumbres y palabras que no podré cambiar ni en sueños.

— Ya — Edd estaba ansioso por contar el resto de la historia —. Después de la pelea entraron unos de último año. Los villeros escondieron la cola, ya saben cómo son. Uno de ellos, quien nos dobla la altura, los golpeó justo en la boca del estómago. Yo tenía la boca bastante floja, les dije cosas terribles. Al final, el perla, el que los golpeó, le sacó la gorra a uno de ellos, la orinó y después lo obligó a ponérsela de nuevo. La dignidad ya no la conoce. — se perdió es estridentes carcajadas.

— ¿Y no te asusta?

Edd detuvo su risa.

— ¿Qué cosa?

— ¿Que te lastimen? Ese tipo de jóvenes no tienen esperanza, ni le encuentran sentido a la vida. Son almas muertas, nada les importa. El único fin que pueden encontrar a sus insípidas vidas es pudrir el bienestar de otros. Por algo todo ser de la misma facha votan a partidos antipáticos y empobrecedores, son malévolos. No sienten empatía por nada ni por nadie. Son personas pobres, pero esos no tienen dignidad, no la conocen y jamás lo harán. Son peligrosos, más aún porque andan en manadas.

Edd se olvidó de como transformar sus emociones en gestos.

— ¿Como sabes que un día de estos no te van a esperar veinte amigos del barrio de esos villeros fuera de la escuela?

Silencio, temblor. Nervios, miedo. Era una posibilidad muy real.

— Podría prestarme una de sus armas — dijo Edd —. Creo que con eso podría... intimidarlos.

El viejo Vargas no pudo aguantar la risa, alarmado además por el comentario.

— Será mejor que hagas amigos para que andes con ellos. Estos cobardes solo atacan cuando te ven solo y vulnerable.

— Tengo amigos, o eso creo.

— No te puedo prestar un arma, me meterían preso por eso — se levantó y abrió el cajón de los cubiertos —. Puedo prestarte esta manopla. Está un poco vieja, pero lo importante es que deja buenos moretones.

Era una manopla de hierro, bastante pesada. El viejo Vargas se la colocó en la mano derecha y lanzó varios golpes al aire.

— Lamentablemente nunca pude usarla para lo que sirve — dijo —. Al parecer soy un tipo agradable con el que nadie desea pelear.

— ¿No me quedará muy grande? — preguntó Edd.

— Un poco suelta, quizás. Pero de seguro lograrás afirmarla en tu mano. Un golpe con esto, y fin de la pelea. Lo duermes. ¿La quieres o no?

Edd asintió.

— ¿Y qué se siente? — preguntó Vargas una vez que Edd se puso la manopla en la mano derecha.

— Incomodo, la verdad. Pero me hace sentir un tanto poderoso.

— Solo usala para defenderte, que no me entere que andas por ahí dando golpes a cualquiera.

— Solo para defenderme — dijo Edd, memorizándolo —. Entendido, quizás golpee a un par de profesores por gusto.

Vargas alzó las cejas canosas.

— Avisame cuando para ir a ver ese momento. De paso lo remato con un par de golpes a mano limpia.

— Hoy una profesora me humilló por no saludar y pedir permiso antes de entrar al salón. Tuve que hacerlo, según ella me estaba educando... Lo importante es que después la humillé yo.

Silencio.

— Cuando la vuelvas a ver dile que te de otra lección de modales — dijo Vargas, agrandando los ojos —. Al parecer no has aprendido nada, has entrado a mi casa como si nada.

El viejo Vargas preparó el mate, buscó su guitarra, y se sentó en la silla de siempre.

— ¿Has estado practicando? ¿O te has masturbado todo este tiempo?

— ¿Desde ayer? No, no he practicado nada. Solo me he masturbado pensando en las grandes nalgas de la pastora.

Vargas arrugó la expresión del rostro, y su risa fue similar a la de papá Noel.

— No seas tan asqueroso — dijo —. Aunque debe dar unos sentones que te dejan sin aliento, y literal. Vaya, ya me entró la curiosidad, y es peligroso eso en mí.

— Acabo de descubrir uno de sus deseos prohibidos...

— Será mejor que se lo digas a la pastora, quizás es casi tan curiosa como yo. Las religiosas son las mejores en la cama, quizás les excita romper las reglas, pecar bajo los ojos de dios.

— Si, me han contado que cuando duermen roncan fuerte.

— No me refería a eso exactamente, hombrecito.

— De sexo, lo entendí perfecto. Soy joven, pero sé ciertas cosas del tema.

— Ya, no hablemos de sexo — Vargas apagó la hornalla, el agua ya estaba en su punto de ebullición —. No quiero que tengas una erección en mi hogar. Si vas a sacar algo de su funda, espero que sea la guitarra. Creo que es hora de las lecciones.

La clase de guitarra empezó, entre acordes y conversaciones de temas diversos y adversos, la luz del sol se fue perdiendo, la luna apareció y el cielo estrellado dejó de ser censurado por el brillo que nada nos deja ver.

El segundo día de escuela fue ordinario, lo de siempre; escuchar en silencio, perderse en el revoloteo de algún insecto, conversar con conocidos en los recreos, reírse un poco, aburrirse otro poco más, dormirse en clases y volver a casa. Las veces que se cruzó con los villeros del día anterior, estos lo ignoraron. El boliviano y los demás, bueno, son unos tontos empedernidos, pero las risas nunca faltaron. Una de las conversaciones trató de cuan malo es el papel higiénico para el ano. Lo irrita y aumenta el riesgo de sufrir una hemorroide, había dicho Dobby, espantado. Las y los profesores de los primeros dos días eran personas serias, no recurrieron al absurdo ritual de presentarse frente a todos y contar quienes son, o quienes creen ser.

Bueno, el segundo día no tuvo brillos de encanto ni desencanto, un día como tantos.

Desde que despertó no pudo evitar las ansias, solo quería que llegase la hora de ir a practicar tiro al blanco con el viejo Vargas. No pensaba en otra cosa. Cuando llegó a casa no pudo dormir una necesaria y breve siesta. Lo intentó, pero se movía de un lado al otro sobre la cama, y los ojos se abrían constantemente, algo extraño ya que ese día durmió unas pocas horas, ya una costumbre para él. Sin darse cuenta, el tiempo pasó de forma esquizofrénica. Ya era hora, por fin el cosquilleo de la impaciencia cesó.

Estando al frente de la casa del señor Vargas, vio el portón del garaje abierto. Era un garaje bastante viejo, puerta descolorida, con manchas de humedad y aceite, y para nada modernas. Eran marrones, o intentaban serlo. Dentro había una camioneta Ford F100 V8 roja, reluciente y sin los decorados modernos que arruinan los vehículos clásicos. Pocas veces eran las que el viejo Vargas usaba su camioneta, pocos años atrás le arrebataron la licencia; según expertos y malas lenguas ya no era competente para conducir un arma de cuatro ruedas.

Cuando Edd se dispuso a aplaudir para avisar su presencia, el viejo Vargas lo vio y le gritó que pasara, y que apresurase el paso.

— ¿Pediste permiso? — preguntó Vargas cuando Edd entró al garaje.

— Claro que no — contestó abochornado —. Si les digo que voy a ir a usar armas de verdad, me encerrarían en mi cuarto y usted sería denunciado por portación de armas de juego pesadas, y por demencia, claro.

— Has hecho lo correcto, te felicito. Si preguntan les dices que fuimos a cosechar cebollas y zanahorias. Y si insisten les dices que no se metan en tus asuntos y que vayan a terapia de parejas. Mientras no vean las armas, no creo que tengamos problemas.

— ¿Y si nos para la policía y las ve? — inquirió Edd.

— Si nos paran nos quitarán la camioneta, ya no tengo licencia de conducir — gruñó fastidiado —. Las armas, bueno, les digo que estuve en la Malvinas y no podrán juzgarme. Hasta lograré conmovérselos. «Gracias por sus servicios, es un héroe», dicen los zopencos. Se envuelven en la patria y pierden el sentido. El sentimiento a la bandera es peligroso, y los de arriba saben aprovechar esa influencia para realizar sus barbaries sin el repudio de la gente. «Oh, las Malvinas son argentinas». Los años pasan y nada parece haber cambiado. Hoy los jóvenes claman por las Malvinas, pobre criaturas, no saben ni entienden nada. En fin, los políticos son unos genios a la hora de utilizar a favor las influencias de los movimientos sociales. Y el pueblo es demasiado estúpido para darse cuenta. El despierto, el que comprende lo que sucede en realidad, siempre será abucheado y tratado como un ignorante antipatria desconocedor de los valores y los derechos de cada ciudadano. Latinoamérica en general es el hazmerreír del mundo. No me sorprendería que en las próximas décadas los ciudadanos del continente africano comiencen a bromear

de lo pobre que es Sudamérica. «Come, en Argentina no tienen para comer y tu no quieres. Eres un desagradecido».

Edd no pudo evitar reírse.

— ¿Te divierte? — pareció ofendido.

— Solo un poco. Más aun porque mete tantos asuntos en una línea y me pierdo.

— Cuando te vuelves un hombre quejoso y razonable como yo, es normal. Algún día te sucederá, inclusive puedes ser peor que yo. Puedes despertar mucho más.

Vargas envolvió las armas en una manta y las escondió detrás de los asientos. Las balas las metió en una caja de herramientas.

— ¿Por qué siente tanto desprecio por el país? Es hermoso, hay paisajes inigualables, únicos — dijo Edd.

Vargas lo miró con desdén, en parte envidiando la inocencia de Edd. Tiempos sencillos.

— Cuando crezcas lo sabrás. La naturaleza puede ser un escape a las impertinencias sociales, pero no puedes escapar. Las personas, los políticos y sus decisiones malévolas, los movimientos populares, el sistema en general, pobreza, inseguridad, una mala vida. Todo te persigue. Al principio creerás que si te esfuerzas lo suficiente y necesario podrás hacer algo al respecto, mejorar la calidad de vida de las personas. Al final te das cuenta que todo el esfuerzo es en vano. Las personas, los que votan, los que tienen el poder de verdad, son estúpidos fracasados que no entienden nada de política. Son fáciles de convencer, si es que llegas primero a sus mentes. Después son fanáticos empedernidos que no escucharán a nadie, ya están encadenados y jamás aceptaran la llave de la libertad. Argentina es un país donde la educación es escasa y uno de sus fines es que el proletariado odie aprender, educarse. No por nada miles de jóvenes festejan cuando no tienen clases u horas libres. Detestan aprender, y eso es una cuestión de toda una vida.

— Usted es muy sabio. Creo que dejaré de ir a la escuela para que me enseñe todo lo que sabe.

— Solo soy un don nadie que detesta la vida y aun así me esfuerzo por mantenerme vivo. No creo ser muy diferente al resto.

— “No dejes que el sistema educativo intervenga en tu educación” — dijo Edd —. Creo que lograr el cometido de la frase es un logro para sentirse orgullosos, vencedores y valiente. Algo para alardear con los esclavos del sistema.

El viejo Vargas vaciló.

— Todos somos esclavos del sistema, de alguna manera u otra lo somos. Controlan la comida, el agua, todo lo que necesitas. Eres parte o se olvidan de tus derechos y privilegios como ciudadano.

— Me cuesta entenderlo, la verdad — le pesaba la cabeza —. Se contradice demasiado y me pierdo.

— Solo soy un hablador. No me tomes enserio, creo que ya te lo advertí.

— Imposible no tomarlo enserio, dice cosas coherentes y ciertas. Hasta llego a odiar lo que no conozco.

El viejo Vargas terminó los preparativos para poder ir en paz al campo de tiro.

— Creo que me estoy arrepintiendo de enseñarte a disparar un arma... Si sigues escuchándome terminarás tiroteando a medio pueblo.

— Si le reconforta — Edd estaba sonriente —, lo haré cuando usted deje el mundo. Por mientras tenga la conciencia limpia.

— Mi conciencia está sucia, podrida. Si decides salir a dispararle a la gente, primero disparame a mí. Soy demasiado cobarde para hacerlo por mi propia cuenta.

Edd vaciló.

— ¿Está usted deprimido o algo así?

— Cansado — atajó Vargas —. Los años pesan, las historias duelen.

Edd no fue capaz de hondar en el problema, prefirió guardar silencio y esperar.

— ¿Listo? — preguntó Vargas.

Edd asintió.

— ¿No piensa acribillarme y dejarme tirado en el medio de la nada? — bromeó Edd.

— Prometo no hacerlo si te comportas — respondió casi tan serio como un oficial de policía cuando pide el documento a un ciudadano de bien mientras a solo cien metros hay un drogadicto escuchando música a todo volumen en la vereda de su casa.

— Soy hombre muerto, entonces — aludió Edd, fingiendo resignación.

Emprendieron el viaje. El motor de la camioneta rugía como un león en la selva después de asesinar a una cebrá y a su cría.

— ¿Por qué no se compra una camioneta más nueva?

— ¿No te gusta la que tengo?

— Es muy vieja.

Vargas aceleró a fondo.

— Las camionetas de ahora son un espanto. Esta camioneta es la que soñaban tener la mayoría de los jóvenes en la época que salió. Si tenías una, eras Gardel. Además, me gustan los fierros, no los plásticos.

— Entiendo, se siente joven con esta camioneta.

— Exacto. Y un poco idiota.

— Podríamos llevarla de agujeros, ¿no cree?

— Podríamos, pero antes te voy a llenar de agujeros yo — dijo Vargas, con tono frío.

— Trato hecho. ¿Trajo agua o alguna bebida? El sol pega muy fuerte.

Vargas asintió.

— Deberías haber traído una gorra, donde vamos no hay árboles. Solo cortadera y yuyos. Solo no te desmayes, te pueden morder las víboras que merodean en el lugar.

Edd quitó toda expresión de su rostro, imitando a un mimo francés.

— Y hay tarántulas más grandes que tu cabeza. Si ves una no grites como niña, debes matarlas antes de que te salten a la cara y te muerdan. Y si saltan a tu cara, cierra la boca, o engendrarás pequeñas arañitas dentro.

Edd se ruborizó de asco, repugnado hasta la medula.

— Y no vayas a fumar, últimamente no ha llovido mucho y la vegetación está muy seca — Vargas dijo algo cierto, por fin —. ¿Fumas, cierto?

— Solo cuando tengo dinero.

Ambos deliraban.

— Deberías empezar a comprar tabaco suelto y armártelos tú mismo, es una buena forma de ahorrar. De paso practicas para el día que empieces a fumar marihuana.

— ¿Lo dice por experiencia? — preguntó Edd.

— Es posible.

Edd, incrédulo como siempre, creyó en realidad que Vargas fue un hippie a la moda en sus tiempos de juventud.

— ¿Ha fumado marihuana alguna vez? — preguntó a Vargas.

El viejo se concentró unos segundos en el volante, luego respondió:

— Si, he fumado varias veces. Hace ya un largo rato. Sabes, es una estupidez que sea ilegal. Hace bien, es sana, y suele ser una medicina eficiente para ciertas enfermedades. Es absurdo. Pero claro, todo tiene sus motivos. De ser legal, la marihuana, muchas farmacéuticas perderían millonadas en ganancias. Me pregunto por qué no aprovechan el basto mercado a favor. Podrían tener sus propias plantaciones y demás.

— Por algo debe ser ilegal... — Edd creció escuchando y creyendo que la marihuana es una droga dañina.

— Es ilegal porque a unos pocos les conviene. Hace un siglo era legal. En estados unidos, país de las oportunidades, es donde comenzó todo. Los magnates vieron a la planta como una amenaza para sus corporaciones. — hizo una pausa —. Nociva para la salud, violencia, demencia, efectos que destruyen el alma... la excusa de la prohibición estuvo repleta de mentiras. Con el tiempo fueron convenciendo a los idiotas con propagandas amarillistas de que era un narcótico peligroso, y al final esos idiotas terminaron creyendo en lo que les decían. Las circunstancias de aquellos tiempos, guerras y otras falacias, fueron un gran catalizador de una idea tan carente de sentido. En los años 60s la ONU se vio presionada por el tío Sam, potencia mundial indiscutible, y convenció a la mayoría de los países del mundo a ilegalizar el Cannabis. Con el tiempo las nuevas generaciones crecieron escuchando esas propagandas amarillistas, creyendo en ellas sin cuestionamiento. Horrible. Si en verdad se preocuparan por la salud de las personas, la mayoría de los comestibles, medicamentos, bebidas alcohólicas, y químicos utilizados en diversas industrias ya estarían prohibidas. Al final lo único que importa es el dinero, acrecentar el poder adquisitivo.

Edd, perdido y maravillado como siempre, terminó aceptando la opinión del viejo Vargas.

— Algún día la probaré, supongo — dijo Edd.

— Te convencí muy rápido, ¿no crees?

— Es fácil de convencer cuando se habla con sentido — replicó Edd, alagando a la vez.

— Si fumas, procura que sea de calidad, flores para ser precisos. Nada de prensados y esa mierda que venden en los barrios pobres. Les echan hasta veneno de ratas para que los perros de la aduana no detecten la mercancía, asique imagínate lo que le puedes llegar a meter a tu cuerpo.

— ¿Veneno de ratas? Con razón los drogadictos tienen el rostro deteriorado, consumido. Algunos no tienen dientes, y otros apenas pueden hablar.

— Paco, sales de baño o poxiran. Drogas baratas y peligrosas, son las que te arruinan por completo. Un par de dosis y te vuelves socialista. — Vargas no pudo evitar reírse.

— ¿Sí? Algún día las voy a probar.

El viejo Vargas le dedicó una mirada acusadora, frunciendo el ceño a extremos irascibles.

— ¿Qué acabas de decir?

Edd se vio intimidado.

— Nada, solo bromeaba.

— Jamás se bromea con eso— dijo Vargas —. Ser socialista es lo peor que te puede pasar.

Llegaron al campo, un área abierta de centenares de hectáreas, luego de transitar por un camino de tierra escabroso, marcado por ruedas de vehículos que aplastan la vegetación. Era un lugar llano, de no ser por la vegetación podría asemejarse a un desierto. La sequedad del ambiente fue contrastante, el color opaco de yerbas muertas era contundente. No había árboles, la sombra se convirtió en un privilegio para pocos.

— ¿Este es el lugar donde viene a disparar? — Edd ya estaba abrumado y compungido por el extenuante calor de la tarde. El sol estaba enfurecido.

— Por lo general suelo ir al dique, pero hoy no tengo ganas de dispararle a ningún ente viviente — dijo Vargas, sarcástico.

El dique es un escape para varios miembros de la comunidad, el agua del río y el embalse los atrae cada vez que el calor les quita el placer de estar con vida.

— ¿Si alguien nos escucha tendremos problemas? — inquirió Edd.

— No te preocupes, nadie nos escuchará. Tampoco se acercarán, no al menos que quieran recibir un balazo en la entrepierna.

El viejo Vargas corrió hacia adelante los asientos de la camioneta y sacó las armas.

— No te quedes viendo, saca un par de cajas de municiones de la caja de herramientas. Una caja marrón y otra amarilla.

Edd siguió las instrucciones.

— Y saca unos protectores auditivos, no quiero que te quedes sordo.

— ¿Para usted también?

— No los necesito, ya estoy bastante sordo.

El viejo Vargas, mostrándose inmune a la alta temperatura, preparó las armas con serenidad y concentración. Edd, en cambio, estaba desfalleciendo por la temperatura, transpirando a caudales, a punto de sufrir una embolia cerebral.

— ¿Me convida un poco de agua? — Edd estaba desesperado por consumir el bien más necesario y desperdiciado del planeta. Que no les extrañe que el agua en un futuro se venda a precios irascibles, superando el valor de los metales preciosos.

— El agua de los dioses — comentó Edd después de vaciar media botella de agua.

— Es toda el agua que beberás hasta que llegues a tu casa — dijo Vargas.

Se alejaron varias decenas de pasos de la camioneta.

— ¿A qué le dispararemos? — preguntó Edd.

El viejo Vargas dejó de lado las armas largas y dejó en sus manos una pistola de 9mm, casi tan antigua como él.

— A la nada, eso es lo bueno del lugar, no hay nada. Es probable que haya varios conejos o liebres merodeando por allí, pero mientras no dispires al piso no habrá problema. De seguro se escondan cuando escuchen los estruendos.

— Y si no se esconden ya tenemos comida para la cena — comentó Edd.

— Comienzo a pensar que enseñarte a usar un arma es una mala idea.

— Demasiado tarde para arrepentirse...

El viejo Vargas le extendió la pistola a Edd. Le enseñó como sujetarla. Le explicó como destrabarla y cargarla.

— Solo pon el dedo en el gatillo cuando vayas a disparar. No quiero que te des un ataque de nervios y no puedas dejar de presionar el gatillo, aún tengo mucho por delante.

Edd ya estaba al borde del cataclismo de nervios, el miedo estuvo por robarle la inocencia.

— Solo respira, no te asustes — dijo Vargas, serio como un profesor de filosofía después de fumar marihuana —. Ten en control y nada pasará. Perfecto. Ahora apunta y sujeta con firmeza el arma, que no se te escape. Pon el dedo en el agujero del gatillo. Eso, muy bien. Tranquilo, respira. Ahora presiona lentamente el gatillo. Sujeta el arma firme, con las dos manos. Cuando dispires sentirás un fuerte retroceso. Vamos, presiona el gatillo a fondo.

El estruendo del disparo estremeció a Edd, quien a la vez sintió un cosquilleo placentero.

— Creí que te orinarías en tu primera vez — dijo Vargas, sonriendo.

— Estuve cerca de desmayarme, lo admito. ¿Puedo disparar de nuevo? Es más fácil de lo que creí.

El viejo Vargas accedió a las demandas de Edd con un grato gesto.

Uno, dos, tres, cuatro disparos seguidos.

— ¿Usted no va a disparar alguna de sus armas? — Edd se sentía como en un pelotero en un día de festividad.

Vargas le mostró a Edd un revolver del 32 largo, un arma endiablada.

— ¿Me va a dejar disparar ese revolver?

— Ni en tus sueños — contestó Vargas, cortante —. Te volteará al suelo, y no es fácil de manipular como la que tienes. Se necesitan manos expertas y fuertes.

— Vamos, dispare esa bestia de una vez.

Vargas se tomó su tiempo. El estruendo fue ensordecedor.

— ¿Qué te pasa? Por algo te dije que te pusieras los protectores auditivos.

Edd estaba aturdido, un sonido estridente, agudo y chirriante, le retumbaba en el oído.

— Perdón, me olvidé.

— Ya, aprovecha y dispara. Disfruta el momento, dejate llevar por el vicio.

Los disparos crearon una melodía salvaje y bélica por un largo rato. Los camaradas disfrutaron el momento, creyéndose reyes del salvaje oeste. Un arma de fuego te hace sentir poderoso, invencible.

— ¿Te animas a usar un rifle? — preguntó Vargas después de que ambos recargaran sus armas unas seis veces.

— ¿No soy muy débil para un rifle?

— Tengo uno para ti. Claro que puede hacerte doler un poco el hombro, pero no sufrirás tanto. Por lo general es el rifle ideal que usan los niños en su primer día de caza.

— No perdamos el tiempo entonces, deme ese rifle.

— Como ordenes, niño.

Era un rifle pequeño a comparación de los demás. El viejo le enseñó como cargar el rifle, que hacer después de disparar para sacar el casquillo del interior y como sujetarla para que vuele de las manos.

— La culata debe hacer presión con tu hombro. Mantenla firme o saltará de tus manos. Tu cuerpo debe estar rígido, caso contrario te lanzará hacia atrás. Creo que exagero un poco, no es tan potente, pero la idea es que entiendas la técnica — subrayó Vargas.

Edd se preparó para probar un arma de largo alcance.

— La verdadera diversión de estar armas es poner objetivos a larga distancia e intentar darles. Por mientras tiremos por tirar, en otro momento practicaremos la precisión.

— La verdadera diversión de las armas es matar, ¿o no? — claro está que de apoco Edd fue sufriendo cambios severos en su pensar y personalidad.

— Solo si eres un enfermo mental, un demente esquizofrénico.

— O un patriota — agregó Edd.

La referencia de Edd dejó pensativo a Vargas, ruborizándose por la cruda verdad del contenido. La patria convierte a sus defensores en seres diabólicos, antipáticos, y en asesinos empedernidos. Lo peor es que esa patria que tanto embelesa al proletariado es una ficción creada por los poderosos que se aprovechan del poco intelecto del pueblo, y todo con el fin de obtener beneficios personales. No es casualidad que los políticos de turno incrementen sus patrimonios personales cuando una desgracia se hace presente. La guerra enriquece a las elites, mientras los pobres mueren por ellos. A su manera, la guerra es una excusa para purgar a los miembros de la clase baja.

— Veo que serás un gran pensador — dijo Vargas —. Solo cuidate de los socialistas, todos ya perdieron el sentido común, menos los líderes que se enriquecen a costa de los ignorantes, y te atacarán por estar despierto. Aunque los de derecha no son muy diferentes a los de izquierda. La política es solo una competencia donde el que gana obtiene grandes beneficios.

— Muchas palabras y pocos disparos — Edd vio que el éxtasis del momento se estaba perdiendo por la amarga habilidad de opinar sobre los movimientos sociales e ideologías que destruyen la empatía de las personas.

Edd no sufrió inconvenientes al disparar el rifle. Claro que antes tuvieron que apoyar los rifles en una plataforma de madera que el viejo Vargas bajo de la parte trasera de su camioneta. Era eso o acostarse en el suelo. El rifle de Vargas era descomunal, cada disparo ensordecía aun teniendo los protectores auditivos.

— ¿No tiene silenciador para ese rifle? — preguntó Edd.

— Están prohibidos para los civiles. Solo puedes adquirir uno si eres miembro del ejército o de alguna fuerza de seguridad nacional o privada.

— Es una pena.

Continuaron disparando, un tiro detrás de otro. Con el tiempo el pasatiempo se volvió monótono, disparar por disparar es divertido solo al principio, similar a una relación amorosa.

— ¿Y si le disparamos a algo? — dijo Edd —. Como que aburre un poco.

Vargas lo miró con incredulidad.

— La generación de hoy ya no entiende lo que es bueno. No se entretienen con nada, no les gusta nada. De perseverancia y paciencia mejor ni hablemos, no saben lo que es.

— ¿Entonces?

Vargas se irritó solo, como cualquier anciano soltero y en soledad. Aunque quizá el arduo calor del sol y los recuerdos recuperados tras oír nuevamente los disparos hicieron su parte en el asunto.

— ¿Quieres dispararle a algo? — preguntó cortante —. Disparale a la liebre que nos observa a unos 80 metros de aquí.

De pronto la situación se volvió tensa, oscura.

— No veo a ninguna liebre — dijo Edd, ahogado —. Y tampoco pienso matar a un animal.

— ¿No? ¿Acaso no comes carne?

— Si.

— ¿Entonces? Esa liebre es comida.

Edd estaba incomodo, temeroso y acalorado, cerca del colapso.

— Las liebres no se comen, los conejos tampoco — dijo Edd, haciendo todo su esfuerzo por aparentar estar tranquilo.

— ¿No? — exclamó con horror Vargas —. Te hace un poco de campo, y otro tanto de pobreza. Todo animal que se mueve es alimento para una familia.

— ¿Usted ha comido liebres y conejos? — preguntó Edd, consternado.

— Pues claro, antes no nos mimaban como lo hacen ahora con ustedes. Cada vez las nuevas generaciones se vuelven más débiles y tontas.

— ¿Qué sabor tienen? — Edd sintió intriga.

— A carne — contestó Vargas —. ¿Quieres comer liebre esta noche? Te gustará.

Edd negó con la cabeza, horrorizado.

— ¿No? Qué pena. Entonces esta noche cenaré solo.

Cuando Edd se dispuso a intervenir en el asunto intentando convencer al viejo Vargas que no lo hiciera, Vargas ya estaba en posición de disparo, apuntando y respirando con lentitud para tener más precisión en el tiro. El estruendo dejó en shock a Edd. Su empatía hacia los seres vivos era tal que por poco suelta el llanto. Estaba triste y furioso. ¿Pero que iba a decir? Se limitó a odiar y repudiar al viejo Vargas en silencio. Al final comprendió que matar a otros animales es parte de la naturaleza, de algún lado hay que conseguir alimentos. Si eres carnívoro, la empatía se debe centrar solo en animales domésticos. ¿Por qué otra razón existe las mascotas? Solo para no vernos tan malévolos

como especie, amamos a unos, asesinamos y comemos a otros. El punto justo de equilibrio.

— Justo en la cabeza — susurró Vargas para sí mismo, orgulloso de su hazaña —. Ya vuelvo.

— ¿A dónde va?

— A buscar la cena, ¿o esperas que venga hasta nosotros dando brincos de alegría?

Edd estaba agobiado, ni el clima ni la situación hacían algo para remediarlo. Ya estaba hastiado, quería volver a su casa y encerrarse en la heladera para refrescarse un buen rato.

Vio como el viejo Vargas se alejó despacio hasta el animal muerto. Mientras tanto aprovechó la ausencia del ente represor y bebió un litro de agua para saciar sus penurias. También aprovechó para mojarse la cabeza, refrescarse un poco. Solo quedaba una botella, reservada especialmente para el anfitrión del festival.

Edd se vio importunado apuntándole con el rifle al viejo Vargas, quien estaba acercándose a la liebre muerta. En ningún momento pensó en disparar, solo le apuntaba con las ideas en blanco. De la nada, en medio del desierto plagado de hiervas, un perro caminaba como si estuviera olfateando algo, una presa, por ejemplo. Quizás era de esos perros entrenados para cazar. El perro, callejero como un villero, se detuvo en posición de alarma. Alzó las orejas y comenzó a caminar con lentitud. Edd, en pleno delirio, sin pensarlo dos veces, le apuntó con el rifle y disparó. El viejo Vargas, a pesar de la lejanía, dio un respingo de sorpresa que incomodó a Edd. «En que problema me metí.», se dijo. Vargas regresó con paso apresurado al punto de referencia principal sujetando las patas de la liebre muerta. Edd dejó el rifle en el suelo, y se sentó sobre una piedra, asustado por una posible reprimenda.

Pasaron varios y eternos minutos. El viejo Vargas ya estaba en el punto de reunión.

— ¿Acaso eres estúpido? — gritó —. ¡Pudiste haberme dado un tiro! Las armas no son para jugar.

Silencio.

— Ya terminamos la jornada de hoy — dijo Vargas, tranquilizándose —. ¿Te divertiste?

Edd estaba consternado, incrédulo. El viejo Vargas estaba de espalda al perro antes del disparo, no lo vio. Mucho menos se escuchó el chillido del perro cuando recibió el balazo, el estruendo lo amortiguó. Pudo haberlo herido, quizás podrían salvarlo, pero Edd decidió olvidarlo, dejarlo a su suerte. No quiso ajetrear su bienestar, más de lo que ya está.

— Fue algo nuevo para mí — dijo Edd —. Fue gratificante, quizás el calor me bajo un tanto los ánimos.

— La próxima vamos a ir a donde tengan un aire acondicionado — farfulló con sarcasmo.

— Con un poco de sombra de suficiente — dijo Edd.

Comenzaron a guardar todo. Vargas metió la liebre muerta en una bolsa y la envolvió en una manta para no llamar la atención. Lo mismo hizo con las armas.

— ¿No se nos olvida nada? — preguntó Vargas.

— Trajimos un perro, ¿no? — escupió como un estúpido.

El viejo Vargas lo tomó como un no.

— Si, trajimos un perro llamado Edd — Vargas también estaba agotado, después de décadas durmiendo la siesta el cuerpo se acostumbra. La abstinencia al sueño comenzó a pesarle.

Edd guardó silencio, solo quería irse.

Una vez que guardaron todo y juntaron los casquillos en una bolsa para luego tirarlos a la basura, emprendieron el camino de vuelta.

El único sonido en el camino era el rugido del motor, cada quien estaba sumido en sus pensamientos. Edd caviló la referencia que una vez le espetó el viejo Vargas: «Matar a una persona no es muy diferente que matar a un perro». Esa idea le erizó la piel, no sintió anomalías en su personalidad, no le pesó la conciencia. Mató a un perro y no sintió nada en absoluto, quizás un poco de pena y miedo a ser increpado, pero nada grave. Quizás fue muy pronto para sacar conclusiones, cada acción se ve afectada por una reacción. Quitar la vida a otro ser vivo suele quitar el sueño o, por arte de magia, volverse un tabú satisfactorio.

Un nuevo día comenzó. Despertó al sonar del tintineo de la alarma del reloj. Estaba cansado, su piel ardía en una tonalidad rojiza. El día anterior se estuvo tostando la piel bajo los rayos del sol mientras entrenaba para ser un mercenario público. No quería levantarse, no le apetecía ir a la escuela. Una de las finalidades imprescindibles de la educación pública es que los alumnos odien aprender, detesten educarse, por ello es que cuando terminan el ciclo, donde los doblegan y enseñan a seguir ordenes sin objetar, el que no sigue estudiando, ya sea dentro de una institución educativa o en la comodidad del hogar, no agarra un libro por el resto de su insípida vida; aprender es una cosa de locos.

— Hijo, levántate — dijo la abuela después de entrar al cuarto —. O llegarás tarde.

Mientras la abuela cogía del suelo la ropa sucia para meterla al lavarropa automático, Edd encontró inspiración de algún lado y salió de la cama.

— ¿Qué has estado haciendo? — inquirió la abuela —. Estas quemado.

— Solo he estado al aire libre — respondió con un gran bostezo.

Terminó toda la rutina matutina y la abuela lo acercó a la escuela. En el camino fue sometido con preguntas irrelevantes, paternas.

Ese día no tenía ganas de hacer nada, le cansaba estar despierto y respirar. El día fue pesado, día en que conocería a una profesora soberbia, repugnante y frustrada. Todo iba bien, hasta donde se podía. A primera hora tuvo clases con la profesora Alcoleas, la de naturales, quien olvidó el enfrentamiento que tuvo con uno de sus alumnos el primer día y no le profirió malos tratos. Durante el primer recreo se encontró con el boliviano y el resto de inadaptados, quienes estaban igual que Edd, agotados. Sin embargo, nada fue excusa para olvidarse de las conversaciones con temáticas que no pertenecen a ningún catálogo. El tema que sobresalió fue el de que tanto vello público tenían cada uno. Dobby espetó con orgullo que él no tenía pelos en las partes íntimas porque se depilaba, según él las mujeres detestan los pelos en el cuerpo. Cuando volvían a las aulas tuvieron un inconveniente, el saco de huesos y sus amigos acorralaron al boliviano y comenzaron a hostigarlo con insultos racistas. «Volvete a tu país, boliviano de mierda.», decían con la lengua envenenada. Edd fue el único que intervino, el resto de los inadaptados son muy cobardes o muy buenos, de esos que no conocen la violencia y el odio. Edd no tuvo que hacer un gran esfuerzo, los villeros solo querían asustar al boliviano, cosa que lograron. Ese día los villeros estaba atrevidos, y la razón era que la manada comenzó a incrementar su número de miembros. Claro está que si intentan arremeter contra Edd recibirán una respuesta, y lo tienen muy presente, por ello solo lo ignoran.

Dobby fue el encargado de colorear el momento, hizo un chiste tonto, de esos que no dan risa, pero que en aquel momento conmovió el corazón. El boliviano apenas si era capaz de formar una sonrisa, estaba tembloroso e inhibido.

— Avisame si te molestan en el aula — dijo Edd, piadoso y protector —. Si te hacen algo los voy a golpear.

Edd tenía una manopla en su poder, la que le regaló el viejo Vargas, y ansiaba ponerla a prueba. Matar a un perro le hizo perder el sentimiento pacifista que tanto problema nos trae. La violencia es parte de nosotros, en un sentimiento más, no es muy diferente a estar triste o feliz, es una reacción natural. Durante la noche se preguntó que era de la existencia de ese perro, pero se centró más en cavilar en que sintió él mismo por esa acción. «Matar a una persona no es muy diferente a matar a un perro.», se repetía una y otra vez. Su amistad con el viejo Vargas le afectó de forma irreversible. Quiso mentirse, pero lo certero es que se sintió poderoso, una especie de dios. Ya estaba triste, casi deprimido, desde que su madre enfermó de cáncer, y ese dolor interno cedió cuando mató al perro.

Maldad, eso fue lo que sintió. Creyó ser un ejemplar más de la especie humana al disfrutar de la desgracia ajena. ¿Acaso los soldados disfrutaban matar a otros soldados de diferente patria? La humanidad está acostumbrada al derramamiento de sangre de su propia especie, al parecer no puede soportar la falta de violencia. Somos violentos, es nuestra naturaleza. ¿Alguna vez han golpeado a alguien? Si dicen que se sintieron mal son unos mentirosos, porque la verdad es que sintieron una satisfacción y excitación acrecentada. ¿Matar a alguien? La experiencia y las emociones deben variar en la persona, pero persona que mata una vez lo vuelve a hacer, es como el sexo o la pornografía. Si no lo controlas, te domina y se convierte en una adicción insaciable.

Ante la mirada incrédula de los inadaptados benevolentes, Edd mostró su arma secreta. La manopla sorprendió a todos, abrieron los ojos y sonrieron de placer.

— ¿De dónde sacaste eso? — preguntó Dobby —. Épico.

— Me lo regalaron — contestó Edd, presumiendo su pertenencia.

— ¿Ya lo has usado?

— No, pero estoy listo para usarlo.

El boliviano deseaba tener un poco del valor que emanaba de Edd.

— ¿Acaso tienes un arma en la mochila? — preguntó Dobby, bromeando.

— No, pero ayer aprendí a usar armas de fuego.

Todos se maravillaron.

— ¡No te creo! — cantó Dobby.

— De verdad — dijo Edd, tranquilo y serio como un sacerdote en plena misa, dibujando además la sonrisa soberbia del admirado —. Hasta maté a un perro.

Los amigos se miraron el uno al otro, intentando averiguar si lo que Edd decía era cierto o una de sus bromas.

— ¿A un perro? — Dobby pareció conmovido, triste —. Espero sea una broma.

— Lamento decirte que no es una broma.

— Entonces eres un loco de remate — replicó Dobby, compungido —. ¿Por qué mejor no matas a los villeros de mierda que solo saben molestar?

Edd quitó toda expresión de su rostro, fue como si le hubieran prendido el foco de las ideas.

— No lo estas considerando, ¿cierto? — Dobby se asustó.

— Si hago eso me meten preso — Edd volvió a adoptar su simpatía —. Supongo que con la manopla es suficiente.

— Si has matado a un perro supongo que no te será muy difícil golpearlos hasta desfigurarlos — dijo Dobby —. Eres el valiente del grupo, o el loco esquizofrénico.

— Si nadie se enfrenta con esos villeros creerán que pueden hacer lo que quieran. Los van a seguir molestando si creen que pueden hacerlo, saben que no se van a defender porque vienen de una buena familia — dijo Edd, palpitando una actitud airada.

— Son muchos para uno solo — intervino el boliviano.

— No saben pelear, por eso es que andan en patota.

— ¿Y si tienen cuchillos o algo así? — preguntó Dobby —. Los villeros siempre tienen armas blancas.

Pausa. Todos quedaron pensativos.

— No creo que tengan el valor de apuñalar a alguien. Les temen a sus padres, y esa es una buena excusa para una paliza despiadada — dijo Edd.

— ¿Y si es un drogadicto con padres igual de problemáticos? — Dobby no se detenía.

— Si ese es el caso, entonces me veré envuelto en un grave problema — contestó Edd, replanteándose el impetuoso sentimiento de valentía.

— Puedes traer unas de tus armas y asustarlos — farfulló el boliviano —. Quizás así se enderecen y dejan de ser tan estúpidos.

La conversación daba para seguir, pero los profesores se aproximaban hacia las cuevas de adoctrinamiento con aire prepotente y sonrisas envenenadas. Al aula de Edd entró una rubia atractiva con ropa ajustada, alta, delgada y de buen trasero, ni hablar de las tetas; daban ganas de ser alimentado como a un bebe. La nariz era grande y curva, podría ser descendiente de alguna familia judía. Una profesora así causa serios problemas en los jóvenes con las hormonas que palpitan con estrepito, deberían prohibir a los educadores con gran atractivo sexual.

Que comience la clase, que comiencen los problemas.

— ¡Buenos días a todos! — exclamó la profesora después de que todos los alumnos entraran al aula, mostrando unos intensos dientes blancos con una falsa sonrisa de afabilidad —. Mi nombre es Mónica Allende, soy la profesora de Lengua y literatura. — escribió su nombre en el pizarrón con letra manuscrita y elegante —. Tendremos clases los días jueves y viernes, ambos días al mismo horario.

La clase estaba en silencio, expectante a la atractiva profesora.

— Por lo que veo son bastante tímidos — embozó una sonrisa casi diabólica, que al contraste de su escote le erotizaba aún más su imagen —. No se preocupen, los ayudaré a que se conozcan y entren en confianza. La primera tarea que tendrán es que se presenten ante toda la clase, que cuenten quienes son, que es lo que les apasiona y que les gustaría ser o hacer de grande. Pueden contar lo que les apetezca, la idea es que pierdan la vergüenza. En mi clase es primordial la participación, harán tareas en grupo y expondrán en forma oral diversas preguntas que les iré realizando al azar. Si no pierden la timidez les será difícil aprobar la materia.

Los alumnos se miraban unos a otros, compungidos y temblorosos. Edd estaba nervioso, al igual que el resto de sus compañeros. Quizás un poco de cerveza los habría ayudado a desinhibirse, una lástima que fueran menores de edad.

— ¿Alguien quiere empezar? — la sonrisa maquiavélica de la profesora comenzaba a inquietar a la multitud —. ¿O elijo yo?

Siempre hay uno en el grupo que no conoce la vergüenza, el verdadero sueño del pibe.

— Yo empiezo — dijo uno que estaba sentado en la primera fila, levantando la mano y poniéndose de pie —. Mi nombre es David Policante, tengo 13 años, me gusta ir al cine y de grande pretendo trabajar en una gran empresa y obtener un buen salario. Gracias.

David Policante ya estaba adoctrinado, le arrebataron los sueños y la libertad. Quizás su mayor anhelo era ser director de cine o actor, pero para las personas de sueños rotos esos deseos no son realistas, son solo fantasías inalcanzables, una pérdida de tiempo. Ya estaba muerto, la bala que le entró en los sesos terminó con su sufrimiento.

El siguiente en presentarse fue el compañero de banco de Policante.

— Mi nombre es Esteban Quito, tengo 13 años, me gusta jugar al fútbol, y de grande me gustaría ser profesor de educación física.

El tal Esteban ha de haber sufrido demasiado por culpa de su entorno hasta verse rendido y aceptar los límites de los mundanos. Su sueño siempre fue jugar al fútbol de forma profesional, pero las malas lenguas le hicieron ver que alguien en su posición jamás llegaría a cumplir su sueño, que era un imposible y debería limitarse a lo seguro y sencillo, a lo realista. Pudo tener talento, pero sin carácter no habría llegado a nada. Por suerte una bala en los sesos terminó con su sufrimiento.

— Mi nombre es Camila Pino, tengo 13 años, me gusta cantar y bailar todo tipo de danzas, y de grande me gustaría ser bailarina profesional.

Al fin una persona despierta, con las alas sanas y el carácter necesario para salir de la fábrica de empleados. No todo es color de rosa esmeralda, la tal Camila Pino pertenece a una familia de clase alta, claro está que el dinero nunca será un problema para ella. Sin esa carga en la espalda y con toda una familia apoyando sus anhelos, que no los quepa duda que lo hubiese logrado, el dinero resuelve la vida y las oportunidades fluctúan como las propuestas de matrimonios el día de los enamorados. Una lástima que una bala en los sesos terminó con sus sueños casi hechos realidad.

El patrón de la presentación fue el mismo que estableció el primero que se presentó. Les faltó imaginación o quizás tuvieron miedo a romper el esquema que todos seguían, he aquí un ejemplo de que seguir a las masas nos limita la capacidad de pensar e innovar.

— Mi nombre es Nicolas Lombardi, tengo 12 años. Me gusta hacer deportes y estudiar, les hago un favor al cuerpo y a la mente. Aun no soy capaz de decir que me gustaría ser de grande, creo que antes debo encontrarme a mí mismo, ver que es lo que me apasiona, y después elegir mi camino.

Lombardi era muy expresivo y elocuente al hablar, la envidia de los introvertidos. Para los miserables que disfrutaban elegir los caminos ajenos, sin duda lo habrían seducido por el camino de la política. Le hubiera ido bien, era carismático, bien parecido y sabía como llegar a las personas. Una lástima que no pudo demostrar su potencial, una bala en los sesos le ahorró toda una vida asfixiante e insalubre, quizás hasta corrompida por el veneno del poder y el dinero.

— Mi nombre es Hernán Farias, tengo 13 años y me gusta jugar videojuegos — sorprendentemente todos comenzaron a reír, inclusive la profesora. La flaqueza moral de los mundanos con sueños rotos detesta lo diferente, lo extraño, lo poco usual. Claro está que la industria de videojuegos llegó para echar raises, para ser una profesión bien remunerada y respetada —. De grande me gustaría crear mis propios juegos.

Las sonrisas burlonas seguían en los rostros de la mayoría de los presentes. La profesora hizo un gesto tosco, triste y preocupado, como un sacerdote cuando escucha a un niño que es ateo. Para Edd nada era motivo de burlas, todos tienen el derecho de elegir su propio camino y nadie debe atreverse a juzgar o criticar, cada quien sabe lo que quiere, y eso es algo muy propio.

Otros compañeros más se presentaron con el sistema ya establecido, haciendo del momento algo monótono. La mayoría expresaba con vehemencia lo que le gustaba hacer, pero sus visiones hacia un futuro incierto eran calumnias desconcertantes, la gran mayoría deseaba ser empleado, dar todo su esfuerzo y gran parte de su vida para ser parte de los sueños de otro, ahorrándose así la tediosa tarea de crear algo por su cuenta.

Cundo llegó el turno de Edd todos voltearon a verlo, interesados y comparecientes. Se vio intimidado al principio, eran muchos ojos clavados en él, pero al comenzar a hablar se fue relajando de forma exponencial.

— Mi nombre es Edward Fibonacci, tengo descendencia italiana. Me gusta la música, escucharla y sentirla, ser parte de cada melodía. Hace poco comencé a aprender flamenco con mi guitarra, un gran músico me está dando clases particulares — la mayoría enarcó las cejas al oír la palabra «flamenco». El choque de cultura y el desconocimiento es abismal —. A veces leo novelas de crimen o lo que sea que encuentre en el bibliotecario, me gusta aprender nuevas cosas, experimentar todo lo que puede ofrecernos la vida. — la profesora y los futuros adoctrinados con balas en los sesos sonreían complacidos —. De grande me gustaría ser un gran científico, voy a esforzarme lo suficiente para poder ser astronauta y ver el todo que se transforma en una nada.

Las risitas apagadas volvieron a escucharse. La profesora apretó los labios y, con un gesto, festejó las sutiles burlas de los futuros peones de ajedrez. Otros, los que están despiertos y bien plantados en la vida, se mostraron indignados por las risas, tristes y espantados por el desuso de la moral y el prejuicio palpitando en cada alma muerta. Pero Edd tiene algo especial que lo diferencia del resto, ha aprendido a desestimar su bienestar y el coraje lo muestra en su capa de superhéroe.

— ¿De qué se ríe? — preguntó Edd a la profesora, cortante como un cuchillo recién afilado.

La profesora borró su expresión bobalicona, mostrando una expresión dura y ofendida, además de autoritaria.

— ¿Disculpe? — preguntó levantando unas de sus cejas y cruzando los brazos, además de ladear la cabeza quedamente.

— Disculpe, fue un error — dijo Edd —. ¿De qué se ríen todos? Es curioso que no se ríen de sus deseos, además de tristes son aburridos y estructurados por un sistema que los quiere sumisos. No se mientan a ustedes mismos, hagan lo que en verdad quieren hacer. No tienen que complacer los deseos de nadie más, al final van a morir encadenados en las ideas de otro. Sean libre, no sean giles.

Los alumnos enmudecieron y palidieron al escuchar lo que siempre quisieron oír. Otros fruncieron el ceño, las causas perdidas. Y los despiertos centraron su atención en la profesora, esperando la réplica, interesados en el pensamiento de quien se supone los educará.

— A diferencia de usted, ellos son realistas. Pueden reírse cuanto quieran de tus fantasías — escupió la profesora con el ceño fruncido —. No lo escuchen, no pierdan el camino. Vayan a lo seguro, a lo fácil, y tendrán una vida estable. Si eligen lo imposible, los deseos fantasiosos, lo único que lograrán es morir de hambre. Deben ser realistas, cuando crezcan y maduren recordarán todo lo que digo y me darán la razón.

— ¿Qué es ser realista? — preguntó Nicolas Lombardi, el futuro político de los muertos.

La profesora hizo todo su esfuerzo para no verse intimidada.

— Ser realista es tener los pies bien puestos sobre la tierra. Estar despierto y darse cuenta de que hay cosas imposibles de lograr, que no hay que creer en un cuento de fantasía donde todo se hace realidad. La vida es dura, no hay que perder el tiempo en mentiras o ficciones.

— Supongo que ser realista es encadenarse a la perspectiva de alguien frustrado. Nadie sueña con un trabajo estable donde debe cumplir horario y solo tiene un mes de vacaciones al año por el resto de su vida, donde al final se da cuenta de que su vida fue un completo desperdicio. Ser realista es creer en uno mismo y entender que lo único imposible es lo que no se intenta — replicó Nicolas Lombardi. Su simpatía hacía que las palabras no fueran dañinas u ofensivas. La profesora estaba preocupada, el resto de alumnos escuchaba con atención al joven Lombardi.

— No olvidemos que ser realista es reconocer a los fracasados que intentan frustrar los deseos del prójimo. Usted, profesora, lo que hace y dice, es egoísta. “Un trabajo estable es mi sueño”. Debería entristecer por eso y no animar a que el resto caiga en el mismo pozo. ¿Por qué piensa que no puedo ser astronauta? Supongo que se ríe porque lo ve como el deseo de un niño.

— Programar video juegos tampoco es motivo para risas — se desquitó Hernán.

Silencio.

— ¿Por qué crees que serás astronauta? — la profesora lo veía como algo absurdo.

— Porque no soy de su tipo, yo me voy a esforzar todo lo que sea necesario. A diferencia de usted yo lo veo como un propósito, no como un entretenimiento recreativo mientras esperamos la muerte.

— ¿Intentas ofenderme? — lo dijo con arrogancia —. Aun eres muy pequeño para entenderlo, ya saldrás del cascaron y comprenderás cómo funcionan las cosas en la vida real.

— ¿Qué deseaba usted cuando tenía nuestra edad? — preguntó Edd.

— Siempre quise ser profesora.

— ¿Por qué específicamente de Lengua y literatura? ¿Qué le gusta hacer en su tiempo libre?

— Es justo, ahora es mi turno para que me conozcan un poco mejor. El nombre ya lo dije, me gusta enseñar, es una vocación que me da placer, y siempre amé leer libros y escribirlos. Acabo dar la única razón por la que doy clases de Lengua. ¿Satisfecho?

Edd estaba serio y con expresión inescrutable, su mirada se encontró con la del joven Lombardi, quien sonreía por la verdad que acaban de desentrañar de la vida de la profesora. Por telepatía debatieron quien iba a ser el clarividente de la clase.

— Entiendo, siempre quiso ser una escritora publicada. ¿Fracasó por falta de talento u oportunidades? Dicen que para lograr algo hay que insistir bastante. ¿Se rindió muy pronto creyendo que perdía el tiempo? Ya comprendo lo de optar por un trabajo estable, se ahorra el esfuerzo, la tediosa responsabilidad, el engorroso acto de perseverancia y la interminable paciencia que conlleva lograr algo por uno mismo.

La profesora estaba por explotar de impotencia.

— Nunca quise publicar un libro, solo los escribo para mí. Escribir es mi acto de resiliencia.

— Ah, comprendo. Le hicieron creer que nunca lograría ser una escritora. La convencieron de que intentarlo era una pérdida de tiempo y que lo mejor que podía hacer era dedicarse a lograr algo más sencillo y “realista”. Debe ser triste ser como usted, una persona temerosa que no respeta su integridad y libertad como individuo. Pero claro, que voy a saber yo, un niño que aún no sale del cascarón. — Edd dejó boquiabiertos a todos sus compañeros, lo creyeron un loco por enfrentar de tal manera a una profesora, eminencia intocable.

La profesora sintió la ardua impotencia de arremeter contra el pobre Edd, atacándolo con barbaridades hirientes. Claro que se abstuvo, debía dar el ejemplo.

— Todo parece ser muy sencillo a tu edad, lo comprendo, yo estuve en tu posición. Pero creeme, si no cambias tus expectativas tendrás una vida muy triste. Debes aprender a apreciar lo alcanzable y no obsesionarte con lo imposible. Puedes que tengas las ganas, pero quienes van al espacio tienen una educación que nunca tendrás, y la educación es imprescindible. En Argentina estamos lejos de alcanzar la educación de las sociedades primermundista. Acá solo se centran en enseñar a trabajar, y no a pesar. Es triste, pero es lo que nos ha tocado vivir. Y mi objetivo es educar como corresponde, respetarlos a ustedes y que valoren el hecho de aprender, es triste para mí, como profesora, que los jóvenes odien aprender. Me gusta creer que mi esfuerzo y voluntad logran algo, y espero así sea.

Todos enmudecieron. La profesora demostró ser alguien competente, alguien que siente empatía hacia la integridad del individuo. Entonces, ¿por qué las burlas? Solo siguió a la mayoría de los estudiantes. Y si, lamentablemente tiene razón al querer bajarle un poco las expectativas a los soñadores, el mundo se rige por un sistema que busca esclavitud, tanto en lo físico como en lo psicológico. Por ello es que los que logran sus sueños son personas valientes, atrevidas, desquiciadas y obsesivas. No es fácil, hace falta odiar a la humanidad para lanzarse en la ventura de cumplir nuestros anhelos, quizás hasta un poco de amor tóxico.

— Es muy lindo lo que piensa y dice — dijo Edd, tranquilo —. ¿Entonces por qué me dice que debo ser realista con lo que espero ser de grande? No importa que hagamos, vamos a morir de todas formas. ¿Por qué no intentar lograr nuestros deseos? Como especie somos insignificantes, nuestra vida no tiene sentido, no tiene valor alguno. Si vamos a transitar el camino de la muerte, al menos debemos intentar disfrutar ese camino, después desaparecemos y nuestra existencia se olvida con el paso de los años.

— Es muy triste y preocupante lo que dices. ¿Estás deprimido o algo? Deberías hablar con alguien, un profesional... — comentó la profesora, siendo interrumpida abruptamente.

— Triste y preocupante es olvidarnos quienes somos — replicó Edd.

— ¿Y quién es usted? — preguntó la profesora, interesado por el jovencito que despertó a una muy temprana edad.

— Soy muy joven, aun no lo descubro. Pero me atrevo a decirle que soy solo un ejemplar más de nuestra destructiva, repugnante y frívola especie. El único fin del ser humano es destruirse a sí mismo.

— Debes ir urgente a un psicólogo, antes de que tu salud mental se deteriore.

Silencio.

— Demasiado tarde, ya me convertí en un patriota.

— ¿Patriota?

— La paz es la violencia. La guerra es la paz.

La intrusión pedagógica de la profesora le ayudó a descubrir que Edd necesitaba urgentemente una intervención profesional. No es bueno encontrar una mente joven y desilusionada. El odio arde cada vez más, solo se apaga cuando el individuo da sus últimos suspiros. Si el odio fuese fuego, la sociedad en general sería la brasa y el líquido inflamable. El odio es la esencia humana, no por nada nos destruimos unos a otros.

— ¿Has leído 1984? — preguntó la profesora.

— No — contestó Edd —. ¿Debería?

— No, no creo que estés en tu sano juicio como para leer esa obra. Pero si quieres leerlo, bueno, es tu decisión y yo no puedo hacer nada.

— ¿Por qué me preguntó si lo leí?

— «La guerra es la paz. La libertad es la esclavitud. La ignorancia es la fuerza» — mencionó, con énfasis, el lema de la sociedad en la que está basada dicha novela —. Lo que acabo de mencionar aparece en el libro de George Orwell, 1984.

— ¿Sí? Ese libro debe describir a la sociedad como tal, ese lema es muy certero. «La libertad es la esclavitud». No hay mejor descripción para el sistema educativo de nuestra perversa nación.

La profesora esbozó una sonrisa de incredulidad, el joven Edd estaba destinado a ser un crítico social que logra ver la verdad del todo, quien es capaz de embelesar los oídos de los ciegos, por ende, el único futuro que se le puede atribuir es el de un inadaptado empobrecido.

— Me gustaría conversar con usted... — con el gesto que hizo Edd pronunció su nombre en voz alta —. Edward, lindo nombre. Deberíamos tener una conversación, necesito descubrir cómo se encuentra tu salud mental y si puede afectar tu bienestar. Claro, siempre y cuando quieras. No quiero obligarte.

— La verdad es que no me interesa, no quiero que me lave el cerebro con algún método de hipnosis que usan en la CIA. — bromeó Edd, siempre con tono tranquilo y, sin duda, sónico.

La profesora olvidó la pequeña confrontación que tuvieron al principio, quizás se vio fascinada por encontrarse con un alumno diferente a todos los que ha tenido.

— Mucho drama y poca acción — dijo la profesora, creyendo que seguir con la conversación sería muy redundante —. ¡Qué empiece la clase! La clase de hoy será un repaso de todo lo visto y aprendido en la primaria, mañana comenzaremos a ver nuevo contenido... — y bla bla bla. Las clases son aburridas, casi como este libro.

Las horas pasaron muy rápidas por momentos, y muy lentas y tediosas en otros. Entre un abrir y cerrar de ojos, el timbre que avisa el final de la jornada les devolvió, a los estudiantes, las esperanzas y el sentimiento de libertad.

Al salir de la escuela, yendo al encuentro con su abuela, quien lo esperaba dentro del vehículo, vio que un grupo de villeros esperaba al otro lado de la calle, en un terreno descampado. Varios villeros con el guardapolvo desabotonado y gorras con la visera hasta los ojos se acercaron al grupo y se saludaron como si se conocieran de toda la vida. Al principio, Edd, no le dio demasiada importancia, no hasta que el saco de huesos y sus piojos se incorporaron al grupo. Tuvo una mala impresión.

Una vez dentro del vehículo de su abuela, el cual ya estaba en movimiento, pasó frente a la entrada principal del colegio y vio al boliviano y a Dobby, quienes estaban con expresión de terror dentro de la institución, temiendo salir y ser interceptados por el grupo de villeros, que cuando son mayoría se convierten en individuos valientes. Gracias a que el vehículo iba lento, Edd pudo ver a los villeros dedicando al boliviano y a Dobby gestos de amenaza. Varios reían a carcajadas y gritaban insultos raciales sin que nadie se alarmara por ello. Una persona sensata habría interceptado y evitado una trifulca deshonesto y despareja, pero a nadie le importa ayudar al prójimo, no cuando sabe que no obtendrá nada a cambio. La abuela de Edd escuchó los insultos, pero ni se mosqueó, era como si estuviera acostumbrada a la discriminación y al odio sin sentido.

— ¡Espera! — exclamó Edd —. ¿Podemos llevar a unos amigos?

La abuela frenó de golpe, alarmada, y varios bocinazos de personas irritadas se escucharon detrás. La abuela le expresó que no tenía problemas en acercarlos a sus casas. Edd bajó la ventanilla, y con gritos estridentes fue escuchado. El boliviano y Dobby tardaron en reconocer a Edd, pero al hacerlo fueron enseguida hacia el encuentro.

— Suban, los llevo a sus casas —dijo Edd, sintiéndose de pronto un ángel protector.

El boliviano y Dobby se subieron sin pensarlo dos veces. Se sintieron aliviados, como si los hubieran salvado de morir ahogados en aguas turbulentas. Era claro que los individuos pertenecientes a la escoria de la sociedad los estaban esperando, sobre todo al boliviano. Dobby podría sufrir las consecuencias solo por acompañarlo. El saco de huesos quería su venganza después de que el boliviano lo golpeará en el baño. Edd estaba excluido de la venganza gracias a su amistad con Alexis, un villero muy respetado por los de su misma especie. El amigo de uno, es amigo de todos.

Los villeros se ensañaron con el boliviano, y la causa es inverosímil. Solo son animales salvajes que desean lastimar a alguien solo por placer, porque necesitan desahogar sus penurias. Cuando partieron hacia sus hogares sintieron que burlaron a los carentes de intelecto, la satisfacción fue abismal. Tarde o temprano deberán enfrentarse a ellos, las ratas son escurridizas.

Marcos Canaviri, el boliviano, vivía en zona céntrica, su familia tenía un local de ropa, y Dobby en una zona residencial tranquila, en una gran casa con un patio hermoso.

Edd solo pensaba en la comida del almuerzo y sus ganas de tirarse a la cama y dormir hasta el día siguiente.

El resto del día estuvo tranquilo, luego de dormir la siesta partió con guitarra en mano hacia la casa del señor Vargas, quien con todo gusto le dio clases de guitarra durante horas. En ese encuentro Vargas estuvo más callado de lo normal, se lo veía preocupado y fatigado, pero sus chistes cínicos y sarcásticos son la esencia de su existencia, no había porque preocuparse. Edd mostró grandes avances en su aprendizaje con el instrumento, dejando anonadado al señor Vargas. «¿Acaso no tienes nada más que hacer? Debes pasarte todo el día tocando la guitarra.», fue uno de los tantos comentarios de Vargas. Edd quiso conversar sobre el suceso del día anterior, en el campo improvisado de tiro. Quiso confesar su perfidia cometida para descubrir que siente en realidad.

— ¿Mañana quieres acompañarme a la iglesia? — preguntó Vargas cuando estaban por despedirse —. Ensayo con la bandita... puedes ver a la hija de la pastora. — dijo, seguido de una risa picarona.

— Lo pensaré — el viernes es un día hecho para el ocio, al menos es lo que cree Edd en su mundo inventado —. ¿A qué hora?

— A las 8pm.

— Mañana le aviso si puedo — aseguró Edd —. Depende de que tan animado esté.

— Nos vemos mañanas entonces — dijo Vargas, estaba seguro que la hija de la pastora como carnada es efectiva —. Espero no te asesine el monstruo que vive debajo de tu cama.

— Espero que a usted no lo encuentre la muerte — musitó Edd, frio como el clima de Siberia —. Todavía tiene mucho para enseñarme.

— Ya veré que trato hago con la muerte, por el momento no la he visto merodeando por los alrededores. La espero cada noche, debe haberse olvidado de mí o simplemente disfruta verme sufrir en silencio. — dicho esto, se despidieron y cada quien se resguardó en su respectivo hogar.

Los viernes en la escuela suelen ser lo más hastiante y desesperantes, pues esperan dos días de libertad absoluta. No tienen la culpa, todo es mejor que estar en un lugar donde no se puede hacer nada, solo debes seguir ordenes, guardar silencio, escuchar clases aburridas, realizar tareas irrelevantes, copiar a mano lo que dicta el educador tras el escritorio; método de enseñanza que solo busca implementar y trabajar la actitud de obedecer. Para ser corto y conciso, la educación pública es una reverenda mierda maloliente, repleta de moscas y larvas. Es triste ver a niños y jóvenes con la mente en blanco siendo adoctrinados por sus profesores con ideales políticos y sociales que requieren una fuerte intervención intelectual. La gran mayoría cree en lo que les dicen, convencidos y segados por ello se convierten en fanáticos empedernidos carentes de sentido común. El objetivo principal de la izquierda, aparte de crear pobreza, es robar el sentido común a las personas, con ello es más fácil controlarlos. Los fanáticos se olvidan que es lo que defienden en realidad, y se vuelven vulnerables, sumisos, mientras gritan ideas que no entienden, todo por el mero hecho de querer pertenecer a algo, o quizás por envidia u odio al que tiene la dignidad de lograr algo por su cuenta. No por nada los grupos de izquierda se esfuerzan por opacar y malversar la meritocracia, es una estrategia para que sus seguidores no salgan de la cueva y vean por si mismos las mentiras que con tanto merito han defendido.

Aquel día, al finalizar la ardua jornada escolar, se marchó a casa sin antes interesarse y verificar si su amigo el boliviano necesitaba ayuda ante los villeros que ansiaban golpearlo. Tampoco le importó demasiado, lo dejó a su suerte, aquella mañana se abrazó a la antipatía. Sus días brillaban y tenían sentido cuando se encontraba con el viejo Vargas, donde encontró confort y olvido. Es sencillo imaginar que la muerte de su madre le fue afectando cada día más, casi siempre se desahogaba bajo la privacidad de la ducha. Otras veces, cada vez que veía la foto recuperada del álbum de fotos extinguido, las lágrimas le corrían sin la melodía del llanto. El peor dolor se enfrenta en silencio.

Le chocaba que sus compañeros no se atrevieran a hablarle como a alguien normal, muchos se mostraban incómodos e intimidados, nadie sabe cómo tratar a una persona que perdió a su madre. Evitaban cruzar palabras con él, temiendo lastimarlo con alguna frase inoportuna. Edd se excusaba diciéndose que lo prefería, que detestaba sociabilizar con personas poco interesantes. Claro está que es una idea superflua e impertinente, los seres humanos necesitan tener contactos con otros de su misma especie. Por mientras se entretenía con el boliviano y Dobby, el resto del grupo optaba por vagar bajo las sombras.

Una vez que estuvo recostado en su cama, le invadió la inquisitiva y cosquillosa sensación de ansiedad. Cuando se acordó de que por la noche vería a la hija caderona de la sacerdote, Yesenia, no pudo evitar guardarse los nervios. Quiso dormir la siesta, pero no fue capaz, sus pensamientos estaban orbitando como los electrones en el modelo atómico de Schrodinger. A pesar de la discrepancia, insistió en quedarse dormido, esfuerzo en vano, por lo que permaneció un par de horas recostado en la cama como un vegetal. Al menos logró matar el tiempo. Hastiado de hacer nada, se levantó decidido a practicar lo que el viejo Vargas le enseñó en la guitarra. Picado, notas y escalas. Avanzó bastante en la interpretación de la canción, *Romance anónimo*, solo debía practicar más y ablandar los dedos para que los arpeggios sonaran más limpios. Se perdió en las horas, como siempre, sumido en la magia de la música.

Antes de su encuentro con el viejo Vargas, merendó una taza de leche caliente con chocolate. Diez minutos antes de las 8 p.m. marchó con guitarra en mano hacia la casa del viejo Vargas, quien estaba en el garaje pasándole un paño limpio a la camioneta.

Ambos desestimaron la importancia y respetuosidad de saludar.

— Creí que no vendrías — dijo Vargas cuando Edd se acercó a él, olvidándose de nuevo golpear las manos y pedir permiso —. ¿Por qué traes la guitarra? Hoy no tendrás clases, debo ir a ensayar con la banda.

— Lo sé. Por eso traigo la guitarra, porque vamos a un ensayo. ¿O pretende que me quede viendo sin hacer nada?

— ¿De verdad crees que vas a formar parte de la banda? — preguntó Vargas con aire burlón —. No seas ambicioso, recién estas aprendiendo. Aunque admito que estar con otros músicos es una buena manera de avanzar.

— No la llevo entonces.

— No seas sensible, estoy bromando. Lleva lo que quieras — dijo Vargas con tono seco —. Si tienes una de esas remeras con portadas de bandas metaleras, lleva la más satánica que tengas. Me gustaría ver la expresión de los presentes.

— Si llevo una de esas remeras me sacarán de los pelos.

— No creí que fueras tan marica. Solo falta que te pintes los labios y me digas que eres homosexual.

— ¿Por qué no lo hace usted? Es fácil decirle a otro que lo haga. Vamos, no sea cobarde, no sea un comunista.

El viejo Vargas lanzó una carcajada, seguido por una tos seca.

— ¿Comunista yo? Es el peor insulto que alguien puede recibir. Antes que ser comunista prefiero ser homosexual.

— Quizás es un homosexual reprimido. Puede salir del closet, en los tiempos que corren ya no los linchan o apresan como en tiempos de antaño — dijo Edd con expresión divertida.

— Tienes toda la razón, pero ya estoy muy viejo para experimentar ese tipo de banalidades... — Vargas le dedicó una mirada juiciosa —. ¿Eres homosexual acaso? ¿O solo sientes curiosidad? Los hijos de putas de la izquierda están popularizando y normalizando cada barbaridad que ya nada me sorprende.

— Aún no sé lo que soy — respondió Edd, cerca de la indignación —. Pero en caso de serlo es mi problema, nadie tiene porqué opinar sobre mis decisiones.

— Muy bien dicho — indicó Vargas, sonriente —. Bueno, creo ya quedó bastante limpio. ¿Nos vamos ahora?

Edd asintió.

El viejo Vargas ingresó a la casa, y en menos de cinco minutos salió con su típica facha de gaucho moderno, como era costumbre verlo.

— ¿Y el traje? — preguntó Edd.

— Lo uso solo los domingos, porque si lo uso seguido debo lavarlo seguido, y así es como se arruinan las buenas prendas.

— Menos mal, creí que me iban a discriminar por ir tan casual al evento — dijo Edd.

— Te van a discriminar y maltratar cuando se enteren que eres homosexual — replicó Vargas con tono alarmante —. Dirán que tienes una enfermedad mental y que solo nuestro señor todo poderoso puede curarte. En algún momento, si los movimientos sociales siguen ganando terreno, deberán deconstruir sus ideales o perderán la hegemonía que tienen. Una iglesia sin seguidores es una iglesia sin ingresos, y como todo se mueve a base del dinero jamás permitirán que eso ocurra.

— La división social parece ser abismal.

— Lo es, y es triste ver cómo nos destruye. Pero es algo con lo que debemos aprender a vivir, siempre existirán diferencias y enfrentamientos, de alguna manera es una parte esencial de nuestra especie.

Partieron hacia la iglesia.

— ¿No piensa cerrar su casa con llave? — preguntó Edd.

— ¿Por qué debería hacerlo? No creo que los ladrones se atrevan a entrar, saben muy bien que no tengo problemas en buscarlos y volarles los sesos.

— No se confíe, a los delincuentes les gusta hacerse los valientes.

— Creeme, nadie entrará a robarme — dijo Vargas con vehemencia.

— Como usted diga, pero si alguien le roba espero le vuele los sesos — Edd comenzó a asustar al viejo Vargas, quien por momentos se relajaba de preocupación y se estremecía por su mala intrusión hacia un joven dolido, lastimado y al borde de una aguda depresión, convirtiéndolo en un joven frágil, vulnerable e impredecible.

Disfrutaron en silencio el camino hacia la iglesia, la brisa refrescante en la cálida noche ululando entre árboles esplendorosos les robó las palabras.

— ¿Cómo te ha ido en la escuela? — preguntó Vargas, temiendo ser repetitivo, a pocos metros de llegar al almacén religioso.

— Nada fuera de lo normal — respondió Edd —. Pelear, aburrirme, discutir con profesores y demás. Aun no aprendo nada, creo que los profesores se olvidaron de hacer su trabajo. Hace poco, ayer, tuve una discusión con una profesora, quien comenzó a reír cuando unos compañeros y yo dijimos lo que queríamos ser de grandes.

— Adivino, los tildó como niños fantasiosos que aún no entienden cómo funciona la vida real — aventuró Vargas.

Edward, lejos de sorprenderse por la certera insinuación de su ejemplo a seguir, celebró en silencio no tener que dar demasiadas explicaciones.

— Eso mismo, y es triste como mienten e intentan adoctrinarnos para seguir el sistema de vida que tienen implementado para nosotros. La realidad que ven es delirante, pretenden controlar nuestras vidas y robar nuestros sueños.

— Deja de lloriquear, pareces una niña — se retractó de inmediato —. Lo siento, olvidé que eres un revolucionario. Escucha, no todos encuentran su sentido u objetivo en esta vida, de no ser por ese sistema del que hablas todos vagarían en el olvido y serían un problema para la estabilidad social. Por eso el que logra sus sueños es alguien que tiene valor, mérito y la confianza necesaria para enfrentar y salir del sistema establecido. Quien logra salir del esquema establecido es recompensado con una mejor vida. Si se preocuparan por hacer que todos cumplan sus sueños el mercado estaría hiper saturado y todos serían pobres. Solo imagina un mundo repleto de artistas, nadie sabría que música escuchar o que libro leer.

— ¿Usted que deseaba ser cuando era joven? — preguntó Edd.

— Tener una vida tranquila — dijo con expresión inescrutable.

— ¿La tuvo?

Vargas sonrió con ironía.

— ¿Tu qué crees?

— Usted es la persona más sabia que conozco. Aunque a veces no entiendo lo que dice, puedo asegurar que nadie puede tener una vida tranquila conociendo todo lo que usted debe conocer, contando además las experiencias vividas. Supongo que para tener una vida tranquila hay que ser ignorante y vivir en el exilio, lejos de toda vida social, sin conocer ni saber nada sobre el mundo en el que se vive.

— Por poco creí que estabas perdiendo la cabeza, sobre todo después de haber matado a aquel perro el día que fuimos a probar mis armas. Supongo que estas experimentando diferentes experiencias. Estás... digamos, creciendo.

Edd tuvo un escalofrío que le agudizó los sentidos, sintiendo de pronto un calor visceral.

— No pongas esa cara de sorpresa, ¿de verdad creíste que no vi al perro? Me sorprende que no hayas dicho nada al respecto.

Edd, después de recuperar el aire y las fuerzas de sus músculos, alcanzó con pasos acelerados a Vargas, y una vez a su lado dijo:

— Tuve miedo y me sentí culpable — admitió.

— ¿Por qué lo hiciste? — la expresión de Vargas no fue acosadora, sino de preocupación.

— Usted dijo que matar a una persona es como matar a un perro... — tragó saliva —. Por alguna razón desconocida terminé disparando. De haberlo pensado un poco más nunca lo habría hecho.

Vargas resopló con vehemencia.

— Bueno, al menos le disparaste al perro y no a mí. Igual no te asustes o preocupes, yo soy el único culpable. Además, yo le disparé a una pobre liebre, por cierto, bastante sabrosa, y no di el ejemplo.

Edd se recompuso a través de un alivio anonadante.

— Exacto, usted me está llevando por mal camino — dijo Edd.

— Comienzo a pensar que traerte a la iglesia no es una buena idea.

— ¿Porqué?

— ¿Recuerdas la pequeña conversación que tuviste con la pastora? — Edd asintió —. Te aseguro que todos saben que eres un anti cristiano e intentarán convencerte de que estas equivocado en todo, y que la biblia es tan real como las miserias que hay en el mundo.

— ¿Eso me traerá problemas?

— Nos traerá problemas — corrigió Vargas con énfasis —. Es probable que nos divirtamos un rato. Son graciosos y ridículos cuando intentan convencer de que la fantasía que ellos veneran es lo único real y verdadero que existe. Es casi como escuchar el discurso de un tirano, nada de lo que dice es cierto o razonable, pero la mayoría le cree sin cuestionamiento.

— Intentaré no discutir con nadie.

— Es lo mejor que puedes hacer, porque mientras más hablas más te hostigan. Son una comunidad toxica.

— Si tanto los desprecia, ¿por qué viene? — preguntó Edd, confundido.

— Ya te lo he dicho, solo por costumbre — respondió fingiendo estar irritado.

— ¿O porque le gusta la pastora? — Edd adoptó una expresión picarona y de complicidad. Vargas guardó silencio, pensativo.

— Para nada, me dan miedo sus enormes piernas. Sin duda deben hacerte desaparecer. Me apiado del pecador que debe enfrentarse a esas piernas para ser perdonado. Solo un loco se atrevería a entrar allí.

Edd tardó en entender que Vargas hizo referencias sexuales.

— Le voy a contar a la sacerdote que usted quiere acostarse con ella.

Vargas lanzó un par de arcadas forzadas.

— No seas tan asqueroso, lo único que le tocaría a esa señora es el rosario de oro que lleva en el cuello.

— ¿De oro? — preguntó anonadado —. Si llevan joyas de oro, ¿por qué la iglesia es tan pobretona?

— Hay prioridades, querido Edd — respondió con ironía.

— Entiendo, la apariencia personal es más importante que la apariencia institucional.

— Una vez pensé en ser un predicador, pero no soy tan malvado como para sacarle dinero a la gente que menos tiene. Porque es lo que hacen, aceptan dinero del pobre y se compran collares de oro, entre otras cosas. Es otro ejemplo de lo horrible que es la vida. Si quieres vivir en paz debes exiliarte en medio de la nada y no tener contacto con nadie. Lo malo es que te arriesgas a suicidarte por ahorcamiento.

— No cambia nada, de una u otra forma moriremos.

— Muy cierto... muy cierto — murmuró Vargas.

Las luces del interior del almacén religioso estaban encendidas, los miembros de la banda esperaban con ansias poder ensayar y pasar el rato mientras tocan canciones de cuna para el señor todopoderoso, en las noches suele desaparecer y se olvida de cuidar y ayudar los que necesitan una fuerza más allá de lo tangible.

Edd entró detrás de Vargas, cuya presencia silenció el bullicio de los presentes. En ese instante fue cuando Edd descubrió que Vargas se presentó al ensayo sin la guitarra. Dio por seguro que Vargas le pediría con total amabilidad que fuese a buscar la guitarra. Los presentes estaban sentados en el suelo del altar, relajados y desinhibidos, como si estuvieran en una pijamada. Cuando se acercaron Vargas dedicó un saludo general y se metió en un pequeño cuarto a un extremo del edificio, saliendo con una guitarra protegida por una funda negra acolchonada. «Claro, como olvidar la guitarra de la iglesia.», se dijo Edd por su mala memoria.

— ¡Edward! — exclamó Yesenia después de entrar al edificio con su energía característica, como si no temiera a nada ni a nadie —. Llegué a pensar que no volverías. Me alegra que hayas decidido venir... ¿Tocas la guitarra? — recuerden que Edd llevó su guitarra —. ¡Genial! Nos viene bien un guitarrista más.

Edd estaba algo tembleque, inhibido y nervioso como un político que es investigado por causas de corrupción.

— Hola — dijo Edd, arrastrando las vocales —. Estoy aprendiendo, aun no sé tocar bien.

— No importa, nadie nace sabiendo. Si te está enseñando tu abuelo tocarás mejor que nadie.

Edd quiso corregir sobre lo de su abuelo, pero Vargas le guiñó el ojo para que siguiera con el juego.

— Eso espero.

— ¿Cómo se encuentra, don Vargas? — preguntó Yesenia, altiva —. ¿Le sigue doliendo el pecho?

— Hola, querida — contestó Vargas lo más amable que pudo —. Si, se me ha pasado bastante. Aunque ya me he acostumbrado, cuando seas vieja deberás aguantar barbaridad de penurias, más te vale que te prepares.

— Espero no llegar a vieja, entonces — dijo Yesenia, seguido de una risita aguda.

— Es un deseo muy ambicioso.

— ¿Por qué nunca me dijo que tenía un nieto?

Vargas mantuvo una expresión dura y firme, digna de un guardia de la realeza británica.

— Porque nunca nadie lo preguntó — respondió Vargas.

— ¿Es el único o tiene otros?

— Tengo demasiados, pero este es mi favorito.

Yesenia gimoteó de horror.

— Es horrible que opte por el favoritismo en la familia, se supone que se debe querer a todos por igual.

— Ya tendrás tu propia familia y entenderás. No elegimos a la familia, y en muchos casos suelen ser personas engorrosas e idiotas empedernidos, creo que tenemos el derecho de optar por el favoritismo para estar con quienes apreciamos de verdad. ¿O acaso te gusta estar con personas que hablen todo el tiempo de futbol o escándalos faranduleros? No, claro que no, a nadie que se respete y crea en la dignidad le gusta perder el tiempo.

— Usted no deja de tener la razón, ¿cierto?

— ¿Qué es lo que te he dicho siempre? — preguntó Vargas a Yesenia.

— Que no debo tomarlo en serio, que solo es un hablador — recordó Yesenia con aspecto cansado y hastiado.

Vargas se encogió de hombros, se concentró en la guitarra, se sentó en una silla y comenzó a afinarla. Era una guitarra acústica, con cuerdas de metal, muy diferente a lo que Vargas estaba acostumbrado.

— ¡Qué linda guitarra! — se maravilló Edd, sin interesarse por la marca o el precio de la misma.

— Es una reverenda cagada — replicó Vargas.

Edd quedó atónito.

— Esto no es una guitarra de verdad — continuó Vargas —. Suena horrible y las cuerdas son una atrocidad.

— ¿Y por qué la usa? — preguntó Edd.

— Porque las que tengo son de buena calidad y reales, no tienen esta estupidez de moda de enchufarlas a un amplificador. Antes poníamos un micrófono y listo, éramos como dioses de la música. Pero en esta iglesia son tan cosquillosos que me obligan a usar esta cosa — dijo asqueado.

— Si no le gusta regálemela y listo, fin del problema — Edd quiso aprovechar las circunstancias a su favor.

Vargas lanzó una risa estridente, seguido de una tos seca y dolorosa.

— Si esa es la visión que tienes para conseguir algo en tu vida, te recomiendo que comiences a militar para los de la extrema izquierda. Esos también quieren todo regalado sin hacer ningún esfuerzo.

Cuando Edd vio a Yesenia riendo por lo bajo, prestando total atención a la conversación entre abuelo y nieto, se ruborizó de vergüenza y guardó silencio.

— Bueno, suficiente chachara por ahora. Ensayemos que no tengo mucho tiempo, en un rato tengo cosas que hacer — dijo Yesenia —. ¿Alguno quiere decir la palabra?

Los religiosos tienen un ritual para cada cosa que hacen, hasta cuando defecan. El ritual consta en nombrar al señor una y otra vez, alabándolo y dándole las gracias con devoción. Es extraño que las feministas religiosas no propusieron que dios podría ser mujer. El machismo en la iglesia es evidente.

— ¿Edd? — insinuó Yesenia, con aire divertido.

Claro está que Edd estaba perdido en otra dimensión.

— Mentira — dijo Yesenia —. Don Vargas, hoy le toca a usted.

Todos juntaron sus manos y cruzaron los dedos, cerraron los ojos y bajaron la cabeza. Vargas comenzó a relatar sus frases de devoción ya sabidas de memoria, mientras los otros murmuraban las propias. Edd quiso ser parte y comenzó a murmurar el himno nacional argentino a falta de sus recursos imaginativos.

Todos terminaron con un altivo y benevolente «Amén».

— Veo que eres muy patriota — comentó el baterista que tiene mitad del rostro caído, como si estuviera deritiéndose.

— Lo soy — contestó Edd —. Por eso soy tan nefasto y salvaje.

Todos en la sala dedicaron una mirada juiciosa hacia el viejo Vargas, quien dibujó una expresión autoritaria en su rostro.

— ¿Qué tanto miran? ¿Les gusto o qué? — atacó el anciano.

— ¿Qué clase de conversaciones entabla con su nieto? — preguntó Yesenia —. Debe tener cuidado, le creará todo lo que diga.

— Solo tenemos conversaciones que pocos tienen con un joven por temor a que sean temas delicados solo para adultos. A diferencia de la mayoría no subestimo a nadie, y este joven entiende sobre esos temas “delicados” mejor que la gran mayoría.

— Pero usted no siempre tiene la razón, lo terminará dañando y le arruinará la juventud — dijo Yesenia, preocupada.

— La juventud se arruina cuando les enseñan a apreciar todo tipo de banalidades y les hacen creer que el entretenimiento multitudinario y la ignorancia son esenciales para vivir una juventud sana. ¿Ahora me estoy equivocando?

Yesenia guardó silencio, sus gestos fueron irrespetuosos y expusieron su soberbia y complejo narcisista, pero tuvo la dignidad de no replicar.

— No te preocupes por mi — le dijo Edd a Yesenia —. A diferencia del resto soy capaz de cuestionar todo lo que escucho. Y el señor Vargas tiene razón, no debes subestimar a los jóvenes, y mucho menos debes atontarlos y hacerles apreciar las risas estrepitosas de la ignorancia.

— Si, como digas... — respondió Yesenia, torciendo el gesto.

A Edd se le fue el cosquilleo del enamoramiento, en ese preciso instante comenzó a despreciar a una persona soberbia y condescendiente, quien se ocultaba bajo la fachada de una joven dulce, amistosa y límpida de todo mal.

— O puedes ir a leer la biblia y creer con creces todas la fantasía que contiene. Por las dudas te aviso que las crónicas de Narnia es una historia de fantasía, no existe en realidad — comentó Edd con el sarcasmo de los dioses.

La joven Yesenia dio un respingo de indignación, ofendida y ultrajada como nunca antes.

— ¿Cómo se te ocurre decir eso? — enrojeció de rabia —. Estás en la casa de dios, no puedes faltarnos el respeto.

— No sabía que dios fuera tan pobre — Edd siguió hostigando —. ¿O también prefiere gastarse todo en joyas al igual que tu mamá?

Yesenia se puso de pie, loca como una cabra drogada por la sensibilidad de la ofensa, y gritó lo siguiente:

— ¡Al menos yo tengo mamá! — exclamó con desprecio, retirándose del almacén religioso con una corrida melodramática, con un llanto falso y agudo.

Edd fue ultrajado por una sensación de calor abismal que le nubló la vista y le provocó un chillido estridente en los oídos, a solo instantes de desfallecer o caer en una depresión inquisidora.

El viejo Vargas sintió una ardua impotencia, deseando que a la joven Yesenia la agarrara un violador y la descuartizara. Delirios de cualquier patriota. Tal era el apego con Edd que sintió como si hubiesen dañado a su propio nieto. A la familia no se la insulta ni se la toca, es un pecado capital. Como respuesta a tan denigrante momento, guardó la guitarra en la funda, le indicó a Edd que se pusiera de pie, y ambos comenzaron su marcha de adiós de tan tétrico lugar. Los pasos retumbaban sin pudor. Cuando llegaron a la puerta de salida se toparon con la sacerdote, quien se mostró alarmada.

— ¡Don Vargas! — exclamó —. ¿Qué sucedió? ¿Por qué mi hija entró llorando a mi casa?

— Escuche, vieja gorda, su hija es una estúpida buena para nada. Y no le de importancia al llanto, nadie le hizo nada. Ella hirió a mi acompañante, debería haberla criado mejor. Es una insolente, casi como usted. Yo me voy, me llevo mi guitarra, y no pienso volver. Y será mejor que su hija se disculpe, o sufrirá las consecuencias.

— ¿Me está usted amenazando? — preguntó en voz alta, intentando mantener la compostura.

— A usted no, a su hija si — respondió Vargas —. Sabe que, díglele que venga ya y se disculpe con nosotros.

— Primero necesito que me diga que hizo, no puedo obligarla a venir — fue fuerte al no expresar sus verdaderos pensamientos, no quiso nombrar a los demonios en vano.

— ¿De verdad quiere saber que hizo su hija de porquería? — Edd estaba abrumado, casi a la altura de las nubes —. Le dijo a Edd que al menos ella tiene madre. ¿Satisfecha?

La sacerdote se horrorizó, indignada e incrédula, ella estaba segura que educó debidamente a su pequeña hija.

— Pero ella jamás diría algo así... la eduqué muy bien — masculló la sacerdote.

— Debió esforzarse un poco más — replicó Vargas —. Espero se pudran en el infierno, donde podrán fornicar a gusto y darles un poco de placer a sus vaginas secas y tristes.

La expresión de la sacerdote fue de horror, claro está, y de asco. Además, se sumó la tristeza, conoce a Vargas desde hace décadas y le dolió perder a una amistad de esa forma. Pocas almas benevolentes son capaces de perdonar las ofensas, la gran mayoría no practica lo que predica.

A decenas de metros de distancia, el calor de la frustración comenzó a cesar.

— No debió tratarla así — comentó Edd con tono apacible.

— No te preocupes, siempre quise decirle lo que le dije — dijo Vargas —. De todas formas, iba a dejar de venir, ya me tenían todos hastiados.

— ¿Y si se arrepiente?

— Descuida, es mejor estar solo a estar entre decenas de personas y sentirse solo. Siempre quise dejar de ir, pero la costumbre lo volvió un asunto difícil. Puedo decir que acabo de cumplir una proeza.

— Lamento haberlo metido en problemas...

— No lamentes nada, no has hecho nada. Te puedo asegurar que Yesenia tendrá su merecido, la sacerdote tiene un fuerte temperamento. O la agarra a cintazos o le lava la boca con agua y jabón. Esa vieja es de las antiguas.

Silencio.

— ¿Cómo supo que mi mamá murió? — preguntó Edd, compungido.

El viejo Vargas se rascó la cabeza y lanzó un breve suspiro.

— Te olvidé mencionar que son habilidosos en averiguar sobre la vida de quien sea. Son como una secta de detectives.

— ¿No le habrá dicho usted?

— Para nada. Y saben desde hace un tiempo que no eres mi nieto. Supongo que estaban esperando que yo se los dijera.

— ¿Acaso ponen cámaras ocultas en las casas de sus seguidores para ver todo lo que hacen?

— A estas alturas, querido Edd, ya nada me sorprende.

Edd creyó que nunca volvería a poner un pie en el almacén religioso, pero se equivocó. Habrá una última vez, y no será un espectáculo agradable.

El domingo no tardó en llegar, solo bastó un simple pestañeo. Entre la monotonía es difícil detener y disfrutar del tiempo.

Edd fue, como cada día, a la casa del viejo Vargas, quien vestía el mismo traje del domingo pasado. El viejo estaba sentado en una silla de madera al frente de la casa, tomando mates y escuchando música en su vieja radio.

— ¿Te gusta lo que escuchas? — preguntó cuando Edd se acercó a él, de nuevo pasando sin antes pedir permiso.

— ¿Qué canción es? — preguntó en vez de decidir si le gustaba o no lo que sus oídos captaban en el ambiente.

— El tata está viejo, de Hernán Figueroa Reyes— respondió—. Es una canción vieja, y muy triste. Callate y escucha.

*“El tata está viejo, si un día ha de irse
que ni se dé cuenta al tranquito nomás
Diosito te pido, que apagues su vida
cual se apaga un pucho solo y sin pitar...”*

— Ahora, ¿qué te parece?

Edd estaba al borde de las lágrimas, las palabras y el canto transmitieron un dolor verdadero, que se siente y abre nuestras heridas.

— Es lo más triste que he escuchado nunca — dijo Edd con la voz temblorosa —. ¿Por qué escucha eso?

— Porque sana el alma. Como humanos debemos sentir todas las emociones, no escapar de ellas. Es una forma audaz de sentirse vivo.

— ¿Se la sabe en la guitarra?

Vargas le dedicó una mirada de incredulidad.

— ¿Con quién crees que estás hablando? — preguntó con soberbia —. Pues claro que me la sé, no es para nada difícil. Cuando aprendas las que te estoy enseñando ahora quizás te la enseñe.

— Falta mucho para eso.

— Muy bien, no dejas que el optimismo te aleje de la realidad.

— ¿Por qué tan elegante? — preguntó Edd.

— Voy a la iglesia.

Edd quedó sorprendido, no fue capaz de discernir que Vargas asistiera a un evento donde su relación con los anfitriones no era la adecuada.

— ¿Por qué?

— Por costumbre — contestó Vargas —. No encuentro otra razón. ¿Quieres acompañarme?

Edd quedó pasmado y en silencio.

— No seas dramático, si esa gente lo mejor que sabe hacer es fingir. Les puedes caer casi tan mal como satanás y no dirán nada si estas en su mesa compartiendo la cena. Creen en perdonar al prójimo y todas las ofensas, al final fingen hacerlo. Es divertido verlos cuando el odio los corrompe por dentro, siempre hablan mal de uno cuando no estás en su presencia. Es la cultura del fiel, son solo un ejemplo más de lo horrible que somos como especie.

— No sé si sea una buena idea... no quisiera incomodar.

— Vamos, puedes hacerte el satánico y divertirte un poco. Veo que llevas puesta una de esas remeras de bandas que horrorizan a los religiosos, es una buena iniciativa — dijo Vargas seguido de una risa socarrona —. ¿Venom? Nunca escuché esa banda.

— Es Black Metal — comentó Edd mirando el dibujo de una cabra dentro de un pentagrama sublimado en la remera —. Son de las bandas con música pesada y gritos chirriantes y guturales.

— Horrible entonces — replicó Vargas fingiendo tener náuseas —. Lo siento, pero eso no es música. Más bien es un delirio de un pésimo artista. ¿De verdad te gusta eso?

Vargas lo miró con intensidad y dibujó una expresión desdenosa.

— Creí que me gustaba, pero después de escuchar todo lo que usted me mostró no creo que sea capaz de escucharlos de nuevo. Por mientras disfruto solo del arte satánico que ponen en sus portadas y remeras. ¿Con esta remera incomodaré a varios en la iglesia?

— A varios no, a todos. Hasta querrán hacerte un exorcismo, son así de idiotas. Tienes todo a tu favor para divertirte como quieras. Siempre se acercan a los que ellos catalogan como “las causas perdidas”. Tienen el tonto deseo de querer cambiar la vida de otras personas con las fantasías bíblicas que tantos problemas ha causado ya en este mundo a lo largo de la historia.

— Se acercan a los que dan pena — dijo Edd con un suspiro de indignación.

— Tú lo has dicho. Vamos, trae una silla del garaje y siéntate conmigo. Tomaremos mates, escucharemos música y no diremos palabra alguna hasta que debamos partir a la iglesia.

Edd siguió las ordenes al pie de la letra. Pasaron el rato, disfrutaron un momento en paz, lo que todo ser humano anhela en tiempos engorrosos.

— No tienes que acompañarme si no quieres — dijo Vargas cuando llegó la hora de marchar.

Edd era capaz de olvidar toda su ideología e integridad con tal de satisfacer al viejo Vargas. Claro está que Vargas sonríe un poco más en su grata compañía.

— Ya estoy acá y no tengo nada que hacer. Voy a ir porque quiero incomodar a los presentes con mi facha de satanista anti ducha.

— Y a escuchar un poco de música. Debes admitir que la sacerdote y su tonta hija cantan muy bien.

— Si, también eso. Aunque el baterista con el rostro fatigado brinda lo suyo. Usted no, ojalá tocara como sabe tocar. ¿Acaso no hay canciones flamencas de índole cristianas?

— La iglesia católica y cristiana tiene marcas en toda sociedad que existe. En este lado del mundo es raro que la gente disfrute del flamenco. No están acostumbrados a los gritos que parecen llantos insaciables.

— Es una pena — dijo Edd —. Igual usted debería rebelarse e improvisar un solo de guitarra.

— Deja de darme ideas, soy muy fácil de convencer — replicó sonriente.

Entraron a la iglesia, era el mismo escenario que la semana anterior, solo que varias personas se voltearon hacia el dúo problemático y dedicaron miradas juiciosas y susurros conspiranoicos. La sacerdote y la tonta de su hija se encargaron de difamar el nombre de dos de sus invitados.

— ¿Por qué nos miran tanto? — preguntó Edd, abrumado.

— Debe ser por la remera que traes... — contestó con las cejas arqueadas —. O quizás lenguas envenenadas han acariciado sus oídos.

— También pueden estar atontados por su basta elegancia — bromeó Edd.

— Eso cada vez que me ven, pero hoy el día será interesante o muy aburrido. Espero sea interesante, cada maldito día aquí el aburrimiento no cesa por nada en el mundo. Quizás el meneo de la sacerdote al cantar puede despabilarnos, pero cada maldito domingo es igual al anterior. Parece que salir de la monotonía es pecado.

— A veces pienso que usted quiere prender fuego la iglesia — comentó Edd, serio como un oficial cuando atiende una emergencia con el título de violencia de género.

— Ya te lo dije, no me des ideas porque soy fácil de convencer.

El morbo pudo con Edd, se imaginó a un Vargas pirómano rociando con combustible el interior del almacén para después lanzar un cerillo que inicia todo el caos. Una vez que llegaron a sus respectivos asientos, todos comenzaron a acomodarse, como si hubieran preparado todo un complot de hostigamiento. La sacerdote caminó hacia el altar, y cuando sus ojos se encontraron con los de Vargas, luego de que el anciano le dedicara una afable sonrisa, tartamudeó unos instantes antes de desinhibir su basta elocuencia. Vargas fue un cínico, disfrutaba incomodar al prójimo. Al otro extremo de la iglesia, también en primera fila, estaba Yesenia, sentada y cabizbaja. Parecía un niño afligido luego de una reprimenda por mal comportamiento. La culpa en la conciencia no la dejaba en paz.

Es difícil salir de la monotonía luego de hacer los mismo durante años. Alabaron a un dios, pidieron clemencia y esperanza, y oraron por la salvación de las almas pecadoras, agregando con ironía que todo pecador merece ir al infierno. El perdón y el miedo no difiere demasiado en la lengua de los fieles. Cuando Vargas subió al escenario, Edd se esperanzó conque escucharía un poco de flamenco en público. Las canciones no fueron muy diferentes a la vez anterior, al parecer los ensayos son solo para practicar y recordar las canciones de siempre, temen a innovar su catálogo. La segunda experiencia de Edd fue diferente, en la primera vez por lo menos se divirtió con los gritos agónicos del anciano de al lado y se deleitó con la habilidad del baterista, solo se sintió hastiado y caviló en cómo era posible que tantas personas disfrutaran de aquel espectáculo insípido. Y peor aún, no era capaz de comprender como Vargas se prestaba a tan tétrico espectáculo.

Después de que la sacerdote se relamiera de placer al ver a sus lacayos poner dinero en sus bolsillos ambiciosos, terminó la misa dando un discurso de casi media hora. Habló de las ofensas y del perdón. Edd no tardó en caer en cuenta de que el discurso iba dirigido hacia el viejo Vargas y a él. La sacerdote al menos se dignó de no nombrarlos en público, aunque de seguro la mayoría ya sabía a quién iba dirigido el discurso de moralidad humana. No arremetió contra ellos, sino que fue su manera de pedir disculpas por la trifulca de unos días atrás.

— Mi hija, hace unos días, se ha equivocado y está muy arrepentida de lo que hizo. No importa que fue, lo que importa es que desea pedir perdón. Por favor, hija, sube y expresa tus palabras de arrepentimiento.

Vargas y Edd cruzaron las miradas, incrédulos y al borde de la risa.

— Hola a todos y todas, gracias por estar presente en esta reunión — dijo Yesenia ante el micrófono —. Hace un par de días dañé a una persona que no se lo merecía, en ese momento me hirvió la sangre y me perdí en un abismo de violencia que nunca antes vislumbré. La única excusa que tengo para decir es que en ese momento no fui yo, fue como si alguien más hubiese controlado mi cuerpo y obligado a decir palabras que nunca he dicho. Sé que es difícil de creer, pero sentí una mano con grandes garras en mi cabeza. Por suerte nuestro señor pudo ayudarme y librarme de esa presencia maligna que estuvo cerca de destruirme...

Vamos, los fieles son tan incrédulos que creen cualquier tipo de falacias, en ocasiones barbaries fantasiosas. Es como si tuvieran un derrame cerebral. Disculpen mi odio hacia la iglesia, es un sentimiento que ha vivido en mi desde que conocí el mundo repleto de fantasías y mentiras en el que viven. Una cosa es odiar a los que se aprovechan de los tontos, otra cosa es sentir lastima por aquellos que creen las atrocidades de los que se aprovechan de ellos. Cómplices y víctimas. El hecho de que existan iglesias que ayudan a los pobres, a los que en verdad lo necesitan, no me ha llevado al extremo de quemar

iglesias y asesinar a los predicadores maliciosos. Por mientras me desahogo en las sonas historias que cuento.

El viejo Vargas no pudo aguantarse y lanzó a los cuatro vientos una risa escandalosa y contagiosa. Sin duda no fue capaz de ignorar la estupidez que sus oídos escucharon con atención. Las miradas se tornaron ofendidas y otras divertidas. Edd no fue capaz de esbozar sonrisa alguna hasta que el viejo Vargas comenzó a toser de tanto reírse.

— No entiendo de que se ríe — dijo Yesenia amplificando su voz con el micrófono.

Vargas respiraba hondamente y cuando parecía que recuperaba su estado de lucida soltaba la risa de nuevo. Edd intentaba aguantarse la risa, escupiendo cuando la risa se le escapaba. Yesenia y la sacerdote estaban rojas de furia.

— Debería darte vergüenza, querida — gritó Vargas a viva voz —. No puedes mentirle así a la gente, tu madre ya lo hace demasiado. Lo que has hecho con Edward no fue más que mostrar quién eres en realidad. No vengas con la sonsa fantasía de que te has portado mal porque un ente maligno se ha metido en tu cuerpo. Eres mala persona, deja de engañarte.

— Por favor, estamos en la casa de dios. Pido que respete la reunión, nuestros hermanos se lo merecen. — dijo Yesenia.

— Y tú deja de ser tan egocéntrica, niña.

— Me ha ofendido — escupió Yesenia.

— No importa, usted está obligada a perdonar toda ofensa. Creo que tengo la libertad de ofenderla las veces que yo quiera.

— Viejo cretino — gimió Yesenia, quedando en evidencia ante todos los fieles.

— Y usted es una niña muy sucia — dijo Vargas, de pronto transformándose en una persona seria e inquebrantable —. ¿Quiere que le cuente a su querida madre los pecados que ha cometido en esta iglesia con su antiguo novio? Así es, tuve la dicha de ver algunos de sus secretos más terribles.

Yesenia enmudeció de terror, la sacerdote la miró con una intensidad desdeñosa y fulminante. Su hija, su princesa, resultó ser una lujuriosa, la pesadilla de los religiosos.

— ¿Quieren que cuente una de las cosas que vi? — preguntó Vargas, entendiendo que el silencio de la sala era sinónimo de un sí rotundo. Nadie rechaza el morbo —. Una vez la vi practicándole sexo oral a su novio en el cuarto de los instrumentos. Ellos creyeron que soy un tonto y que no vi nada, pero si en algo soy bueno es en fingir que nada pasa. — todos suspiraron de espanto y sorpresa —. No todo es malo, tiene relaciones sexuales en la casa de dios para que la protejan de todos los males que rodean al humano. ¿Continúo o ya están satisfecho?

La muchedumbre se escandalizó en murmullos prejuiciosos, banalizando la credibilidad de la sacerdote y su carente educación hacia con su hija. La eminencia debe dar el ejemplo, no obstante, sus críos se pierden en el camino como acto de rebeldía ante la represión de ideales que viven desde el momento que nacen.

— No me sorprende que el muchacho la haya dejado, debió espantarse por la persona oscura y pecadora que habita dentro de ese cuerpo angelical — continuó diciendo Vargas.

— ¡Ya basta! — gritó la sacerdote, escandalizada como una prostituta cuando no quieren pagarle luego del servicio especial —. Usted es un irrespetuoso, como se atreve a decir ese tipo de barbaridades... ¡Lárguese de aquí!

La señora del perdón y de todo acto benevolente se olvidó de practicar lo que siempre predicó. No la culpen, hablar es fácil.

— ¿Y qué sucedió con el perdón de las ofensas y toda la basura que siempre predicó? — preguntó Vargas, logrando que la audiencia se interesara por la respuesta de la sacerdote —. De tal palo, tal astilla. No por nada su hija es una fácil, ha seguido sus pasos.

Entre risas y murmullos ofendidos, la sacerdote se vio obligada a gritar con todas sus fuerzas para hacer volver el orden. Se siente poderosa, los plebeyos hacen todo lo que ordene, saborea el placer del autoritarismo.

— ¡Silencio! — gritó —. Por favor, señor Vargas, retírese de la reunión. Ya no es bienvenido.

El silencio en la sala llegó para dramatizar el momento.

— Ves, hija, tu madre también es una mala persona. No te sientas mal, la culpa la tiene tu madre por malcriarte. Pero eres joven, aun puedes aprender y cambiar.

La sacerdote señaló con su dedo la puerta de salida, con el rostro rojo de furia.

— Claro que me iré — dijo Vargas, tranquilo —. Pero no sin mi guitarra. ¿O piensa quedársela? No es tan costosa, no creo que se la cambian por una pulsera de oro.

Los pasos de los tacones de punta aguja de la sacerdote resonaron con ritmo y armonía, mientras todos estaban expectantes como si se tratara de una novela turca.

— Tome — dijo la Sacerdote extendiendo la guitarra envuelta en la funda —. ¿Necesita algo más?

— Si.

— ¿Qué necesita ahora? — preguntó hastiada.

— Darle las gracias por mostrarle a todos los presentes quien es usted en realidad — dijo poniéndose de pie —. Se ha puesto en evidencia, su único interés no es cuidar las almas de los seguidores de dios, sino que pretende enriquecerse a costa de ellos. Es una mujer mundana y asquerosa.

Comenzó a caminar con la frente bien en alto hacia la salida, acompañado por su joven amigo Edd. No fue un acto anonadante cuando todos los fieles comenzaron a salir detrás de Vargas, abandonando la falsedad de la sacerdote y sus predicaciones. La líder de la comunidad solo vio ruina y desgracia en su futuro, sin la contribución económica de quienes han saciado sus necesidades durante décadas, se vio obligada a desprenderse de sus riquezas para no morir de hambre. Fue un agradable final. Los fieles, en la necesidad de saciar sus espíritus y esperanzas, cayeron bajo el ala de un joven sacerdote que comenzaba a predicar las escrituras de la biblia.

— ¿Por qué todos salieron con nosotros? — preguntó Edd, aun incrédulo.

— La sacerdote perdió la credibilidad, no creo que vuelvan.

— ¿Solo por eso quiso venir hoy?

— Explicate.

— Para arruinarle la carrera a la sacerdote, una venganza maestra.

— Veo que eres muy perspicaz. Solo obtuvo lo que se merece, no te sientas mal. Y agradece que los fieles se dieron cuenta, ya no saciaran las banalidades de la sacerdote, una tirana ambiciosa que tiene como dios al dinero. Hemos hecho un favor a todos.

— ¿De verdad vio a Yesenia tener sexo en la iglesia?

— Para nada — contestó sonriente —. Pero tenía mis sospechas. Supongo que no estaba tan equivocado después de todo.

— ¿Usted tuvo sexo con la sacerdote? — Edd vio algo que nadie vio.

Vargas esbozó una sonrisa irónica.

— ¿De dónde salió esa insinuación?

— Le ha dicho, en otras palabras, que es una puta cualquiera con cierto resentimiento...

— Ya sabes la respuesta... no me hagas decirlo.

— ¿Y lo destrozó cuando estuvo encima suyo? — preguntó ahogando la risa.

— No te imaginas cuanto... Llegué a creer que estaba poseída por el demonio de la lujuria.

— Gracias por todo lo que hace por mí — expresó Edd, conmovido —. Sin usted creo que me sentiría muy solo. Mis abuelos viven conmigo, pero es como si fueran almas perdidas que vagan por los cuartos. Me alegro haberlo conocido.

— No seas un marica sentimental — dijo Vargas, a su manera expresando un agradecimiento recíproco —. Los días pasan muy rápido, la muerte se acerca cada vez más. Solo no te encariñes demasiado, ya tienes demasiado peso en tus hombros.

Y con esa advertencia caminaron en silencio hacia sus cálidos hogares.

Los días pasaron, la monotonía sumió en el olvido a las almas sin sueños. Los encuentros entre Edd y Vargas no variaron demasiado, entre conversaciones poco convencionales y la guitarra, lograron establecer una amistad fuerte y verdadera, de las que pocas veces se logra en la vida.

Los días de escuela de Edd tampoco variaron demasiado, transcurrieron sin penas ni gloria, se vio obligado a aguantar el obvio adoctrinamiento al que se ven sometidos todos los jóvenes del país que, por falta de una mejor economía, se ven obligados a instruirse en establecimientos públicos. La enemistad de Edd con los villeros solo se acrecentó, en varias ocasiones se vieron envueltos en trifulcas cuando estos hostigaban al boliviano, quien siguió negando su nacionalidad por vergüenza. En una ocasión, a la salida de la escuela, Edd decidió caminar hasta su hogar, el grupo de incompetente se alegró de marchar con un valiente ante un inminente e inevitable peligro. Los villeros se amontonaban en el escampado del frente de la escuela, intimidando a todas sus víctimas. Edd, el cínico, siempre se acercaba al grupo para saludar a Alexis, el villero amigo de Edd, respetado por todo el grupo. Ese contacto fue su salvación, su hechizo de inmunidad. Un viernes como cualquier otro, caluroso y con el cielo despejado, el grupo de incompetentes fue interceptado por el saco de huesos y sus secuaces. Los intimidaron a todos menos a Edd, quien olvidó los valores morales que su madre muerta le transmitió en vida. Esa fue la primera vez que dio uso a la manopla, obsequio de Vargas, dejando grandes moretones en el rostro de los villeros. Claro que recibió ayuda en esa pelea, su amigo Alexis fue su mano derecha, no soportó la falta de códigos establecidos entre los camaradas villeros. Edd se vio sorprendido sonriendo y disfrutando de la violencia, sintiendo una satisfacción única e inexplicable. El humano es violento por naturaleza, y es una de las sensaciones más excitantes que existen. El grupo de inadaptados festejó la victoria, y la humillación de los villeros fue presenciada por decenas de estudiantes que transitaban el mismo camino.

Al pasar los días nadie intentó enfrentarse al grupo de Edd, pues se hablaba demasiado sobre una supuesta venganza. Los villeros decidieron atacarlos cuando los encontraban solos y vulnerables. El boliviano era el más atacado, Edd deseaba cambiarse de curso solo para proteger a su amigo. De alguna manera se ganó el respeto y el temor de los villeros, además de un odio irascible por el saco de huesos, quien esperaba el momento adecuado, con ansias, para saciar su salvajismo y recuperar su dignidad ya perdida. Los rechazados por la sociedad, ya malditos en vida, buscan encadenarse al salvajismo para impresionar a los de su misma condición social. No por nada son pobres ratas de alcantarilla, no por nada los barrios marginales son peligrosos y la esperanza de vida es escasa; el estigma de esta clase de baja alcurnia se centra en la violencia y la falta razón. Es una pena que sean una mayoría, pocos conocerán la humildad benevolente y humanizada por la gente pobre que encuentra saciar sus ambiciones con la riqueza espiritual.

El domingo, luego de días ya automatizados, Edd y Vargas se acercaron a la iglesia de la sacerdote de grandes piernas para vislumbrar el cataclismo que sufrió toda su colmena, dejándola sola y sin miel. Las luces del almacén religioso estaban encendidas, la reunión de fieles se llevaba a cabo. Vargas fue por puro cinismo, además de intentar recuperar su amplificador. Era el momento perfecto, nadie le impediría el paso, en la reunión dios está presente y el alma debe estar sometida a todo sentimiento profano, algo olvidado en la antigua reunión. Cuando Vargas abrió la puerta el eco de las voces salieron al exterior con desesperación, el vacío era casi total. Los presentes constituían el círculo familiar, y algún que otro afiliado que debe toda su lealtad a las manos que alguna vez lo ayudaron

en momentos críticos. Eran uno o dos, elegidos empresarialmente para conmover al resto y seducirlos a que entreguen toda su voluntad al señor y a la mano grasosa de la sacerdote, digna hija de dios. Todos voltearon altivamente, esperanzados en que todos volverían a formar parte de esa comunión con membresía costosa. Al ver al responsable de todos sus males cruzar la puerta, no fueron capaces de disimular sus aires perplejos, jadeando todos a la par.

— Buenas noches — saludó Vargas con afabilidad —. ¿Llegué muy temprano o muy tarde? — se burló de todos los presentes.

La sacerdote hirvió como el agua de una pava. Fue inteligente y no volvió a cometer el mismo error, decidió aprender y a aceptar sus tropezones.

— ¿Qué necesita? — preguntó la sacerdote, sonriendo con falsedad, aguantando sus ganas de ahorcar al viejo que tantos problemas le ha dado.

— El amor de dios... — respondió Vargas, serio como una estatua —. Y también vengo a buscar mi amplificador.

El baterista con la mitad de su rostro caído se levantó de su lugar y, encomendado por la sacerdote, buscó el amplificador y se lo tendió al viejo Vargas, quien se lo agradeció con un asentimiento y una afable sonrisa.

— Adiós, queridos — se despidió Vargas —. Fue un placer estar con ustedes todos estos largos años. Una lástima que toda la magia haya desaparecido, pero lamentablemente siempre hay un final.

Nadie respondió, unos lo miraban de forma despectiva y otros con amargura, tristes por el desenlace de todas las historias que han vivido juntos.

— ¡Lo vamos a extrañar, don Vargas! — exclamó Yesenia, quien observaba de reojo al joven Edd, intentado expresar su perdón telepáticamente.

— Lo sé — dijo Vargas, soberbio —. Si los llevo a extrañar les mando un correo postal.

Y esa fue la última vez que pusieron un pie en el almacén religioso, el cual desapareció con el paso del tiempo. Creyeron que iban a prosperar, que los antiguos fieles volverían y que nuevos se sumarian, pero la hipocresía que emanaban alejó a todas las almas desesperadas.

— ¿Buscará otra iglesia a la cual ir? — preguntó Edd cuando volvían al hogar.

— No lo creo, ya tuve suficiente iglesia en esta vida — respondió con melancolía —. Ahora lo único que me queda es lanzarme al olvido e irme en paz.

— ¿Se refiere lanzarse a la muerte?

— Lanzarse y rendirse ante la muerte. Ya estoy muy cansado, solo me queda esperar y disfrutar el tiempo que me queda.

— Y si usted muere, ¿quién me enseñará a tocar la guitarra? — la sola mención de la muerte aflige y atormenta al pobre Edd, quien siente un escalofrío gélido y penetrante.

— Si yo fui capaz de aprender solo, estoy seguro que tú también podrás. Además, tuviste un gran maestro. Nunca lo olvides.

— Estoy seguro que tocaré mejor que usted — dijo Edd, intentando divertir el momento.

— Deberás practicar durante unos treinta años más, por mientras sigue soñando.

Caminaron unas decenas de pasos en silencio.

— ¿Qué hará mañana? — preguntó Edd.

— Lo mismo de siempre, tomar mate y disfrutar lo que me queda de vida.

— Y tocar la guitarra, no se olvide.

— Y tocar la guitarra — repitió —. Dime, ¿has usado la manopla que te regalé?

Edd se palpó los bolsillos y no sintió ninguna protuberancia.

— No, por ahora no — mintió —. Pero siempre lo traigo conmigo por si acaso.

— A ver, muéstrame la manopla.

Hizo gesto de que no lo llevaba con él en ese momento.

— Eres un gran mentiroso — comentó entre una risa bobalicona.

Edd se vio rendido y decidió confesar sus pecados.

— La usé — dijo —. Tuve una pelea con unos villeros.

— ¿Y ganaste?

Edd asintió, aliviado por la tranquila reacción de Vargas, y respondió con orgullo:

— Por supuesto. Su regalo me ha servido bastante.

— Procura que nadie lo vea, caso contrario te lo quitarán — advirtió.

— Haré el intento — dijo Edd, finalizando con un gran bostezo.

Caminaron en silencio, disfrutando la brisa del ocaso y el cielo estrellado, limpio y sin la engorrosa contaminación luminosa de las grandes ciudades. Llegaron a destino, se despidieron y cada quien entró a su hogar. Edd vio a sus abuelos viendo televisión y no los saludó, para él eran solo un par de desconocidos. Los abuelos temían acercarse a él, en ocasiones puede ser un joven hiriente.

El mesiversario de la muerte de Candelaria, madre de Edd, pasó como si nunca hubiera sucedido nada. Exacto, pasó el mes de luto junto a su amigo Vargas. No supo si sus abuelos lloraron el mesiversario de la muerte de su hija, no quiso estar con ellos en lo que se supone debía ser un día de agonía absoluta. Edd ya había dejado ir a su madre desde hace tiempo, aprendió a convivir sin ella, pero en ocasiones la memoria de años lucidos y alegres le humedecen el alma como recordatorio de que intentar olvidar a un ser amado es un pecado existencial. Los muertos siguen con nosotros, solo se desmaterializan y se vuelven sombras protectoras. La tristeza nos llega cuando ofendemos a los espíritus que cuidan de nosotros, seres mortales y frágiles. Buscó la foto que sobrevivió al caos, solo madre e hijo, la observó, serio, y, cerrando los ojos en una aguda agonía, la presionó con fuerza junto a su corazón, intentando que la felicidad de aquellos tiempos lucidos se transmitiera tan solo por un instante, recordar cómo era sonreír con la sinceridad del alma y el placer del corazón.

— Edd, cariño, ¿has visto el álbum de fotos? — preguntó la abuela la noche del mesiversario de la muerte de su amada hija.

Edd aún no se dormía del todo, al abrir los ojos la luz artificial del foco encendido le quemó las pupilas.

— ¿Qué álbum? — y el día llegó en el peor momento, debió descubrir cómo salir del embrollo, o al menos extenderlo un par de días, meses o años más.

— El único que tenemos — respondió la abuela, captando la mentira con su instinto maternal —. El único que tenemos con los recuerdos de tu madre.

— No tengo idea, no lo he visto — musitó Edd, aun reconectándose con la dimensión de los despiertos.

— ¿Seguro?

Edd asintió, esbozando una sonrisa apagada, poco sincera.

— Creo que la última vez lo vi debajo de la cama — y así fue. La abuela, después de husmear y ordenar sutilmente el cuarto, lo vio y prefirió dejarlo a disposición de su nieto, entendiendo que su nieto se sentía cerca de su madre a través de las fotos, de la historia.

— ¿Ah? — se hizo el desentendido —. ¿De verdad? — supo muy bien que mentir era en vano, pero el mentiroso insiste de todos modos, se vuelve obstinado.

— Si, cariño — respondió la abuela, paciente —. No te lo vengo a quitar, solo queremos ver, con tu abuelo, las fotos una vez más. Ya hace un mes que tu madre... — se detuvo en seco, relamiéndose las penas y horror.

— Murió — Edd se encargó de terminar la frase —. Murió el día que la internaron, ese día dejó de ser ella. — la escena se volvió fríamente sentimental.

La abuela guardó silencio, temiendo dañar a Edd con la palabra equivocada.

— Edd, cariño... — murmuró, rompiendo el pulcro silencio que erizaba su piel —. ¿Cómo te sientes? — por fin mostró su preocupación hacia su temido nieto. Cuando la amenazó con apuñalarla comenzó a temerle, por ello le dirigía poco la palabra, no quiso que se repitiese tal evento desafortunado. Jamás fue capaz de contárselo a su esposo, intuyendo que hacerlo agrandaría el problema. Ella siempre supo que Edward necesitaba ayuda psicológica, pero prefirió dejarlo a su suerte. En su cabeza todo estaba en orden, Edd siempre se mostraba tranquilo en la casa, pero un sexto sentido le hizo ver la realidad.

— No tengo el álbum de fotos, y no está debajo de la cama. Si no me crees fijate tú — la verdad es que ni él fue capaz de comprender sus emociones, eran un disparate.

La foto en su pecho.

— ¿Y esa foto que tienes ahí? — preguntó la abuela, interesada.

Edd miró la foto con recelo. Sus nervios crisparon a la velocidad de la luz.

— Es solo un recuerdo — respondió, serio como un espantapájaros.

La abuela pudo ver el retrato desde su posición.

— ¿De dónde la sacaste?

— Ella me lo regaló.

— ¿Puedo verla?

Edd extendió la foto.

La abuela examinó el papel, y, entre sonrisas de recuerdo y latidos deprimidos, soltó el llanto, sentándose a un lado de la cama, intentando de reprimir en vano sus penas.

— La extraño tanto... — gimoteó la abuela entre sollozos —. Ella te amaba, ¿sabes? El día que naciste fue el día más feliz de su vida, eso fue lo que me dijo.

Edd recordó con rencor cuando la abuela lo llevó al funeral de su madre sin antes espetarle lo sucedido. Un acto de traición.

— El día más feliz de mi vida fue cuando asistí a su funeral sorpresa — dijo, cortante como un cuchillo recién afilado —. Nunca voy a olvidar lo que hiciste.

— Lo sé, fue terrible... — las lágrimas corrieron sin rencor por su arrugado rostro — . Nunca me voy a perdonar por lo que hice, pero debes entender, no supe que hacer en ese momento.

— «Edd, tu madre murió. Iremos a su funeral» — dijo —. No era tan complicado.

La abuela, resignada, caminó hasta la puerta y salió de la habitación, peleando con los mocos de su nariz y las lágrimas saladas que precipitaban en su boca. Dar pena tiene su lado positivo, los demás se sienten incómodos o culpables, es fácil aprovecharse y controlar dicha situación.

El otoño comenzó a notarse, las hojas perdían día a día el tinte verde que representa la vida natural. Se secan, mueren en una lenta agonía. Si el otoño es una representación de la muerte misma, entonces es algo hermoso. Sus días en la escuela eran cada vez más hastiante, en ocasiones mintió diciendo que no había clases para quedarse vagando en el hogar, durmiendo hasta la hora del almuerzo. Luego se dio cuenta que estar en la escuela es menos tormentoso. El viejo Vargas fue su amuleto del olvido, junto a él ingresaba en la dimensión de la resiliencia.

— ¿No es hermoso el otoño? — preguntó Vargas mientras tomaba mate con Edd, con la radio de fondo pasando música local.

— Más bien es triste — respondió Edd, compungido.

— ¿Triste? — se exaltó —. No entiendes nada, muchachito.

— ¿Por qué es hermoso?

— Muestra el fin de la vida. Nos recuerda cuan insignificante somos. Nacemos solo para morir. Lo que hagamos en el camino es solo puro entretenimiento. Lamentablemente se han encargado de que nuestro existir esté repleto de problemas. Quizás nos preparan para la muerte.

— Vaya, eso sí que es reconfortante — replicó Edd, sarcástico —. ¿Y nos preparan en qué sentido? — preguntó, de pronto intrigado.

— Hacen que la vida sea una experiencia agobiante y deprimente, nos ayudan a que deseemos la muerte.

— Me arrepiento de haber preguntado — hizo una pausa —. ¿Usted desea la muerte?

— Pues claro — respondió Vargas, directo como una bala inglesa en la cabeza de un soldado argentino —. Pero una muerte natural, una muerte digna.

— ¿Cree que suceda? Lo de la muerte natural.

— Cada día lo creo más. Mis días están contados — dio un par de palmadas en su corazón. De pronto su mirada se intensificó, como si hubiera descubierto al responsable de todos sus males —. ¿Acaso esperas el momento indicado para darme un tiro en la cabeza?

Edd quedó absorto por la insinuación acosadora. Los nervios de Edd cesaron cuando Vargas lanzó estridentes carcajadas.

— Estoy bromeando, niño iluso.

— Ah — dijo Edd, serio —. Le confieso que por un momento me pareció una buena idea.

Vargas detuvo su risa en seco, intrigado en lo que sus oídos escucharon, más aún por la expresión inescrutable del joven Edd.

— Niño, las bromas no son lo tuyo.

— No se asuste, anciano — dijo Edd, sin cambiar la actitud.

Ambos soltaron una risa apacible y pacífica.

— Y a todo esto, ¿cuándo volveremos al campo de tiro?

— ¿Para qué mates a otro perro? — movió la cabeza a son de negatividad.

— O para que usted mate conejos y liebres.

La doble moral del ser humano.

— Cierto, muy cierto — musitó Vargas —. Ya veré que día podemos ir.

— Podríamos cazar seres humanos — comentó Edd, incomodando al viejo Vargas.

— ¿Seres humanos? — se sintió incrédulo —. Deberías ir a un psicoanalista cuanto antes.

— ¿Usted fue a un psicoanalista? — preguntó Edd, sonriente.

— Claro que no, no estoy demente al igual que tú.

— Yo no soy quien cazó humanos en la guerra — replicó Edd, frío como Siberia. El viejo Vargas tragó saliva, estupefacto, perdiendo las palabras en el aire.

— Perdona — dijo Edd —. No quise ofenderlo.

— No me has ofendido. Tienes razón, los héroes de guerra somos villanos de la humanidad en general. Profanamos la paz y disfrutamos el caos.

— Entonces los humanos somos todos héroes de guerra...

— No comprendo cómo es que alguien tan joven sea un misántropo empedernido.

— ¿Misántropo?

— Muestras antipatía hacia la humanidad y sus estructuras destructivas.

— Ah — siempre es bueno aprender algo nuevo —. Pero no me culpe, es difícil no serlo.

— Nadie te culpa — dijo Vargas —. Solo es triste ver a un joven como tú con las esperanzas tan frágiles y oscuras.

— A veces llego a pensar que estoy deprimido — encaró repentinamente.

— Es normal después de todo lo que has pasado. ¿Piensas suicidarte?

— No.

Vargas pensó unos instantes, intentando encontrar las palabras correctas. Una equivocación podría tener severas consecuencias.

— Escucha con atención — dijo al fin —. «Tiempos difíciles crean hombres fuertes». La vida te ha puesto a prueba, es hora que demuestres de que estás hecho. Suicidarse es el camino fácil, solo para perdedores sin coraje y dignidad. ¿Eres un cobarde sin dignidad?

Edd negó con la cabeza.

— Y tampoco temas en pedir ayuda. Necesitas hablarlo con alguien cuanto antes.

— Es lo que intento hacer en este momento. Creo que usted puede ayudarme. Mi abuelo y abuela se sienten incómodos hablando conmigo, siempre comienzan a sollozar y a balbucear historias de mi madre...

— No creo ser el indicado — con un dedo se señaló el cerebro —. Aquí dentro todo está podrido. No soy competente para ese tipo de ayuda. Hasta podrías empeorar.

— Hasta el momento usted es el único que dice cosas sensatas — dijo Edd, intentando convencerlo de algo desconocido.

— Ese es el problema, me tomas muy en serio. Pero bueno, deduzco que es demasiado tarde para hacer algo al respecto.

— Lo único que hace es hablarme sobre los problemas que usted ha visto y vivido. Su vida es una experiencia con muchas enseñanzas poco confortantes, pero reales. Porque usted vivió en la realidad, vio lo que la mayoría sabe que existe, pero ignora, y dice lo que inquieta y perturba al montón. Usted es sincero, no se deja opacar por las coloridas mentiras que tanto confort trae al pueblo.

— Eso es justo lo que temo, me escuchas demasiado — dijo Vargas, compungido.

Silencio.

— Edd, hijo, debes irte, ya es muy tarde y tengo ganas de ir a dormir — indicó Vargas —. Ven mañana a la hora que desees, y hablaremos sobre todos los problemas que tienes. Siempre debes recordar que los tiempos difíciles solo les llegan a los hombres valientes, y tú eres un joven muy valiente. Un poco retardado, pero valiente.

— Gracias, supongo.

— No te olvides tu guitarra, porque si la dejas no la volverás a ver.

— Yo sabía que se arrepentiría... es demasiado tarde para retractarse, no pienso devolvérsela.

— Te la quito por la fuerza — dijo Vargas, amenazante —. No es difícil quitarle un juguete a un simple infante.

— Apuesto a que un infante tiene más fuerza que usted.

— Y de pronto eres un grano en el culo... ya, vete a dormir o tu abuela te retará por andar callejeando en la noche.

— Apuesto a que ni siquiera sabe que estoy fuera de la casa.

— Apuestas demasiado — recriminó —. Vas por el camino equivocado.

— Es equivocado solo si pierdo. No apuesto cuando sé que puedo perder.

— Si vives debes matar. Debes apostar por tu existencia, el que pierde debe morir.

— Y el que gana debe dar sus condolencias.

Cruzaron un par de palabras más y se despidieron como dos viejos amigos, un ademán con la cabeza fue suficiente.

Edd, estando al otro lado de las rejas, fuera del terreno, observó la casa con una sonrisa sincera, creyéndola su nuevo hogar, acogedor y pacífico. Se planteó la posibilidad de mudarse con el viejo Vargas, quien vivía solo, donde el espacio era abundante. «Yo no pienso adoptar a un mocoso molesto», se imaginó que le respondería cuando le planteara la posibilidad. Las luces del interior se apagaron, Vargas se introdujo al ritual del sueño, y Edd caminó hacia su viejo hogar con la sensación de abandono en sus entrañas.

Antes de conciliar el sueño tocó con su guitarra la canción que el viejo Vargas le enseñó para practicar. Avanzó bastante, solo necesitaba perfeccionar su técnica. Edd se sintió orgulloso en aquel momento. Las ansias de que le enseñaran otra canción le sirvieron para obsesionarse y avanzar con la ya pendiente. Poco a poco sus ojos se fueron cerrando debido al cansancio, hasta que se perdió en una oscuridad infinita.

Un fuerte golpe lo despertó. Estaba agitado, transpirado. Se durmió usando de frazada la guitarra. Al voltear en la cama para acomodarse, la guitarra salió disparada hacia el suelo, provocando un estruendo de objetos que chocan y el barrido indecoroso de las cuerdas. En situación de alarma despertamos en un pestañeo. Levantó la guitarra del suelo, en estado de pánico, y la escrutó con la intención de dar con golpes o roturas de gravedad. Nada, completamente inmaculada. Una guitarra de buena madera. El alivio le hizo suspirar. No obstante, su instinto le provocó una sensación apagada y triste, como si la vida hubiese dado sus últimos lamentos. El otoño se abraza a la muerte, al deterioro y al abandono sin consentimiento alguno. Si vives, mueres, nadie se salva. Miró por la ventana de la habitación hacia el exterior, el patio trasero, y vio como las hojas se amontonaban en el suelo, listas para ser pisoteadas. No se preocupen, esas hojas son alimento orgánico para el suelo. La muerte representa el inicio de otra vida, resetea y reinicia nuestra mente, despojándonos de toda inteligencia y memoria recopilada. La muerte es un fin necesario, la eternidad nos somete a separarnos, sin otra opción, de la conciencia misma.

Una ventisca de aire rebelde provocó el revoloteo de decenas de hojas. Observó la luna por un largo rato, captando amargura y la certeza de que la naturaleza lloraba en silencio.

— ¡Edward, despierta! — gritó el abuelo, alarmado, después de abrir la puerta con cierta violencia.

Pocas veces su abuelo lo despertaba, solía hacerlo cada vez que viajaban para ver a Candelaria, quien ya es devorada por los gusanos del abismo. Extrañado, se sentó en la cama y miró fijamente a su abuelo, quien estaba con el ceño fruncido y la inquietud de una horrible noticia.

— ¿Qué pasó? — preguntó Edd.

En ese instante la abuela se incorporó detrás del abuelo. Estaba inquieta y llevaba la tristeza tatuada en su rostro. El abuelo la miró y le hizo un gesto con la cabeza, no fue necesario expresar palabra alguna, entre cómplices la comunican es sencilla. La abuela asintió y se acercó a la cama con la mirada clavada al suelo. Se sentó en la cama y cogió con sus manos arrugadas una mano suave del joven Edd. Sin duda le pareció una forma atípica de despertar. La abuela esbozó una pálida sonrisa, sometida ante la atenta mirada de su esposo.

— ¿Cómo te encuentras? — logró decir la anciana.

— Igual que ayer, ¿por qué? — Edd intuía algo —. ¿Qué sucede?

La abuela desvió la mirada hacia el olvido, acobardándose. Una mirada le bastó al abuelo para tomar las riendas por su cuenta y domar al caballo salvaje.

— Edward — dijo con su tono frío característico —, ha fallecido el señor Vargas esta mañana. Sé que has compartido mucho tiempo con él, de verdad lo lamento.

Las reacciones varían depende de la persona, en este caso Edd dio suspiros largos y exhaladas lentas, con mirada inexpresiva, intentando comprender y asimilar la horrible noticia. Mirando a la nada, pensando en nada. Mente en blanco, ojos en el olvido. No supo que sentir al respecto. Los abuelos le dedicaron sonrisas de compasión, y dejaron

cuando el abuelo indicó que era mejor dejarlo solo por un momento. Edd se recostó en la cama, mirando al techo, de pronto lanzando sollozos apagados. Recuerdos, solo le quedó revivir los recuerdos. Le costó aceptar la sorpresiva muerte de su querido amigo. Intentó recordar la última vez que lo vio, se lo veía tan bien, sano, que se dijo que debió de tener algún accidente mortal. El día fue visitado por el viento sonda, especial para acompañar a la muerte con su calidez.

Retomando la seriedad inescrutable, acarició su frente con una mano. A cada segundo, la tristeza de la pérdida le pellizcaba como un suplicio la cordura. «Pero ¿cómo? Si ayer lo vi, y estaba muy bien.» se decía una y otra vez. «Hoy iba a ir a su casa, como es posible que haya muerto. Si ayer estuve con él, no es posible que haya muerto.»

La pérdida de Vargas le impactó de forma anonadante, el cariño que acogió por el anciano fue infinito. Su único confort en el mundo. Un maestro de vida. Inclusive le afectó más que la muerte de su querida madre, en este caso la muerte llegó de sorpresa, no tuvo tiempo para imaginárselo muerto y apaciguar el dolor cuando le llegase la hora. La soledad lo tomó por el cuello y lo levantó por los aires, asfixiándolo sin piedad y remordimiento. Quedó solo, abandonado. En la inquietud de lo ocurrido decidió salir de la cama e ir a ver con sus propios ojos si era verdad. Pensó que podría ser una broma pesada ideada por Vargas, todo con tal de hacerle pasar un mal rato.

Pasó por la sala principal bajo las atentas miradas de sus abuelos. Con cada paso la certeza se acrecentaba. Salió de la casa y se encontró con un tumulto de vehículos estacionados y personas abrazadas a otras con lágrimas en los ojos. Otros estaban serios, al igual que Edd se mostraban incrédulos. Nunca vio que Vargas fuera visitado por toda esa gente. La muerte atrae a los seres queridos, la culpa del abandono los corroe y no los deja en paz.

Edd supuso que el cadáver estaría en la casa, por lo que se aventuró al hogar que llora la pérdida de su único inquilino. En el camino recordó el sorpresivo funeral de su madre, a quien no pudo ver por última vez. Un cajón, fue todo lo que vio. Entró sin permiso al hogar, la puerta abierta fue la invitación. Llanto, esa fue la melodía que acompañó a todos por el resto del día. Varios se volvieron hacia él, no fueron capaz de reconocerlo. El hijo de un pariente lejano, o un niño curioso. Vio a varios, hombres y mujeres, recorriendo la casa, tocando con anhelo y sonrisas objetos distribuidos por el hogar. Para ellos cada objeto debe suponer un sinfín de recuerdos. Un hombre de aproximadamente 30 años estaba sentado con la guitarra que siempre usó Vargas, acariciándola y meneando la cabeza, como si se estuviera reprochando algo. Empezó a tocar algo similar a una zamba, pero se vio interrumpido por un joven atrevido, quien le sacó de las manos la guitarra, aclarando que «el señor Vargas no deja que nadie toque su guitarra.» Edward fue el joven atrevido. Quien pretendía tocar una zamba era uno de los hijos del viejo Vargas. La multitud se acercó a la escena, y comenzaron a murmurar interrogantes.

— ¿Qué haces, niño? — preguntó el hijo de Vargas, anonadado e intrigado por aquel joven atrevido —. ¿Y quién rayos eres tú?

— Soy el mejor amigo del señor Vargas, él me está enseñando a tocar la guitarra — los verbos en tiempo presente conmovieron al hijo de Vargas —. No puedes tocarla — alzó la guitarra —, no deja que nadie la toque.

El hijo guardó silencio, dándole toda la razón al joven misterioso, que de alguna manera le recordó a su olvidado padre.

— ¿Y tú quién eres? — preguntó Edd.

Le respondieron.

— ¿Tiene hijos? — dijo confundido —. ¿Y por qué nunca te vi? Estoy todos los días con él. ¿Por qué lo visitas ahora que está muerto? Eres un mal hijo, debería darte vergüenza. — todos escuchaban, compungidos por la cruda verdad que escupía el joven

desconocido —. ¿Por qué todos lo visitan ahora que está muerto? — gritó a viva voz —. No lloren, malditos hipócritas. No lloren, le faltan el respeto a su memoria. Vayan con su culpa a otra parte. ¿Acaso vienen solo a llorar para expiar la culpa o para ver que mierda van a heredar?

El montón quedó silenciado. El hijo de Vargas se puso de pie y salió de la casa, quizás para respirar un poco y librarse del mal que habita en su sombra.

— ¿Quién eres? ¿De dónde has salido? — preguntó una joven mientras dispersaba la atención de los presentes. Sus ojos estaban destruidos, las lágrimas son corrosivas.

— ¡El mejor amigo de Vargas! — estaba un tanto alterado, con los ojos enrojecidos.

— ¿Edward? — preguntó la joven —. Mi abuelo me ha hablado mucho sobre ti. — dijo luego de ver el asentimiento de Edd.

— ¿Eres su nieta?

— Si, su única nieta.

— Nunca me habló de ti — dijo Edd, rosando la decepción.

— No me sorprende, siempre fue muy reservado. Por eso me sorprendí cuando me habló sobre ti, fue la primera vez que no me habló sobre la guerra o cualesquiera de los problemas que tenemos en el mundo — esbozó una cálida y depresiva sonrisa, su abuelo lo fue todo para ella.

— ¿Por qué no lo visitaste en todo este tiempo?

— Estudio en otra ciudad, lo veía durante las vacaciones — contestó —. Solo me comunicaba con él por teléfono, hablábamos casi todos los días. — la melancolía llegó a sus ojos, jamás volverá a escuchar la voz de su querido abuelo, olvidándola con el paso del tiempo.

— ¿Ya estás de vacaciones?

— No. — respondió con cierta inocencia.

— Sin embargo, has venido a visitarlo cuando ya ha dejado de respirar. En fin, deben ser las prioridades.

La nieta arqueó las cejas, notando la influencia de su abuelo en el joven que le reprocha sus prioridades. No obstante, la culpa le sentó como una puñalada a la razón.

— Perdoname — dijo Edd, captando las consecuencias de sus actos —. Es que no entiendo... si ayer estuve con el señor Vargas, estaba muy bien. Se lo veía bien, no comprendo cómo es que ha fallecido, no puedo creérmelo.

— Relajate — susurró la nieta, casi al borde de las lágrimas —. Mi abuelo ya estaba enfermo, desde hace años que vino peleando con un problema cardíaco. Lamentablemente sufrió un ataque anoche, y nadie estuvo para ayudarlo. ¡Gracias por acompañarlo todo este tiempo! Me ha dicho en una ocasión que estaba muy a gusto contigo, que la pasaba de maravilla y que la risa despreocupada de su juventud tuvo su renacimiento. Siempre me dijo que quería estar solo, morir solo, pero tú, de alguna manera, lograste despertarle el amor y la empatía hacia su propia familia. ¡Gracias, de verdad! Me hubiera gustado verlo una última vez, escuchar con atención las melodías tocadas en su guitarra, reírme con sus comentarios y chistes, tomar un último mate amargo, abrazarlo fuerte y decirle que siempre lo respeté por lo que fue... — se detuvo en seco, interrumpida por un inevitable sollozo.

— Fue el único que estuvo conmigo cuando mi madre murió. Él fue quien me acompañó todo este tiempo. — recalcó Edd, con el rostro decaído.

Un silencio agobiante atrapó el ambiente, evidenciando el llanto y las narices mocosas de los presentes. Edd no pudo contenerse.

— Vamos, llora tranquilo, desahogate un poco — dijo la nieta, abrazándolo con fuerzas y acompañándolo con el son de sus propias lágrimas.

— Si me viera llorando de seguro se estaría riendo — comentó Edd.

— Y luego contaría alguna de sus anécdotas.

Lloraron hasta acabar todas las reservas de líquido lagrimal.

— ¿Vienes al velorio? — preguntó la nieta.

Edd asintió.

— Vamos yendo entonces.

Todos salieron poco a poco de la casa, agrupándose para ver quién iba con quien y en cuál vehículo. La nieta se acercó a una señora parecida a ella, su madre, y le murmuró algo al oído. La madre esbozó una cálida sonrisa. Edd vio los ojos del viejo Vargas en esa señora, y notó al instante que era una de sus hijas. Ella vivía con su hija, la nieta de Vargas, en otra ciudad. Apenas supieron la noticia partieron a toda marcha para despedir al señor que tanto respetaron. Edd fue con ellas al vehículo, sumándose, además, un familiar más de la, al parecer, extensa familia. Allí supo, Edd, como fue que descubrieron la muerte del viejo Vargas.

— Todas las mañanas hablábamos con él — dijo la hija de Vargas —. A las siete de la mañana, todos los días. Que no llamara era señal de alarma. En ocasiones se tardaba, pero lo hacía. O se olvidaba, pero yo era quien llamaba. Siempre atendía — entrecortaba las palabras por momentos, ahogando sus tristezas para mantener la elocuencia —. Hoy no lo hizo, y se tardó demasiado. Me preocupé, ¡claro que me preocupé! Avisé a mi hermano para que verificara si estaba todo en orden, y bueno... ocurrió lo peor.

Llegaron al lugar del velorio. Era un lugar modesto, algo pequeño, con ninguna decoración en el exterior. Uno podría suponer que es una casa de familia como cualquier otra. Antes de entrar, todos dieron tomaron aire profundamente y suspiraron con los ojos cerrados, preparando sus cuerpos para la tormenta de emociones. En el interior había sillas pegadas a las paredes, y un par de sillones para consolar a los más cercanos del difunto. A medida que se acercaban al cajón sin tapa, el llanto obtenía una supremacía envidiable. Unos optaban por el llanto estridente, otros lloraban para sí mismos, casi en silencio.

Edd se acercó al ataúd con el rostro inexpresivo. Vio al señor Vargas, pálido como un albino, con las manos cruzadas en el pecho y vestido con su traje de casi toda una vida, exclusivo para eventos importantes. El ataúd estaba rodeado por insignias religiosas, como se acostumbra en un pueblo conservador. No fue capaz de llorar como los demás, solo estaba absorto por el hecho de que pocas horas atrás estuvo con él, hablando como siempre hacían, y de la nada se encontró con su frío cadáver. Miraba a la nada buscando respuestas. La muerte llega como lo hace el viento desde la cordillera. Se acercó al cadáver, lento e inseguro, y, compungido, le acarició la frente; fría y áspera debido a las arrugas de la piel. Levemente sintió el tacto de la mano del muerto. La frialdad de la piel le provocó un agudo escalofrío. Le pareció morboso la exhibición de un muerto, es, quizás, un recordatorio para todos los vivos que también terminarán dentro de un cajón para después ser devorados por gusanos, y que no se preocupen por un futuro que probablemente no vivirán.

Pasó horas de pie frente al muerto, observando con la mente en blanco, como cuando estamos muy cansados y solo vemos imágenes que sabemos que vamos a olvidar. Unos lloraban desconsolados, otros se abrazaban a sus seres querido, y varios negaban con la cabeza, incrédulos por el suceso. Personas entraban y salían. Se despedían persignándose frente al cuerpo, dando las bendiciones al alma sin cuerpo. Un niño de no más de cuatro años corría por el interior y en medio de los llantos, viviendo su infancia con una sonrisa dibujada, provocando en los presentes la invidia de poder ser niños de nuevo, entendiendo poco y nada de lo que la realidad nos presenta a la vista. Edd sintió que los músculos de las piernas se le entumecían, y la fatiga lo obligó a cambiar de posición después de varias

horas que parecieron solo minutos. Se sentó en una silla, casi al frente del cuerpo, logrando ver solo el rostro pálido del viejo Vargas. Lo observó de reojo. Su mente estaba en blanco, en trance. Por momentos sintió que estaba dentro de un mal sueño, y quiso creer que era el caso. Casi al final llegó la sacerdote, sola, y al instante de ver, quizás, a un viejo amigo, el llanto se le escapó sin escrúpulos. A Edd le pareció extraño, supuso que odiaba con creces al viejo Vargas después de lo ocurrido en la iglesia. Más tarde supo que Vargas acostumbraba a crear sus dramas entre la multitud, disfrutaba la discrepancia entre los fieles. El enojo se esfuma con el tiempo, y de alguna manera, a pesar de sus complejos sociales, lograron encariñarse con el anciano fanfarrón y gruñón. «Las guitarras de la iglesia se silenciaron, la melodía llora, los corazones se estrujan de dolor.»

Un joven con traje un traje negro desproporcionado, doblando su talla real, con el rostro inescrutable, pero con ojeras preocupantes, se acercó al ataúd y buscó, en un rincón, la tapa del mismo. Los más cercanos al muerto se acercaron para verlo una última vez, intentar memorizar el rostro de aquel ser que jamás volverán a ver, vislumbrar los rasgos faciales que en las fotos se pierden. Otro joven con traje y ojeras preocupantes, negras como el petróleo, se acercó y ayudó a su compañero a recoger la tapa. Antes de sumir al muerto en el umbral eterno, una joven se acercó y puso bajo las manos de Vargas una biblia con tapa de cuero, y sobre las manos su viejo sombrero. Muchos olvidaron como respirar, otros daban resoplos irascibles. Suele ser anonadante todo lo que puede representar un objeto a una persona. Los jóvenes de trajes y ojeras negras pusieron la tapa a considerables centímetros del ataúd, en sentido paralelo, y la bajaron lento, dándole tiempo y compasión a los vivos. Adiós.

Una gran caravana de autos marchó detrás del coche fúnebre, por suerte el cielo sintió la tristeza y tapó con sus nubes los rayos incandescentes del sol. Varios vehículos que se encontraron en el tránsito con la caravana se sumaron al ritual.

Estacionaron los vehículos en alrededores del cementerio, principalmente en las calles de tierra del barrio que se encuentra al frente del establecimiento que colecciona cuerpos sin vida. Edd bajó del vehículo junto con la nieta y su respectiva madre. El viaje fue silencioso, salvo por algunos sollozos cansinos de las ya nombradas. Cuando cruzaron el portón del cementerio el ataúd ya estaba sobre un carro de hierro, rodeados por quienes se acercan a brindar el último adiós.

Desfilaron detrás del ataúd a través de un camino frío, deprimente. La brisa del viento ululaba entre los pequeños árboles al borde del camino, como si los muertos estuvieran dando la bienvenida al nuevo miembro, y, quizás, consolando a los vivos, que al final son los únicos que sufren. Edd no tardó en percatarse que la cantidad de personas desfilando detrás del muerto era el doble de los que fueron al velorio. No hacía mucho que había estado frente al ataúd de su madre, en parte sintió que volvía a despedirse de ella.

Ya no se acostumbra en estos tiempos enterrar el cuerpo tres metros bajo tierra, optaron, como medida para ahorrar espacio, por construir grandes paredes con varios metros de altura, de largo y de anchura, lo suficientemente espacioso para un ataúd. Claro está que un paredón de estos puede resguardar por toda una eternidad, o hasta que la familia deje de pagar mantenimiento, a cientos de muertos, como si formaran un catálogo de libros en una gran librería. Estos paredones estaban repletos de cadáveres, cada quien con su tapa de cerámica y el nombre grabado en él para nunca ser olvidado. Uno no puede evitar caminar por ese suplicio de lamentos sin escrutar el contenido de esos paredones. Nombres extraños, otros conocidos. Jóvenes, niños, ancianos y adultos, la muerte no tiene preferencia de edad. Edd se topó en el camino un nombre de una antigua amiga de su madre, quien murió por sobredosis de estupefacientes ilegales, dejando en el mundo a dos hijos pequeños. Las personas comenzaron a detenerse y rodearon lo que sería el nuevo hogar del viejo Vargas. Los últimos sollozos resonaron, esta vez más apagados. Edd se

apartó del montón unos pocos metros, se sintió ajeno al resto. Lentamente y con extremo cuidado comenzaron a meter el cajón en el agujero cuadrado de la pared. Las rosas de plástico fueron lanzadas al suelo a modo de duelo.

La sacerdote tuvo la iniciativa de pararse frente a todos los presentes, compungida aún más por cómo se despidió de Vargas cuando aún, este, respiraba entre los vivos — lo echó de la iglesia —, y nunca poder disculparse con él por lo ocurrido, como hacían cada vez que tenían trifulcas por ciertas diferencias. Cuando la amistad es fuerte, las peleas van y vienen, de alguna manera el lazo logra prevalecer y fortalecerse con los tropiezos indecorosos. Vargas fue un cínico por completo desinhibido, por ende, aprovechaba sus atributos para molestar al prójimo, y todo a modo de diversión. Comenzó hablando del mundo de los cielos y de que el alma de Vargas se encontraba en los brazos del señor todopoderoso, entre otras fabulas religiosas que decoraron el discurso.

— Hace unos días pude hablar por teléfono con el señor Vargas, Gilberto Vargas — dijo la sacerdote con una firme y envidiable expresión —, y hablamos sobre su problema de salud — cáncer de colon, Edd lo supo cuando le preguntó a la nieta de Vargas de que enfermedad hablaba la sacerdote — y la operación a la que debía someterse. Muchas veces el cuidado de dios no es suficiente, y como ser razonable le espeté la idea de que se operara en otra ciudad, donde los instrumentos hospitalarios son más avanzados que los de acá, aparte de contar con muy buenos médicos.

— “Los médicos de aquí y allá son todos iguales, dejo mi vida por completo al destino. Y si muero, para nada será una tragedia. Me siento listo, ya he vivido lo suficiente. Y si tengo que vivir una década más, con gusto lo haré. Pero el cuerpo tiene su fecha de vencimiento, no encuentro motivo para extender esa fecha y aguantar el martirio al que se somete mi cuerpo. La sangre me quema, los dedos ya no son fuertes, me cuesta respirar y cada vez que toso siento que se me van a salir los pulmones por la boca. Estoy viejo, estoy listo para irme.” Fue lo último que me dijo. — la sacerdote hizo una pausa para retomar la elocuencia —. Él se fue en paz y con orgullo, sus hijos y familiares lo hacían sentir orgulloso.

» “Estoy solo porque me despido de todos mis seres queridos, los preparo para cuando me llegue el momento. Quizás si no me ven por un buen tiempo podrán sobrellevarlo mejor.”, solía decirme cada vez que le preguntaba por ustedes, sus hijos y nietos. Los quiso mucho, siempre me hablaba de ustedes. Pero recuerden, él marchó en paz al mundo de los cielos, que no les quepa la duda de que nuestro señor todopoderoso recibió su alma con una gran sonrisa.

Edd escuchaba las palabras de la sacerdote con una lejana atención, temía hastiarse y arruinar la ceremonia. Al final, el señor Vargas fue un fiel devoto y con convicción. Después de toda una vida, llevaba aquello impregnando en la sangre.

— Vargas dejó historias y marcas difíciles de borrar. Recordémoslo siempre que podamos, ahora él nos cuida desde donde sea que se encuentre. — continuó diciendo la sacerdote —. Si me permiten — bajó la mirada y tomó sus manos — quisiera cantar una alabanza que siempre le gustó a Vargas, según él le transmitía muchas cosas: armonía, amor hacia el prójimo, esperanzas y plenitud.

Los familiares quedaron consternados al principio, ninguno compartió, nunca, ceremonia religiosa alguna con Vargas. Fue un mundo completamente ajeno. Otros copiaron la postura de la sacerdote, hermanos de fe, y la prolífica voz de la sacerdote comenzó a resonar entre la multitud. Bello, la voz y la canción, todo fue una bella despedida. Sin duda Vargas alardearía sobre ello. Los presentes escucharon con atención, mientras otros estaban ensimismados en viejos recuerdos. Las últimas lágrimas cayeron, el cuerpo de cada uno terminó deshidratado.

Edd no pudo evitar quebrar al final. Imaginó que estaba abrazado a su madre en ese difícil momento. Ella, con los tubos en la nariz, calva, cadavérica y con el delantal blanco del hospital, lo abrazó con fuerzas, sobándole el cabello de la cabeza, y le espetó con un susurro: «Hijo, todo estará bien. No tienes que preocuparte por nada. Te amo.» Edd lloró hasta que el último individuo dejó la ya extinguida multitud. Se despidió en silencio, creyendo que de alguna manera el espíritu podría escuchar sus palabras de respeto y admiración. Abuelo, creyeron que era su abuelo, y así lo creyó él también.

«¡Adiós, abuelo! Adiós... extrañaré tus mates amargos y las historias turbulentas de su juventud. Su risa estridente y su buen sentido del humor sin duda se echará de menos en cada cena o almuerzo. Recordaré todas tus enseñanzas; destacando la virtud de que, a pesar de las complicaciones, siempre hay que amar y cuidar a los seres queridos, aquellos que están con nosotros desde siempre. Usted se lleva las melodías que tanto me fascinaron cada vez que lo visitaba, tocando con amor, melancolía y todos los sentimientos existentes. El hogar queda en silencio, en un frío silencio... El pilar se ha desmoronado, dejando solo escombros que deben ser recogidos para una nueva construcción. ¡Adiós! ¡Hasta nunca! No sé qué palabras son las adecuadas para estos momentos, quizás el «adiós» es suficiente. ¿Es suficiente? ¿Qué es suficiente para un muerto? Una roza sin duda no es suficiente; un torrencial de lágrimas tampoco lo es. Nada es suficiente, la muerte es ciega y desconsiderada.»

Los días pasaron lentos, tristes. En la melancolía de su hogar no pudo soportar el deterioro de su vida. Solo, sin nadie a quien acudir. Vargas se fue, y Edd no pudo perdonarlo. Lo necesitaba, suplicaba para volver a verlo y hablar sobre sus problemas, tema que quedó pendiente. Edd estaba frustrado, a su manera, Vargas, le fue avisando, con sutileza sobre su pronto deceso. No quiso escucharlo, o tal vez creyó que era una gentil broma. ¿A quién acudir en arduos momentos de soledad? Se sintió más solo que nunca, la desesperación le golpeó la cien y lo aturdió por varios días.

Su guitarra, solo le quedó aquel obsequio de su buen amigo Vargas. Estuvo días en penumbra observando aquel instrumento, sin poder ser capaz de tocar nota alguna. La guitarra sufrió su propia pena. La madera estaba triste. Edd caviló sus tristezas, derivando todo a un agrio sentimiento de odio irascible. Todo lo que veía estaba mal, la existencia misma le pareció un delirio atípico.

En la escuela nadie estuvo al tanto de su situación. Mientras él lloraba en silencio, soportando un martirio torrencial, el resto de sus compañeros reían, festejaban sandeces, jugaban a las cartas, pasaban el rato y disfrutaban. «¿Para qué estamos vivos?», se preguntó Edd en una ocasión, mientras observaba al resto con rencor, sin encontrar una respuesta. Lo más bello que existe es lo que no tenemos. Sus “amigos”, el boliviano y Dobby, no paraban de hablar sandeces incomprensibles, sin sentido. Edd los odió demasiado por ello, necesitaba hablar sobre temas importantes e inusuales en la comunidad del insulso. No se encontró a él mismo. No se sintió parte de nada. «La soledad será tu grata amiga.», le advirtió Vargas en reiteradas ocasiones. Odió darse cuenta que aquello fue una certeza. Con el paso de los días su personalidad se volvió distante, apagada. En la casa solo estaba en su habitación, sin nada que hacer. En la escuela dejó de salir a los recreos, quedándose solo en el aula, con los brazos apoyados a la mesa para dormir. Muchas veces los profesores tuvieron que despertarlo, obligándolo, a veces, a ir al baño para lavarse la cara y desperezarse.

El otoño le recordaba en todo momento que la muerte acecha en todo momento, y que nadie se salva. Adoptó una obsesión insana respecto a la muerte, creyendo que en cualquier momento moriría, preguntándose, además, cuando y como moriría toda persona que pasaba ante sus ojos. Solo veía muerte. En una ocasión, cuando estaba en su cuarto escuchando música de metal pesado, pensó en suicidarse, creyendo que de alguna manera le ganaba al destino. «Yo elijo como morir.» Tuvo un cinto en el cuello, pero se arrepintió al instante, en el momento justo. No quería irse solo, antes quería salvar a otros seres humanos de vivir en un mundo tan engorroso y malvado.

Dejó de ir a la escuela, y a nadie le importó en realidad. Sus abuelos lo veían en casa y no preguntaban nada al respecto. Concluyeron que Edd necesitaba varios días de duelo. Los profesores notaron la ausencia de Edd, pero no se alarmaron. La preceptora tampoco se preocupó en llamar a los tutores para verificar la situación y la razón de la ausencia de uno de sus alumnos. El que se aleja del centro de adoctrinamiento es castigado, pero con Edd hicieron una excepción.

Cada mañana salía a ver el patio de su vecino, esperando encontrarlo sentado con la guitarra en mano y un mate junto a él. Solo veía a desconocidos entrar y salir, en varias ocasiones con bienes materiales. Un recuerdo del ser querido.

La casa tendría un nuevo ocupante.

— Hola, Edd — saludó la nieta de Vargas cuando lo vio al frente de la casa de su abuelo, mientras ella ordenaba unos muebles —. ¿Cómo te encuentras?

— ¿Qué van a hacer con la casa? — preguntó Edd.

— Mi madre y yo nos mudaremos aquí. No queremos que el olvido ataque nuestro hogar de siempre.

— ¿Pero vos no estudiás en otra ciudad?

— Exacto. Mi madre vivirá aquí mientras yo intento hacer algo con mi futuro. Yo vendré a visitarse bastante seguido. Eres bienvenido a vernos cuando desees. Mi abuelo llegó a quererte más que a nosotros.

— ¿Por qué dices eso?

La nieta estaba bastante compungida.

— Decidió pasar sus últimos momentos a tu lado. No dejaba que lo viniéramos a visitar, solo se limitó a hablarnos por teléfono.

— ¿Y por qué haría algo así? Se supone que son familia.

— No debería sorprenderte, mi abuelo siempre fue medio raro — lanzó una risa distante.

— Supongo que fue su manera de despedirse de ustedes...

— Si... es hasta razonable viniendo de él.

— Siempre me hablaba de la muerte y que sus días estaban contados — dijo Edd.

La nieta enarcó las cejas, sintió piedad por las consecuencias que el pobre Edd sufrió por esa pérdida.

— Si... nunca fue muy pedagógico que digamos.

— Lo extraño...

— Si... todos lo extrañamos — la nieta se conmovió, ambos se conmovieron hasta llegar al sollozo —. ¿Quieres una foto de él? Para que nunca lo olvides.

Edd asintió, inseguro de sí mismo.

Al tener las fotos en manos, un nudo en la garganta le quitó la respiración. La foto fue tomada varios años atrás. Vargas se veía radiante, joven y con una sonrisa de alegría absoluta. La vitalidad era entrañable. Edd no pudo ver nada de Vargas en la foto, se lo veía muy distinto. En sus últimos meses, Vargas estaba deteriorado, abandonando la vida. La nieta, luego de darle la foto enmarcada, se despidió de Edd y entró a la casa. Edd, por su parte, confundió las cosas y catalogó a los nuevos inquilinos como usurpadores que cometieron sacrilegio a los recuerdos y la dignidad de aquel hogar.

Observó la foto unos instantes y sintió que la sangre le hirvió a grados incomprensibles. El odio en su interior despertó e hizo estragos en su persona, robándole la habilidad de comprensión y compasión. La depresión desemboca a la perdición. Tiró el cuadro de la foto al suelo y el cristal protector se hizo añicos. No quería la foto, no quería nada de nadie. Solo deseaba volver el tiempo y hacer que las cosas fueran diferentes, resetear todo lo ocurrido.

Cuando Edd marchó con paso firme a su hogar, la nieta de Vargas salió al frente de la casa para recoger la foto de Vargas. Ella vio cuando Edd la lanzó al suelo. Incomprendido la razón de ello, sacó la foto del cuadro de madera roto y la limpió. Volviéndose a la casa de Edd, pudo observar que el joven la observaba con una mirada penetrante y endiablada desde una de las ventanas. Ella no fue capaz de retener el cruce de miradas, se limitó a fruncir el ceño, contrariada, e ingresar a su nuevo hogar en busca de un nuevo cuadro para la foto de su querido abuelo.

— ¿Qué sucede, cariño? — preguntó la abuela Esperanza cuando vio a Edd observando con vivo interés el exterior de la casa desde la ventana.

Edd no respondió. Al volverse a su abuela le clavó una mirada distante y petrificante. El odio era puro, intenso y preocupante. Sin decir nada, Edd se marchó a su cuarto con pasos decididos.

Estuvo decenas de minutos observando la guitarra que le regaló su buen amigo. No buscaba respuesta a ninguna interrogante, solo la observaba con la mente en blanco, como

si hubiera entrado en trance. De la nada adoptó una actitud salvaje y comienza a golpear con puños y patadas todo a su alrededor. Su rabia fue espontánea. Su abuela, alarmada por los ruidos, ingresó al cuarto y se abalanzó a Edd para retenerlo y darle un fuerte abrazo. Fue una acción materna. Edd, al sentir el abrazo consolador y tranquilizador de su abuela, no fue capaz de aguantar las lágrimas y el llanto desolador.

Una vez que Edd se tranquilizó, la abuela, sin hacer preguntas, se ofreció a prepararle un vaso de chocolatada para saciar su malestar. Edd se sentó en la cama, aun sollozando. Al volver a observar la guitarra sintió melancolía y rencor. No se vio capaz de volver a tocarla, no por mucho tiempo. Del cajón de los recuerdos revivió el momento cuando vio al viejo Vargas tocando la guitarra por primera vez, en su primera clase. El llanto volvió a renacer. Las lágrimas le quemaron el rostro.

¿Qué sigue? ¿Qué se hace cuando alguien muere y nos deja solo? ¿Olvidar y seguir? ¿Extrañar y llorar cada maldito día? Por suerte para nosotros el cerebro tiende a olvidar, método natural para sanar nuestras tristezas más agudas.

La naturaleza teñida de amarillo y el despojo de vida de los árboles le recordaban en todo momento al viejo Vargas, quien, a su manera, se sobrepuso al recuerdo de su amada madre. El factor sorpresa fue el responsable. Faltó varios días a la escuela, no se vio con la confianza necesaria para asistir a clases y mantenerse cuerdo ante sus repentinos ataques de colera. Cuando se vio calmado, pacífico y libre de todo mal, prefirió asistir a clases. Necesitaba despejarse un poco, y sus buenos nuevos amigos, el boliviano y Dobby, con sus tontas ocurrencias, seguro lograrían su cometido. Necesitaba de ellos más que nunca, la soledad suele ser insoportable para alguien desesperado.

En la segunda semana de abril siempre se lleva a cabo una semana de competencias deportivas entre varias instituciones educativas, unos cuantos días de ocio para los estudiantes. Edd decidió quedarse en casa como un ermitaño, ir al colegio era una pérdida de tiempo, todos sus compañeros iban al polideportivo del pueblo para disfrutar de los partidos de diferente disciplina. Las clases y el aprendizaje quedan al margen. Cuando hubo finalizado dicho evento deportivo, un jueves cualquiera, Edd vio con buenos ojos volver a la escuela para reencontrarse con sus tontos y divertidos amigos.

Aquel jueves llegó tarde, una de las preceptoras le puso tardanza. La armonía de la institución era triste, apagada, gris. Varios profesores que caminaron apresurados hacia las aulas donde le corresponden dar clases, llevaban una expresión preocupada y resentida, como si se culparan de algo. Un profesor en particular, un hombre alto y pelón, quien ingresó al aula del boliviano, llevaba una expresión fría, compungida y algo distante. «Algo hizo mal.», pensó Edd al verlo. Cada quien con sus problemas.

Edd entró al aula sin antes pedir permiso y saludar, pero en aquella ocasión nadie le reprochó nada. Los arrogantes son intratables. Se sentó solo, como acostumbraba en cada ocasión. Varios de sus compañeros lo observaron de forma despectiva y, a su vez, con condolencia. «Vaya, que rápido corren las noticias.», se dijo Edd, concluyendo que todos sus compañeros se enteraron de la muerte del viejo Vargas, su mejor amigo. Los odió a todos por esas miradas de pena. A varios le dedicó una mirada acusadora y penetrante, todo con el fin de dejar de ser hostigado por los sentimientos amistosos de los demás.

Llegó el recreo, los minutos de descanso más anhelados del estudiante común.

Edd salió a su encuentro con sus amigos. Sorpresivamente para él no vio a ninguno. Solo se topó con las miradas burlonas de los villeros. Edd se limitó a levantarles el dedo del medio. Gesto insultante. Recorrió todo el patio, interior y exterior, y no los vio. Supuso que decidieron ausentarse a clases. «Ahora son rebeldes... debo ser un mal ejemplo para ellos.», se dijo Edd. Cuando el recreo terminó y se dirigió de nuevo a la cueva de adoctrinamiento, Alexis, su amigo villero, se le acercó y le dio su más sentido pesame. Edd, contrariado, asintió frunciendo el ceño. Fue un gesto de condolencias inesperado. «Vaya, las sorpresas nunca cesan.», se dijo.

En los siguientes recreos Edd hizo lo mismo, buscar a sus amigos. Pareció un alma divagante destinado a una eternidad en el olvido, buscando la nada.

La abuela lo fue a buscar a la escuela, el cielo gris amenazaba con una intensa lluvia.

Al llegar al hogar aprovechó a dormir unas decenas de minutos mientras su abuela preparaba el almuerzo. Una vez en la mesa, se sentó en silencio y siempre mantuvo la mirada hacia el plato, evitando así encontrarse con las miradas de sus abuelos. Quería paz, necesitaba paz. Pudo ser un día como cualquier otro, pero el locutor de la radio dijo unas palabras que lo paralizó. Levantó la mirada y se irguió en la silla, ensimismándose en la desgracia que conmovió a todo el pueblo.

Mensaje del locutor:

» Un joven con toda una vida por delante ha decidido quitarse la vida por culpa del Bullying. No daremos nombre por tratarse de un menor de edad, y para no faltarle el respeto a la familia que sufrió esta trágica pérdida. Según fuentes fidedignas el joven ha dejado una carta de suicidio, despidiéndose de sus seres queridos y, además, pidiéndoles perdón. Uno de sus amigos le ha contado a la justicia que unos jóvenes lo molestaban siempre solo por ser de nacionalidad boliviana. Ir a la escuela fue un martirio para este joven. ¿Y dónde están los profesores, las autoridades, que permiten esto? ¿Cómo es que ignoran la violencia entre sus alumnos? ¿Qué les pasa? ¡No! Es una vil excusa cuando dicen que no notaron nada extraño. Los profesores que ignoraron esto deberán tener algún tipo de sanción, porque culpa de ellos un pobre joven ha decidido quitarse la vida. Algo no está bien entre los jóvenes, en la sociedad en general. ¡No comprendo cómo es que alguien discrimina a otro solo por ser de otra nacionalidad! El amigo del pobre fallecido también destacó el hecho de que los profesores no hicieron nada cuando les comentaron el brutal Bullying que vivía uno de sus alumnos. ¡Son responsables! Si hubieran cumplido con sus obligaciones profesionales no estaríamos comentando esta terrible tragedia. El primo del joven que ya no está con nosotros contó que el día que tomó la decisión de quitarse la vida llegó a su casa todo golpeado, sucio y ensangrentado. Y llorando. Los rumores viajan como el viento. Nos enteramos que durante la semana deportiva de colegios secundarios que tuvimos, el joven de nacionalidad boliviana, cuando volvía a su casa después de ir al poli deportivo, fue interceptado por unos jóvenes malvivientes y cobardes, quienes le dieron una brutal golpiza. Y es lamentable, al ser menores de edad son inimputables. Pudieron matarlo a golpes, quizás hasta lo intentaron. Es terrible e indignante. Solo espero que salgan a la luz los nombres de estos ignorantes y, aunque sea, lo expulsen de la escuela y multen a sus padres por haberles brindado una escasa educación...

Edd escuchó lo suficiente. No fue necesario que dijeran el nombre de la víctima, Edd supo de inmediato que su amigo el boliviano, Marcos Canaviri, fue quien se suicidó. Y también supo quiénes fueron los responsables: El saco de huesos y sus piojos. Eso fue demasiado para Edd, toda su persona desembocó en peligroso estado de colera insaciable. Furia, fue todo lo que sintió. Recordó las miradas y los gestos burlones que los responsables del suicidio le dedicaron a Edd en la mañana, mientras buscaba a su amigo muerto. Deseó con creces asesinarlos, darles su merecido. Los humanos son destructivos y asquerosos, espero pronto se extingan.

Los abuelos notaron que su nieto adoptó una expresión escalofriante, pero prefirieron no intervenir. Un gran y grave error. Edd tomó una decisión.

Pasa la tarde en aquel jueves fatídico, Edd se preguntó cómo es que nadie le avisó del velorio y el sepelio de su amigo Marcos, el boliviano. De alguna manera quiso despedirse de él.

Abandonó la paz del hogar para ir al cementerio a visitar a los muertos. En el camino inquirió el por qué su madre no fue enterrada en el cementerio local. ¿Acaso las autoridades lo prohibieron? Si hay dinero de por medio nada es prohibido, por lo mucho es levemente sancionado. «Estupideces de mis abuelos.», se respondió.

Fue un camino largo, pero sus pensamientos fueron un buen mata tiempo.

Sintió escalofríos cuando se detuvo en la entrada del cementerio, como si los muertos detestaran su presencia. Caminó lento y compungido. Una brisa de viento ululó entre los árboles, como si los muertos lloraran. Fue inquietante. El lugar estaba vacío, nadie extrañaba a los muertos.

Su respiración detuvo cuando estuvo frente al nuevo hogar del viejo Vargas. Había una tapa de cerámica, y en ella un sello con la foto de Vargas. En la foto usaba sombrero

de gaucho y estaba apoyado en su guitarra. Al parecer fue un gran músico en su juventud. Pero no fue a visitar el cadáver del viejo Vargas. Buscó a su amigo destinado a toda una eternidad en el infierno, donde van los rebeldes que le quitaron el poder a dios de escoger cuando y donde mueren sus hijos los mortales. Había varios nuevos muertos, pero ningún cubículo pertenecía a su amigo el boliviano. Se extrañó por ello. Supuso que lo enterrarían después o que quizás se lo llevaron a su ciudad natal para ser despedido por los de su raza. Lo que en verdad ocurrió fue que lo cremaron, y Edd nunca lo sabrá.

En un arduo silencio convocó a los espíritus para que le susurraran que debía hacer al respecto, como seguir con su turbulenta vida, o si ya tuvo suficiente. El misericordioso se quita la vida, y el envidioso se lleva otras vidas consigo.

Los días venideros conspiraron contra todo intento de serenidad en la vida de Edd, quien cada día ganó más humanidad: odio, violencia y envidia. Volvió a dejar de ir a la escuela, y de nuevo nadie pareció preocuparse por ello.

Cada mañana solía ir al frente de la casa del viejo Vargas solo para observar a los nuevos inquilinos, parecía un acosador al acecho. Las ojeras negras bajo los ojos y la expresión cansina que le robó la juventud lo hacían parecer un enfermo con fluctuaciones psicológicas. Cuando la nieta o la hija de Vargas salían a su encuentro, Edd fruncía el ceño con un agudo desdén y abandonaba su posición para regresar a su solitaria morada. Las inquilinas jamás se preocuparon por sus propios bienestares, más bien sentían pena por el joven Edd. Ellas no tardaron en enterarse de la turbulenta vida de su vecino acechador.

En una ocasión, mientras Edd miraba con cierto recelo y resentimiento, la hija de Vargas volvía de hacer las compras y se topó con él al frente de la casa y lo saludó a viva voz, sin recibir respuesta alguna. El joven Edd estaba ensimismado en sus propios pensamientos, en un trance psicológico. La hija de Vargas alzó la voz unos tonos más altos y Edd no la escuchó. Llevaba una fría expresión encima, algo normal en él, y la hija de Vargas, al acercarse, lo escuchó murmurar palabras ininteligibles. Se acercó más al joven para lograr escuchar mejor y comprender la prosa de aquellos gélidos susurros.

«Matar a un perro es peor que matar a un humano.», susurraba Edd, recordando además cuando le quitó la vida al canino. Nunca llegó a sufrir estragos peligrosos desde de lo ocurrido, sino que superó aquello a los pocos días, transformando todo en una simple y divertida anécdota.

La hija del viejo Vargas dio un respingo de la impresión. Ella también escuchó a su padre decirle algo similar cuando ella era joven. El jadeante gemido de sorpresa sacó a Edd de su ensimismamiento. Volteó y vio a la hija de Vargas. Adoptó una mirada distante e inescrutable, incomodando aún más a la “usurpadora”.

— Hola... — dijo la hija de Vargas, dubitativa.

Edd guardó un intenso silencio.

La hija de Vargas frunció el ceño, interesada e incómoda. Lentamente camino hacia la puerta, la abrió, precavida, y entró. Edd le siguió el paso con la mirada, inexpresiva como la de un autista. Cuando Edd le dedicó una sonrisa apacible y divertida, ella sintió un crudo escalofrío por toda su espina dorsal. Caso al instante Edd marchó a su hogar, contrariando más a la hija de Edd. Luego ella le comentó su abrasiva inquietud a su hija, quien la tranquilizó y le hizo olvidar el intenso e inusual momento. «Es un chico dañado, quizás necesita ayuda emocional y no sabe cómo hablar con nosotras. Necesita un poco de tiempo, creo que se encariñó demasiado con el abuelo.», dijo la nieta.

Con el tiempo se fueron acostumbrando a la acechante presencia de Edd. Supusieron que en cualquier momento podrían romper el hielo para conocerlo.

Una tarde cualquiera, un miércoles de porquería, con el cielo repleto de nubes negras, Edd salió hastiado de su hogar con la guitarra en mano. Ya no soportaba el encierro, necesitaba salir y practicar lo poco que le enseñó el viejo Vargas antes de que la memoria lo olvide todo. La gran mayoría de las personas le pone nombre a su objeto más apreciado, y en la mayoría de los casos son nombres que siempre se quiere recordar. Edd le puso “Señor Vargas” a la guitarra. Al plantearse la idea se autoproclamó como un tonto sin remedio, pero al final concluyó que era una manera de respetar la memoria de su querido amigo. El instrumento era único, ya que fue un obsequio de su querido amigo. Cuidaría de él más que a su propia vida, protegería el legado cueste lo que cueste.

No supo dónde ir a practicar con su guitarra. La casa de Vargas ya no era una opción, por lo que la observó con una suplicante nostalgia. Decidió que sus pasos lo llevaran a un destino inesperado. El cielo estaba amenazante, la lluvia estaba cerca. Pero no le importó, se dijo que el agua de lluvia purifica las tristezas. La guitarra no correría riesgo, la funda era de gran calidad, y para prevenir se ganaría debajo de algo para protegerse de la lluvia.

Caminado iba pisando hojas muertas, las cuales crujían de forma formidable. «Un muerto. Dos muertos. Tres muertos...» comenzó a tararear Edd bajo la melodía de las hojas crujendo. Sin dudas algo no estaba bien en su persona. Sufrió un cataclismo soberbio y engorroso. Gran parte de él murió hace tiempo. Llegó a una plaza pública que tiene como insignia un gran cañón, arma de proyectiles, en medio de ella. Estaba vacía, las personas se encerraron para prevenir la anunciada lluvia torrencial. Para Edd fue un placer ver la plaza vacía.

Fue hasta un pino alto que en tiempos de sol crea una gran sombra y en tiempos de lluvia mantiene el suelo seco a su alrededor. El lugar perfecto. Se sentó y apoyó su espalda contra el tronco. Sin demasiado drama sacó la guitarra del estuche, lanzando breves resoplidos. Acarició la guitarra de la misma manera que lo hacía el viejo Vargas, como si acariciara a una mujer. El corazón se le detuvo cuando tocó las primeras notas. Fue la primera vez que tocó la guitarra después de la muerte de Vargas. Tocó de forma aceptable las primeras estrofas de la canción *Romance anónimo*, pero se vio importunado por unos villeros que Edd conocía muy bien.

— ¿Estás llorando por el boliviano? — dijo el saco de huesos al verlo lagrimeando.

Edd se puso de pie de inmediato, alarmado, y escrutó sus bolsillos en busca de su manopla. De otra manera no tendría oportunidad de defenderse del saco de huesos y sus sucios amigos. No la encontró, se la olvidó en algún lugar.

— Deberías haberlo ayudado cuando le dimos la paliza del otro día — claro está que el villero lo dijo en jerga de inadaptado y con una elocuencia nefasta —. ¡Eres un mal amigo! Murió culpa tuya, no pudiste ayudarlo.

Edd se mantuvo en silencio.

— Ahora no eres muy machito, ¿he? — dijo en tono burlón.

«Tres contra uno, no sé quién es el cobarde aquí.», pensó Edd.

— Creo que es hora de tu paliza...

— ¡Déjenme tranquilo! — gritó Edd, de alguna manera intentando llamar la atención de algún vecino curioso.

— Eso fue lo que dijo el boliviano cuando lo cagamos a patadas.

Los amigos del villero líder rieron como un par de tontos y se golpearon entre ellos, festejando la broma.

— ¿Desde cuándo sos muy calladito? Siempre andás muy picudo. Dale, gato, decí algo ahora. Dale, decí algo si tenés huevos. Puto de mierda, sos re marica. Andá a hacerte coger por un caballo, gil de mierda. — hostigó el villero líder —. Te vamos a hacer mierda, gato. Te regalaste al venir solo a la plaza, sos pollo. — no soy capaz de describir las expresiones y los gestos que hacen los villeros al hablar, lo que puedo decir al respecto es que parecen personas que sufren epilepsia aguda.

— Ahora no quiero pelear — replicó Edd inocentemente.

Los villeros rieron como unos esquizofrénicos.

— Nadie te preguntó, gato de mierda. Trolo del culo.

Edd supo que ya no había escapatoria. Decidió disfrutar un poco el momento.

— Veo que aún no te enseñan a hablar correctamente — dijo —. ¿Tenés algún retraso mental o te limita la estupidez de tu familia?

Edd creyó que podría divertirse como en los enfrentamientos anteriores, pero los villeros estaban dispuestos a todo. Edd los hizo enojar más de lo que debía, y las consecuencias serán atroces.

El villero guardó silencio y lanzó un inesperado golpe de puño dirigido al rostro de Edd, quien no fue capaz de esquivarlo. Le partió el labio. Entre risas e insultos, los villeros comenzaron a propiciarle una paliza que para ellos de alguna manera fue resiliente. Desahogaron todas sus frustraciones. Edd no tuvo oportunidad de defenderse, solo le quedó actuar de bolsa de boxeo. Y lo hizo muy bien. Un fuerte golpe en la boca del estómago lo hizo arrodillarse del dolor, y un par de patadas al pecho lo tumbaron al suelo. Y como si fuera una pelea de las que se generan en la salida de una fiesta, las patadas a las costillas y a la cabeza no se hicieron esperar. Edd intentó hacerse bolita para protegerse el rostro, pero las patadas atravesaron toda barrera, lo demacraron. No fueron piadosos, de no ser por la desesperada intervención de un vecino de la zona, quien espantó a los villeros con gritos estridentes, lo hubieran dejado en estado vegetativo o lo hubieran matado. Edd estaba inconsciente, por lo que, para su fortuna, no vio cuando los villeros, antes de huir del lugar, rompieron su guitarra. La agarraron y la golpearon contra el tronco del árbol, separando el cuerpo, que quedó hecho añicos, del mástil. El legado de Vargas fue ultrajado. Edd no dejaría pasar esa blasfemia, se alzaría en armas como todo patriota sin alma y corazón.

Edd despertó antes de que llegara la ambulancia. El vecino que lo socorrió estaba extremadamente preocupado. Sus pupilas gustativas sintieron un sabor metálico y amargo, su propia sangre. Veía relativamente bien, y agradeció que no le hubieran desfigurado el rostro. La cabeza le latía con fuerza punzante y la presión en el cráneo era abismal, como si estuviera por estallar.

— Niño, ¿cómo te sientes? — preguntó el socorrista.

Edd, haciendo un gran esfuerzo, logró sentarse, jadeando de dolor.

— Me siento como Jesús de Nazareth antes de ser crucificado — dijo con un susurro.

El vecino, consternado, frunció el ceño y dijo:

— No deberías jugar con esas cosas, con la religión no se mete — el vecino era un religioso del montón, respetable. Unos son pacifistas, otros, debido a la soberbia, son capaces de violentar contra quien ofende sus creencias —. ¿Por qué te golpearon?

Silencio. Edd no fue capaz de encontrar una respuesta adecuada. «Por mero salvajismo humanitario.», quiso contestarle al vecino salvador.

— Espera, no te muevas demasiado — dijo el vecino cuando Edd quiso ponerse de pie —. Ya viene la ambulancia. Deben chequearte por si tienes alguna costilla rota o una conmoción cerebral. Te golpearon muy feo.

«Por fin algo nuevo.», se dijo Edd. Más allá del dolor, Edd se sintió bien después de la paliza. Sentimiento y sensaciones nuevas, despojándolo de las emociones que hicieron de su vida una penumbra rencorosa. Fue una paliza resiliente, necesaria. La sangre en la boca no le fue preocupante. Se limpió con las mangas de la campera que llevaba puesta.

Edd comenzó a reír sardónicamente, emocionado. Si su yo del pasado lo hubiera visto, se asustaría por el ser demente en el que se convirtió. La tristeza provoca grandes estragos, y en muchos casos irreversibles.

El vecino, preocupado, le preguntó:

— ¿Qué pasa? ¿Te duele algo? — creyó que la víctima estaba delirando, él mismo vio cuando recibió un par de patadas en la cabeza cuando lo tumbaron al suelo.

— Me duele todo, pero me siento bien. Como Jesús de Nazareth, ya te lo he dicho. — se fastidió cuando su socorrista no continuó con la broma, tal como hubiera hecho el viejo Vargas —. No se ofenda, a veces olvido la sensibilidad de los fieles.

— Solo descansa hasta que llegue la ambulancia — fue tajante.

— Solo bromeo, maldito estúpido.

«Tienes el demonio encima.», fue lo que susurró el vecino socorrista. Edd alcanzó a escuchar.

— O una conmoción cerebral — corrigió Edd, provocando cierta vergüenza en el vecino y su limitada imaginación.

Edd comenzó a sentir un dolor mucho más punzante y estrepitoso, el tipo de anestesia que provocan los golpes comenzaron a cesar. Apretando fuerte la mandíbula y cerrando los ojos como un esquizofrénico, algo relevante le palpitó en la mente: «La guitarra». La buscó con la mirada y se topó con trozos de madera esparcidos cerca del tronco del pino. Frio y ahogamiento, fue todo lo que sintió. Quedó anonadado. Las manos comenzaron a temblarle, y todo su cuerpo siguió ese bailoteo nervioso. Los ojos se le enrojecieron, las lágrimas estaban a punto de desprenderse. «¡No!», gimoteó desconcertado. «No, ¡que hicieron!», continuó.

— Tranquilo, es solo algo material — dijo el vecino para ayudar a Edd a concentrarse en otros asuntos —. Lo importante es tu salud.

Empezó a llorar sin consuelo, como si le hubieran arrancado el corazón. El llanto se transformó en un gruñido escalofriante, como un depredador ansioso por salir a cazar. La destrucción de su mejor regalo, su enlace con el viejo Vargas, fue suficiente para cambiarlo por completo. Primero su madre, después el viejo Vargas, continuando con el boliviano y ahora su guitarra. No dejaría pasar nada, no olvidaría, solo encontró una manera de saciar sus males y erradicarlos de su insípida existencia. Ello implicaría terminar con su propia existencia, nadie sana de esa gran herida.

Empezó a juntar los restos de la guitarra, bajo la atenta mirada del vecino, y las metió en la funda, luego se puso de pie. El vecino de la zona se esforzó en vano al intentar detenerlo, Edd fue escurridizo y logró escapar de aquellos brazos salvadores. No quiso la ayuda de nadie, quien está solo no puede aceptar manos ajenas.

A veces el clima parece teatralizar el día según nuestras emociones. En el camino de regreso la lluvia lo empapó, limpiándole, además, la sangre de sus heridas. Lo necesitaba. Iba serio, con mirada inescrutable. Parecía un mártir caminando hacia su muerte inminente. «Me llegó la hora». Los labios partidos le comenzaron a arden tanto que el solo tacto con la mano ya era causa suficiente para un dolor estrepitoso. Con cada paso escuchaba el golpeteo entre las materas rotas que llevaba en la funda, su antigua guitarra. Gimoteaba de odio, necesitaba desahogarse de alguna manera, y esa manera implicaba violencia.

Llegó al hogar y entró con los pies embarrados, ensuciando el límpido suelo que con tanto esfuerzo su abuela hacía brillar. Para su buena dicha no se topó con ellos, que sin duda hubieran hecho un escándalo al verlo todo golpeado, machucado. Hubiera sido un acto fortuito para el bien común.

Esa tarde sus abuelos fueron al hospital, su abuela fue a hacerse un electrocardiograma. Sentía fluctuaciones preocupantes en su sistema cardíaco. Debían prevenir lo venidero. Ello le dio un deseado momento de privacidad absoluta a Edd.

Entró a su cuarto, cerró la puerta, y apoyó su frente contra ella. Cerró los ojos. Lloró todo lo que tenía que llorar, en ocasiones sus alaridos y lamentos parecían los de un lobo siendo acechado por la muerte. Cuando recobró parte de la compostura, observó los restos de su guitarra. «¿Qué pensaría Vargas de todo esto?», se preguntó. ¿Qué haría al respecto? «En mis tiempos les hubiera volado los sesos.», imaginó que le respondía. Un patriota siempre desea cometer asesinato, y Edd comenzó a sentirse un patriota.

Vio coherente despedirse de su guitarra, abandonando así las memorias de las melodías que una vez sonaron en ella. Despojándose de todo lo bueno que alguna vez estuvo con él. Solo y sin nada. Fue hacia el patio trasero y buscó una pala. La lluvia estaba lejos de detenerse. Había barro, y agradeció a dios por ablandar la tierra para poder hacer un pequeño pozo. Clavó la pala al suelo y la ancló, luego tiró hacia arriba y un pedazo de tierra se desprendió con facilidad. Sus zapatillas quedaron embarradas por completo. Siguió excavando inconscientemente, y se detuvo cuando un trueno lo sacó de sus pensamientos. Metió la funda y los restos de su guitarra el agujero y volvió la tierra a su lugar, como un perro que entierra un hueso. Pero el hueso de Edd fue enterrado como si fuera un sepulcro. «Lo lamento, señor Vargas.», dijo compungido, con la mirada al cielo, intentando comunicarse con la otra vida. «Te amo mamá, de verdad lo siento por todo.», había que expiar las culpas. «Marcos, te prometo que esos villeros tendrán su merecido.», el odio ardió en él como el fuego en la selva.

Se despertó sometido a un gran dolor corporal, la paliza del día anterior comenzó a sentirse como tal. El pecho, el estómago, la espalda, los brazos, la cabeza. Todo palpitaba de dolor. Gimoteando y haciendo un gran esfuerzo logró salir de la cama. Las piernas estaban adormecidas, similar a cuando hacemos deporte después de largos días abrazados al sedentarismo. Se vistió como pudo y, decidido y determinado como un mártir, salió de la casa por la ventana de su cuarto. Llevaba la mochila vacía. La mañana estaba fresca, por suerte se adelantó al clima exterior y se vistió con la indumentaria adecuada.

Serio como físico teórico pensando en la teoría cuántica, caminó hasta el frente de la casa del viejo Vargas. Una vez allí escrutó el interior, buscando presencia de seres vivos, a sus nuevas vecinas. Las cortinas de la ventana no estaban corridas, señal de que siguen durmiendo o se marcharon a algún lado. Tuvo que aventurarse al factor sorpresa. Entró con sigilo. «Permiso.», dijo mirando al cielo, mirando a nada. El viejo Vargas merecía respeto hasta después de la muerte. Anduvo descuidado y despreocupado por el patio como si fuera de su propiedad. No debía deambular demasiado, el tiempo jugaba un papel crítico. Fue hasta el pequeño y deteriorado cobertizo del patio trasero, donde Vargas coleccionaba armas de topo tipo y calibre. Con cada paso el corazón se le aceleraba a niveles anonadantes. Sorpresivamente, cuando llegó, sintió un frío ahogante, el tiempo se detuvo y el espacio se desintegró. Tragó saliva, cerró los ojos, y encontró el valor de un lugar desconocido y entró al cobertizo. El ambiente mohoso y húmedo del interior lo sofocó por un instante. Se sacó la mochila, la abrió y la dejó en el suelo. «No todas sirven.», recordó que le dijo el viejo Vargas. Se esforzó en buscar las que usaron cuando fueron a practicar tiro por primera y última vez. No fue difícil, las pistolas estaban en un cajón, envueltas en un pañuelo verde. Los rifles no fueron una opción, son muy vistosos. Metió dos armas, revolver y pistola, a la mochila. El arma que usó en el campo de tiro se quedó en su mano, intentó recordar como diablos se usaba. «Seguro puesto, seguro no puesto». «Cargador lleno. Tirar hacia atrás, una bala en el tambor». Estaba ensimismado en el juguete mortal, por ello no escuchó cuando la nieta de Vargas se acercó al cobertizo e ingresó en él. Ella lo vio entrar a la casa, y fue a ver que sucedía en realidad. «¡Pum!» Un disparo. Edd, ante la ingrata sorpresa, se asustó cuando ella le habló y, como acto de un reflejo, apuntó y disparó.

Gritos. El cobertizo de inundó de gritos estridentes, chirriantes y terroríficos. La nieta de Vargas, absorta, llamó a su madre a son de socorro. Estaba tumbada en el suelo, el disparo le llegó al estómago. La sangre escurría por todo el suelo, además de empaparle la ropa. Edd, consternado, quedó paralizado. No quiso hacerlo, solo sucedió como una triste casualidad. Ambas manos sujetaban en el arma mientras apuntaba hacia la nieta de Vargas. Estaba asustado. Todo su cuerpo temblaba por sus nervios crispantes. Los ojos palpitaban y lagrimeaban. Su respiración se agitó desenfrenadamente. La nieta alzó las manos como alto de condolencia, quizás, también, pensando que sus manos podrían detener las balas. Edd solo escuchaba murmullos. ¿Qué debía hacer?

— ¡Perdón! — exclamó con un grito triste —. No tengo otra opción...

¡PUM! Otro disparo. Esta vez fue suficiente para silenciar el escándalo de la nieta, quien se planchó en el suelo, muerta como su abuelo Vargas. «Su sueño fue cumplido, se reencontró con su abuelo en la otra vida».

Ya era tarde para arrepentimientos. Edd estaba decidido. Los gajes del deseo.

En un ataque de adrenalina y temor al peligro, comenzó a meter objetos extraños en la mochila. Armas inservibles, en su mayoría, y varios cuchillos gauchos sin filo. Angustiado por el deceso de la nieta de Vargas, abandono el cobertizo sin mirarla. No fue

capaz. «¿Cómo es que los soldados disfrutaban ver esto?», se preguntó consternado, conmovido.

Cerró la puerta del cobertizo. Huyó trotando del lugar. La mochila le pesaba con demencia, teniendo en cuenta que su cuerpo no estaba en óptimas condiciones.

— ¿Edward? — gritó la hija de Vargas, la madre de la nieta muerta, desde la puerta de la casa cuando Edd llegó a la puerta del enrejado protector —. ¿Qué sucede? — le fue sencillo distinguir la expresión de miedo y alarma que tenía Edd. Ella se preocupó, un escalofrío de mal agüero le agitó las entrañas.

Edd volteó hacia la hija de Vargas, la observó de soslayo, y se acercó a ella con lentitud. Cabizbajo frente a ella, se adentró al interior de la casa sin antes obtener el permiso requerido. No pudo evitarlo. La hija de Vargas quedó contrariada por ese grado de confianza, pero lo ignoró. «Debió pasar mucho tiempo con mi padre.», pensó. Ella se dirigió a la cocina mientras Edd observaba, con disgusto, los cambios de decoración que sufrió el interior de la casa. Las armas y cuchillos desaparecieron de las paredes.

— ¿Cómo te encuentras? — preguntó la señora Vargas, Ludmila Vargas, desde la cocina, sirviéndose, cebándose, un mate dulce.

— Quien sabe — contestó Edd.

— ¿De dónde saliste? — notó, por el silencio, que su pregunta dejó lugar a las discrepancias —. ¿Estuviste merodeando el jardín de la casa o fuiste al cobertizo del patio trasero?

Edd se adentró a la cocina.

— Fui al cobertizo — dijo con voz y mirada fría.

— ¿Hablaste con Constanza?

La pregunta confundió a Edd.

— Constanza es mi hija — aclaró. Ella escuchó a su hija que salía al cobertizo a ver al joven intruso.

— Un poco.

— ¿Qué hacían? ¿Qué inventaron?

— Nada en realidad.

— ¿Y los golpes con martillo que escuché? — Edd se puso nervioso, muy nervioso.

— ¿Martillo?

La madre comenzó a inquietarse.

— Entonces, ¿qué fue lo que escuché?

Edd se quitó la mochila de encima, la abrió, sacó el arma y dijo:

— Creo que escuchó algunos disparos.

La hija de Vargas no pudo reaccionar, Edd, en un ataque de desesperación, disparó dos veces, tumbándola al suelo. No la mató, pero sí la hirió gravemente.

Edd tampoco quiso verla, no podía hacerlo. Se sintió malvado, una aberración existencial. Observó el mate en la mesa, el mismo que usaba el viejo Vargas. Quiso probar una vez más aquel prolífico mate. Estaba cebado, listo para chupar. Le pareció repugnante. Muy dulce. Lo tomó igual, quiso servirse otro a gusto. Le faltaba té de burro, buscó en los cajones y metió un par de hojitas al mate. Le echó agua caliente y lo bebió al instante. Estaba algo dulce, pero lo disfrutó. Bebió hasta que lo sintió amargo, como cuando tomada con Vargas en sus días grises. Su último mate, su despedida.

Regresamos al principio de la historia, el presente. Edd caminó por una ciclovía, pisando hojas de otoño. Deliró en el camino, en partes imaginando una conversación con el viejo Vargas: odio, desprecio y, a su manera, romance. Las patrullas de policías salieron excitadas de la estación, la hija de Vargas encontró las fuerzas para llamar por auxilio. Pasaron considerables minutos, considerables y mortales minutos. A Edd dejó de darle

importancia a sus vecinas, pues las catalogó como usurpadoras. Por suerte una murió, nada fue en vano.

Se detuvo frente a su querido colegio secundario, ansioso y temerario. Pensó en su profesora de Lengua, Mónica Allende, y sus sueños frustrados. Ella insistió en conversar con él, quizás para convencerlo de que su realidad debía ser la realidad de todo ser viviente. «Hoy hablaremos, profe.», susurró Edd. Por un momento le pareció atípico arremeter contra personas inocentes, que jamás le hicieron nada. Fue la envidia lo único que lo motivó, verlos sonreír, vitales, despreocupados y con una vida sin rencor, le pareció injusto. Él quería ser como ellos, un anhelo fantasioso y fastidioso.

Edd ingresó al aula de su pelotón. Todos dirigieron la mirada hacia él, su presencia pasó el horario habitual de entrada.

— ¡Buenas tardes! — saludó la profesora exagerando el tono de voz. Era la mañana, pero cada vez que un alumno llegaba tarde solían hacer ese chiste —. Hace tiempo que no lo veía por aquí, me alegra que esté de nuevo con nosotros.

— Vengo a hablar con usted — dijo Edd, serio y distante como un depresivo.

— ¿Sí? — le extrañó —. ¿Ya? Estoy en medio de una clase. Mejor pasa, siéntate y hablaremos en el recreo.

— Debo hacer esto rápido. — se sacó la mochila, la abrió y sacó una pistola, la misma que usó para atacar a sus vecinas. La profesora, estupefacta, no pudo reaccionar antes de recibir el disparo justo en la cabeza. Murió al instante. Ni siquiera lo sintió, bastante aburrido.

Sus compañeros, horrorizados, gritaron con gran estrepito y buscaron protección de cualquier lado. Unos se taparon con mochilas, otros con carpetas y varios se metieron debajo de las mesas. Edd sintió curiosidad al ver a algunos tan tranquilos, como si hubieran disfrutado ver a su maestra morir. Inspirado por el horror colectivo, Edd comenzó a disparar al azar, dejándolos a todos a la suerte. Tiro al blanco a ciegas.

Se detuvo.

— ¿Creen en dios? — preguntó Edd, pues se suponía que era su entrada al teatro de las injurias. La muchedumbre escandalosa se detuvo en seco, incrédulos por lo que escucharon —. Si creen, que dios los proteja entonces. — disparó hasta vaciar el cargador.

Salió del aula como si nada, tampoco quiso ver a las víctimas.

Nadie del exterior se alarmó por los estallidos. Era una escuela técnica, los ruidos molestos y fuertes son normales en la institución. Martillos golpeando metales. Armas de remaches contra la madera. Nadie, ni el más retorcido, hubiera imaginado que un loco de remate andaba como si nada disparando a la gente. Esas cosas solo pasan en Estados Unidos, el país de la libertad y el desprecio.

Los villeros, su mente se centró en los villeros. Antes de entrar al aula sacó otra arma, la que llevaba en la mano estaba vacía. Por suerte nadie lo vio con el arma en la mano. Se puso nervioso, hasta lo dudó, pero los gritos de terror que lanzaron sus compañeros al salir de aula lo despertaron del delirio de la culpa y entró como un animal salvaje al aula.

Dentro había una profesora dictando a los estudiantes, quienes seguían todas las instrucciones. Todos voltearon hacia Edd. Cuando los villeros lo vieron comenzaron a dedicarse miradas cómplices y a reír. Se acercó a las patas sucias, los villeros, extendió el arma, apuntándoles, y saboreó el miedo que percibió en las miradas de esos cobardes. Pudo jurar que se orinaron encima. Quiso decir unas palabras de despedida, pero no fue capaz. Solo deseaba terminar con el juego de las fatalidades. Presionó el gatillo. Silencio. Gemidos ahogados. Edd, perplejo, volvió a presionarlo. Silencio de nuevo. El seguro estaba puesto. Como todo principiante, Edd volteó el arma y observó el cañón, como si hubiera algo atascado dentro. En ese movimiento, inconscientemente, quitó el seguro. Apretó el gatillo e hizo un agujero en medio de sus ojos. Adiós, querido Edward.

Epílogo.

El acontecimiento causó gran repercusión en los medios, como era esperado. Hasta los medios nacionales trataron el asunto.

Los familiares obligaron a la institución a hacer duelo por casi una semana, además de obtener respuestas por lo ocurrido. Se especuló sobre la vida de Edward Fibonacci y el poco interés de los profesionales hacia con él. «Por algo tienen psicólogo, pero hicieron la vista gorda. Lo normal, nunca se hacen cargo de sus responsabilidades.», dijo una madre abochornada ante el micrófono. Nada podían hacer más que ceder a las demandas de los padres escandalizados, conmovidos, indignados y horrorizados. Mandaron a sus hijos a un campo de tiro. Muchos pidieron indemnizaciones económicas, aprovechando la sensibilidad de lo ocurrido, y otros exigieron la destitución de ciertos profesionales. Director, preceptora y psicóloga. Los tres mencionados presentaron la renuncia. ¿A quién culpar en estos acontecimientos?

El frente de la institución se convirtió en un centro de homenaje. Había fotos enmarcadas de las víctimas, flores, cartas y lágrimas. Heridas que nunca sanarían. Los funerales se llevaron a cabo en simultaneo, la institución abrió las puertas para albergar a una basta muchedumbre. Con el tiempo lo ocurrido trascendería actos conmemorativos, minutos de silencio y todo ese enjambre de sensibilidad política. Propusieron la inserción de guardias armados en todos los centros educativos, pero con el tiempo todo se fue olvidando y volviendo a la normalidad. La vida sigue, la muerte espera.

La nieta y la hija de Vargas tuvieron una despedida distante, personal. Todos estaban centrados en la catalogada «masacre escolar». La nieta murió al instante. La hija de Vargas encontró las fuerzas para avisar a las autoridades. Cuando llegó la policía y la ambulancia aun respiraba. Por la incompetencia de los médicos del hospital regional y la falta de instrumentos y maquinarias médicos óptimos, tuvieron que trasladarla al hospital central de la ciudad próxima, a unos 150 kilómetros de distancia. Murió en el camino, en la ambulancia.

Al otro extremo de lo ocurrido, el nefasto agresor, Edward Fibonacci, no tuvo el privilegio de ser sepultado en el cementerio local. La comunidad lo prohibió. Sin el consentimiento de los abuelos, tutores legales, cremaron el cuerpo. Los abuelos no estaban en posición de hacer algo al respecto, los criminales solo son famosos en países libres. Hicieron una pequeña ceremonia en la casa. El padre de Edd fue a llorarle a la urna, al igual que los abuelos. Más que tristeza, sintieron vergüenza, impotencia. El apellido de la familia quedó con una mancha irreversible y el rechazo de la comunidad. La culpa los corrompió, pudieron prevenir todo lo ocurrido. Solo debieron hablar con Edd, acompañarlo y guiarlo por un buen camino.

Después de un tiempo, los abuelos lograron enterrar la urna con las cenizas de Edd en la tumba de Candelaria. Madre e hijo justos por la eternidad. Lejos de la maldad que conlleva vivir en una sociedad antipática.